

MICHAEL CURTIS FORD

EL ÚLTIMO REY



Siglo I a. C. Tras la muerte de su padre y siendo todavía un niño, Mitrídates hereda el pequeño reino del Ponto, en Asia Menor, bajo la regencia de su madre, una mujer ambiciosa y manipuladora. De formación helénica e inspirado por el recuerdo de Alejandro Magno, en cuanto ocupa el trono Mitrídates se lanza a hacer realidad su sueño: la unificación del mundo griego que, inevitablemente, le llevará a enfrentarse con la potencia emergente de la región, Roma. Mitrídates, un ser complejo, tan brillante como cruel, mantuvo en jaque a la República romana durante más de un cuarto de siglo, un tiempo turbulento, heroico y poco conocido de la historia clásica.

Lectulandia

Michael Curtis Ford

El último rey

ePub r1.0

Ariblack 28.06.14

Título original: *The Last King*
Michael Curtis Ford, 2004
Traducción: Matuca Fernández de Villavicencio
Diseño de cubierta: Arcangel Images

Editor digital: Ariblack
ePub base r1.1

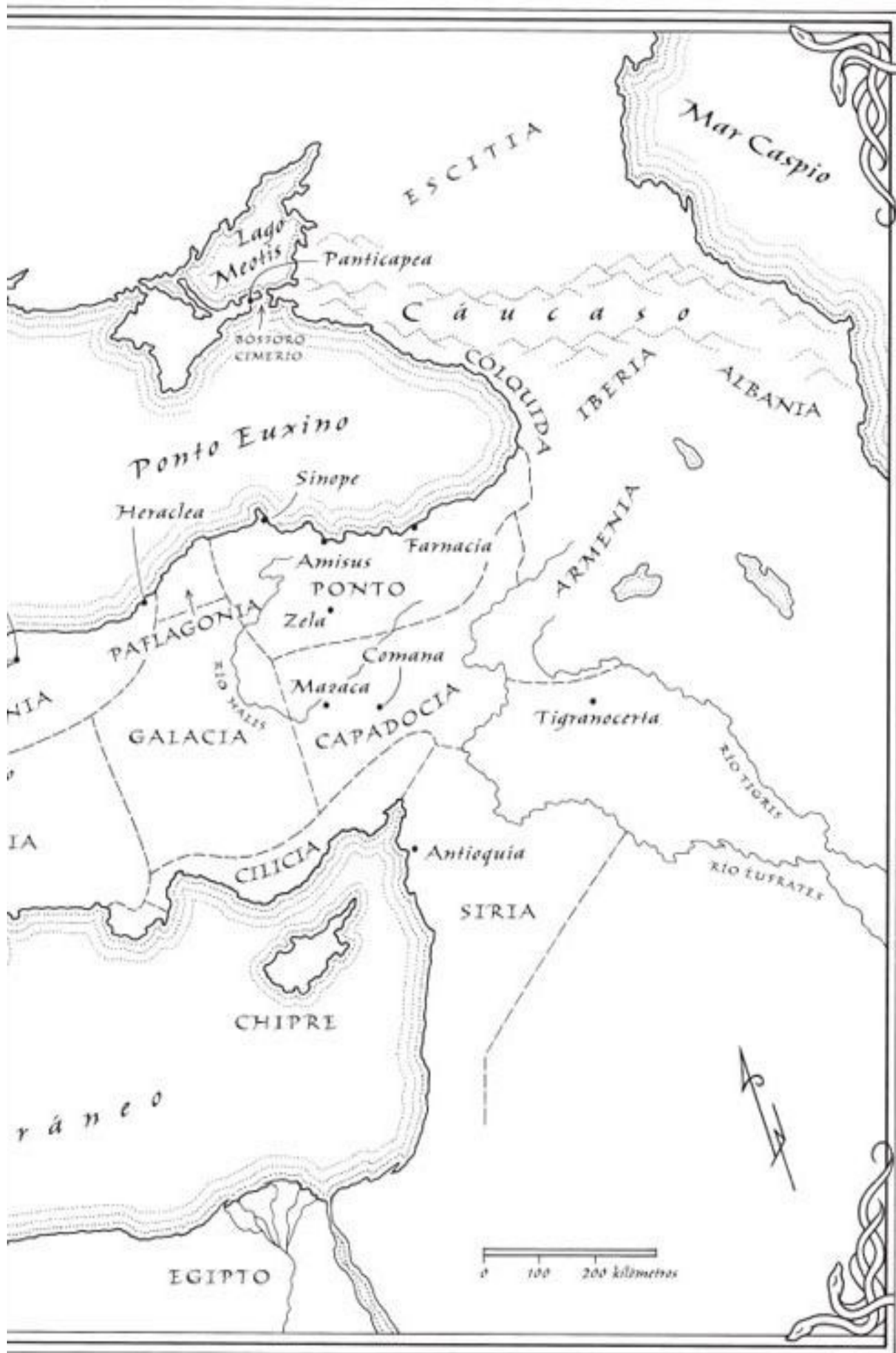
más libros en lectulandia.com

A Eamon, Isabel y Marie-Amandine



Roma y Asia Siglo I a.C.

© Javier Alier



NOTA HISTÓRICA

De todos los enemigos de Roma, el más grande y temido no fue el poderoso Aníbal, cuya marcha a través de los Alpes en pleno invierno ha cautivado la imaginación de generaciones enteras, ni Yugurta, el astuto rey africano que tan hábilmente explotó las rivalidades políticas romanas. Tampoco las hordas germánicas, que durante un período especialmente vulnerable de la historia de Roma cruzaron en avalancha los Alpes y saquearon casi por entero la península italiana. Para los romanos de la antigüedad, ningún enemigo suscitó tanto temor como el monarca de un pequeño reino del este, prácticamente desconocido antes de su reinado, que durante casi cuatro décadas desafió el poder de Roma y a sus más ilustres generales: Mitrídates Eupátor VI del Ponto.

A diferencia de otros gobernantes asiáticos, no fue Mitrídates quien adoptó para sí el epíteto de «el Grande», sino sus enemigos. Era tal el temor que suscitaba en Roma que el anuncio de su muerte, en el año 63 a. C., representó para los romanos el final de una pesadilla que había durado cuarenta años: el patricio romano Pompeyo se subió a un montón de sillas de montar del ejército, los soldados estallaron en vítores y los ciudadanos se pusieron sus mejores galas, regocijándose «como si diez mil enemigos hubieran muerto con él». Pero como la alegría de Roma por la muerte de Mitrídates constituía, en realidad, un reconocimiento tácito de su grandeza, la ciudad le honró con lo que fue, a todas vistas, una extraordinaria exhibición de magnanimidad: Pompeyo obsequió a Mitrídates con un entierro fastuoso, como correspondía «al príncipe más valeroso de sus tiempos», y Cicerón le aclamó públicamente como el más grande de todos los reyes con los que Roma había combatido y el monarca más poderoso desde Alejandro. Indudablemente, solo la muerte de Mitrídates, y la consiguiente consolidación de la supervivencia de Roma, podía dar a los vencedores la confianza suficiente para elogiar de forma tan generosa al que había sido su enemigo.

Aunque Mitrídates era persa de sangre, religión y formación militar, era griego en cuanto a idioma, gustos y amor por la civilización y la cultura urbana. En su educación y estilo de vida combinó estas dos grandes civilizaciones, la griega y la persa, que durante siglos se habían disputado el control del Mediterráneo oriental. Alejandro Magno había sido el primero en intentar reconciliar a estos rivales fusionándolos dentro de una forma superior de coexistencia. Se trataba de una idea ingeniosa y es imposible determinar qué resultados habría generado de no haber tenido Alejandro una muerte prematura. Dos siglos más tarde, Mitrídates resucitó la magnífica visión del rey macedonio y la hizo propia por derecho de herencia.

Mitrídates tenía muy presente su derecho histórico sobre este legado. De hecho, mucho antes de que Aquiles combatiera con los defensores de Troya, siglos antes de

que Roma fuera algo más que un pueblo de pastores cubierto de lodo, los antepasados de Mitrídates ya fabricaban excelentes armas de bronce, gobernaban sobre una extensa y próspera clase campesina y practicaban un elaborado sistema religioso que combinaba las deidades griegas con muchos de los exóticos dioses orientales. Por tanto, el objetivo de Mitrídates, desde su juventud hasta la vejez, fue restablecer un vasto reino helenístico que abarcara aquellos países de Europa y Asia donde el griego hubiera sido la lengua de las clases dirigentes y la cultura griega el vehículo del progreso. Deseaba recuperar su legado atávico, pero, ante todo, deseaba recuperar su *potencial* atávico.

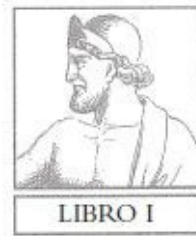
Persiguió este sueño sin descanso, con una intensidad y una determinación que sorprenden al pensamiento moderno, limitados como estamos por los beneficios y restricciones del imperio de la ley. Mitrídates no estaba sometido a tales inhibiciones; él *era* la ley y estaba decidido a expandir su dominio hasta donde se lo permitieran sus fuerzas y recursos. En ningún momento le asaltaron las dudas, pues tenía la certeza de que si triunfaba, si lograba ampliar sus conquistas y restablecer la influencia de la cultura griega, el mundo sería un lugar mejor y más seguro, y él sería recordado por la historia como el salvador de la civilización frente al caos y la amenaza de la barbarie.

Sus planes, sin embargo, chocaban inevitablemente con las crecientes ambiciones de su adversario, pues los objetivos de Roma incluían prácticamente las mismas regiones a las que apuntaba Mitrídates. La rivalidad no era meramente geográfica, sino también filosófica e incluso personal. La actitud general de Roma hacia la vida —lo que los griegos veían como una cultura rudimentaria, un trato innecesariamente cruel a esclavos y pueblos conquistados y un afán desmesurado de dinero y prosperidad en detrimento de valores más elevados— era, para Mitrídates, absolutamente abominable. Quizá no fuera un filósofo refinado ni un teórico político, pero su instinto más profundo le decía que el estilo de vida romano era incompatible con el suyo y jamás podrían coexistir. De hecho, la sola idea de coexistir con un vecino tan repugnante era impensable. Para ambas partes.

Roma envió a tres de sus generales más competentes y a sus ejércitos más poderosos para que acabaran con la amenaza que Mitrídates representaba para su imperio en expansión. Aunque ninguno fue realmente capaz de vencerle, Mitrídates corrió al final la misma suerte que las anteriores amenazas a Roma, la suerte de Espartaco, de Sertorio y de muchos otros. Hoy día sigue especulándose sobre qué cualidades exactas permitieron a Roma superar tantos peligros, dominar tantas civilizaciones, sobrevivir tantos siglos. Los estudiosos hablan de los méritos de sus innovaciones militares, la superioridad de su organización política, la inmensa riqueza que acumuló mediante el lucrativo comercio de esclavos y otros artículos. La historia, se dice, la escriben los vencedores, de modo que la información acerca de los

adversarios de Roma es, a veces, bastante vaga. No obstante, pese a todos sus puntos fuertes, Roma nunca fue invencible, y en varias ocasiones se halló al borde de la desintegración total. De hecho, hubo individuos que, si las circunstancias hubieran sido ligeramente distintas, habrían podido parar los pies a Roma, con consecuencias incalculables, hoy día, para nuestras vidas.

Mitrídates fue uno de esos individuos, y su historia merece ser contada.



LA GESTACIÓN DE UN REY

Quod cibus est aliis, aliis est venenum.
Lo que es alimento para uno, para otro es veneno.

LUCRECIO



I

EL HALCÓN SOBREVOLABA en círculos quedos e inquietantes las arenas del desierto, tan elevado que apenas constituía una mancha en el cielo por lo demás azul, observando la escena que tenía lugar abajo.

El ejército persa marchaba en majestuosa formación, como llevaba haciendo desde hacía cien leguas o más, levantando una nube de polvo visible incluso para la guarnición de Alejandría, situada a dos días de marcha. Detrás de los feroces y curtidos árabes del cuerpo de camelleros, con sus ropajes ondeando al viento, avanzaba pesadamente y en estricto orden la brigada de elefantes, cada bestia con una plataforma sobre el lomo con cinco lanceros armados. Los seguían cinco mil selectos arqueros partos, montados sobre sementales blancos idénticos y cargados con aljabas que contenían cien proyectiles de lengüeta fabricados por los mejores armeros de Mesopotamia, y cinco mil soldados de caballería armenios cuyo manejo del arco, menos desarrollado que el de los partos, compensaban con saetas más pesadas, de madera de fresno, y lengüetas con la punta envenenada.

Detrás, cincuenta mil soldados de infantería regular marchaban implacablemente, en medio del polvo y la porquería generada por el copioso bestiaro. Estos hombres aceptaban con resignación el espantoso estado del camino, habituados al calor y el polvo asfixiantes tras siete años de campaña desde el golfo Pérsico hasta el mar Egeo y desde el gélido Cáucaso hasta el desierto sirio. De regreso de una monumental victoria en Pidna, la fuerza de estos hombres estaba alimentada por el botín y el engreimiento. Su general no era el jefe de una tribu de beduinos itinerantes ni el sátrapa real de una familia noble. Al mando del vasto ejército estaba nada más y nada menos que Antíoco IV Epifanes, Rey de Reyes y Hermano de los Planetas, descendiente de Darío el Grande, heredero del vasto Imperio seléucida y monarca de Armenia Menor y Mayor. De apenas cuarenta y siete años de edad, soberano de un dominio que abarcaba desde las lejanas tierras donde nacía el sol hasta las gélidas sombras del norte escita, se hallaba en el momento álgido de su vida. Antíoco estaba dirigiendo a sus hombres hacia la presa más codiciada, la opulenta ciudad de Alejandría, residencia de Tolomeo, el niño rey de Egipto, cuyos emisarios llevaban varios días abordando al Gran Rey para implorarle piedad. Solo la parte del botín de esta ciudad que correspondería a cada soldado permitiría a este retirarse con una riqueza incalculable, casas llenas de esclavos y las sedas y obras de arte de varias

generaciones.

Antíoco penetró con su ejército en el fértil delta del Nilo sin encontrar resistencia. A varias horas de su objetivo ya podía ver que la población de las tierras abiertas a las crecidas había retrocedido hasta detrás de las murallas de Alejandría, cuyas puertas estaban herméticamente cerradas, y las zanjas y obras defensivas, abandonadas. «Lamento tener que sitiarla —pensó el rey para sí—. Con los elefantes y las máquinas las puertas cederán en cuestión de horas. Los sitios solo consiguen aumentar la sed de saqueo de los hombres, limitar su comedimiento una vez que los muros se desmoronan. El joven Tolomeo merece su suerte por emplear consejeros tan incompetentes».

Cuando apenas quedaban unas decenas de estadios para alcanzar la ciudad, el entusiasmo de los hombres aumentó visiblemente y el ejército aligeró el paso. Hasta el rey se sentía exaltado ante la perspectiva de añadir esta joya a su corona. Desoyendo el parloteo y el acoso de sus capitanes y consejeros, que ya le estaban presionando con planes para el inminente asedio, aceleró el galope para estar a solas con sus pensamientos, para saborear unos momentos de calma. Mirando a lo lejos, divisó tres figuras a caballo en el camino desierto. Aunque estaban demasiado alejadas para poder reconocerlas, Antíoco pudo imaginar quiénes eran y suspiró exasperado ante la idea de tener que escuchar una vez más los vergonzosos ruegos y lisonjas de los embajadores de Tolomeo. Echó un vistazo a su cuerpo de camelleros, cuyos ojos brillaban ferozmente tras la franja de tela que les cubría el rostro. Los inquietos beduinos habían hecho gala de una paciencia inusitada durante la larga y pausada marcha. Se merecían la oportunidad de estirar las piernas.

Espoleando con vehemencia su caballo, Antíoco lanzó el grito de guerra de los árabes. Sin más, los camelleros que iban en cabeza fustigaron ferozmente a sus monturas, iniciando de ese modo una carrera desgarrada donde todo eran rodillas nudosas y testas agitadas, y el cuerpo al completo siguió su ejemplo. La vehemente carrera de las mil bestias que se esforzaban por dar alcance al rey produjo un estruendo ensordecedor a medida que se acercaban a las tres figuras. Sonriendo para sí, Antíoco espoleó de nuevo a su caballo y aceleró. Los ojos le lloraban por el azote del aire caliente contra la cara y cada vez le era más difícil distinguir a los tres jinetes. «No importa —pensó—. Una vez que les haya dado alcance, permitiré que los árabes los atrapen con sus lanzas. Que disfruten un rato de ese juego bárbaro con el que se divierten en campaña, ese deporte repugnante del cadáver sin cabeza y las porterías...».

El rey levantó la vista y contempló el halcón que volaba perezosamente sobre su cabeza, oportunista criatura a la espera de una señal de debilidad o desprotección, de una muerte de la que poder alimentarse. El rey sonrió. «Más te valdría reservarte para Alejandría, ave funesta —pensó—. Las sobras allí serán mucho más de tu agrado que

tres diplomáticos flacuchos, si es que queda algo después de que los árabes se hayan divertido con su juego». Desvió su atención del halcón y se concentró en el trío que tenía delante. Algo no iba bien. Se estaba acercando a ellos con demasiada rapidez. El rey sabía que poseía el corcel más veloz de su ejército, pero no hasta el punto de poder dar tan fácil alcance a una presa montada. Sin aflojar la carrera, se frotó los ojos con una manga y se fijó de nuevo en los hombres. Por extraño que pareciera, no estaban huyendo. Estaban quietos como postes, mirándole con serenidad. El hombre de cabeza ni siquiera iba armado; únicamente vestía una túnica blanca oficial, si bien los dos jinetes que le flanqueaban aparecían espléndidamente equipados con escudo de bronce recién pulido, casco y peto bellamente labrado y lanza guardada en la funda de cuero, en la posición vertical de descanso. De la punta de una de las lanzas pendía un estandarte. El rey observó con detenimiento la tela polvorienta que languidecía en el sofocante aire y blasfemó entre dientes. Un águila.

Un águila romana.

Exasperado, se detuvo suavemente a unos pasos del trío. El cuerpo de camelleros que le seguía hizo otro tanto aunque con menos delicadeza. Las feroces bestias se encabritaron y bramaron, enfadadas por que las hubieran hecho correr y más enfadadas aún por que las hubieran hecho frenar. El caballo del rey caracoleaba, mirando nerviosamente a los camellos que resoplaban y escupían a su espalda, mientras Antíoco se esforzaba por controlarlo. Los tres ponis romanos permanecían tan quietos como sus jinetes, contemplando con lo que parecía desdén el indisciplinado espectáculo.

Con no poco esfuerzo el rey dominó finalmente su caballo y lanzó una mirada fulminante al trío de silenciosos romanos, tratando de comprender su incongruente recibimiento. Optando por iniciar la comunicación, levantó la mano derecha con el gesto universal de bienvenida y se anunció sin más.

—¡Yo os saludo, romanos! —clamó en un comedido griego, el idioma de los territorios civilizados del Mediterráneo oriental—. He aquí el ejército victorioso de Antíoco IV Epifanes, Rey de Reyes y soberano de estas tierras. Bienvenidos sean los hombres de buena voluntad. Exponed vuestro asunto.

El romano de la túnica le miró en silencio un largo rato. De piel curtida y aspecto cansado, o quizá simplemente hastiado, poseía la panza incipiente de la madurez próspera pero la mirada acerada y el porte erguido de un militar. No se dignó siquiera retirar la mano de las riendas, un grave insulto al rey, que había saludado primero. Sin pronunciar palabra, bajó lentamente de su montura y caminó con paso imperioso hasta un punto situado exactamente entre su poni y el corcel blanco de Antíoco, donde se detuvo, miró fijamente al rey y extrajo el papiro enrollado que llevaba debajo del brazo.

Para entonces el vasto ejército al completo les había dado alcance y se había

detenido con gran estruendo, de modo que la sofocante nube de polvo flotaba ahora sobre el rey y los tres romanos. Los generales persas miraron despectivamente al trío en tanto que los camellos seguían gruñendo, impacientes por continuar el avance hacia la ciudad que podían ver y oler a lo lejos. Los romanos, sin embargo, no se movieron de donde estaban y el rey comprendió que para proseguir tenía que leer el papiro o retirar a esos hombres de su camino. El sonido de las espadas deslizándose en las fundas de cuero le transmitió la opinión de sus oficiales. Sorprendentemente, los dos escoltas romanos reaccionaron desenvainando a su vez sus cortas espadas de caballería. «¡Por todos los dioses! —pensó el rey—. ¿Acaso pretenden medirse con todo mi ejército?». Pero una voz interior le instó a ser prudente.

El hombre se identificó.

—Cayo Popilio Laenas —anunció en un latín monótono que el rey, pese a hablarlo correctamente, recibió como un segundo insulto, como la negativa del romano a reconocer su posición hablándole en la lengua común de esas regiones—. Soy senador de Roma y traigo un decreto del Senado que te pido que leas. Tu respuesta determinará el modo en que yo, y el Senado romano, responderemos a tu saludo y si debemos tenerte por amigo o por enemigo. —Dicho esto, apretó los labios, tendió el papiro y guardó silencio.

Detrás del rey estalló un murmullo de indignación. Antíoco se volvió hacia sus capitanes con una sonrisa de confianza y el mentón alzado, como si quisiera decirles que le siguieran la corriente en esta chanza. Los capitanes le miraron enfurecidos, pero el rey hizo un asentimiento de cabeza conciliador y retrocedieron unos pasos. Luego, pasando una pierna por encima de la grupa de su corcel, Antíoco aterrizó ágilmente en el suelo, caminó hasta Popilio y tomó el papiro con fingida expresión de diversión. Una vez leído, no obstante, fue incapaz de ocultar su asombro e indignación.

—¡Cómo os atrevéis a presentaros con esto, insolentes chacales! —farfulló con el rostro enrojecido—. ¿«Renuncia a atacar Alejandría y abandona Egipto»? ¿Con qué derecho me lo ordenáis? ¿Con qué autoridad...?

—Por favor, Majestad, tu respuesta —le interrumpió Popilio con el semblante frío, quemando los ojos del rey con su mirada gris—. Alejandría se halla bajo la protección de Roma. El Senado aguarda tu respuesta.

Antíoco observó detenidamente a su adversario y luego rompió a reír.

—¿El Senado aguarda mi respuesta? ¡Tu Senado se encuentra a tres semanas de travesía por el Mediterráneo! ¿Tu Senado envía a un senador subalterno y a dos tribunos hasta aquí para insultar a mi ejército y exigirme una respuesta? No tengo tiempo para estupideces, mas no soy tan maleducado como para insultar a tu ilustre Senado con la misma descortesía de que tú has hecho gala. Mis consejeros redactarán algo adecuado...

Pero Popilio le interrumpió dándose tranquilamente la vuelta y el rey le miró boquiabierto. El senador se acercó al primer tribuno, tomó la lanza que portaba el estandarte y regresó sosteniéndola en posición vertical. Los agitados árabes hicieron ademán de avanzar, pero el rey los detuvo con un movimiento de cabeza. Popilio plantó la base de la lanza en la arena y, con el águila ondeando sobre su cabeza, dibujó lentamente un círculo en el suelo alrededor del rey. Hecho esto, salió del círculo, devolvió la lanza al tribuno y cruzó los brazos.

—No —repuso Popilio con calma—, tus consejeros no harán nada de eso. Tú me darás personalmente una respuesta antes de salir del círculo.

Antíoco contuvo la respiración. Miró al decidido romano, bajó la vista hasta la línea trazada en la arena y la posó de nuevo en el romano. Detrás tenía todo su ejército de bestias y hombres, sesenta mil en total. Delante, al alcance de la vista, una ciudad indefensa repleta de tesoros. El rey era un hombre inteligente y sabía cuándo los riesgos superaban a las ganancias.

Y sabía que había sido vencido.

—Acepto la petición del Senado —respondió quedamente.

El romano penetró en el círculo y estrechó la mano del rey. Acto seguido, giró sobre sus talones, subió a su caballo y los tres jinetes, sin mirar atrás una sola vez, emprendieron tranquilamente su regreso a la ciudad.

Antíoco volvió con su enorme ejército a Siria y jamás superó el oprobio sufrido por esa exhibición de cobardía. Ese oprobio y el odio a Roma que originó pasaron, como si de una enfermedad o una maldición se tratara, a su hija Laodice, que juró que jamás se pondría en una situación donde pudiera sufrir semejante humillación. Y así fue, si bien los métodos que utilizó para evitar tales situaciones fueron, cuando menos, controvertidos. Al final, iba a depender de su hijo mayor, el rey Mitrídates, limpiar el honor de la familia por el escandaloso trato recibido de Roma. Es este un asunto, sin embargo, que no debe tratarse a la ligera.

Muchos pormenores para un acontecimiento acaecido hace más de un siglo. ¿Por qué estoy al corriente de tales cosas? Porque he estudiado la historia de Roma de Polibio para entender a mi enemigo, he recorrido los campos de batalla desiertos como un comandante aplicado, he analizado los discursos y la política exterior romanos como un administrador competente. Pero, sobre todo, porque soy Farnaces, hijo del rey Mitrídates el Grande del Ponto, el cual era nieto del humillado monarca Antíoco. Porque mi padre fue el enemigo más temido de Roma, azote de sus más grandes generales y destructor de incontables legiones, una daga en el costado de Roma durante cuarenta años, un terror que fue conjurado en la batalla pero cuyo espíritu nunca fue derrotado.

Y porque a Mitrídates, como a su abuelo, lo impulsaba el deseo de conquistar y unificar, de crear un gran imperio con todos los territorios helenísticos, y como su

madre Laodice, Mitrídates era víctima de un miedo y un odio mortales a Roma, un odio que lo tenía confinado y rodeado, como el círculo dibujado en la arena, un odio que iba a conformar su destino y también el mío.



II

EXISTEN CLARAS VENTAJAS en el hecho de ser el hijo de una mera concubina, ventajas que ni siquiera un verdadero príncipe, nacido de una reina, posee. La más importante es la confianza del rey, que no necesita temer las ambiciones de ese hijo. Ese temor abarca incluso a las reinas, como bien demostró Nisa, reina regente del vecino reino de Capadocia, que años atrás asesinó sucesivamente a sus cinco hijos antes de que pudieran alcanzar la mayoría de edad y arrebatarle el poder; o Cleopatra, viuda de Demetrio II de Siria, que mató a uno de sus hijos con una flecha certera lanzada desde una ventana al tiempo que observaba cómo su otro hijo perecía a causa del veneno que le había inducido a beber. Siempre tuve la certeza de que las mujeres de mi familia mostraban indicios de que pertenecían a esa misma raza de mujeres enfermiza, de ahí mi gratitud a los dioses por permitir que yo naciera de una línea genealógica que quedaba fuera de toda sospecha.

De otras ventajas disfrutaban los hijos de las concubinas. Cuando son derrotados por el enemigo, no reciben igual castigo que un príncipe. Para un general romano, desfilar arrastrando de una argolla atravesada en el prepucio al hijo ilegítimo de un rey vencido no tiene el mismo impacto que hacerlo con un verdadero heredero al trono; sencillamente, somos demasiados los bastardos que corremos por ahí para poder impresionar a los escépticos ciudadanos romanos. Ante una derrota, si el hijo de una concubina ha aprendido bien sus lecciones sobre adulación, lo más probable es que los vencedores no le presten atención. En el mejor de los casos le otorgarán el gobierno de una pequeña ciudad y, en el peor, lo venderán como tutor de los hijos malcriados de algún mercader romano. En la derrota, la falta de prestigio es una gran ventaja.

Pero la cosa no queda aquí. Tengo más argumentos para justificar mi feliz conformidad con mi modesto sino. La vida de una concubina, y por extensión la de sus hijos, es una vida de lujo y desahogo, libre de las agotadoras responsabilidades reales que exige el protocolo. Ajenos me son los interminables banquetes de Estado, las tediosas inauguraciones de nuevas redes de alcantarillado en pequeñas ciudades decrepitas, las largas recepciones a pequeños funcionarios. Mi hermanastro en palacio, el pobre Makarios, era obligado, entre patadas y mordiscos, a asistir a esos actos como lecciones para su futuro mandato, tarea que le correspondía, naturalmente, por ser hijo primogénito del rey y la reina. En cambio yo, el pequeño

Farnaces, el mocoso rufián, al ser hijo bastardo del rey resultaba impresentable entre gente distinguida. Así y todo, gocé plenamente del cariño y la atención de mi padre y de aposentos casi tan lujosos como los destinados a la familia real. «Pobre Makarios», solía pensar cuando los sirvientes le obligaban a abandonar sus juegos para que conociera a algún embajador en tanto que yo corría a los establos reales a montar el mejor pura sangre del rey.

Leído lo que he escrito, me doy cuenta de que esas no son ventajas reales sino las desventajas menores. El verdadero beneficio de carecer de derecho de sucesión estriba en lo siguiente: si el hijo de una concubina del rey es ambicioso y competente, si en el cráneo posee cerebro en lugar del serrín que la realeza acostumbra pasar de un vástago a otro, tendrá las mismas posibilidades de destacar, las mismas oportunidades de prosperar y triunfar, de hecho las mismas probabilidades de convertirse en rey que un príncipe de verdad. Pero sin el sacrificio.

¿Podía el subestimado Farnaces pedir más?

Desde muy pequeños se nos permitió a Makarios y a mí acompañar a padre en sus campañas, casi en calidad de mascotas queridas por los oficiales y consentidas por los soldados. Para mi satisfacción, los eunucos y tutores que me eran asignados apenas me prestaban atención y mi padre se reía de sus quejas sobre mi comportamiento, tan bajas fueron al principio sus expectativas hacia mi persona. ¿Qué sentido tenía que me pasara horas interminables inclinado sobre mi tablilla de cera, memorizando las hazañas de los héroes griegos de *La Ilíada*, cuando tenía mi propio héroe griego tan cerca? Yo seguía a padre por el campamento como un perro faldero, aferrándome a su muslo cuando visitaba a los rudos mercenarios escitas y tracios, reía estruendosamente sus chistes obscenos y, en los entrenamientos, empuñaba el escudo y la espada roma para derribar al sargento más diestro. Padre era más que un héroe. Era un coloso, un dios. Tan inmensa era su estatura, tan deslumbrante su sonrisa, tan imponente la armadura chapada en oro —pesada hasta el punto que un hombre de constitución media no podía levantarla sin tambalearse— que cubría su sólida figura, que a veces él y los sacerdotes reales tenían que tomar medidas para impedir que el pueblo le adorara como la encarnación terrenal de Zeus. Pero yo no podía ver a padre como un simple mortal, pues para mí era un dios, y yo, el hijo no reconocido de un dios.

Recuerdo una cena oficial a la que asistí con él, no uno de esos actos cargados de protocolo a los que los príncipes eran constantemente arrastrados en la ciudad, sino una reunión de hombres en el campo, en plena campaña, cuando la moral de los soldados estaba alta ante la perspectiva de obtener otra aplastante victoria. Yo nací cuando mi padre tenía treinta y cinco años y le calculo cuarenta y tres el día de ese acontecimiento, de modo que yo solo tenía ocho y Makarios, doce. En medio del campamento se había levantado una gran carpa a fin de ofrecer una cena a varias

docenas de embajadores extranjeros, los cuales habían sido invitados para presenciar la carnicería del día siguiente y aportar hombres a la coalición del rey. Era una noche calurosa y las paredes de lona estaban enrolladas para que corriera la brisa. En medio de la creciente oscuridad que nos envolvía, trepando por las laderas de las colinas circundantes a lo largo de lo que parecían millas, se divisaban unas luces anaranjadas, las hogueras de los cincuenta mil soldados que el rey dirigiría en la batalla al día siguiente.

Padre puso rumbo a la carpa, tarde como siempre, después de saltarse el espectáculo preliminar de las bailarinas, los tragadores de fuego y los músicos que había tenido distraídos a los invitados. Yo caminaba a su izquierda, al trote para no quedarme atrás, y Makarios a su derecha, con paso relajado y saludando con la cabeza a los oficiales, que le correspondían, a pesar de que todavía era un muchacho, con la amplia reverencia reservada a los soberanos veteranos. Los generales Arquelao y Neoptólemo nos flanqueaban a su vez. El inmenso arco forrado de marfil del que padre jamás se separaba martilleaba su espalda, y debajo de los bombachos se adivinaba el contorno de la daga curva que llevaba amarrada a la cadera. Padre era robusto y enérgico como un atleta olímpico. Los hombres le ovacionaban a su paso y él bramaba saludos campechanos mientras su mano gigantesca descansaba sobre mi cabeza como si sujetara un huevo. El ambiente era de alborozo. Las piernas casi me temblaban, sabedor de que al día siguiente presenciaria mi primera batalla, y tenía la sensación de que iba a estallar de orgullo. Esa era mi educación, para eso había nacido, y ya entonces sabía que un día también yo dirigiría un ejército, también yo obtendría victorias. ¿Qué valor tenía gobernar un reino, como Makarios estaba destinado a hacer? Todo para él. Dirigir soldados era mi destino, el mejor destino para el hijo bastardo del rey.

Cuando entró en la tienda, padre interrumpió la presentación formal en griego del heraldo con un grito de bienvenida a sus invitados y rodeó lentamente la mesa de haya, recién encerada y pulida, estrechando manos, dando palmadas e intercambiando saludos en una docena de idiomas con suma fluidez. Cuando finalmente llegó a su asiento en la presidencia de la mesa, se sentó y me indicó que me mantuviese cerca, en el sitio reservado a un ayudante. A su derecha, en un lugar de honor, se sentó Makarios, el heredero reconocido y futuro rey del Ponto. Tras una inclinación de cabeza de padre, los comensales se acercaron a sus bancos y tomaron asiento, y los esclavos entraron con gigantescas fuentes de lustroso cobre. Los invitados apreciaron la presentación, rústica pero elegante, del plato principal: osa frotada con ajo, asada sobre espetones de madera de granado verde y adobada en salsa de cebollinos y aulagas silvestres, con el imponente estómago abierto y las vísceras delicadamente dispuestas alrededor, alternadas con porciones de lirón, agachadiza y otras piezas de caza menor. La mesa aparecía cubierta de platos sencillos pero exquisitamente

preparados: espárragos cubiertos de mantequilla, pan de cebada empapado de aceite de oliva, huevos de aves marinas en salmuera de hinojo marino, pasas amarillas, queso de oveja, avellanas tostadas envueltas en sal de ajo, delicados bizcochos de miel perfumados con tomillo silvestre y adornados con piñones cortados formando intrincados dibujos y conos de pan de higo bañados en zumo de moras fermentado. Todo ello acompañado de un vino de un siglo de edad, perfumado con la resina amarga de los pinos escitas y servido en copas de oro labrado, que esclavos expertos decantaban cuidadosamente de unas jarras de barro tan altas como hombres, repartidas por los rincones. La carpa estaba repleta de olores deliciosos y embriagadores.

Los criados colocaron una enorme tabla de madera con humeante carne y lentejas delante de padre, que hundió una mano en un cuenco que contenía un aderezo de ajo salpicado de motas grises, vertió un buen puñado sobre la comida y lo repartió con la daga. Enarbolando un trozo de pan en una mano y un pedazo de carne jugosa en la otra, procedió a hincar el diente cuando, de repente, detuvo el gesto y se levantó. En la sala se hizo el silencio. Cincuenta hombres hambrientos le miraron fijamente, algunos con la comida camino de los labios y la boca hecha agua por el delicioso aroma que desprendía.

Padre observó cada rostro en silencio y sonrió tenuemente al advertir la impaciencia de sus invitados. Luego habló, con una voz tan refinada como la de un sumo sacerdote pero en un tono tan imponente y dominante como el de la osa que se disponía a ingerir.

—La comida debe ser catada —anunció.

Los hombres le miraron sin comprender.

Con tono paciente, padre se explicó.

—Como rey, no puedo correr el riesgo de consumir carne rancia, u otra cosa peor. Ni siquiera en campaña. Por tanto, solicito un catador.

En ese momento dos guardias aparecieron por el fondo de la carpa arrastrando a un prisionero de aspecto resignado. Reconocí en él a un explorador bitinio apresado ese mismo día después de acercarse en exceso a nuestros puestos de avanzada. Padre le miró con detenimiento.

—Parece sano... y hambriento. Servirá.

Los guardias soltaron al hombre, que flaqueó brevemente pero enseguida se enderezó y lanzó una mirada desafiante a los comensales. Padre se rio de su audacia. A renglón seguido, cortó un generoso pedazo de la carne que había estado a punto de morder, lo sumergió en el cuenco que contenía aderezo con la punta de su cuchillo y se lo tendió al prisionero.

—Únete al festín —dijo animadamente en la lengua bitinia.

Al principio el prisionero le miró con desdén. Luego, sin embargo, bajó la vista,

agarró la carne rosada y humeante con la mano derecha, se la introdujo ávidamente en la boca y empezó a masticar. Degustó la sabrosa carne mientras un hilo de jugo le caía por el mentón, y luego se la tragó, lamiéndose ruidosamente los labios pero ocultando su deleite, por orgullo y obstinación, tras su expresión ceñuda.

Los comensales observaban al hombre con envidia, mas justo en el momento en que padre asentía satisfecho y procedía a sentarse, el bitinio se puso colorado y los ojos se le salieron de las órbitas. Tosiendo y jadeando, se agarró el estómago y el jugo que le corría por el mentón se transformó en sangre. Cayó al suelo, aullando y retorciéndose de dolor. Los dos guardias lo agarraron de las axilas y se lo llevaron, mientras vomitaba, hasta la salida. Los embajadores, desconcertados, miraban sucesivamente al desdichado prisionero y a su impertérrito anfitrión, que conservaba su calma inquebrantable y la misma sonrisa tenue en los labios.

—Creo que la carne está en su punto —dijo, y, para horror de sus invitados, se sentó de nuevo y procedió a masticar con deleite un pedazo del mismo trozo de carne con que había alimentado al prisionero.

Indignado por la escena que acababa de presenciar, el dignatario de Rodas, sentado a la izquierda de padre, farfulló algo en griego dórico al colega que tenía al lado, pero no bajó la voz lo suficiente y padre le oyó. El semblante se le nubló y los invitados guardaron silencio, mas la reacción de padre no fue inmediata. En lugar de eso, soltó lentamente el cuchillo y el pan, se limpió los dedos con la servilleta que le tendía un criado y se volvió con calma hacia el rodio.

—¿He oído bien, embajador? —preguntó en un dórico refinado—. ¿Que «ni pagándote podría hacerte comer esta bazofia»? ¿Así honras a tu anfitrión mientras estás sentado a su mesa, mientras te sirven comida que ha matado con sus propias manos?

El rodio palideció.

Padre continuó.

—Apuesto a que puedo pagar a mis hombres para que la coman.

Sumergió una mano entre los numerosos pliegues de sus bombachos, extrajo una bolsita de seda que agitó varias veces para que todos pudieran escuchar el tintineo del oro, y la dejó caer junto al plato de Arquelao. El general contempló la bolsa con desprecio, la lanzó de nuevo a su anfitrión y procedió, sin más, a devorar la carne que tenía en su plato. Padre actuó de igual modo con el siguiente oficial pónico, que también le devolvió la bolsa y, secundado por sus dos compañeros, atacó su comida sin vacilar. Los embajadores contemplaban la escena estupefactos. Si la carne no sentaba mal a los hombres del rey, por fuerza el veneno tenía que estar en el aderezo del cuenco dispuesto junto a cada cubierto.

Con una fuerte risotada, padre se sentó y se puso a devorar la carne al tiempo que charlaba animadamente con Makarios. Entretanto, los comensales extranjeros

jugaban nerviosamente con la comida de sus platos y miraban con recelo los cuencos. El rey anunció en voz alta que a la carne le faltaba aderezo y echó otro puñado sobre la suya y un buen pellizco en su copa de vino por si las moscas.

—¡Comed! —ordenó con la boca llena y sonriente pero con un brillo amenazador en la mirada.

Sus oficiales seguían comiendo con deleite, pero los embajadores le miraron con expresión de impotencia. Padre dejó caer el cuchillo sobre el plato y golpeó la mesa con el puño, haciendo que todos los utensilios saltaran por los aires.

—¡Comed! —bramó, esfumada la sonrisa, y los extranjeros se quedaron mirándolo, algunos atemorizados, los más valientes con expresión de desafío.

Padre empujó su banco hacia atrás y se levantó, sacando su enorme torso y desplegando toda su estatura, una cabeza entera por encima de Arquelao y los demás oficiales, que también se habían puesto en pie y no eran hombres menudos.

—¡Por todos los dioses! —bramó al tiempo que alzaba la mesa y la giraba hacia un costado, volcando todo el contenido en el regazo de los embajadores sentados en ese lado—. ¡Que me ahorquen si hago tratos con hombres que desconfían de mí!

Tras una enfurecida seña de cabeza dirigida a los guardias reales que rodeaban la carpa, se apartó de la mesa, posó una mano sobre mi cabeza y me atrajo hacia su pierna. Los guardias avanzaron en bloque, agarraron a los atónitos embajadores y, sin miramientos, los alejaron de la mesa a rastras, con los ropajes manchados de vino y comida. De ahí los subieron, sin miramientos, a sus caballos —los equipajes ya habían sido embalados de cualquier manera durante la cena— y los obligaron a partir, caídos en desgracia, acompañados de una exigua escolta.

Mientras los guardias apartaban a los comensales de la mesa, el rodio más próximo a mí preguntó enfurecido al taciturno Arquelao:

—¿Qué había en ese maldito aderezo?

—En el tuyo, sal marina y ajo en polvo —contestó con calma Arquelao mientras el embajador se alejaba.

Padre asintió, todavía echando fuego por los ojos, y contribuyó a la respuesta de su general.

—El mío tenía arsénico —dijo.

Y dando la espalda al caos que reinaba en la tienda, pasó frente a los centinelas póntricos que hacían guardia y salió a la ladera que chispeaba con la luz de miles de hogueras. Esos hombres eran sus hombres, y exigía de ellos una confianza inquebrantable, una lealtad absoluta para la empresa que se disponía a acometer. No solía llevarse decepciones. Así y todo, sentía la necesidad constante de ponerlos a prueba, de indagar, de demostrarse a sí mismo que los hombres que le rodeaban estaban comprometidos con él en cuerpo y alma. Cada hombre, ya fuera general, aliado o soldado raso, debía estar totalmente entregado a su causa. Cada hombre

debía demostrar una seguridad absoluta con cada músculo que flexionaba, con cada soplo de aire que inspiraba, con cada bocado que ingería. Estaba en juego el futuro de su reino, sus planes de crear un imperio, su Nueva Grecia, su destino. No había sitio para la desconfianza. La desconfianza conducía al decaimiento del entusiasmo y al miedo, y este, a su vez, a la traición. Se necesitaban medidas extraordinarias.

Levanté la vista hacia padre. La sonrisa había desaparecido de sus labios y en su rostro se dibujó, por un instante, una expresión casi nostálgica. Entonces se volvió hacia el escenario del frustrado festín.

—Arsénico —repitió. Hizo una pausa, meneó la cabeza y casi como una ocurrencia tardía, añadió para sí—: La dosis de siempre.



III

LE VEO DE PIE, solo, enmarcado por una ventana, observando sereno a la multitud que se agita y grita a sus pies. Estoy tan lejos que apenas consigo reconocerle, y se halla casi al límite de mi ángulo de visión, como abrumado por el inmenso espacio que le rodea, como si retrocediera de mi vista, perdido en la inmensidad del cielo. Así y todo, le veo, le veo, en mi imaginación ahora, y puede que con más claridad que entonces, la silueta iluminada por una luz que le llega por detrás, apareciendo y desapareciendo cada vez que un hombre la cruza. No puedo adivinar la expresión de su cara. Se aleja un momento y regresa con algo en la mano, algo dorado. ¿Un arma? ¿Una copa? Adoraba los objetos brillantes, las cosas bellas y valiosas, pero no puedo distinguirlo.

A su espalda estalla un trueno que rueda hacia mí, extendiéndose sobre la multitud como el oleaje en la playa. Los hombres que gritan a mi alrededor callan durante un instante y, de repente, un relámpago cegador y fuego. Una columna de humo negro se eleva hacia el cielo, tapando parcialmente a padre. El suelo tiembla y ruge; los corceles de batalla, encabritados, emprenden el galope entre el gentío, los ojos en blanco, las lenguas colgando a causa del esfuerzo, en dirección a padre, que permanece inmóvil, contemplando la escena.

Alzo una mano, tanto para avisar a mis hombres y abrirme paso entre la muchedumbre como para atraer la atención de padre. No está muy lejos. Si pudiera abrirme paso, seguro que podría llegar en un instante. Esta situación no es peor que todas las demás.

Ya voy, padre.



IV

EL ENORME CARROMATO se había detenido frente a nosotros, separado del lugar donde teníamos nuestros asientos por el largo foso, todavía lleno de vivos rescoldos, donde esa tarde se había cocido medio cabrito. El carromato estaba cubierto por una sucia lona desplegada sobre cuatro aros de hierro que partían de los costados, y su misterioso contenido quedaba oculto a nuestros ojos pero no a nuestros oídos, pues por ella escapaban los gruñidos y bufidos más aterradores que un niño podía imaginar.

Me aferré al enorme brazo de padre, que me alborotó el pelo con la otra mano. Sentado al otro lado de la hoguera, Arquelao se rio de algún chiste privado y propinó un codazo a su hermano gemelo, Neoptólemo, ambos generales al servicio de padre. Makarios se encontraba algo apartado, estudiando una tablilla en la que su tutor le había escrito deberes de filosofía. ¡El futuro rey no debía descuidar sus estudios cuando se hallara en campaña! El perímetro iluminado por el fuego hervía de actividad. Los mensajeros iban de un lado a otro intercambiando discretos saludos y hablando con los consejeros de padre que pululaban a nuestra espalda. Solo muy de tanto en tanto se acercaba algún oficial para comunicarse brevemente con el rey, que se limitaba a asentir o a negar impacientemente con la cabeza. El resplandor de la hoguera era su círculo íntimo, su hogar, su familia, y en torno a él solo unos pocos elegidos tenían permitido congregarse. Todos los demás mortales estaban confinados a la oscuridad, y a estas horas solo a regañadientes permitía padre que alguien traspasara el halo de luz. No tenía, sin embargo, de qué preocuparse. Su ejército había sido afilado y lubricado como una espada, cortado y pulido como una piedra preciosa, y salvo en las decisiones realmente importantes, podía funcionar por sí solo. Algunas noches el rey podía permitirse colgar la corona y ser, sencillamente, un padre.

Yo tenía toda mi atención puesta en el carromato del que salían los extraños gruñidos. Al sonido de un fuerte gong, los gruñidos cesaron bruscamente y un personaje de lo más extraordinario levantó la lona y saltó al suelo.

No era un enano —pues yo había visto muchos hombres y mujeres como él en las calles de Sínope y algunos incluso trabajaban en el palacio—, sino un hombre totalmente proporcionado que, pese a su edad madura, estaba completamente calvo y medía lo que un niño de cuatro años. Tenía el rostro moreno y la piel curtida, sin edad, y su huesuda cabeza no mostraba un solo diente, lo que confería a sus mejillas,

acariciadas por las sombras oscilantes que proyectaban las antorchas clavadas en el suelo, el aspecto chupado de un cráneo. El hombrecito caminó con arrogancia hasta el «escenario» de tierra apisonada que había creado frente al carromato e hizo una elegante reverencia.

—¡Caballeros! —exclamó en un tono mucho más elevado de lo necesario para los treinta espectadores que conformaban su público. Los caballos relincharon a lo lejos.

—Esto no es el anfiteatro de Corinto —protestó padre—. Baja la voz o los guardias se te echarán encima.

El hombrecillo asintió con la cabeza pero apenas detuvo su discurso, yo temblaba de emoción.

—Oh, gran rey Mitrídates, estimados generales y consejeros: recién llegado de mis triunfales actuaciones ante los faraones de Egipto, habiendo dejado sin habla a los sátrapas de Arabia y al mismísimo gran rey de Partia, yo, el asombroso Oto de Armenia, me dispongo a ofrecer el mayor espectáculo del mundo. ¡Las bestias salvajes de África!

De repente, la lona se levantó ayudada por un sistema oculto de poleas y cuatro criaturas peludas saltaron del carromato y procedieron a desfilar solemnemente alrededor del improvisado escenario mientras Oto permanecía orgullosamente en el centro. La escena era asombrosa: un león que agitaba con alivio su melena cual galán recién levantado de una siesta; un gran oso castaño que caminaba pesadamente sobre sus patas traseras mirando de un lado a otro, deslumbrado por la intensa luz de las antorchas; un mono que chillaba de placer por haber sido liberado y caminaba apoyándose en los nudillos y propinando juguetones manotazos a la cola del león, y, por último, un lobo gris que avanzaba en silencio, montado por una reproducción exacta, bien que mucho más reducida, de Oto, quizá de unos cinco años. El niño, calvo y menudo, viajaba sentado en una silla de montar diminuta, agarrado al pelo del animal y vestido con un atuendo militar de cuero. Parecía un oficial de caballería en miniatura.

Los hombres reían mientras Oto mostraba las habilidades de los animales. El mono, disfrazado de recaudador de impuestos, emprendió una pelea simulada con su amaestrador; luego apareció en el escenario un carro de guerra diminuto y el lobo, gruñendo debidamente, procedió a tirar de él con el niño, también llamado Oto, a bordo y a embestir al paciente oso; a renglón seguido, un conejo pasó corriendo por delante del león, que fue tras el animalillo y, tras darle caza, lo depositó sin un solo rasguño en las manos de Oto el Viejo. No había duda de que el león estaba tan desdentado como su dueño. Para terminar, padre, hijo y los cuatro animales se colocaron en fila y saludaron al unísono con una reverencia. Hecho esto, todos se incorporaron salvo el mono, que estaba garabateando algo en la arena con un dedo. Oto hizo ver que le regañaba hasta que la bestia finalmente se levantó y desfiló con

sus compañeros hasta el carromato. Entonces en la arena pudimos leer la palabra griega ¡XAIPE! (¡Saludos!). A padre le sorprendió que la caligrafía del mono fuera mejor que la mía.

El rey lanzó a Oto una bolsa llena de plata y la familia de enanos hizo otra reverencia, prometiendo que el próximo año volvería a actuar para nosotros, como llevaba haciendo desde que los presentes podían recordar. Yo estaba muy agitado, y mientras el carromato abandonaba el campamento rumbo a su siguiente y remoto destino no podía dejar de hablar. Mi sueño de convertirme en príncipe o en general se había desvanecido por completo. ¡De mayor sería adiestrador de animales! Estaba impaciente por que amaneciera para poder practicar con Makarios, pero mi hermanastro, un adolescente alicaído, había visto el espectáculo de Oto en sus giras anteriores por el Ponto y le traían sin cuidado esas trivialidades. Fingió un bostezo y volvió a sus estudios.

Bituito, el enorme galo, jefe de los escoltas de padre, me miró pensativamente desde el otro lado de la hoguera mientras masticaba los restos de un hueso de la cena. Su gran cabeza pelirroja contrastaba con el pelo moreno de los demás hombres que había a nuestro alrededor, griegos y persas, capadocios y armenios. Su piel curtida, del color del bronce a causa de tantas campañas, brillaba casi como el oro, los tendones de los descomunales brazos se tensaban y cedían bajo la luz parpadeante de la hoguera. Si padre era Zeus, este hombre tenía que ser, por fuerza, Apolo, bien que sin su ingenio y elocuencia. Las palmas de Bituito descansaban sobre las rodillas, y me quedé observando el hueco del meñique ausente en la mano derecha; desde hacía tiempo era fuente de fascinación para mí y de chanza para los dos.

—Bituito —le pregunté por enésima vez—, ¿cómo perdiste el dedo?

El gran galo se miró la mano.

—¿Este? —dijo con su fuerte acento bárbaro—. Verás... —Hizo una pausa, como si intentara recordar—. Hace algún tiempo, el viejo rey Eneas me pidió que eliminara al gigantesco jabalí que arrasaba sus campos. Era una bestia enorme que le había tomado el gusto a la carne humana. La tenía acorralada contra unas rocas cuando...

—Embustero. Eso lo has sacado de un mito griego. Además, la última vez dijiste que fue un oso.

—Un oso, un jabalí, ¿qué importa eso? Los dos son comestibles.

—Estoy de acuerdo con Farnaces —intervino padre—. No sabes mantener una mentira, yo te oí contar que perdiste el dedo en los dientes de una prostituta sagrada del templo de Conama que se enfadó porque le habías...

—¿Yo conté eso? —corrió a interrumpirle Bituito, mirándome, compungido. De repente parecía desconcertado, como si no pudiera hacer memoria—. Debió de ser el vino el que habló. Que yo recuerde solo me rompió la nariz, y fue un malentendido sobre el tamaño de mi ofrenda.

—¡El tamaño de tu ofrenda! —Los hombres estallaron en sonoras carcajadas al escuchar la excusa del pobre Bituito—. ¡Contento has de estar de que solo te arrancara un dedo!

El gran galo contempló el fuego, más confundido que nunca. Los hombres gustaban de atormentar al escolta de padre, conscientes de que, como ellos decían, su molino giraba con lentitud. Bituito decidió cambiar de tema.

—¿Sabes una cosa, joven Farnaces? —dijo, mordisqueando cual sabueso un trozo de cartílago y arrojándolo luego a las llamas—, tu padre no era mucho mayor que tú cuando se marchó de casa para reclamar su título real. Lo cierto es que en algunos aspectos me recuerdas a él.

Sonreí y me puse cómodo. De todas las historias que contaba Bituito, y podía hablar durante meses sin repetirse, esta era mi preferida.

—Caray, el galo va a triturarnos de nuevo los oídos con mentiras sobre sus aventuras en el bosque —gimió burlonamente Arquelao—. Vigila lo que le cuentas al chico. Nosotros también estábamos allí y no dejaremos que te desvíes del camino. Esta vez, nada de prostitutas sagradas.

Bituito soltó un bufido, se limpió las manos grasientas en la arena y, con un gruñido, alzó a la luz el enorme escudo de padre que tenía a su espalda. Con ayuda de una piedra pómez, procedió a pulir los intrincados dibujos tallados en el bronce.

—De acuerdo —dijo—, pero no veo que ninguno de vosotros se ocupe de la educación del muchacho como yo. Ni siquiera el padre. —Miró intencionadamente al rey, que se limitó a sonreír—. El muchacho nos acompaña en las campañas como un cachorro, perdiéndose a veces las lecciones de meses enteros. Lo menos que podemos hacer es enseñarle lo que sabemos. No te pasas siete años viviendo entre cabras sin aprender algo...

—Bituito —gruñó padre—, Farnaces está aprendiendo. Solo tiene diez años y ya posee una mente más de estrategia que la mayoría de mis oficiales. A este paso, cuando tenga quince te dirigirá en la batalla. Lo que dices es absurdo. Prosigue con tu relato.

El galo asintió y se dispuso a contar la historia con su fuerte acento bárbaro. Esa noche le tocaba a él. La próxima noche sería de Arquelao o de padre. Makarios no tenía tiempo para esas fábulas jactanciosas carentes de estructura, como él las llamaba, y se marchaba tranquilamente a su catre para leer los deberes que le habían asignado sus tutores, yo me quedaba a los pies de padre, quieto y muy callado, esforzándome por pasar inadvertido, por permanecer el máximo de tiempo posible al calor del fuego, en compañía de los hombres, antes de que me enviaran a la cama. E incluso entonces, aunque mi hermanastro ya durmiera, yo yacía en la oscuridad escuchando, hasta bien entrada la noche, las risas de los hombres.

Gracias a esos relatos en torno al fuego conocí la historia del Ponto, de mis

antepasados, de la vida de padre, del origen de su sueño de construir un imperio. La educación de Makarios estaba hecha de tablillas y pergaminos. La mía, de humo y sombras.



V

EL JOVEN PRÍNCIPE MITRÍDATES tenía apenas catorce años cuando se marchó de casa acompañado de los gemelos Arquelao y Neoptólemo, Bituito y otros compañeros. Formaban una pandilla de jóvenes bromistas y alegres, de edades parecidas, educados en el palacio como hijos de la nobleza. Juntos partieron de Sínope, la capital del Ponto, para lo que sería, según dijo el joven príncipe, otra de sus cacerías semanales. Pero en esta ocasión, no regresaron.

Ya a esa edad Mitrídates tenía el tamaño de un boxeador y el doble de su fuerza. Descollaba sobre todos sus compañeros, a excepción del rubicundo Bituito, que competía con él en peso y fuerza y, de hecho, compartía tal parecido, incluso en el porte y los gestos, que desde lejos la gente los confundía. Mitrídates poseía estatura y fuerza para impresionar a los asiáticos y belleza para seducir a los griegos, atributos útiles en un reino que abarcaba gentes de ambas razas. Tenía la apostura de un dios y la astucia de un armiño, y no admitía errores ni excusas. Llevaba su pelo castaño y ondulado suelto y largo hasta más abajo de los hombros, al estilo de Alejandro según aparecía retratado en las monedas antiguas del tesoro de su padre, y su irresistible sonrisa ya era legendaria en todo el reino. Con una sola mirada de sus risueños ojos grises los muslos de las jóvenes temblaban y hasta las abuelas tenían que sentarse para calmar la agitación de sus corazones.

A Mitrídates no solo no le molestaba el hecho de ser centro de atención, sino que lo cultivaba, si es posible cultivar una presencia ya de por sí casi sobrehumana. A pesar de haber nacido en el palacio del puerto griego de Sínope, haberse alimentado de Homero y haber hablado griego en casa, jamás olvidaba que era mucho más que el mero descendiente de uno de los generales macedonios de alto rango de Alejandro, algo de lo que muchos de sus camaradas presumían. Mitrídates era descendiente directo de la dinastía aqueménida, la familia real persa, vástago del mayor imperio del mundo, y en ningún momento permitía que sus compañeros lo olvidaran. Hasta cuando paseaba por la abarrotada y soleada ágora de Sínope u ofrecía un sacrificio a Apolo en su templo de mármol blanco, entre griegos de holgados ropajes que comentaban los últimos escándalos políticos de la lejana Atenas, Mitrídates se movía como un bárbaro victorioso, luciendo el atuendo tradicional de los nobles persas. Las túnicas de largas mangas ribeteadas con llamativos bordados de seda, los bombachos de hilo recogidos en los tobillos, y por si eso no conseguía atraer las miradas de la

multitud, portaba en el cinto una enorme daga curva con incrustaciones y, colgado del hombro, un arco tan grande como el de Odiseo, como si acabara de volver de una batalla. Eso bastaba para dejar sin palabra incluso a las lenguas más cultivadas.

Apenas tenía doce años cuando su padre, el rey Mitrídates Evergetes V, murió envenenado. Nunca se identificó al asesino, aun cuando las pruebas circunstanciales apuntaban hacia la esposa, pues estando el cadáver del rey todavía caliente, mostró un testamento hasta entonces desconocido que le dejaba todo el control del Ponto como reina regente hasta que Mitrídates, transcurridos nueve años, alcanzara la mayoría de edad. La situación satisfizo a madre e hijo durante un tiempo, pues una vez superada la pena inicial, el príncipe se descubrió gozando de una agradecida libertad, sobre todo en el ámbito de su educación y la caza, sus dos grandes pasiones. La reina, por su parte, se concentró en evitar la humillación que había sufrido su padre a manos de los romanos en el desierto egipcio, si bien de una forma muy diferente de la que habría elegido un gobernante valiente, pues dedicó todas sus energías a congraciarse con Roma en lugar de desafiarla, procurando a toda costa evitar su mortífera atención. No abrigaba el más mínimo deseo de acabar sus días como trofeo en un triunfo romano y sí el de conservar el título de reina regente el máximo de tiempo posible.

Para ello, una vez asumido el poder, cambió radicalmente la política exterior que su marido tan minuciosamente había trazado. Para ella, la clave de la paz con Roma era la oscuridad total y la retirada completa del Ponto de los territorios conquistados. Las guarniciones pónicas regresaron a casa, junto con los embajadores, y permitió que nuestras rutas comerciales en el Mediterráneo se debilitaran paulatinamente a fin de evitar toda impresión de competencia con Roma. La reina alteró incluso las monedas del Ponto ordenando la retirada del escudo de armas mitridático y acuñando únicamente monedas con su nombre y su perfil. En general, su política era una política de servidumbre a Roma, diseñada para mantener su estilo de vida personal al tiempo que demostraba a las autoridades romanas sus buenas intenciones.

El príncipe Mitrídates, pese a su temprana edad, se daba cuenta de que la política de su madre iba a dejarle con muy poco sobre lo que gobernar el día que finalmente alcanzara la mayoría de edad. Cuando ascendiera al trono, estaría muy lejos del poder que habían ejercido sus antepasados persas. Si ascendía al trono.

Pues también estaba el asunto de la falta de instinto maternal entre las mujeres de su clan. Últimamente había notado un gusto extraño en la comida, a lo que, una vez consumida, seguía una desagradable sensación de ardor en el estómago. Nada de lo que alarmarse, naturalmente. La sensación era tan leve que apenas resultaba perceptible. Pero el simple hecho de que ocurriera cada noche habría bastado para inquietar a cualquier heredero a un trono. El príncipe no sabía con certeza si sus percepciones eran ciertas o fruto de una imaginación febril provocada por el hecho de

saber que su madre adoraba mandar y perdería su autoridad cuando él finalmente subiera al poder.

A modo de precaución, planteó secretamente el asunto a un personaje extraordinario que había heredado de su padre, un escita anciano pero lleno de vida perteneciente a la tribu de los agari, que habitaba las tierras del norte, en el lago Meotis. Esta tribu era ancestralmente célebre por su uso del veneno de serpiente como remedio, y Papias, el herborista, estaba considerado como uno de los grandes expertos en el arte de extraer el veneno a una serpiente. Aunque la primera vez que le vi no había sobrepasado aún la edad madura, me pareció el ser más sabio y anciano que había conocido en mi vida. Con el rostro tatuado de azul y el trocito de ámbar incrustado en el único diente, ya amarillo, que le quedaba, su aspecto llamaba la atención. Así y todo, dicho aspecto no podía competir, en cuanto a rareza, con sus enigmáticos conocimientos y aptitudes. Papias podía pronosticar el tiempo con días de antelación, percibir si una planta se hallaba en el punto álgido de su potencia medicinal e incluso, decían, comunicarse con los animales y los difuntos.

Cuando Mitrídates le informó de los síntomas que estaba experimentando, Papias se mostró igualmente preocupado y, después de algunos experimentos, elaboró un preparado de proporciones secretas que de ese día en adelante el muchacho bebía cada mañana al levantarse, antes de su primer sorbo de agua o vino, como remedio seguro contra cualquier veneno. Nadie conocía los ingredientes salvo el curandero, Mitrídates y, años más tarde, yo. El rumor dio lugar a especulaciones sobre la supuesta presencia en la libación de toda clase de elementos mágicos y repugnantes, especulaciones que el príncipe no se molestaba en frenar, pues solo hacían que contribuir a su leyenda. Demostraba un gran valor al ingerir diariamente semejante pócima, pero la desesperación es la madre de la determinación, y el temor por la vida de uno puede llevarnos a tomar medidas extremas.

El veneno no era la única arma asesina que el príncipe debía temer. Durante las prácticas de tiro con los instructores militares contratados por su madre, más de una flecha había pasado a una distancia inquietante de su cabeza. El suceso podía calificarse fácilmente de mero accidente, y eso hizo la primera vez, cuando aceptó entre risas las profusas disculpas de sus instructores. No obstante, como medida de precaución, el príncipe los asignó a otros estudiantes y contrató nuevos instructores. Transcurridas unas semanas, sin embargo, el incidente se produjo una segunda vez, y luego una tercera. Una de dos, o los instructores estaban intentando matarle o tenían una puntería pésima, y en ambos casos su despido, e incluso su ejecución, estaban justificados. Así y todo, para no crear tensiones en la corte, el príncipe se mordió la lengua.

El asunto de los caballos, no obstante, fue la gota que colmó la copa. En ciertas ocasiones en que había decidido salir a cabalgar por las colinas circundantes, los

mozos de los establos reales le habían dicho que su corcel estaba lisiado y que debía montar otro caballo. Pero en cada ocasión olvidaban decirle que el caballo no había sido adiestrado para obedecer la orden de «alto»; o que al ver un oso reaccionaba, casi se diría que de forma inculcada, lanzando al jinete directamente sobre la trayectoria de la bestia; o que la avena que había comido esa mañana había fermentado o la habían mezclado con la hierba hippomanes, provocando en el animal, a ochenta estadios de la ciudad, un cólico que lo dejaba en el suelo retorciéndose de dolor. Un día, un semental al que acababa de subirse salió disparado por la puerta baja del establo y a punto estuvo de matar al príncipe, que se golpeó la cabeza con el marco de piedra y perdió el conocimiento. Tales sucesos representaban algo más que una vergüenza para el príncipe, aunque también esto último, pues estaba considerado como el mejor jinete entre los suyos, por no decir del reino entero. El príncipe empezó a hartarse de tanto accidente del que escapaba por los pelos. Llevaba tiempo sospechando que no eran tales accidentes y finalmente llegó a la conclusión de que si quería sobrevivir estos siete años que le quedaban para alcanzar la mayoría de edad y la sucesión, necesitaba tomar medidas más extremas que una dosis diaria de medicina.

Apenas cumplidos los catorce años, Mitrídates organizó una cacería con algunos amigos íntimos. La excursión no tenía nada de excepcional, salvo el hecho de que tenían previsto que durara más de lo habitual, en este caso varios días en lugar de uno o dos. Por consiguiente, se procuraron algunos pertrechos, tiendas de lona ligeras, doble provisión de flechas y un caballo de reserva para cada uno por si alguno se lisiaba en las colinas tupidas y rocosas del Ponto interior. Mitrídates también llenó una alforja con pergaminos y textos filosóficos y científicos extraídos de la desaprovechada biblioteca de su padre. A nadie le sorprendió ese detalle, pues el muchacho solía llevarse textos y material de estudio en sus excursiones para distraerse durante las tardes calurosas o las horas previas al alba, mientras sus compañeros dormían.

No obstante, para sorpresa de la reina Laodice y desesperación de los padres de los demás muchachos, el grupo no regresó. Pasaron semanas y meses sin recibir noticias de ellos, ni siquiera testimonios de habitantes del interior que los hubieran visto pasar por sus aldeas. Organizaron partidas de búsqueda, ofrecieron recompensas, mas no volvieron a saber nada de ellos.

Para el príncipe, naturalmente, todo estaba saliendo según lo planeado. Los muchachos no se habían perdido. Sencillamente, habían decidido no regresar.

Durante siete años vivieron como bandidos en los bosques y montañas del interior del Ponto, cambiando de posición cada noche y alimentándose exclusivamente de los animales que mataban con sus flechas y jabalinas. Viajaban por cañadas conocidas únicamente por los pastores que llevaban siglos habitando esas tierras y bebían en

diminutos manantiales y agujeros que solo las ninfas y náyades habían tocado. Evitaban las ciudades y los mercados, tomaban senderos tortuosos y eludían los caminos, y todo ello pese al hecho de que Mitrídates era soberano por derecho de cada valle y cada río que cruzaban.

El grupo viajaba desde las altas estepas de la Capadocia a los picos recortados de Armenia Menor, apareciendo cual espectros en las escarpadas fortalezas de los nobles vasallos del príncipe cuando necesitaban reemplazar un caballo lisiado o adquirir vestiduras nuevas. Cazaban ciervos, cabras salvajes y osos, recogían bayas cuando era la estación y reunían grano para hacer harina durante los días ociosos de verano, en el fresco interior de sus cuevas de las montañas. Obtenían miel silvestre por pura diversión. Descubrían las colmenas observando las trayectorias de las abejas que regresaban a sus hogares cargadas de polen y las señalaban con palos. Como las abejas siempre vuelan en línea recta cuando se dirigen a una colmena, esta se encontraba siempre en el punto donde las trayectorias se cruzaban.

Era una buena vida para los muchachos, una vida que apenas exigía contacto con la civilización. Sin embargo, a pesar de ese aislamiento, fue justamente en esta época cuando empezó a forjarse la leyenda de Mitrídates entre los altaneros nobles póntricos de las montañas. Estas familias de ascendencia persa llevaban generaciones rindiendo homenaje a los reyes amantes de lo griego de la decadente costa, cuando, en realidad, sentían muy poco o ningún aprecio por ellos y aún menos por la servil reina regente, quien, en su opinión, se dedicaba a holgazanear en sus palacios rodeada de un esplendor inútil.

La situación, con todo, cambió por completo cuando este extraño joven que hablaba griego y lucía anticuadas vestiduras persas se dejó caer por sus recónditos dominios de las montañas asegurando ser, como ellos, descendiente de la dinastía aqueménida y hablando de restablecer la gloria de sus antepasados y el imperio de Alejandro. Para estos nobles amantes de la guerra, descendientes de poderosos guerreros persas que habían conquistado estas tierras generaciones atrás, Mitrídates era la reencarnación de los héroes del pasado. Fuerte y autoritario, misterioso en sus idas y venidas, rápido en aprender las lenguas y dialectos de las provincias que recorría, desde el armenio de las tierras altas hasta el troglodita, parecía la encarnación del guía que necesitaban, un guía merecedor de la lealtad de los nobles jinetes de las montañas, y durante siete años mantuvieron oculta su existencia a las partidas que lo buscaban, cada vez más escasas, enviadas desde la decadente costa.

Estas historias sobre las andanzas juveniles de padre eran mis favoritas; las excéntricas versiones relatadas junto al fuego del campamento las hacían aún mejor.

—¿Cómo pudisteis vivir durante siete años sin ayuda de nadie? —pregunté una vez a padre, tratando de alargar la «lección de historia» acribillándole con preguntas

antes de que pudiera enviarme a la cama.

Padre rio.

—Bueno, a veces hacíamos trampa. ¿Te has fijado en que Bituito se parece un poco a mí?

—Sí. ¡Los dos sois grandes como cíclopes!

Makarios se burló de mi infantil respuesta con un bufido y le lancé una mirada feroz.

—Llevas razón, muchacho —respondió padre con una sonrisa—, aunque prefiero la comparación con héroes griegos, como Cástor y Pólux. Para la gente que nunca me había visto, que solo conocía mi descripción de oídas, el viejo Bituito podía pasar perfectamente por mí. Los jefes de las tierras altas, que en cualquier caso solo hablaban persa, no reparaban en el acento galo de Bituito. Pensaban que el hecho de que solo hablara griego se debía a la pobre educación que había recibido en Sínope.

—¡Pero su griego es terrible! —repuse. Los hombres estallaron en carcajadas y Bituito sonrió tímidamente.

—Puesse comunicaba con esos nobles como un auténtico heraldo —prosiguió padre—. A veces visitaba una hacienda haciéndose pasar por mí y pedía comida y ropa para todos nosotros mientras yo hacía otro tanto en otra hacienda. La gente estaba encantada de poder ayudar a su príncipe y al final acabábamos con raciones dobles. La vida no era tan dura como Bituito la pinta.

—Tu memoria es selectiva —intervino ásperamente Neoptólemo—. En una ocasión nos apalearon casi hasta matarnos.

Padre se puso tenso y su semblante se nubló.

—No lo he olvidado.

—¿Qué ocurrió? —preguntamos Makarios y yo al unísono.

Padre contempló nuestros rostros expectantes.

—Ese primer otoño llegamos a un remoto santuario de Ma, la diosa que vela por el Ponto. El culto a Ma proviene de Persia y se cuenta que Alejandro en persona se detuvo en el pequeño santuario hace dos siglos y dejó un casco de bronce como ofrenda, aunque hoy día el paradero del casco es un misterio.

»Cuando arribamos, el santuario estaba cubierto de maleza. El sacerdote local había fallecido poco antes de nuestra llegada y el lugar se hallaba prácticamente abandonado. Conservaba, no obstante, su hermosura: un pequeño templo de columnas de piedra caliza, muros abiertos y un altar en el centro para el sacrificio diario del sacerdote. Cerca había una fuente de agua dulce y decidimos acampar allí unos días, restaurar el santuario y ganarnos el favor de la diosa.

Padre hizo una pausa y los demás hombres menearon la cabeza.

—Craso error —musitó Bituito.

—Llegaron por la noche, mientras dormíamos —continuó padre—. Un grupo de

jinetes enviado por el señor de una hacienda cercana que quería el terreno del santuario y la fuente para su disfrute personal.

—Un romano —escupió Neoptólemo.

—Sí, un romano, un tribuno retirado que había recibido esa tierra por sus servicios. Llevaba años esperando que la práctica del culto local muriera, y ahora que ya no había sacerdote creyó que la tierra finalmente era suya. Cuando se enteró de nuestra llegada como nuevos adoradores dispuestos a restaurar el santuario, envió a sus secuaces para que nos atacaran en plena noche.

—¡Seguro que no sabía quién eras! —replicó Makarios—. De haberlo sabido, no se habría atrevido.

—Sí lo sabía. Sabía que éramos póntricos y que él era romano, y eso le dio derecho a apalearnos y obligarnos a huir por el cañón sin nuestros caballos. Dijo que éramos ladrones de rebaños que adorábamos a una deidad bárbara en su territorio. Cuando, un año más tarde, regresamos al lugar, el santuario había sido demolido y las piedras utilizadas para construir otros edificios.

Yo escuchaba horrorizado.

—¿Cómo pudo hacer eso?

—Porque Roma poseía el Ponto, así de sencillo. Cuando mi padre falleció, se perdió el control del reino y Roma llenó ese vacío. Pero eso no volverá a ocurrir. Esa misma noche, mientras me atendía las heridas, juré que me vengaría. Alejandro sufría derrotas, pero en cada ocasión salía fortalecido. Juré que castigaría a los invasores.

Se hizo el silencio y los hombres contemplaron el fuego con un brillo de desafío en la mirada. De repente, Arquelao se echó a reír y levantó la vista.

—Pídele a Bituito que nos cuente lo del caballo dorado —dijo.

—Ay, el caballo. ¿Es necesario? —protestó padre, pero le miré y comprendí que había recuperado el buen humor.

—Por supuesto que sí —intervino Bituito—. De mayor Farnaces será general. No podemos ocultarle un suceso tan célebre, tan conocido que hasta mi familia de la Galia lo ha oído contar...

—¡De tu boca! —le interrumpió padre.

—Naturalmente —respondió, imperturbable, Bituito—. ¿Cómo si no podrías explicar que seas famoso en toda Europa, incluso entre las tribus salvajes del Danubio y el Rin?

—Toda Europa —masculló padre—. Toda Europa y toda Asia tendrán pronto otros motivos para conocer el nombre de Mitrídates.

Un hermoso día de primavera, cuando Mitrídates tenía veintiún años cumplidos, mil jinetes póntricos, cubiertos de cuero polvoriento de los pies a la cabeza y con armadura completa, emergieron en perfecta formación de las boscosas colinas que

corrían paralelas a la costa. Cruzaron al galope la península de Lepte que sobresalía del gran promontorio de Sirias, pasaron frente a las haciendas de ricos y extensos viñedos y rodearon el mercado de pescado instalado fuera de los muros de Sínope. Cuando los soldados pasaron cabalgando por delante de los puestos, los vendedores de salmonetes y atunes, atónitos, detuvieron en seco sus estridentes regateos. El ejército se encontraba ya casi en las mismísimas puertas de Sínope cuando corrió la alarma, tanto se habían relajado la guarnición de la ciudad y los puestos de avanzada bajo el reinado de la reina Laodice. Los guardias cerraron las pesadas puertas de bronce ante las narices de los jinetes, que, lejos de mostrarse abatidos, formaron tranquilamente bajo los muros mientras la guarnición corría a congregarse en las almenas, abriéndose paso a codazos entre los miles de ciudadanos que buscaban los mejores lugares para ver el espectáculo.

—*Tis pothen eis andron?* ¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? —gritó el gobernador de la ciudad, utilizando el antiguo requerimiento homérico.

Como respuesta, de entre los jinetes sonó una orden expresada en un griego culto. Los soldados se abrieron, la multitud que observaba desde lo alto de los muros calló y un ser de lo más extraordinario avanzó lentamente a lomos de un caballo.

La bestia enseguida atrajo la atención de los observadores. Se trataba de un bello semental, de los criados en las haciendas de las agrestes montañas del interior que durante los primeros años de vida corren libremente por los escarpados cañones antes de ser capturados y entrenados para la caza o la guerra. El corcel era enorme incluso para los de su raza y mucho celo se había puesto en su aspecto: las largas crines formaban cien cuidadas trenzas que le caían por ambos lados del cuello, rematadas en la punta con campanillas doradas; el freno era de oro puro, y la brida, de cuero pulido con incrustaciones; la cola, al igual que las crines, estaba recogida en largas y cuidadas trenzas con tintineantes campanillas. El corcel avanzó haciendo cabriolas, como si estuviera desfilando, con la cabeza alta y girando nerviosamente los ojos hacia sus compañeros. Pero lo más extraordinario de todo era su color, pues tenía el color del oro, el mismo color que el freno que mascaba, y relucía como el sol. Como si de una estatua se tratara, cada pelo del animal aparecía cubierto por una capa de oro puro aplicada con pincel y cepillo. La gente lo contemplaba maravillada, como si el corcel hubiera descendido de los mismísimos cielos.

Tras recorrer la extraordinaria criatura de arriba abajo, los ojos de los espectadores se posaron en el jinete, que no era menos extraordinario. Aunque estaba sentado, era evidente que tenía el tamaño de un dios. Cada músculo de su cuerpo aparecía tenso como la cuerda de un arco y definido como una talla de madera. Hasta los nervios y tendones de sus colosales hombros sobresalían. La piel, brillante y aceitunada, contrastaba con el cuero negro de las correas que le sujetaban el peto dorado al torso. Los muslos, semiocultos bajo el hilo blanco de los bombachos

persas, eran anchos como la cintura de un individuo normal, y las pantorrillas semejaban los muslos de otro hombre. Lucía el cabello recogido en una sencilla coleta con una correa y, a diferencia del millar de hombres que le rodeaban, no llevaba casco. Un vago murmullo de reconocimiento empezó a oírse en lo alto de los muros, y si todavía quedaban dudas, se desvanecieron cuando el jinete alzó la mirada hacia los rostros de sus conciudadanos del Ponto y esbozó la sonrisa más amplia y blanca que habían visto en siete años.

De la multitud emergió un clamor que se fue intensificando a medida que la noticia viajaba por ambos lados de la larga hilera de espectadores, hasta que todo hombre y toda mujer, todo soldado apretado contra el muro a lo largo de cien pasos en ambas direcciones, estaba ovacionando y saludando con los brazos al príncipe desaparecido. Mitrídates los observaba desde abajo, a lomos de su caballo dorado; le faltaban únicamente unas alas para volar hasta sus regocijados admiradores. Sonriente, agradecía el caluroso recibimiento con serenos gestos de cabeza al tiempo que se paseaba en ambas direcciones. Finalmente dirigió la mirada a las enormes puertas de la ciudad e hizo una seña impaciente.

Las puertas se abrieron al instante, chirriantes sus bisagras, poco hechas al uso, y Mitrídates entró en la ciudad, la primera que pisaba en siete años, seguido de sus compañeros de infancia y el millar de jinetes. Avanzaron por la calle principal, pasaron frente al gimnasio milesio y doblaron por la calle de los Templos, que formaba un pequeño semicírculo alrededor del centro urbano. La calle estaba plagada de santuarios en honor a deidades que habían bendecido al Ponto con su benevolencia: no solo el panteón olímpico de Poseidón, Apolo, Atenea y los Dioscuros, sino también de dioses orientales como Serapis, Isis y Ahura Mazda. Hasta a los argonautas, que habían pasado por aquí con Jasón mil años antes y, según decían algunos, eran los fundadores de la ciudad, se honraba como dioses; tenían sus propios templos de mármol pintados de azul y ocre. Los sacerdotes y los criados de los templos salieron a la calle con sus ropas ceremoniales, impacientes por conocer la causa de tanto alboroto, y quedaron petrificados al ver un caballo dorado en medio de la calle. Con una mezcla de alegría y consternación, se sumaron a la alborozada multitud que seguía al joven príncipe de extraño atuendo y a sus temibles guerreros.

Finalmente llegaron al centro de la ciudad, la acrópolis sobre la que descansaba el templo principal de Zeus, el tesoro de la ciudad, y, dominándolo todo, el antiguo palacio real, una enorme y lúgubre construcción de piedra. La estructura, semejante a una fortaleza, carecía de ventanas hasta una altura de cuarenta pies, donde los muros finalmente se abrían a amplias columnatas y galerías que conducían a las dependencias reales. En la espaciosa plaza situada frente al palacio se había preparado una exhibición de ejercicios militares para entretener a los dignatarios visitantes. Delante del muro, suspendido de una viga y mecido por el viento, había un

muñeco de paja utilizado para las exhibiciones de tiro con arco. Al ver la ondeante figura, el joven príncipe tomó el arco que le colgaba de la espalda. Con un único y ágil movimiento, colocó una flecha y la lanzó directamente a la garganta del muñeco. La multitud que le seguía se sumió en un profundo silencio, maravillada ante semejante demostración de puntería.

De repente, entre los soldados de Mitrídates estalló un clamor al que enseguida se sumaron los ciudadanos. En el balcón superior del palacio se encontraba Laodice, reina madre del Ponto, observando con desdeñosa frialdad y la boca apretada de rabia la escena que tenía lugar a sus pies.

—¡Ciudadanos! —gritó Mitrídates mientras ascendía con su caballo por la escalinata del palacio hasta detenerse justo debajo de la reina.

Tras algunos enérgicos siseos de los ciudadanos que se hallaban más próximos a los escalones para acallar a la muchedumbre, se hizo el silencio y Mitrídates sonrió.

—Ciudadanos —dijo—, siete años atrás mis compañeros y yo partimos de Sínope en dirección a las montañas y los cañones del interior. En ellos hemos morado recurriendo a nuestra fuerza e ingenio, enfrentándonos a bandidos y animales salvajes, sufriendo hambre y tormentas de nieve. He recorrido este reino paso a paso. He visto y explorado cada castillo y cada fortaleza oculta en sus cañones. He aprendido el idioma de cada tribu y de cada clan en cada valle. ¡He descubierto los antiguos hogares de las amazonas, las cuevas y altares de nuestros antepasados y las moradas de los mismísimos dioses!

Entre los ciudadanos estalló un clamor de aprobación, que los jinetes secundaron con el repique de sus escudos. Mitrídates alzó una mano para pedir silencio y prosiguió.

—Pero durante mi larga ausencia no pasó una sola noche sin que mirara las estrellas y pensara en mi amada Sínope, no transcurrió un solo día sin que sintiera la vitalidad y la fuerza del pueblo pónico y su gran ciudad, y en el día de hoy, ciudadanos...

La expectación elevó nuevamente el murmullo. La reina se volvió con un revuelo de sedas y regresó al interior del palacio.

—¡En el día de hoy, ciudadanos, alcanzo la mayoría de edad y regreso a vosotros como vuestro verdadero rey!

Una ovación ensordecedora ahogó sus últimas palabras y la multitud avanzó hacia la escalinata, donde su sonriente monarca blandía triunfante una espada con incrustaciones de piedras preciosas. Riendo, Mitrídates pasó la pierna por encima del cuello de su caballo, saltó la enorme distancia que le separaba del suelo y aterrizó con la agilidad y la elegancia de un gato montés. Avanzó para saludar a la multitud, descollando sobre ella, recibiendo sus halagos, sonriendo a los miles de rostros extasiados.

Entretanto, el caballo, ese caballo dorado de los dioses, liberado ahora del peso de su imponente jinete, padecía el sofocante calor bajo la gruesa e irritante capa de polvo de oro. Por consiguiente, hizo lo que cualquier animal habría hecho en sus circunstancias. Dobló las rodillas, miró receloso a su alrededor y se sacudió con fuerza. El poderoso zarandeo empezó en la cabeza y pasó, como una onda, al cuello y los hombros, las tremendas ijadas y la enorme grupa, y con cada temblor una nube de oro, una fina neblina de partículas relucientes como el rocío, salpicaba el aire y se posaba en el pelo y la piel del sorprendido y encantado gentío. Con un coletazo de sus largas trenzas, lanzó una estela de polvo de oro contra el muro del palacio, y con una sacudida de cabeza, arrojó churretes de saliva dorada sobre la cabeza de las mujeres y niños que tenía delante. Desembarazado ya de la mayor parte del irritante polvo y sintiéndose algo más relajado, dejó caer alegremente una pila de estiércol sobre los escalones y a continuación, casi como una ocurrencia de última hora, pateó el suelo con fuerza, levantando en el proceso una nube de oro que se posó suavemente sobre el humeante mojón, convirtiéndola en una hermosa y reluciente pepita.

Lo primero que hizo Mitrídates como nuevo rey fue arrebatar a su madre el título y recluirla en un lugar donde no pudiera hacer más daño, una prisión de lujo, por supuesto, con toda la suntuosidad y los placeres a los que estaba acostumbrada, pero sin la libertad y la dignidad de una reina regente. Atendida por un pequeño círculo de eunucos, Laodice vivió rodeada de gran esplendor, maldiciendo a los dioses y a su hijo en todo momento, hasta que murió de puro resentimiento seis meses después. Sobre su destino y legado no hace falta decir más.



EL PONTO ILIMITADO

Pues incontables estados que en el pasado fueron grandes, se han debilitado desde entonces; y los que ahora son poderosos fueron débiles en otros tiempos.

HERÓDOTO



I

LA PRIMERA TAREA de un nuevo rey es examinar el estado del tesoro real, empresa que resultó algo más complicada de lo que Mitrídates había previsto. Oh, localizar la sala del tesoro fue fácil. Pese a sus siete años de ausencia de palacio, conocía perfectamente el camino, pues de niño había pasado allí muchos ratos examinando las colecciones de reliquias y monedas antiguas. Lo que no había esperado, sin embargo, era encontrar la sala vacía. Literalmente, figuradamente, en todos los sentidos. Tan solo halló algunas bolsas de oro en polvo que, reunidas con cuidado, apenas bastarían para pagar al personal del palacio durante unas semanas o, como mucho, unos meses.

¿Cómo había conseguido la reina sufragar los gastos que implicaba dirigir un país?

Cierto que no tenía ejército, de modo que la defensa no representaba un carga. Pero ¿y las docenas de fortalezas y baluartes repartidos por la costa y el interior? ¿Y la ostentosa decoración del palacio de Sínope y los ejércitos de diplomáticos y consejeros que la reina alimentaba para estar en buenas relaciones con Roma? ¿Y la nueva capital que había estado construyendo en la costa fresca y ventosa del lago Stiphanis, bautizada modestamente con el nombre de Laodicea? Los asesores financieros de la reina habían huido en cuanto Mitrídates subió al poder y los libros de cuentas habían desaparecido misteriosamente, pero él abrigaba algunas sospechas en cuanto a las fuentes de financiación, sospechas que no tardaron en confirmarse.

No habían pasado dos semanas cuando una sonriente delegación romana —un enviado subalterno del procónsul de Pérgamo y una cuadrilla de banqueros— arribó a Sínope para dar la enhorabuena al rey. No porque Mitrídates significara gran cosa para Roma —los cambios políticos de los estados menores colindantes eran irrelevantes, de ahí el bajo rango del enviado—, pero el cambio de gobierno significaba mucho para los financieros romanos.

Pues la casa real pónica estaba empeñada hasta las cejas.

Cada sinecura, cada cargo gubernamental, se remuneraba con préstamos concedidos por Roma. El Senado romano extendía la mayoría de los pagarés, principalmente contra la reina en Sínope, pero cada ciudad, pueblo y aldea del Ponto estaban igualmente endeudados con los banqueros itálicos, que gozaban de gran influencia en los concejos locales. Hasta los mercaderes del Ponto, romanos de segunda o tercera generación, hacían lucrativos negocios prestando dinero para

simientes a los agricultores a cambio de una parte de la cosecha o gestionando contratos de aprendizaje para los hijos e hijas de artesanos póntricos a cambio de una parte de su producción. El reino del Ponto al completo estaba construido sobre una gran torre, peligrosamente inclinada, de préstamos de inversores romanos, la mayoría al interés máximo permitido por el Senado, que estaba llevando a todas las empresas, salvo las más lucrativas, a la ruina.

Tras varias horas de conversaciones con los banqueros a puerta cerrada, Mitrídates salió de la sala temblando de indignación.

—¡Lo poseen todo! —bramó a Bituito—. ¡Todo! Mi madre se lo entregó todo a Roma.

Furioso, echó a andar por las losas biseladas de la galería principal, donde macetas de flores y arbustos frutales se alternaban elegantemente con cuidadas parcelas de césped y mosaicos. Caminó en silencio hasta el patio central del palacio, de cuya fuente de cincuenta surtidores brotaba un agua cristalina llegada, mediante acueductos, de un manantial que nacía en las montañas situadas a ciento sesenta estadios de allí. Los sirvientes estaban colocando las sillas y las mesas para el banquete que Mitrídates iba a ofrecer esa noche a sus invitados romanos. Tomó una silla de cedro bellamente tallada, con filigranas de oro insertadas en las delicadas espiras, y tapizada con seda morada de la mejor calidad. La volcó y examinó el envés con gesto elocuente.

—Debería llevar una etiqueta —declaró en voz alta—. *PROPRIETAS SPQR*.^[1]

—Pero no la lleva —repuso Bituito—, y no he visto ningún documento que declare que les debes algo.

—Porque los tienen ellos —farfulló Mitrídates al tiempo que lanzaba la silla contra la pared, provocando una explosión de astillas y jirones—. Los romanos tienen todos los pagarés que firmaron mi madre y su tesorero, y aunque sean fraudulentos, tienen una legión en Cilicia para hacerlos legales. Nada impide a los romanos hacer su santa voluntad. No existe equilibrio, no existe contrapeso. En otros tiempos estaba Cartago, y antes de eso Grecia, ¡incluso un gran imperio helenístico! Pero de eso hace mucho. Ahora solo existe Roma.

Bituito le miró perplejo.

—¿Qué estás diciendo? Grecia todavía existe. Su capital es Atenas. Tú hablas griego, yo hablo griego, más o menos.

—Te equivocas.

Mitrídates tomó pensativo un jirón de seda y se puso a jugar con él.

—Grecia no existe. Grecia no es más que una idea, un mito. Existió hace mucho tiempo, cuando sus tradiciones y leyes eran conocidas desde Ática hasta Egipto, cuando podías caminar trescientas parasangas y encontrar hombres que compartían tus ideales y veneraban a tus filósofos. Pero eso ha cambiado. Ahora Grecia son cien

ciudades gobernadas por procónsules y banqueros romanos, y cada una de esas ciudades compite por un trato fiscal favorable o por derechos de exportación o por ser la anfitriona de la próxima visita del cónsul. La gente se pelea por aprender latín, por alistarse en las legiones, por convertirse en esclavos de señores romanos para poder a su vez esclavizar a otros. Son cien ratas diminutas contra un oso, y serían capaces de aplastar y vencer al oso si trabajaran juntas, pero se dedican a pelear entre sí, y las que sobreviven no desean otra cosa que ganarse el favor del enemigo.

Bituito escuchaba el arrebato con los ojos como platos.

—¿Nuestro Ponto es una rata? ¿Y esos enclenques banqueros son el oso?

Mitrídates asintió.

—Eso parece.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? ¿Cómo pagarás a tus hombres? ¿Cómo mantendrás a tu pueblo? El país está en bancarrota.

—Llevo siete años meditándolo. Durante todo el tiempo que pasamos en las montañas estuve pensando en algo más que en la siguiente cabra que nos íbamos a comer.

—No es ningún crimen pensar en comer. De hecho, yo lo estoy haciendo ahora.

—Eso no paga las facturas, Bituito. Pero existen formas de recaudar fondos. Cuando mi padre vivía tenía muchos contactos. Conozco sus nombres. Solo que...

Hizo una pausa y Bituito le miró desconcertado.

—¿Solo que qué?

Mitrídates levantó la vista bruscamente, jugando todavía con el retal.

—Que a nuestros amigos romanos no les hará ninguna gracia.

El segundo asunto del que debe ocuparse un nuevo rey es la continuidad de su dinastía. Los hijos de un rey deben nacer de una mujer de sangre real, y ahí estaba el problema, pues eran muy pocas las mujeres de este mundo cuya sangre considerara Mitrídates digna de mezclarse con la suya, ya no quedaban casas reales griegas con hijas con la edad o la riqueza adecuadas; Siria se estaba viniendo abajo, víctima de las luchas políticas internas y las incursiones árabes, y la mayoría de los estados vecinos, como Capadocia y Pérgamo, eran meros vasallos de Roma y, por tanto, una degradación. Bituito le ofreció amablemente la posibilidad de elegir entre sus primas, que aseguraba eran princesas de la tribu de los aquitanos de la Galia, pero Mitrídates rechazó elegantemente la oferta alegando que desconocía el idioma, excusa que probablemente no habría funcionado con otros posibles pretendientes pero que Bituito aceptó.

Dada la falta de opciones griegas, Mitrídates y sus consejeros perdieron la esperanza de encontrar una esposa adecuada y al final se vieron obligados a recurrir a una alternativa poco tentadora: Laodice, la hermana menor del rey.

Esta unión fue, sin embargo, todo lo desastrosa que cabía esperar. Aunque de ella

nacieron Makarios y otros tres vástagos, el rey y la reina eran rivales, incluso enemigos. De hecho, el final de este matrimonio se decidió varios años más tarde, cuando Mitrídates partió a una de sus visitas periódicas a sus dominios y a su regreso, doce meses después, encontró a una Laodice inexplicablemente fría y, más inexplicablemente aún, encinta. No sabiendo muy bien qué hacer, Mitrídates optó por encerrarla en unas dependencias apartadas, atendida únicamente por un puñado de esclavas y cortesanas, con el fin de mantenerla oculta hasta que el niño naciera.

Lejos de mostrarse agradecida por el indulgente trato, a Laodice la consumía la rabia. Sin dejarse amedrentar por la dosis diaria de antídoto que ingería su marido, planeó envenenarle la comida en un banquete oficial. El ágape consiguió matar a dos embajadores extranjeros y dejar enfermos a muchos otros comensales antes de que Mitrídates comprendiera qué estaba ocurriendo. Él, naturalmente, solo había notado un sabor extraño en la carne. Esta vez Laodice recibió el castigo que merecía. Huelga decir que Mitrídates nunca volvió a casarse, prefiriendo la relativa seguridad, y considerable variedad, del harén.

A partir de eso, desapareció Laodice.

La tercera tarea que se propuso el rey fue restablecer el ejército pónico, caído en el abandono desde el asesinato de su padre. Dicho abandono había contado con la aprobación de su madre, pues Roma habría visto con sumo recelo cualquier señal de que el Ponto estaba intentando crear una fuerza militar.

Mitrídates, por tanto, se enfrentaba al reto de restaurar la gloria del Ponto sin provocar abiertamente una guerra con Roma. Pero el problema, aunque delicado, no era irresoluble. La clase noble de Roma, cada vez más amenazada en casa por las Guerras Sociales, estaba sedienta de paz en el extranjero. En política exterior, Roma aplicaba la estrategia del avestruz de esconder la cabeza en la arena para evitar el peligro. Mientras no lo hiciera de forma muy ostentosa, Roma permitiría a Mitrídates actuar con relativa libertad.

No obstante, dado que el rey pónico poseía pocas materias primas con las que trabajar, debía actuar con mucho tiento. El dinero era un problema, mas no un problema insalvable. Los prestamistas romanos de Sínope se mostraron encantados de seguir extendiendo préstamos a la casa real. La situación no podía prolongarse indefinidamente; tarde o temprano los créditos tendrían que devolverse, pero ya habría tiempo para pensar en eso, cuando las defensas del reino se hubiesen reforzado y las rutas comerciales estuvieran restablecidas.

El primer paso de Mitrídates fue modesto. Siguiendo el ejemplo de los monarcas asiáticos de otros tiempos, empezó por contratar un contingente de mercenarios griegos, en este caso seis mil. Había calculado cuidadosamente el número para que no superara el de una legión romana y, por tanto, no levantara sospechas. En cualquier caso, los romanos consideraban a los griegos muy inferiores a ellos en valía militar.

Pero lo que los observadores romanos no sabían era que estos griegos no eran como los demás griegos. De los muchos mercenarios que habían solicitado su ingreso en el ejército de Mitrídates, solo se había seleccionado un pequeño porcentaje. Los objetivos de Mitrídates precisaban únicamente hombres entrenados en un método de combate concreto, una técnica bélica casi invencible: la falange.

La falange consistía en un bloque sólido formado por cuatro hileras de soldados o, mejor aún, ocho o dieciséis, en el que cada hombre avanzaba pegado, hombro con hombro, al compañero de la derecha y de la izquierda. Cada guerrero empuñaba en el brazo izquierdo un escudo de bronce que lo cubría a él y a su camarada de la izquierda, en tanto que en la mano derecha portaba una pica de ocho pies. Los soldados de las primeras filas sostenían sus picas en posición horizontal, en dirección al enemigo; los de las filas intermedias y posteriores mantenían la pica vertical, listos para colocarlas en posición de ataque si los soldados de delante tropezaban o caían muertos. Una falange bien entrenada podía penetrar, con suma precisión y un valor ciego, en las mismísimas fauces del enemigo como un bloque sólido de hierro y bronce que arrasaba con todo lo que encontraba a su paso. Una vez en marcha, los hombres de la falange no tenían más opción que avanzar, pues cada hilera de soldados clavaba sus escudos en la espalda de los camaradas de delante, empujándolos hacia la batalla como hacían con ellos los camaradas que tenían detrás. La falange no cesaba su ofensiva implacable hasta que el último enemigo había sido pisoteado en el fango ensangrentado o huía a las colinas. Eran hombres así de duros, adiestrados en el coraje ciego de la guerra de falanges, los que integraban el núcleo del ejército de Mitrídates.

Entretanto, mientras sus compañeros de infancia instruían a las nuevas tropas, Mitrídates se dedicó a crear una armada. En este terreno corría menos riesgo de despertar las sospechas de los desconfiados romanos. El Ponto siempre había sido un país marineramente conocido por su pesca y su actividad comercial en los puertos del Ponto Euxino. Era comprensible que un rey joven buscara protección contra las invasiones por mar creando una poderosa armada.

Tenía, además, la suerte de disponer ya de una escuadra cercana, tripulada por los mejores marinos que existían en la faz de la tierra: la vasta flota de los piratas cilicios. En otros tiempos, estos piratas habían sido amigos de su padre, el cual les proporcionaba puertos seguros a cambio de una parte del botín que obtenían de los navíos mercantes. Ningún puerto de la tierra estaba a salvo de estos feroces hombres con vista de lince, extrañas vestiduras y largas melenas. Ningún barco, por mucho rodeo que diera entre puerto y puerto, podía escapar a las atalayas piratas de las playas y a las veloces naves que salían como disparados de cuevas recónditas para apoderarse de mercancía y rehenes. Nadie llevaba vidas tan peligrosas ni poseía riquezas tan abundantes como estos temidos piratas. Al recuperar el contacto con

ellos y restablecer el antiguo pacto que tenían con su padre, Mitrídates no solo obtenía una armada ya formada, la más grande del Ponto Euxino, sino una importante fuente de ingresos.

Todo lo cual le impulsó a dar el siguiente paso: la conquista absoluta.

Mientras Roma se sumergía en un remolino de violencia entre sus dos partidos políticos, los *optimates* y los *populares*, Mitrídates se dedicó a recuperar los territorios y el prestigio que le pertenecían por ser derecho real. Las tierras del norte del Ponto Euxino no interesaban a Roma, pues eran regiones totalmente vírgenes. De hecho, si Roma llegaba a darse cuenta de lo que Mitrídates estaba tramando en esos páramos, únicamente se alegraría de que un rey de habla griega asumiera la empresa de llevar la civilización a ese bárbaro litoral.

Después de dos años de duros combates librados por los mercenarios griegos y la armada pirata, el conjunto de la costa norte del Ponto Euxino, incluidas las tierras de los escitas y sus vastos campos de cereales, había pasado a constituir el reino pónico del Bósforo Cimerio. Las remotas tribus de la Cólquida, en el extremo oriental del Ponto Euxino, de donde Jasón rescató el vellocino de oro, habían declarado igualmente su lealtad al Ponto. Mitrídates también obtuvo aliados entre las tribus bárbaras vecinas y los hombres salvajes que habitaban las regiones del Don y el Danubio y del lago Meotis. De aquella amplia zona Mitrídates había llegado a ser rey.

No estaba, sin embargo, satisfecho, aunque era poco lo que le quedaba por conquistar. Hasta que llegó al Ponto el rumor de que en la Galia se había librado una gran batalla en la que una enorme hueste de guerreros germánicos había destruido a todo un ejército romano. La matanza conmocionó a toda Europa y allende,^[2] y fueron pocos los gobernantes que no se detuvieron a considerar las implicaciones de esta muestra de vulnerabilidad romana. Mitrídates no fue una excepción. Poseía un ejército de mercenarios griegos y una flota dirigida por experimentados marineros. Miles de valerosos jinetes de las montañas del Ponto y las tierras altas de Capadocia estaban bajo su mando. Podía convocar a tantos soldados sedientos de lucha procedentes de todos los rincones de sus dominios como pudiera permitirse pagar, y con los tributos que recibía de sus piratas podía permitirse pagar a muchos. Los asuntos militares de los romanos en el extranjero iban de mal en peor y su situación política en casa era explosiva. Mitrídates levantó la vista al cielo y dirigió una mirada interrogativa a los dioses.

Y los dioses le miraron a su vez y sonrieron.



II

EL MISMO AÑO QUE ROMA sufría el desastroso revés en la Galia, Mitrídates establecía una alianza con el rey Nicomedes II de Bitinia. En circunstancias normales eso habría bastado para inquietar a Roma, mas no corrían tiempos normales y Roma tenía otras preocupaciones. Mitrídates desoyó las protestas desganadas del procónsul y, junto con Nicomedes, invadió Galacia, situada en el sur, y Paflagonia, el pequeño territorio que separaba el Ponto de Bitinia. Aseguradas ambas fronteras, Mitrídates se volvió hacia el este para hacer otro tanto con Armenia Menor y no se detuvo hasta alcanzar el río Éufrates. Aquí llegó a un acuerdo con Tigranes, el rey armenio, al que entregó en matrimonio a su hija de trece años, mi hermanastra Cleopatra, como muestra de buena voluntad. De ese modo Mitrídates se convertía en suegro de un hombre mucho mayor que él.

La situación en Capadocia era más compleja. Existían ciertas tensiones familiares, pues la hermana mayor de Mitrídates seguía reinando allí a pesar de que su marido había fallecido unos años antes. Gobernaba como regente de su hijo Ariarates, que estaba a punto de alcanzar la mayoría de edad.

Esta reina, mi tía, había heredado el ingenio familiar en cuestiones militares. Padre solía decir que no le habría hecho ninguna gracia enfrentarse a ella si hubiera sido hombre. Bastante difícil se lo estaba poniendo ya a nuestro ejército aliado que había invadido su reino, pese a tratarse meramente de una mujer.

—¡Por todos los dioses, Mitrídates, es tu hermana! —estalló el rey Nicomedes después de que fuerzas irregulares enemigas les hubieran destruido una columna de infantería aliada—. ¿No podrías hacerle entrar en razón? Nuestro ejército es cinco veces mayor que el suyo, pero nos hará pedazos en las montañas si la invadimos.

Mitrídates soltó un bufido.

—Las batallas más sangrientas se libran entre hermanos.

—Aun así... tiene que haber vínculos comunes a los que puedas recurrir... el cariño a tu padre, ¡lo que sea!

Mitrídates negó con la cabeza.

—No he vuelto a ver a esa mujer desde que cumplí diez años, cuando se marchó del Ponto para casarse, y dudo que mi madre le haya contado algo bueno de mí. —Soltó una risa exasperada.

Mitrídates, con todo, envió una delegación a Capadocia a fin de solicitar una

tregua para poder negociar. Para su sorpresa, la reina aceptó, bien que con la condición de que no fuera ella la que hablara, sino su hijo Ariarates, el futuro rey. Para Mitrídates, la conversación constituía una mera formalidad previa a la rendición o la derrota de Capadocia. Le traía sin cuidado una u otro, siempre que el reino cayera finalmente en sus manos.

Acordaron reunirse en la llanura que se extendía frente a los muros de Mazaca, la capital de Capadocia. Mitrídates y Nicomedes llegaron al frente de su ejército aliado, encabezado por los seis mil mercenarios de la legión griega del Ponto. A una distancia de trescientos pasos, bajo los muros de la ciudad, los aguardaba la guarnición capadocia. Aunque eran claramente inferiores en número, la actitud de los capadocios era arrogante y segura. Ataviados con sus mejores galas y toda su armadura, habían embellecido igualmente los muros de la ciudad, que aparecían cubiertos de enormes estandartes y tapices con el símbolo de la espada y la serpiente de la casa real capadocia. Los hilos de oro y plata empleados en los brocados centelleaban bajo la luz del sol.

Mitrídates y sus generales Arquelao y Neoptólemo, junto con Bituito, avanzaron pausadamente hacia el centro de la llanura en tanto que su ejército adoptaba la posición de descanso. El bando capadocio no actuó en consonancia. En sus filas solo hubo silencio durante un largo rato, hasta que un único heraldo emprendió el trote portando una bandera blanca.

—Escucha, rey Mitrídates, las palabras que vengo a transmitirte de tu sobrino, el rey Ariarates VII, gran soberano de la Capadocia.

—Entonces, ¿ya es mayor de edad? —preguntó Mitrídates a Bituito—. ¿Mi hermana le dejó vivir hasta llegar a rey?

Bituito se encogió de hombros.

—El rey Ariarates opina que esta reunión solo concierne al rey del Ponto y a él, de modo que ninguna otra parte debe permanecer a menos de cien pasos del centro de esta llanura, donde los dos reyes conversarán. Además...

Mitrídates se removió en su silla. Con su impaciente ejército detrás, Capadocia no estaba en condiciones de exigir frivolidades. Por el bien de su hermana y su sobrino, sin embargo, se mordió la lengua y continuó escuchando.

—Además, ambos reyes serán registrados cuidadosamente por un guardia del bando contrario antes de poder avanzar hasta el centro de la llanura.

—Mi reputación me precede —repuso Mitrídates—. Mi hermana ha debido de decirle los embustes que contaba nuestra madre y ahora Ariarates teme que le traicione. El muy cobarde.

—Hablarás con respeto del rey mientras estés en su territorio —replicó el heraldo, impasible.

Encogiéndose de hombros, Mitrídates se desprendió del arco, la aljaba y la espada

y entregó las armas a sus generales.

—Regístrame. ¡No tengo nada que esconder!

Después de indicar a su escolta que regresara a las líneas pónticas, bajó de su montura y aguardó. El heraldo se acercó a él y levantó la vista con nerviosismo, pues el rey se elevaba por encima de su cabeza como un árbol gigantesco. El hombrecillo registró detenidamente la túnica y las mangas de Mitrídates en busca de dardos ocultos, deslizó una mano por las piernas para asegurarse de que no escondía dagas bajo los bombachos persas y asintió satisfecho. Subió a su caballo y regresó a las líneas capadocias.

Inmediatamente después se produjo un revuelo en las fuerzas enemigas. Acompañado de una fanfarria de cornetas, el recién coronado rey de Capadocia emergió entre sus soldados, listo para representar su primer acto como monarca, a la vista de su ejército y los ciudadanos que observaban desde lo alto de los muros. A lomos de su corcel, avanzó serenamente hacia Mitrídates. Bituito desmontó y dio un paso al frente. Con porte altivo, Ariarates descendió de su montura y se sometió al registro del galo. Hecho esto, Bituito regresó a su caballo y, cabalgando a medio galope, se reunió con las líneas pónticas mientras el joven rey recorría a pie los últimos pasos que le separaban de Mitrídates.

Aunque Ariarates había heredado la estatura y el tamaño de los varones de su clan, su cuerpo era flácido y contrastaba con la figura musculosa de Mitrídates, desarrollada a lo largo de años de campaña y vida al aire libre. Ariarates poseía una melena negra hasta la cintura, que lucía aceitada y recogida en una trenza según el antiguo estilo espartano adoptado por sus tropas, y un andar encorvado, casi simiesco. De lejos, su rostro parecía inexpresivo y estúpido, pero de cerca los ojos le brillaban con una inteligencia calculadora. Mitrídates alargó una mano para saludar a su sobrino, dado que era la primera vez que se veían. El gesto, sin embargo, fue en vano, pues el joven tuvo la grosería de despreciarlo.

Los generales no podían oír la conversación, pues se hallaban a cien pasos de sus respectivos monarcas, y las impacientes tropas más lejos aún. Todos alcanzaban a ver, no obstante, que la conversación iba ganando en ardor, gesticulaciones y movimientos negativos de cabeza. En un momento dado Ariarates se llevó un brazo a la nuca, como si deseara ajustarse la trenza, y su mano reapareció empuñando un afilado cuchillo que había escondido en el pelo.

Con un movimiento raudo, el rey capadocio se abalanzó sobre Mitrídates, que esquivó la maniobra en tanto que lanzaba una mirada a sus generales, no de temor ni súplica, sino de complicidad, y con un gesto de la mano les indicó que permanecieran donde estaban. Bituito, incapaz de contenerse, trató de avanzar mientras Neoptólemo le agarraba del hombro.

—¡Aguarda! —susurró el general—. El rey puede defenderse solo. Si atacamos,

los soldados nos secundarán y provocaremos una auténtica batalla. Límitate a observar.

Entonces Mitrídates hizo algo sorprendente. Se echó a reír.

Llevándose las manos a la barriga, se inclinó sobre los talones y dejó escapar una carcajada que habría despertado a los adormilados dioses del mismísimo Olimpo. Ambos ejércitos le miraban boquiabiertos. Nada se movía, salvo la hierba mecida por la brisa y los hombros temblorosos del rey mientras proseguían sus risotadas. Al cabo de un rato, también él guardó silencio y, enderezando la espalda, miró a su adversario con determinación. Sus carcajadas seguían retumbando en el aire y en los oídos de los hombres como el zumbido interminable de una campana recién tañida.

Gruñendo de rabia, Ariarates arremetió contra Mitrídates, que esta vez agarró la muñeca del joven y le propinó un fuerte tirón hacia atrás, provocando un crujido seco que hasta las tropas oyeron. El cuchillo salió volando y se clavó en la tierra. Fracturada la muñeca, Ariarates cayó de rodillas haciendo muecas de dolor, pero consiguió arrastrarse hasta el cuchillo. Tras asirlo con la mano izquierda, se volvió hacia su torturador, que permanecía relajado, con los brazos colgando a ambos lados del cuerpo.

Los soldados pónicos estallaron en vítores y aplausos. Lo que ocurrió a renglón seguido, no obstante, iba a alimentar muchas leyendas en los años venideros.

Mientras Ariarates rodeaba cautelosamente al rey, esperando la oportunidad de saltar y consumir su traición, Mitrídates se llevó las manos a la cintura y, muy lentamente, procedió a desatarse el cordón de los bombachos, sin apartar los ojos del furibundo joven. Desconcertado, Ariarates se enderezó ligeramente y relajó los hombros, como preguntándose por qué un hombre que se disponía a morir se estaba aflojando la cinturilla.

Deshecho el nudo, padre se abrió despreocupadamente los bombachos e introdujo la mano derecha en la zona anterior. Los dos ejércitos contemplaban atónitos la escena, y hasta el propio Ariarates pareció olvidar su rabia y su dolorida muñeca mientras contemplaba la extraña conducta del hombre que tenía delante.

Fue lo último que vio. Cuando la mano de Mitrídates reapareció instantes después, también en ella brilló el destello de un cuchillo. Impulsándose hacia delante, lo hundió con tal rapidez en la garganta de su sobrino que este no tuvo tiempo de retroceder ni de levantar las manos para defenderse. Muerto al instante, cayó como un saco de trigo a los pies de Mitrídates, con la cabeza semicercenada doblada hacia un lado.

Con su mano izquierda, Mitrídates seguía sujetándose el cordón para no perder los bombachos.

Esa noche, en el campamento, reinaba el buen humor, pues sabíamos que al día

siguiente el ejército recorrería triunfante las calles de Mazaca y Mitrídates tomaría posesión del palacio de la reina.

—¡La victoria más fácil de mi vida! —se regodeó padre, reunido con sus compañeros en torno al fuego, como cada noche—. ¡No hay muchos hombres en el mundo, ni caballos, que puedan llevar un cuchillo como ese atado a la verga!

Los hombres se rieron del alarde y lanzaron sus propias pullas. Bituito sonreía pero guardaba silencio, demasiado lento de lengua para bromear con agudeza. Mitrídates le azuzó, decidido a obtener una reacción del gran galo.

—Y no era un cuchillo pequeño —dijo con una amplia sonrisa—. ¡Nadie se quejó del tamaño de mi ofrenda!

Los hombres concentraron sus mofas en Bituito, que puso los ojos en blanco.

—¡Por todos los dioses! —protestó, bien que con una sonrisa sardónica en los labios—. Menuda pandilla de asnos rebuznadores estáis hechos. ¿Cuán grande creéis que era ese cuchillo? Por la forma en que el rey cuenta la historia, se diría que era una cimitarra parta. Diablos, yo he visto a la horrenda amada de Arquelao utilizar un cuchillo como ese para podarse los pelos de la nariz.

Los hombres soltaron otra carcajada y Arquelao se agarró el pecho, fingiendo pesar por ser la víctima de semejante pulla.

—¡El galo tiene ingenio, después de todo! —gritó Mitrídates, alzando un odre en honor de su amigo—. Arquelao, nos ha dejado mudos a los dos de un solo golpe. —Dicho esto, hizo una mueca de dolor y tomó asiento—. ¡Buf! —gruñó compungido—. Debí utilizar una vaina. A punto estuve de hacer de mí un eunuco cuando extraje ese cuchillo. Me temo que no cataré el harén de Ariarates por lo menos durante una o dos semanas.

Al final, el llamativo gesto del día resultó ser en balde y el harén nunca llegó a pertenecer a Mitrídates para su cata. A la mañana siguiente, después de recorrer las silenciosas calles de Mazaca para aceptar la rendición de la reina, fue recibido por Nicomedes en los escalones del palacio.

—¡Bienvenido, cuñado! —gritó triunfalmente el bitinio.

Mitrídates le miró sin comprender. ¿Cuñado?

—¡La reina ha aceptado mi propuesta de matrimonio! —se regocijó el viejo Nicomedes.

Perplejo y enfurecido, Mitrídates retiró su ejército, dejando Capadocia a su exaliado. Había vencido al rey capadocio en un combate justo o, cuando menos, equitativamente injusto. La reina había perdido su regencia. Ahora, sin embargo, era reina consorte de Capadocia y Bitinia, y el rey Nicomedes, soberano de ambos territorios. De todo este asunto, Mitrídates era el único perdedor. Habían sido más hábiles que él, y aunque calificó el suceso de un revés pasajero, la espina le duraría años.



III

OBSERVA LA FLECHA detenidamente. —Padre estaba detrás de mí y sostenía el arco con su enorme garra, cubriendo por completo mi mano—. Apunta justo por encima de la cabeza del pato para permitir que la flecha descienda durante el vuelo hasta tocar el ala. Así...

Mirando por encima de mi hombro, me ayudó a echar la cuerda hacia atrás y mantener firme la flecha. Curiosamente, mi objetivo no era disparar al ave en el pecho para causarle la muerte, sino en el centro del ala y empleando una flecha despuntada que quebraba los delicados huesos pero no penetraba en el cuerpo. El propósito era lisiar al pato sin derramamiento de sangre.

Disparé la flecha, pero esta se desvió y aterrizó en el agua, cerca de la cola del pato.

—Has compensado en exceso el efecto de la brisa —murmuró padre—. Las flechas despuntadas son pesadas y no se desvían con facilidad.

El chapoteo ahuyentó a toda la bandada, pero padre extrajo una flecha de su aljaba y, con suma habilidad, la colocó en el arco, tensó la cuerda y lanzó el proyectil. Lejos, en el cielo, un pato recogió la flecha con el extremo de su ala y, aturdido, revoloteó hasta caer al suelo. Padre se acercó tranquilamente a la criatura, le cortó la cabeza de una cuchillada e introdujo el cuello en la boca de un frasco. No desperdició una sola gota. En pocos instantes había vertido toda la sangre, cerrado el frasco y amarrado el pato a un cordel que le colgaba del cinturón. Papias, el viejo herborista de padre, que siempre se preparaba sus propios platos y comía solo, cenaría pato esa noche. Recogimos nuestros aparejos y echamos a andar hacia el palacio.

—La próxima vez no apuntaré tanto a la tangente si la brisa es suave —dije pensativamente.

—Analizas demasiado —me advirtió padre—. Es propio de los aprendices. Cuando hayas disparado mil o dos mil flechas, dejarás de pensar.

—¿Qué quieres decir? —pregunté sorprendido—. Los instructores siempre dicen que el cerebro vence a la fuerza.

—Por supuesto. Pero el instinto vence al cerebro. Mira a Bituito. Si tuviera que pensar cada vez que combate, nunca pasaría de la puerta de su tienda. Sin embargo, no querría a otro hombre a mi lado en la batalla.

—Pero un arquero...

—Razón de más en el caso de un arquero. Un aprendiz utiliza la razón. Eso es bueno y correcto, porque debes conocer las reglas básicas. Has de experimentar con el equilibrio del arco, la tensión de la cuerda, el peso de la flecha, los cambios de viento y de luz, pero hasta cierto punto. Si haces todos esos cálculos antes de disparar, el pato, o el hombre, se habrán ido. Debes practicar, practicar hasta que te resulte tan natural como respirar, hasta que seas poseído por el dios. Invoca el nombre de Apolo antes de disparar, permítele que arrastre la cuerda y libere la flecha, ríndete a su voluntad.

Caminamos un rato en silencio mientras yo pensaba en sus palabras, hasta que vi a padre agitar distraídamente el frasco para impedir que la sangre coagulara.

—Padre, la sangre del pato, el antídoto... No lo entiendo. ¿Por qué lo haces? Eres el rey. ¿Quién podría querer matarte?

Padre se detuvo en seco, miró en derredor y se dejó caer pesadamente en una roca próxima a la puerta trasera del palacio. Acariciando las suaves plumas del pato alborotadas por el roce, meditó sus palabras.

—Farnaces, son muchas las personas que querrían matar a un rey, sobre todo aquellas que aspiran a convertirse en tal, yo tengo un hijo de Laodice que ha de sucederme en el trono. Aunque es mi hijo, la ambición engendra muchas veces locura y la sed de sangre puede ser más poderosa que los lazos de sangre.

Hizo una pausa, como si no estuviera seguro de que yo comprendiera sus palabras. Las comprendía, mas solo me producían una profunda tristeza.

—Makarios es tu heredero. ¿Insinúas que le tienes miedo?

—Makarios es un estudioso, pero será un buen rey cuando le llegue el momento.

—Padre se levantó, meneando la cabeza—. Eso, sin embargo, no debería preocuparte.

—Pero soy tu hijo. ¿También me tienes miedo a mí?

Padre se echó a reír.

—Si te tuviera miedo, muchacho, no te estaría enseñando cómo preparar el antídoto, y tampoco hay razones para que tú tengas miedo. No eres una amenaza para nadie y, en cambio, eres una gran ayuda para mí. Bueno, ya basta por hoy. Llévale a Papias el pato y el frasco.

Cruzamos la verja y padre giró directamente hacia sus aposentos con el fin de prepararse para una recepción oficial que iba a celebrarse esa noche. Meditando sus palabras, caminé lentamente en dirección opuesta, hacia las dependencias de Papias, situadas en el ala más recóndita y desatendida del palacio.

Papias me recibió sin pronunciar palabra, pues yo le visitaba a menudo en sus oscuras y húmedas estancias y ambos estábamos acostumbrados a la compañía queda del otro. Aceptó el pato y lo arrojó, casi con indiferencia, en un cuenco de bronce que

descansaba en una esquina de la mesa, para desplumarlo y limpiarlo más tarde. Me pregunté cuándo tendría intención de hacerlo. Nunca le había visto comer. De hecho, ni siquiera sabía si comía. Estaba tan flaco y arrugado que parecía subsistir únicamente del aire, sazonado quizá con los aromas de las hierbas y los órganos que guardaba en tarros y frascos amontonados en cada estante, recoveco y ranura.

El viejo herborista tomó el frasco que yo le tendía y lo abrió de inmediato. Se lo acercó a la nariz y sus ojos se iluminaron, pero mantuvo la expresión inescrutable.

—¿Fresca?

—De antes del ocaso. Padre desangró al animal cuando todavía estaba vivo.

Ese detalle era importante, pues el contenido del frasco constituía la base del antídoto que Papias preparaba diariamente para padre. Los patos de los que provenía la sangre eran criados en el coto situado detrás del palacio y alimentados con una variedad venenosa de junco, que tenía el mismo efecto en el ser humano que la cicuta, la planta que mató a Sócrates. Papias había observado que los patos desarrollaban una tolerancia extraordinaria a este junco, que les proporcionaba una sangre que ya contenía un antídoto contra el veneno. Esta, por tanto, constituía la base perfecta donde mezclar los demás ingredientes que precisaba su *phármakon*.

Papias vertió el líquido en un recipiente de bronce provisto de un mango largo y procedió a calentarlo sobre un pequeño fuego mientras yo deambulaba por la habitación, examinando las muestras. Las garras, colmillos y huesos polvorientos que descansaban en platos sobre los estantes apenas despertaban mi interés. Papias me había revelado mucho tiempo atrás el nombre de las bestias a las que pertenecían y sus efectos medicinales cuando se añadían a una pócima. Mucho más me interesaban las muestras botánicas, que el herborista pasaba la mayor parte de sus días recogiendo en los bosques circundantes o canjeando en los mercados y herbolarios. Sus hallazgos, que añadía en cantidades variables a la sangre de pato, se hallaban entre los más tóxicos, alucinógenos y letales conocidos por el hombre, yo podía reconocer con facilidad las muestras secas y molidas de las setas mortales y venenos como la belladona y la cicuta, pero otros me eran menos familiares.

—Papias —dije—, ¿qué es esto?

El anciano levantó distraídamente la vista y miró el plato que yo sostenía y que contenía unos tubérculos largos y nudosos.

—¿Eso, joven príncipe? Ten cuidado con tus dedos, no te los vayan a morder. Son raíces de mandrágora.

Sonreí al escuchar su arcaico dialecto griego y observé el contenido del plato con mayor detenimiento.

—Parecen hombrecitos.

—Así lo asemejan —respondió Papias con seriedad—. Cuando los arrancas del suelo, se resisten y chillan. Casi han vuelto loco a más de un recolector.

Con cautela, devolví el plato a su lugar.

—¿Y esto? —pregunté, señalando una caja cuadrada, una *pysix* en la que no había reparado durante mi última visita.

—Una rareza, mi joven señor. Se llama veneno de lobo y se obtiene de las babas de Cancerbero. Es un veneno terriblemente mortal. Tengo entendido que el Senado de Roma ha prohibido su entrada en la ciudad. Demasiados han sido muertos con ese método, al parecer. Una matrona romana deseosa de enviudar pagaría una fortuna por esa cajita que tienes en las manos. No la huelas.

Cerré la boca, devolví la caja a su lugar y me volví hacia Papias.

—¿Cuántos ingredientes contiene el preparado? —pregunté.

—Cincuenta y cuatro, joven príncipe.

Le miré boquiabierto.

—¡Cincuenta y cuatro!

—Así es. La pócima de tu padre no es una pócima cualquiera. Se tarda casi un día entero en mezclarla y más tiempo aún en reunir los ingredientes, aunque trato de recogerlos en grandes cantidades. ¿Adivinas qué es esto? —Papias roció la sangre, que ya humeaba, con un polvo granuloso.

—Es fácil —respondí—. Padre lo echa en su comida. Es arsénico.

—Exacto, joven maestro, extraído directamente de la fundición de cobre de Sínope. Si te sorprende poniéndolo en tu comida, te saco la piel a tiras.

—¡Ja! Si me comiera eso, no viviría lo bastante para que tuvieras tiempo de azotarme.

Papias me miró a través del vapor.

—¿Quién ha hablado de azotarte? Dije que te despellejaría, como a ese de ahí —y señaló la pared donde pendía el pellejo de un león comido por la polilla. De sus garras y dientes colgaban diferentes talismanes. Tuve un escalofrío.

—Pero Papias —dije—, si padre necesita un antídoto, ¿por qué añades venenos a su preparado?

—Ah —rió él entre dientes—, he aquí la pregunta más razonable que me has hecho desde tu llegada. Por dos razones, joven príncipe. En primer lugar, para comprobar la eficacia del antídoto en la pócima. Si tu padre empieza a experimentar síntomas como los que provoca el veneno de lobo, entonces sé que debo aumentar la cantidad de antídoto contra ese veneno.

—¿Y la otra razón?

Papias bajó la voz.

—¡Para hacer a tu padre invencible!

—¿Qué?

—Lo que has oído, joven señor. ¿Has visto a los soldados que se bañan en los gélidos arroyos? Lo hacen para aumentar su resistencia al frío. De ese modo, no

necesitan una capa ni bajo las peores heladas.

—No lo entiendo...

—Tu padre ingiere veneno para aumentar su resistencia a los efectos del mismo. Cada día consume suficiente arsénico para matar tres veces a un caballo y así también otros veinte venenos.

Le miré estupefacto.

—¡Sigo sin entender por qué! Padre no tiene miedo a nadie, y aún menos a Makarios y a mí.

—¿Ni siquiera a Makarios?

—Es solo un estudioso.

Papias rio.

—Cierto. En cambio tú, si no me equivoco, eres un joven guerrero. Quizá tu padre debería temerte a ti.

—Yo nunca le haría daño, yo seré general, no rey.

—Eso está bien. En cualquier caso, mi señor, tu padre es rey y como rey ha de temer a todo el mundo. Su seguridad es la seguridad del reino y, por tanto, debe constituir su máxima preocupación. Un rey nunca está a salvo.

—¿Ni siquiera contigo?

Papias me miró por encima del tarro de belladona que estaba añadiendo lentamente al preparado.

—Ni siquiera conmigo.



IV

CON POCO MÁS de cuarenta años, Mitrídates era rey del Ponto, el Bósforo Cimerio y la Cólquida, el más grande soberano de Asia y un hombre enérgico. Hablaba con fluidez más de veinte idiomas, así como numerosos dialectos dentro de cada idioma. Conocía, de hecho, hasta los dialectos de las mujeres, pues en los pueblos del interior, tradicionalmente persas, las mujeres vivían tan apartadas de los hombres que acababan creando su propia forma de comunicarse. Mitrídates era un protector de las artes y las letras y un magnífico atleta que se había ganado la admiración tanto de la nobleza como de las clases humildes. Era, además, un excelente administrador: había consolidado el Ponto y sus nuevas conquistas y actualmente era todo lo poderoso que un gobernante podía ser sin perder su independencia de Roma.

Y fue entonces cuando llegó Manlio Aquilio. Acompañado de una caravana de esclavos germánicos de aspecto abyecto, el nuevo gobernador romano de Pérgamo, capital vecina, arribó con toda la pompa de un monarca victorioso y enseguida se puso a reorganizar el gobierno provincial para adecuarlo a sus gustos. Eliminó a los consejeros civiles, ascendió a barberos y decoradores y derribó tribunales de justicia enteros a fin de obtener espacio para crear baños fastuosos. Instauró castigos sumarios, tales como la amputación e incluso la crucifixión, hasta para los delitos más triviales, y disolvió la antigua asamblea de la ciudad, que sustituyó por un órgano asesor integrado por aduladores de palacio que se comunicaban exclusivamente con él. Pocas veces el mundo había visto un gobernador tan patán y tan bellaco como Aquilio.

Pero además de su estupidez y su crueldad manifiestas, su avaricia superaba incluso la de los demás enviados romanos. Tras instalarse en una lujosa hacienda, una auténtica *villa latifundia* romana, redactó una nota que anunciaba su llegada y su nombramiento y envió copias, por medio de mensajeros, a todos los reyes, príncipes, regentes, jefes tribales y sacerdotes en ciento cincuenta parasangas a la redonda, padre inclusive. Los mensajeros recibieron la orden de dejar bien claro a los destinatarios que se esperaba de ellos dinero a cambio de protección. Hecho esto, Aquilio se recostó en su asiento con una sonrisa de satisfacción y esperó a que le llovieran los fondos.

Después de varios meses de enviar cartas con avisos similares y amenazas implícitas si no recibía el dinero de inmediato, Aquilio se subía por las paredes. Los

gobernadores romanos deben sufragar los gastos que produce su estilo de vida con fondos privados y Roma, a modo de compensación, les concede plena libertad para buscar sus fuentes locales de ingresos. De ahí la impaciencia de Aquilio, pues mientras el coste de su ostentosa existencia resultaba exorbitante, sus ingresos eran prácticamente inexistentes, y tenía sus propios prestamistas romanos con los que lidiar.

Entre los ausentes en la lista de «clientes» cumplidores de Aquilio destacaba, sobre todo, el Ponto. Padre no tenía intención de entregar un solo denario a esa hiena. Él era rey vitalicio, mientras que Aquilio estaba en Pérgamo para un período de tres años, a menos que Roma le destituyera antes por incompetente. A ningún romano le gusta ser tachado de incompetente y a ningún rey pónico le gusta pagar dinero a un romano porque sí. Aquilio siguió esperando y sufriendo, hasta que finalmente concibió un plan.

Primero hizo exactamente lo que el Senado le había indicado que hiciera: ordenar a Mitrídates y Nicomedes su retirada de los últimos territorios conquistados. En vista de que ambos reyes habían reñido a causa del matrimonio de Nicomedes con la reina capadocia, ninguno de los dos estaba dispuesto a respaldar al otro y, por tanto, ninguno de los dos podía hacer frente a Roma, aun cuando la amenaza de Aquilio solo contaba con el apoyo de una legión. Así pues, Mitrídates y Nicomedes emprendieron rápidamente la retirada, hecho que decepcionó a Aquilio, pues le privaron de la oportunidad de tomar medidas punitivas y obtener un valioso botín.

Aunque dócil por fuera, padre hervía de indignación por dentro. Al exigir su retirada, Roma se había erigido, de hecho, en protectora de los bárbaros ante un rey que representaba la causa de la civilización griega. Si antes le había quedado alguna duda, ahora padre tenía la certeza de que Roma había sobrepasado los límites de todo lo razonable.

Otra oportunidad se le presentó a Aquilio poco después, cuando Nicomedes suspendió el pago a Roma de sus préstamos alegando que el ataque de padre había devastado Capadocia (omitiendo el hecho de que él mismo había participado en dicho ataque) y que los piratas habían saqueado recientemente la costa bitinia obedeciendo órdenes de Mitrídates. Aunque no era cierto que padre hubiera dado esas órdenes, no había duda de que se había beneficiado de los resultados. Así pues, Bitinia y Capadocia dejaron de pagar sus préstamos. Los financieros romanos estaban furiosos y presionaban a Aquilio con creciente insistencia, y Aquilio tenía sus propias deudas personales, igualmente morosas por la falta de ingresos, y todo por culpa de Mitrídates. En cambio el Ponto llevaba más de un siglo sin ser objeto de invasiones ni saqueos y sus ciudadanos vivían holgadamente a costa de las riquezas de sus vecinos, riquezas que por derecho pertenecían a Aquilio, o así lo creía el romano.

Solo existía una solución.

Nosotros estábamos navegando de regreso de la tierra del lago Meotis, en la costa norte del Ponto Euxino, donde padre había recibido nuevos reclutas escitas. Nos hallábamos a un día de viaje de Sínope cuando una escuadra pónica dirigida por Neoptólemo, viejo compañero de padre y ahora almirante de la flota del Ponto, se nos acercó, haciendo señas. Padre ordenó a su escuadra que retrocediera y a su navío que levantara los remos para permitir que la veloz nave de Neoptólemo les diera alcance. Sin aguardar a que le tendieran una tabla, el almirante saltó a nuestra cubierta con una cuerda que le lanzaron desde un penol. Al igual que su hermano gemelo Arquelao, Neoptólemo era un hombre ágil y musculoso, y aunque padre le pasaba una cabeza entera, coincidían en el ancho de las espaldas. Se abrió paso entre los marineros congregados a su alrededor y se acercó a padre.

Aunque sorprendido por la inesperada visita, padre sonrió.

—¡Neoptólemo, todavía a un día de nuestro destino y ya me apareces con un comité de bienvenida! ¿O estás entrenando tripulación nueva? Pronto tendré para ti nuevos marineros escitas, amigo mío.

El almirante tenía el rostro ensombrecido por la ira.

—No se trata de ninguna bienvenida, Majestad, y te aseguro que no tardaremos en necesitar a esos marineros. Traigo malas noticias. —Miró a los hombres y vaciló.

—Habla. No existen secretos en un barco en plena mar.

—Nicomedes ha atacado el Ponto.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Hace dos semanas, justo después de que abandonaras Sínope. Lo calculó para que ocurriera cuando estuvieras ilocalizable. Sesenta mil soldados de infantería bitinios. Nuestras costas estaban desguarnecidas y Nicomedes no encontró resistencia. Saqueó todas las ciudades hasta Amastris.

Padre se quedó sin habla unos instantes, pese al murmullo de indignación que se fue extendiendo entre los marineros a medida que corría la noticia. Finalmente, recuperó la voz.

—¿Y qué medidas has tomado? El ejército... ¿qué hizo Arquelao con el ejército? —preguntó con el rostro a escasas pulgadas del rostro del almirante.

Neoptólemo miró a su jefe sin pestañear.

—En cuanto recibimos la noticia, mi hermano dirigió medio ejército hacia el oeste, incluida la falange, para enfrentarse a los bitinios, y dejó las tropas más verdes defendiendo Sínope. Todavía no ha vuelto, pero los mensajeros nos han informado de que Nicomedes retrocedió en cuanto supo que habíamos enviado el ejército. Arquelao ha frenado el avance a la espera de recibir órdenes tuyas.

Padre se detuvo a reflexionar, pero seguía echando fuego por los ojos.

—Hizo bien en detenerse —reconoció—. Atacar a un aliado romano en su propio territorio habría supuesto una violación de nuestro pacto con Roma. Este asunto

deberá tratarse en los tribunales y el Senado. Supongo que los embajadores han presentado en Pérgamo una queja a Aquilio.

—Por supuesto, señor. Hemos exigido que Nicomedes se disculpe públicamente y devuelva todo lo expoliado.

—¿Y cuál ha sido su respuesta?

—Negativa —contestó Neoptólemo—. Nicomedes mantiene que el saqueo ha sido una represalia a los ataques de los piratas pónicos. Nuestros contactos en Pérgamo nos han informado de que Nicomedes, en realidad, no quería atacarnos, pero que Aquilio le amenazó con la legión romana si no arrasaba nuestra costa, y seguro que la cosa no termina aquí. Aquilio no se dará por satisfecho hasta que las ciudades más ricas del este sean expoliadas.

—Envía inmediatamente un embajador a Aquilio. A partir de hoy el Ponto se defenderá de cualquier ataque, aunque eso signifique luchar contra un aliado romano.

Neoptólemo bajó la voz para que solo los más cercanos a él pudiéramos oírle y abandonó el tono formal que debía utilizar en público para dirigirse al rey.

—Una propuesta arriesgada, dado el estado de nuestros ejércitos.

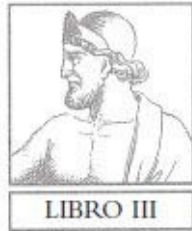
—Y un riesgo que debo correr. Mostrar debilidad solo alentará a Aquilio a perpetrar nuevos ultrajes.

—Los perpetrará de todos modos. Debemos tratar de demorarlos mientras organizamos nuestras defensas.

—En ese caso, empieza ya. La duración de la demora no depende de nosotros.

Ese verano, padre hizo valer sus derechos, aunque nadie lo hubiera creído posible en aquel momento. Nicomedes se disponía a atacar de nuevo por el oeste con cincuenta mil soldados. Aquilio le respaldaba con cuarenta mil mercenarios y aliados locales de Roma, y por el sur avanzaban los procónsules romanos Casio y Opio, con otros noventa mil hombres encabezados por dos legiones romanas. Padre se enfrentaba a cuatro ejércitos que atacaban simultáneamente desde puntos diversos y sumaban ciento ochenta mil hombres.

Aquilio estaba a punto de recibir su merecido.



ASCENSO AL PODER

Ningún hombre es tan insensato como para preferir la guerra a la paz, pues en ella los padres entierran a los hijos en lugar de los hijos a los padres.

Pero los dioses quisieron que así fuera.

CRASO, rey de Lidia



I

EN LA PRIMAVERA de la 173 Olimpiada yo tenía once años y era prácticamente un adulto, al menos a mis ojos, lo suficientemente maduro para hacer mis propias observaciones sobre los trascendentales acontecimientos que estaban acaeciendo en el mundo, ya no dependía de la interpretación de la historia del bueno de Bituito. Llevaba meses acompañando constantemente a padre en sus rondas militares y conocía el nivel de preparación del ejército tan bien como él. Aceptad, pues, lo que viene a continuación con menos reservas de las que emplearíais con un anciano que rememora sus recuerdos de los once años, yo no era un muchacho corriente y el rey Mitrídates no era un padre corriente.

El principal contingente bitinio estaba avanzando en dirección este por la costa, esperando tropezar con el ejército pónico en cualquier momento. No obstante, una pequeña unidad de soldados de Nicomedes había tomado una ruta interior con el objetivo de rodearnos y expugnar Sínope. La estrecha red de las montañas formada por las tribus aliadas de padre, sin embargo, había observado la maniobra y mediante señales de humo nos informó de la amenaza de un ataque inminente. Así pues, padre envió un destacamento de diez mil jinetes y mil soldados de infantería ligera al mando de Arquelao y Neoptólemo.

La primera información sobre la batalla nos llegó temprano al día siguiente, tan temprano, de hecho, que nuestra falange griega aún no se había puesto en marcha. Un pequeño pelotón de la caballería de Arquelao irrumpió en el campamento, exhausto, cubierto de polvo y con algunos caballos renqueantes. Había cabalgado toda la noche por las rocosas montañas, en plena oscuridad, para traer la noticia.

—¡Señor! —gritó Rufino, el capitán del pelotón, frente a la entrada de nuestra tienda.

Al apearse del caballo cayó desplomado al suelo, pues tenía las piernas entumecidas de tantas horas de tenso viaje. Padre y yo salimos corriendo de la tienda, donde docenas de hombres contemplaban a los agotados jinetes mientras les exigían que hablaran y sacudían violentamente manos y armas.

—¡Rufino, levántate! —bramó padre, aupando al hombre por la axila y mirándole directamente a la cara—. ¿Qué ocurre? ¡Habla de una vez!

Aunque Rufino seguía jadeando, pronto recuperó el aliento y el griterío cesó.

—¡Los bitinios! ¡Ayer entablamos combate con los bitinios! Tomamos la colina

situada en medio de la llanura. Nos superaban en número pero nuestra caballería era más fuerte. Anoche, sin embargo... la caballería no puede combatir de noche, señor. ¡Sin luna no puede ver por dónde pisa!

El rostro de padre se nubló de ira, pero conservó la calma e instó al soldado a continuar.

—¿Qué ocurrió anoche? ¡Habla!

Rufino respiró hondo.

—La infantería bitinia nos atacó. Se pintaron el cuerpo y la armadura de negro. No podíamos verlos. Cayeron sobre nuestra infantería y atacaron a la caballería. En ese momento Arquelao nos ordenó que trajéramos la noticia. Los generales y los hombres están retrocediendo hacia el valle sin dejar de combatir, pero no sé... no sé si podrán aguantar. Arquelao solicita la falange, antes de que sea rodeado...

Padre no vaciló un solo instante, ni siquiera en soltar a Rufino. Apoyó al agotado jinete en el hombro del guardia más próximo y mientras corría hacia el cercado donde pacía su caballo, llamó a gritos al comandante de los carros falcados.

—¡Cratero! ¡Cratero!

Y justo cuando alcanzaba la entrada del cercado, el enjuto persa apareció a su lado con el gesto torcido.

—¡Cratero, prepara tu equipo! —vociferó padre con voz ronca a pesar de que el hombre se hallaba a un brazo de él.

—Ya lo he hecho, señor —respondió Cratero con calma.

—¡Entonces muévete! ¡Toma el camino del sur en dirección a las montañas!

Cratero corrió hasta su unidad. Llevaba meses esperando este momento. Su cuerpo de carros falcados, tirados por cuatro caballos cada uno al mando de un auriga y un arquero, estaba a punto. Al nivel del suelo, aseguraba Cratero, estos carros, con sus cuatro cuchillas de seis pies de largo engastadas en cada rueda, podían rebanar el cuerpo compacto de una falange enemiga. La exótica arma, sin embargo, todavía no había sido probada y padre abrigaba serias dudas sobre su eficacia. Ahora Cratero tenía la oportunidad de demostrarla.

Padre, entretanto, procedió a preparar su caballo sin esperar a que el mozo llegara con los aparejos. Agarró la brida, el freno y la manta de uno de los caballos lisiados que acababan de trasladar al cercado, lo arrojó todo sobre su enorme corcel de batalla y tomó las riendas con una mano. Justo antes de espolear su montura bajó la mirada, me vio correr hacia él y pareció reparar en mí por primera vez esa mañana. Tras reflexionar un breve instante, en su cara se dibujó una tenue sonrisa.

—¿Vienes, Farnaces? —preguntó.

E inclinándose, tanto que tuvo que sujetarse al lomo del caballo con el talón a la manera de los hunos, me agarró firmemente del brazo y me aupó ágilmente hasta dejarme caer sobre la grupa desnuda del animal. Sin darme apenas tiempo para

agarrarme a las correas de su jubón, espoleó al caballo, que saltó hacia delante dispersando a los soldados que corrían a formar. Cabalgamos entonces hacia el camino de las montañas mientras Bituito y media docena de guardias, que también se habían conseguido un caballo, nos seguían a toda velocidad.

No fuimos los primeros en partir. Cratero, previendo quizá que esa mañana le tocaría actuar, había acampado con sus hombres a la cabeza del ejército y eso le había permitido ponerse en marcha de inmediato. Cabalgamos durante un rato envueltos en una nube de polvo cegadora, incapaces de poner los caballos al galope debido al aire irrespirable, yo tosía y me frotaba los ojos, y padre hacía otro tanto al tiempo que maldecía a Cratero y espoleaba a su montura. Finalmente, al llegar a una pequeña elevación, una pequeña brisa sopló y se llevó la nube de polvo.

Tropezamos entonces con una imagen imponente. Justo debajo de nosotros, a una distancia de varios centenares de pasos, los carros falcados de Cratero avanzaban en fila a una velocidad vertiginosa. Las ruedas rebotaban con violencia sobre los surcos rocosos del camino y los cuatro sementales blancos de cada vehículo tiraban fuertemente de los arreos. Pese a la lejanía, podíamos oír los gritos frenéticos de los aurigas, el chasquido de los látigos azuzando a los caballos y el sonido metálico de las cuchillas que, desmontadas y sujetas con correas, golpeaban los costados de los carros. Padre, sin embargo, no se permitió el lujo de detenerse a disfrutar del espectáculo.

—Que Zeus maldiga a esa hiena de Nicomedes —farfulló, y espoleó de nuevo a su caballo—. ¡Farnaces! —gritó mientras cabalgábamos detrás de los carros para dar alcance a Cratero—. ¡Hoy aprenderás el arte de la guerra y verás si soy un artista o un sepulturero!

—¿Por qué un sepulturero? —grité a mi vez.

—Porque si no demuestro que soy un artista en la guerra, tendré que cavar muchas tumbas, incluida la tuya, o tú tendrás que cavar la mía.

Tan seguro estaba de mi inmortalidad, y de la inmortalidad de padre, que no sentí temor alguno.

—Yo no cavaré tu tumba —grité—. ¡Ningún enemigo posee el arma que pueda matarte! ¡Mira! —señalé.

Y siguiendo mi dedo, padre pudo verla también, elevándose entre los pliegues de las afiladas colinas y escarpas, a varias millas de distancia. La espesa nube marrón llevaba horas elevándose, pues el polvo se había extendido hasta difuminar la línea rocosa del horizonte. ¡El combate de Arquelao con los bitinios! Era una buena señal que sus asediadas tropas todavía tuvieran fuerzas para levantar semejante nube.

El detalle no escapó a los aurigas, que azuzaron a sus caballos mientras padre y yo, junto con Bituito y los guardias, apretábamos el galope para no quedar rezagados, ya era imposible hablar, incluso a gritos, de modo que concentré todos mis esfuerzos

en sujetarme con puños y rodillas, pues caer de mi precaria posición sobre la grupa del caballo habría significado una muerte segura bajo los cascos afilados de los corceles que venían detrás. En el tiempo que tarda un hombre en caminar desde el ágora de Sínope hasta la playa y volver, arribamos a la última curva del camino, la última antes de llegar al enclave de la batalla. Tan intenso era el combate que no había centinelas apostados, de modo que ni pónticos ni bitinios repararon en nuestra llegada.

Padre cabalgó hasta Cratero, al frente de la columna falcada, y ordenó el alto, pero el persa ya lo había hecho. Los caballos frenaron en seco bajo el fuerte sol, echando espuma por la boca, y aguardaron mientras padre descendía de su montura y corría por el camino seguido de Bituito, ocultándose bajo la línea de arbustos, en busca de un lugar desde el que poder divisar la batalla. Nos llegaban gritos del valle y el sonido de metal contra metal era inconfundible. Los caballos se revolvían y el suspense apenas me dejaba respirar.

Entretanto los aurigas, sin esperar apenas a detenerse, habían saltado de sus vehículos para extraer las cuchillas, tan largas como un hombre, de los compartimentos de los carros. Con suma destreza, insertaron los mangos de cuatro de ellas en los orificios forrados de cuero de cada rueda. Cada auriga extrajo entonces un odre, arrancó el tapón con los dientes y roció de agua los orificios. El cuero se hinchó al instante, apretando las cuchillas con fuerza e impidiendo, de ese modo, que salieran despedidas. Para entonces padre y Bituito habían vuelto de su reconocimiento.

—Estamos detrás de las líneas enemigas —comunicó padre, con total naturalidad, a Cratero y los guardias—. La falange bitinia está intacta y avanza hacia nuestras tropas. No pude ver a los pónticos ni hacerles ninguna señal de ellos.

Cratero le miró imperturbable.

—¿Y el terreno? —preguntó.

—Es adecuado. Una llanura de grava y hierba ligeramente inclinada. El cauce seco de un arroyo transcurre entre nosotros y la falange enemiga. Es rocoso, de modo que di a tus hombres que elijan la trayectoria con cuidado.

Cratero asintió.

—Demuéstrame que esos artilugios sirven para algo más que para desfilar —añadió padre— y esta noche te acostarás siendo general.

Cratero asintió de nuevo y fue a reunirse con sus hombres. Tras organizar una columna de diez carros falcados de ancho por seis de largo que abarcaban el camino de lado a lado, tomaron la curva en perfecta formación. Padre y Bituito regresaron a sus monturas y los seguimos.

Al salir al valle, mis ojos tropezaron con una visión aterradora. El extenso prado aparecía completamente devastado. Los arbustos y matorrales habían sido arrollados

y aplastados. Los combatientes llevaban desde la noche anterior surcando el terreno con su fuerza destructora, la impenetrable falange bitinia contra la rauda caballería pónica. La llanura estaba sembrada de cuerpos de caballos y hombres en posturas inconcebibles. Algunos se arrastraban débilmente o agitaban los miembros, retorciéndose de dolor, mientras otros yacían inmóviles, como piedras, los ojos secos y vidriosos bajo el vehemente sol de la mañana. Los bitinios yacían en grupos: la caballería pónica había separado pelotones enteros de soldados y, una vez cercados, procedido a cercenar brazos y cabezas con sus espadas curvas. Los pónicos yacían solos, allí donde habían sido derribados y rematados por las flechas o las largas picas de los bitinios.

Desde donde ahora estábamos podíamos ver a las tropas pónicas huir en desbandada. La caballería puede hostigar a un ejército y destruir unidades pequeñas, perseguir a un enemigo que huye y sembrar el pánico, pero no puede hacer frente a una falange bien entrenada. Los bitinios estaban acorralando a nuestros hombres contra la abrupta pared del valle, donde pronto serían aplastados. Sin perder más tiempo, padre dejó escapar un silbido ensordecedor para indicar al cuerpo de carros falcados que atacara. Escorando los vehículos, los impacientes caballos se lanzaron a la carga sin tener en cuenta a los muertos y heridos, pasando por encima de todo obstáculo que se interpusiera en su camino. El temblor de los carros podía sentirse más que oírse, y fue ese temblor, esa trepidación del terreno, lo que hizo que las últimas filas de la falange enemiga se detuvieran y los cascos se volvieran para comprobar de dónde venía el fragor.

La carga fue devastadora. Eran solo sesenta carros, pero las mortíferas cuchillas cumplieron su objetivo con una eficacia sobrecogedora. La primera hilera cargó de lleno contra la retaguardia de la falange bitinia mientras el resto se desviaba y la rodeaba por los flancos. El impacto rompió la formación enemiga y los carros falcados se abrieron paso seccionando la aterrorizada turba. Petrificado, vi cómo una docena de soldados bitinios, incapaces de esquivar un carro que se les echaba encima, se tumbaron en el suelo con la esperanza de quedar por debajo de las cuchillas. Las ruedas, herradas con tachuelas de hierro, se incrustaron en sus cuerpos, aplastando armaduras y cascos como si fueran cáscaras de huevo y cercenando miembros con la misma eficacia que las cuchillas. Un guerrero, al ver que no podía escapar de un carro que iba directo hacia él, levantó su lanza dispuesto a derribar al auriga. Con un bramido cargado de rabia, echó el brazo hacia atrás para arrojar la lanza en el instante preciso en que un segundo carro lo embestía por detrás. La terrible cuchilla le seccionó la cintura y ambas mitades del cuerpo cayeron al suelo, como un árbol talado, mientras, todavía vivo, aullaba de espanto al verse separado de la pelvis y las piernas.

Los carros atravesaron velozmente las líneas enemigas, dejando a su paso una

estela de cuerpos destrozados, con fragmentos de carne y armadura colgando todavía de sus cuchillas. Después de cada embestida, los aurigas detenían los caballos y se preparaban para otro ataque. El efecto era inmediato. Al ver los brazos y la cabeza de los compañeros volando por los aires, el pánico se apoderaba de los soldados enemigos. La falange se rompió y nuestra caballería penetró en la brecha en tanto que la compacta formación impedía a los bitinios avanzar o huir.

Aprovechando la oportunidad, padre cabalgó velozmente, mientras yo me agarraba con fuerza a su espalda, hacia las fauces del aterrado enemigo, que ahora solo pensaba en huir de los aurigas. Haciendo señas con un banderín arrebatado a un mensajero, atrajo la atención de Arquelao, que se encontraba en el otro extremo de la llanura. El general enseguida comprendió qué estaba ocurriendo y detuvo la retirada de su infantería ligera a fin de dirigir un ataque conjunto contra los bitinios de la vanguardia mientras Neoptólemo restablecía la disciplina entre sus aturdidos jinetes y se desplazaba a los flancos.

Los bitinios estaban perdidos. Padre divisó a Nicomedes en el ala izquierda y gritó a la caballería que le cortara el paso y le diera caza, pero el rey bitinio logró abrirse un hueco y escapar con un pequeño pelotón de guardias. Mientras él ponía rumbo al oeste, más de la mitad de sus soldados perdía la vida y el resto se rendía. Para cuando cayó la noche nuestra falange ya había llegado y el ejército pónico capturó a tres mil enemigos. Tomaron el campamento bitinio al completo y el tren de equipaje, además de sus abundantes fondos de campaña, el mayor botín que un soberano pónico había visto en muchas generaciones.

Yo acababa de presenciar mi primera batalla y la experiencia me había dejado con sed de más.

Padre sabía que debía aprovechar el impulso de esta victoria y evitar que los romanos tuvieran tiempo de salir de su asombro y reunir a los tres ejércitos restantes. Así pues, envió rápidamente un contingente a Capadocia para detener al procónsul romano Opio y dirigió a marchas forzadas al grueso de su ejército, doscientos mil hombres, hacia el oeste para lanzar una ofensiva contra el gobernador Aquilio.

Cuando se propagó la noticia de la victoria pónica, las tropas auxiliares asiáticas de los ejércitos romanos, desmoralizadas, desertaron en masa. Padre explotó hábilmente la sensibilidad del enemigo devolviendo a los prisioneros de guerra a sus hogares sin exigir rescate e incluso provistos de un pequeño estipendio para los gastos del viaje. Miles de prisioneros y desertores enemigos se alistaron en el ejército pónico. Nicomedes, acobardado, disolvió lo que quedaba de su ejército.

En cuestión de días toda Bitinia, el norte de Frigia y Micea se habían rendido a padre, que enseguida procedió a recorrer tales provincias e incorporar las tropas a su ejército. El control de Roma seguía desmoronándose. La poderosa flota romana del

Bósforo, al enterarse de la desbandada de los ejércitos de tierra, capituló sin ofrecer resistencia y entregó todos sus navíos: cuatrocientos barcos de guerra, embarcaciones de transporte y navíos rápidos. Padre controlaba ahora el Ponto Euxino, el Bósforo, la Propóntide y el Helesponto, y amenazaba el comercio y el transporte en el Egeo. Eso representaba una victoria excepcional para el Ponto y un fracaso para Roma.

Allí adonde Roma se dirigía, siempre había un ejército pónico esperándola. Como dotado de un sexto sentido, padre parecía saber con exactitud cuál iba a ser el siguiente destino de los generales romanos, y adelantándose a cada uno de sus movimientos, aceleraba implacablemente el avance de sus tropas para hacerles frente cuando llegaran. Las derrotas sucesivas de cuatro ejércitos romanos en menos de dos semanas y la capitulación de toda la flota romana del norte echó completamente por tierra la autoridad de Roma. Puede que la fortuna tuviera algo que ver, pero la fortuna no es más que el favor de los dioses, y los individuos a quienes los dioses aman atraen también el favor de los hombres. Con cada nuevo triunfo, nuevas ciudades estado declararon su lealtad a padre, y muy pronto la mayor parte de Asia, incluso aquellos territorios donde no había presencia del ejército pónico, se alzaron contra los señores romanos.

A su llegada a Frigia, padre se instaló en una posada que en otros tiempos ocupó Alejandro Magno, pues creía que alojarse en el mismo lugar donde había dormido el conquistador de Asia le traería suerte. Finalmente, debido a una confusión en el momento de asignar las habitaciones, fui yo, y no padre o Makarios, quien acabó ocupando la habitación de Alejandro, según me contó al día siguiente la anciana esclava que nos sirvió el desayuno. Padre me miró sorprendido cuando le comuniqué la noticia.

—¡En ese caso, Farnaces, eres tú, y no yo, quien está destinado a ser el próximo Alejandro! —exclamó.

Encantado con el augurio, apenas podía ocultar mi orgullo.

—Pero tú podrías ser su padre, el rey Filipo —respondí burlescamente, a modo de consuelo.

Padre sonrió.

—No puedes compararnos —replicó—. Filipo era un matón y un ladrón. Le faltaba un ojo y era mucho más estúpido que su hijo. Además, era más feo que una Gorgona, yo soy su opuesto en todos los aspectos.

—Tal vez tengas razón —admití—. Por lo menos, tienes dos ojos. ¿Y en qué me parezco yo a Alejandro?

Padre me guiñó un ojo.

—Para empezar, Alejandro era buen estudiante.

—Tenía a Aristóteles de maestro —repuse.

—¡Y tú tienes a Mitrídates! —Padre soltó una sonora carcajada y me dio una

palmada en el hombro—. ¡Eso te hace digno de Alejandro!

Nicomedes, el antiguo aliado de padre, huyó a Italia. Casio dispersó sus tropas y se retiró a Rodas. El procónsul Opio opuso resistencia en Laodicea, pero los pónticos tomaron la ciudad en cuestión de días, después de que padre prometiera inmunidad a sus habitantes si entregaban al general romano. Opio fue obligado a desfilarse con sus mejores galas, rodeado de sus lictores, y a declarar su rendición con la pompa y solemnidad propias de un magistrado romano. Padre trató a su prisionero con estudiada generosidad: en lugar de ponerle los grilletes, hizo que acompañara a nuestra caravana como prisionero de honor, exhibiéndolo ante los atónitos campesinos como el cautivo procónsul romano de Cilicia, un adorno en su cortejo de conquistador.

Entretanto, Aquilio, el villano que inició todo, había estado a un tris de escapar. Como ya no se sentía seguro ni en Pérgamo, huyó a la pequeña ciudad costera de Mitilene. Allí, separado de Grecia únicamente por el mar, se vio obligado a detenerse, aquejado de una enfermedad repentina. Los habitantes rodearon la casa donde se había refugiado, lo encadenaron y lo llevaron ante su nuevo gobernante. Padre descargó toda su furia sobre el canalla. Aquilio, al haberse puesto al mando de un ejército, había renunciado a sus privilegios de embajador, de modo que fue tratado como un prisionero de guerra más. Durante semanas viajó por las ciudades de Asia, ya atado a la grupa de un asno o encadenado a un inmenso bastardo que le precedía a lomos de un caballo, y obligado, so pena de recibir una paliza, a proclamar su nombre y su vergüenza.

Terminada la gira triunfal de padre por sus nuevas conquistas, Aquilio fue trasladado finalmente a Pérgamo, su antigua capital. Allí, en una ceremonia pública celebrada en el ágora a la que asistieron todos los ciudadanos, padre juzgó al bribón por sus crímenes. Desafiante hasta el final, Aquilio negó las acusaciones de soborno, extorsión y asesinato, y, de hecho, aseguró que se había limitado a ejercer la autoridad de una civilización superior sobre los bárbaros bajo su cargo. Indignado, padre le declaró culpable y le condenó a recibir... la suma de cien dárlicos de oro.

Aquilio abrió los ojos de par en par y luego afiló la mirada con suspicacia, mientras la multitud, incrédula, guardaba silencio. ¿Cien dárlicos de oro por atacar al reino del Ponto? Pero la gente enseguida comprendió cuando los guardias agarraron a Aquilio y lo trasladaron a la mesa de ejecución. Una vez allí, le trajeron los cien dárlicos de oro para que los examinara... fundidos en un crisol. Las maldiciones y amenazas del encolerizado gobernador cesaron cuando el fulgente líquido, símbolo de la avaricia por la que había pecado, descendió por la garganta hasta matarlo.



II

SENTADO EN EL DESVENCIJADO TRONO de la sala de audiencias del palacio del prefecto romano, padre contemplaba taciturno el fuego que había encendido en la chimenea. Makarios y yo holgazaneábamos a su lado, en el suelo, con un perro de caza que había pertenecido al prefecto. Arquelao y Neoptólemo estaban sentados frente a una mesa baja, con un jarra de vino, comentando los planes del día siguiente mientras Bituito dormitaba, apoyado contra la pared, algo alejado del fuego. El ejército pónico llevaba meses derribando los últimos bastiones romanos que quedaban entre las guarniciones de Asia y aunque padre era recibido con entusiasmo como el nuevo defensor de la civilización griega por la mayoría de las ciudades por las que pasaba, algunas todavía se le resistían. Pese al tiempo transcurrido desde la ejecución de Aquilio, las victorias de padre no estaban del todo consolidadas, y la tibia acogida de algunas gentes a las que había liberado le afectaba profundamente.

Nos encontrábamos en una pequeña fortaleza situada al norte de Éfeso, cuyo nombre ni siquiera recuerdo. Esa tarde, los patriarcas de la ciudad habían abierto las puertas a padre con patente frialdad y el ejército pónico estaba ahora acampado alrededor de sus muros. Los soldados tenían prohibido saquear la ciudad, ahora aliada, pero estaban animados. Se divertían desenfrenadamente e incluso habían convencido a algunas mujeres audaces para que se sumaran al jolgorio. La atmósfera entre los ciudadanos, sin embargo, era apagada y en el palacio del antiguo prefecto romano, ocupado ahora por padre y sus generales, reinaba el desánimo.

Padre propinó un brusco puñetazo al brazo de su butaca, arrancando una sección de la vieja madera. Los presentes en la sala se sobresaltaron. Arquelao y Neoptólemo interrumpieron su charla.

Padre mantuvo el semblante inexpresivo pero habló con voz afilada.

—Libero a estas gentes de una pesadilla, de dos generaciones de esclavitud bajo el yugo romano, y guardan silencio. Los ciudadanos de esta ciudad son griegos, pero cuando les ofrezco el sueño de una Nueva Grecia, me desprecian. He unificado Asia Menor y creado el imperio helenístico más grande desde tiempos de Alejandro, pero no me comprenden. He construido el primer desafío verdadero para Roma, una armada griega que domina el Mediterráneo por primera vez en cuatro siglos, pero no recibo más que silencio en las calles. ¿Qué quiere esta gente?

Tras un breve silencio, Arquelao se aclaró la garganta.

—Puede, señor, que solo te vean como un conquistador más, no muy diferente de Roma, un conquistador que dentro de un tiempo será conquistado a su vez. Puede que recelen de comprometerse con un soberano que todavía no ha consolidado su poder.

—¿Acaso instalarme en el palacio del prefecto y anular todos los impuestos y tributos no constituye una prueba clara de mi poder? ¿Declarar mía cada ciudad del Ponto, Bitinia, Paflagonia y Capadocia no consolida mi poder?

—Todavía hay focos de resistencia —respondió Arquelao.

Últimamente habían debatido mucho esa cuestión. La fortaleza que más se les resistía era Rodas, la isla que lindaba por el sudeste con el imperio de Mitrídates, una joya en cuanto a defensa militar que había declarado no solo su independencia, sino su firme oposición a la soberanía del rey pónico. Rodas estaba decidida a mantener su alianza con Roma.

—Rodas constituye un problema —reconoció padre—. Temo que pueda ser el síntoma de una enfermedad mayor, de modo que debemos resolverlo de inmediato, mientras el mundo nos observa. Si no lo hacemos, su rebelión se extenderá rápidamente entre nuestros aliados menos entusiastas.

Los generales giraron sus sillas hacia padre y hasta el adormilado Bituito despabiló y prestó atención.

—Así pues, os pregunto —prosiguió padre—, ¿cómo podemos ganarnos a nuestros aliados? ¿Cómo podemos convencer a Rodas y a otros indecisos de que apuesten por nosotros?

Los hombres contemplaron el fuego en silencio.

—¿Los compro con dinero? ¿Me comporto como los romanos y los esclavizo? ¿Me declaro la reencarnación de Alejandro y apelo a su patriotismo y sentido de la tradición?

Padre miró sucesivamente a cada uno de sus hombres hasta que, finalmente, blasfemó y se puso de pie. El perro gruñó con suavidad, pero calló al sentir el contacto de mi mano.

—¿Pensáis que hablo por hablar? —espetó, elevando la voz, mientras se paseaba frente al fuego—. ¡Os exijo una respuesta! No os contrato en calidad de lacayos, sino de generales y consejeros. ¡Empezad a ganaros vuestra ingente manutención!

—Cómpralos —farfulló Bituito—. Agita el bolsillo.

Sus compañeros asintieron en silencio. De todos era sabido que la breve y brutal guerra contra Aquilio había enriquecido a padre más de lo que este habría soñado jamás. Había obtenido cuantiosos botines de las legiones romanas y de los gobernantes de Bitinia y Paflagonia. Así y todo, padre sacudió la cabeza con exasperación.

—Gracias, Bituito. Mi escolta responde antes que mis generales y por eso te felicito.

Bituito sonrió y asintió con modestia.

—No obstante —prosiguió—, es la política que esperaría de un escolta, lo cual no quiere decir que sea equivocada. De hecho, Bituito, ya la apliqué unos meses atrás, aunque probablemente lo hayas olvidado. Tras la captura de Aquilio, condonamos todas las deudas con el estado pónico y liberamos a los ciudadanos asiáticos de todos sus impuestos durante los siguientes cinco años. Coloqué aliados locales en altos cargos que hasta entonces solo habían ocupado romanos y tripliqué sus estipendios para frenar la corrupción, y sin embargo, ¿qué he conseguido?

—El apoyo del pueblo —respondió rápidamente Neoptólemo.

—No, general. El apoyo de los ricos, que son mucho menos numerosos que «el pueblo». Los pobres no tienen deudas con el gobierno que poder condonar. No me importa comprar la lealtad de unos cuantos clanes poderosos, pero su apoyo durará tanto como dure el oro. ¿Qué ocurrirá cuando el brillo se apague? ¿Seguirán el ejemplo de Rodas? ¿Acaso comprar la lealtad de unos pocos mercaderes acaudalados y patriarcas tribales garantiza la aportación constante de soldados al ejército o abastece de grano y hierro las arcas? Todo eso proviene de los jornaleros y campesinos. Pagar a los señores más dinero no hará que los obreros trabajen más. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Bituito ya ha dado su opinión.

—Señor —dijo Neoptólemo—, si deseas ganarte la lealtad del pueblo, debes darle más poder. No te limites a restablecer templos griegos y escuelas de gramática, pues son aspectos superficiales. Debes apuntar a la presencia romana. Expulsa a los comerciantes romanos de esclavos, elimina las constituciones romanas de las ciudades y provincias y pon en práctica una democracia auténticamente griega.

—Gracias, general. He recuperado mi fe en ti. En cierto modo, ya hemos emprendido esas medidas. Hemos emancipado a los esclavos, liberado a los campesinos de sus ataduras con sus señores y eximido a los sirvientes de sus contratos de aprendizaje. Podemos hacer más. Una de las quejas que oigo en mis audiencias es que en las ciudades se abusa de los residentes extranjeros porque carecen de ciudadanía y esta solo puede obtenerse por herencia. Hablé con un hombre cuya familia vivía en Pérgamo desde hacía cuatro generaciones y, sin embargo, las autoridades municipales seguían negándole la ciudadanía y tratándole como a un vagabundo. Puedo ordenar que todas las ciudades concedan la ciudadanía a sus residentes extranjeros.

—Y tropezarás con la oposición de los ricos —se pronunció Arquelao—. ¡Si hicieras eso perderían a sus trabajadores, su fuente de ingresos!

—También verían revocados sus impuestos y tributos, de modo que estarían en condiciones de contratar a los esclavos y sirvientes por un salario real. ¿Soluciona eso nuestros problemas?

Los hombres se miraron en silencio.

—Os lo pregunto de nuevo —dijo padre, subiendo el tono de voz—. ¿Soluciona eso nuestros problemas? ¿Estaremos seguros en los territorios conquistados?

—No —respondió una voz aflautada desde la penumbra del otro extremo de la sala.

Sobresaltados, nos giramos al tiempo que Bituito se levantaba con la mano sobre la daga. Nadie se había percatado de que en la estancia había otra persona.

—¿Papias? —preguntó padre con cautela—. ¿Eres tú? ¿Cuánto rato llevas ahí?

—El suficiente para saber que necesitas nuevos consejeros —contestó el anciano con desdén, arrastrando los pies hasta detenerse en la linde del halo de luz que proyectaba el fuego. Su piel aceitunada brillaba como el cuero curtido en la tenue luz y el ámbar de su diente lanzaba destellos.

—¿No tienes que preparar ningún *phármakon* mágico? —espetó Neoptólemo con irritación—. Di lo que tengas que decir y lárgate.

Papias sonrió, decidido a no hacer caso de Neoptólemo y tener en cuenta únicamente a padre.

—Ya has eliminado las amenazas de los ricos y los pobres. Has empezado a hacer realidad tu sueño de crear una Nueva Grecia, a crear una leyenda que tiene como héroe a Mitrídates en lugar de Alejandro o Aquiles. Así y todo, sigue existiendo un enemigo del que debes guardarte.

—Roma —dijo. La respuesta era obvia.

—Así es, príncipe. Tu padre ha hecho algo asaz peligroso. Ha humillado al enemigo arrebatándole sus territorios, conquistando a sus dirigentes, cambiando políticas de varias generaciones de antigüedad.

—Roma tiene sus propios problemas —replicó Neoptólemo—. Se halla en plena guerra civil. Los optimates y los populares se matan entre sí a diario.

—Es cierto —convino Papias—, pero eso no durará siempre. Mario, el jefe de los populares, es viejo y Sila, el joven optimate, es vulnerable. Tarde o temprano uno de ellos perderá y el otro se impondrá. No importa quién sea el vencedor. Se pondrá la armadura y enviará las legiones a vengar la derrota de Roma y a recuperar sus provincias, y cuando Roma regrese con toda su fuerza, ¿a quién apoyarán los ricos y los pobres? ¿A la leyenda o a la realidad?

Los hombres parecían ahora desconcertados. Uno por uno, Papias estudió sus rostros, deteniéndose incluso en el mío antes de enterrarlo en el cuello peludo del perro.

—Venid conmigo —dijo Papias, y echó a andar hacia la puerta del Gran Salón que conducía a las dependencias privadas.

Arrastrando lentamente los pies por los pasillos, le seguía el pequeño grupo integrado por cuatro hombres, dos muchachos y un perro. De tanto en tanto alguien se quejaba de que el herborista les hiciera perder el tiempo de ese modo, hasta que

padre interrumpió los comentarios con una mirada glacial.

Finalmente llegamos a un patio abierto bañado por la luna y Papias se detuvo frente a un altar de piedra construido en el centro, lo bastante amplio para ofrecer un sacrificio privado a los *lares*, los dioses del hogar, del anterior propietario. Sobre la piedra del altar había un cuchillo ceremonial de sílex, un cuenco de plata y una jarra con aceite para lámpara. Cerca, al alcance de la mano, descansaba una pila de madera seca de tejo. Atado a un saliente de piedra de un pilar cercano había un cabrito. Papias no se había dejado ningún detalle.

—En las cuestiones importantes, hay que consultar a los dioses —dijo.

Agarró al cabrito con firmeza y mientras el animal luchaba contra su pecho procedió a entonar una oración a los dioses en la antigua lengua del lago Meotis. Acto seguido, sin dejar de mascullar, tomó el cuchillo, abrió con él la garganta del animal y sosteniendo la criatura sobre el altar, dejó que la sangre llenara el cuenco de plata hasta que cesaron las convulsiones. La fuerza del anciano me sorprendió, mas nadie se acercó a ayudarlo, absortos como estaban observando el sacrificio que Papias estaba realizando con gran destreza a la luz plateada de la luna.

Cuando la sangre dejó de brotar, Papias tendió al animal sobre el altar y con un gesto hábil le clavó la hoja del cuchillo y la deslizó desde el ano hasta el maxilar. Separando la caja torácica, extrajo rápidamente el hígado, el corazón y los pulmones, y los dejó a un lado, todavía temblorosos. Me acerqué un poco más para escuchar las murmuraciones del anciano mientras sostenía cada órgano y lo examinaba. Hecho esto, enterró nuevamente las manos en la cavidad y sacó con suavidad los intestinos, separó con los dedos los resbaladizos bucles, los guardó y volvió a extraerlos, inspeccionando su consistencia. Entonces recogió los órganos que había dejado a un lado y los devolvió sin miramientos a la cavidad. Luego, tras verter lentamente la sangre en la depresión que había junto al altar, retrocedió y se dejó caer en un banco con el rostro demacrado y ojeroso. Los ojos le brillaban como si se hallara en estado de trance o meditación.

Padre y Arquelao se acercaron al altar, colocaron las ramas alrededor del cabrito, las rociaron de aceite y las encendieron con una chispa que padre produjo frotando su daga de acero contra el cuchillo de sílex. Enseguida brotaron las llamas y una nube de humo negro se elevó hacia el cielo. La ofrenda quedó rápidamente reducida a cenizas a causa del intenso calor. Cuando el fuego se extinguió y ya solo quedaron los rescoldos, padre y sus hombres se volvieron hacia el viejo herborista, que seguía murmurando con la mirada perdida. Saliendo poco a poco de su ensimismamiento, los miró con serenidad.

—Tu enemigo —declaró en un tono apenas audible— no es el rico ni el pobre, pues ellos solo siguen al fuerte. Tu enemigo no es el burócrata ni el mercader. Tu enemigo es Roma.

—Eso no es ninguna novedad, anciano. Hace tiempo que sé que las legiones quieren mi muerte.

—No estoy hablando de las legiones.

Padre hizo una pausa.

—Cuéntame qué han dicho los dioses.

—Debes grabar en el pueblo tu odio a Roma. Solo eso te garantizará su lealtad, a ti y a tu sueño de una Nueva Grecia. Es preciso sembrar el temor en la gente y ofrecerles un sacrificio irresistible para granjearse su lealtad. Un sacrificio que grabe tu nombre en sus corazones y en sus mentes, que contribuya a tu leyenda para que llegue a oídos de todos. Un sacrificio que ligue a cada hombre a tu causa para siempre

—¿Un sacrificio, anciano? Se me ocurre uno, pero ¿es el mismo? ¿A qué sacrificio se refieren los dioses?

—A un sacrificio sangriento. Tú sabes de qué sacrificio se trata, y también lo saben los dioses, pues tus deseos no son un secreto para ellos. El enemigo vive dentro de tus tierras, se introduce en el tejido de tu reino como los gusanos en una herida. Si no los extirpas y los arrojas al fuego, la herida, en lugar de sanar, se enconará. Si no destruyes los gusanos, el cuerpo perecerá.

Padre le miró fijamente.

Los romanos del Ponto.

Las raíces y los tentáculos de los romanos del Ponto, sus préstamos y su comercio de esclavos, penetraban en todos los estratos de la sociedad pónica, entorpeciendo el progreso, desafiando todos los esfuerzos de padre por crear un imperio, por recuperar los ideales de la antigua Grecia. Para alcanzar su objetivo era preciso un sacrificio, y estaba claro cuál debía ser la ofrenda.

Lo miramos, inquisitivos. Era preciso un sacrificio sangriento.

Padre tuvo un estremecimiento y miró a Papias.

—¿Todos? —preguntó.

—Todos —susurró el anciano.

Luego guardó silencio y no volvió a pronunciar palabra.

A la mañana siguiente Bituito irrumpió en las dependencias del harén donde dormían las mujeres y los niños del complejo real, incluidos los muchachos que, como yo, todavía no habían criado vello en el mentón y, por tanto, no habían sido desterrados a los cuarteles. Las mujeres que estaban junto al vestíbulo, las primeras en ver a Bituito, retrocedieron asustadas. No estaban acostumbradas a que los hombres entraran en el harén, con excepción del rey y un pequeño grupo de eunucos, y un hombre del tamaño y la tosquedad de Bituito resultaba especialmente perturbador. Corrí alegremente hasta él.

—¡Bituito! ¿Me buscas a mí? Podrías haber enviado a un mensajero...

Pero la expresión del galo era de trastorno y sus ojos pasaron por encima de mí, como si no existiera. Tras una rápida ojeada, entró en la siguiente estancia, y luego en la siguiente. Las mujeres se apartaban de su camino como urogallos ante un sabueso. Le seguí, preguntándome a qué venía su extraña conducta. Finalmente, en los aposentos de los niños, encontró a mi niñera, Felicia, una muchacha etrusca que yo sabía que Bituito veía cuando ella conseguía eludir sus tareas.

Sobresaltada, Felicia levantó la vista cuando Bituito entró en la habitación con expresión sombría. Tomándola del brazo, el galo le susurró algo al oído mientras rechazaba mi curiosidad echando fuego por los ojos. La muchacha palideció al escuchar las palabras de Bituito, le susurró a su vez una respuesta rápida y lo apartó de su lado. Bituito salió del complejo con la misma mudez con que había entrado, sin hacerme caso, como si fuera una mera piedra al borde de un camino.

Felicia, por su parte, se tornó en un torbellino. Aprisa y corriendo, guardó sus efectos personales en una bolsa, se la colgó del cuello y se dispuso a salir por una puerta secundaria, yo podía aceptar la indiferencia de Bituito, pero la de Felicia, mi niñera, no.

—¡Felicia! —grité, corriendo hasta ella, casi sin aliento—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué quería Bituito?

Felicia se detuvo y me miró.

—¿Estuviste ayer con tu padre en el sacrificio, Farnaces? —preguntó con su cadencia italiana, la voz ahogada y temblorosa.

Asentí sin comprender.

—¡Entonces ya lo sabes! —sollozó.

Con las mejillas empapadas de lágrimas, me dio un abrazo fugaz y desapareció, ya nunca volvería a verla.

Fue entonces cuando recordé las palabras de Papias. Todavía existía un señor en Asia con el que todos, ricos y pobres, estaban en deuda. Todavía existía un poder que rivalizaba incluso con la capacidad de padre para infundir miedo en el corazón de la gente, un poder al que los ricos debían sus haciendas, los agricultores sus simientes y bueyes y los pobres sus precarias moradas, de hecho, hasta las sandalias que calzaban, y un poder de cuya inteligencia militar y consejo el enemigo dependía.

Conseguir que todos esos civiles romanos del Ponto juraran lealtad a padre era una empresa imposible. Como también lo era su completa expulsión. Los problemas logísticos parecían insuperables, incluidas las cuestiones más básicas, por ejemplo: ¿Cómo reconocer a un romano? No era tarea fácil. Ningún plan para enfrentarse a los romanos pónicos podía incluir someter a cada extranjero a un juicio público para determinar su lugar de nacimiento. Se precisaba una solución más sencilla. Se había dado con una solución más sencilla.

Todos los italos del reino eran reconocibles por su habla. Además, según un decreto reciente, todos los italos eran ciudadanos romanos. Por tanto, la eliminación de todos los italos cumpliría el objetivo. Todo hombre, mujer y niño en Asia que hablara una lengua italiana debía morir.

Los ochenta mil.

Esa mañana se emitió una orden secreta en todos los dominios de padre. Al cabo de un mes, los magistrados de cada pueblo y ciudad debían eliminar, en un solo día, a todos los residentes, viajeros y forasteros que hablaran una lengua itálica. La lengua sería el único criterio, no se tendría en cuenta la posición social. También los esclavos y obreros cuya lengua nativa fuera itálica debían perecer. Quienes desobedecieran, quienes ofrecieran protección o refugio a los italos, morirían igualmente y el tesoro real confiscaría sus bienes. Aquellos esclavos asiáticos que mataran o delataran a sus señores obtendrían la libertad y los deudores que hicieran otro tanto con sus acreedores verían condonada la mitad de su deuda.

No me vendré con rodeos a la hora de describir esta aterradora decisión, ni tampoco la disculparé, si bien incluso ahora, transcurridas cuatro décadas, sigo sin concebir una alternativa viable. Los compañeros de padre estaban horrorizados con la brutalidad de la medida, tan contraria al espíritu griego, como la describiría Neoptólemo.

—Los extranjeros y los bárbaros —advirtió a padre— deben ser compadecidos, e incluso despreciados, por su ignorancia, pero esa ignorancia no justifica su muerte.

—¿Y si esa ignorancia los lleva a socavar mi autoridad? ¿A apoyar a Roma, el centro de la barbarie? ¿A amenazar la unidad de nuestro imperio? —repuso padre.

Neoptólemo suspiró.

—Señor, odiar a un bárbaro simplemente porque es bárbaro es otorgarle demasiada importancia, demasiada influencia sobre la superioridad del alma griega. Corres el riesgo de dejarte influir por otra barbarie, la barbarie del herborista, una barbarie aún peor.

Pero padre, atrapado en su ambición y en su odio a todo lo romano, se negaba a escuchar.

—De Papias —dijo— recibo el veneno y su antídoto. Recibo muerte mezclada con vida, el bien mezclado con el mal. Si eso es barbarie, la acepto. En los bárbaros romanos, sin embargo, solo veo el mal.

Padre conocía a su pueblo, conocía el desprecio que las endeudadas familias pónicas del interior sentían por los banqueros romanos que moraban entre ellos. El instinto popular esperaba, mejor dicho exigía, precisamente esa solución. No eran tiempos para andarse con remilgos. Padre no estaba elaborando una nueva política. Simplemente estaba dejando que el río le llevara. La abolición de la esclavitud que oprimía a su pueblo era el último paso para alcanzar la unidad plena entre los

habitantes de su imperio.

Pero más importante aún que la venganza era el hecho de que la lealtad del pueblo al Ponto, y su deslealtad a Roma, quedaría garantizada para siempre. Aunque los ciudadanos de los nuevos territorios de padre habían cambiado de bando en el pasado para proteger sus fortunas, ya no volverían a hacerlo. Con tanta sangre en sus manos, Roma jamás volvería a confiar en ellos ni a aceptar sus servicios. Al satisfacer la exigencias de padre, estarían forjando su enemistad incondicional con Roma.

Fue este el argumento que realmente convenció a padre a la hora de decidir aplicar la sangrienta medida.

Cuando llegó el momento de llevar a cabo el sacrificio, toda Asia obedeció, no solo de buen grado sino incluso con entusiasmo, prueba del odio que esos años de dominio romano habían engendrado. La historia conocería el suceso como la Noche de Vísperas.

La agitación reinaba en Asia. El plan de Papias se había ejecutado a la perfección. El sacrificio de sangre se había cumplido.



III

LA IRA ESTALLÓ en Roma y los ciudadanos se echaron a la calle. Los emisarios póntricos que representaban nuestros intereses no se enteraron de la noticia de la matanza hasta que esta alcanzó las calles de Roma. Como represalia, la muchedumbre asesinó a los emisarios y a sus familias, desvalijó sus hogares y prendió fuego a sus casas. Apresaron los barcos mercantes póntricos amarrados a lo largo de la costa italiana y dieron muerte a los tripulantes. El Senado romano, indignado, calificó a padre de demente, exigió su cabeza y prometió que Roma no descansaría hasta que Mitrídates fuera arrestado y juzgado. Roma jamás había sufrido una derrota semejante, jamás tantos ciudadanos romanos, entre soldados y civiles, habían muerto a manos de un enemigo —ni siquiera de Aníbal o los galos— y la ciudad estaba desolada. Tras la conmoción inicial, corrió el rumor de que Mitrídates se dirigía a Italia con la intención de pasar a cuchillo a todos sus habitantes, como había hecho con los italos de Asia. A fin de adelantarse al terrible poder de Mitrídates, desde el Egeo hasta el Adriático los atemorizados ciudadanos levantaron muros, reforzaron fortalezas y cavaron fosos y zanjas.

La leyenda fue creciendo hasta sobrepasar con creces los auténticos planes y acciones de padre. Países y tribus de los que nunca habíamos oído hablar, como los etíopes y los pictos, buscaron relaciones comerciales con nosotros. Los aliados nos rendían homenaje y nos cubrían de alabanzas, mientras que los enemigos tradicionales de Roma nos daban efusivamente las gracias. Poetas y cantantes itinerantes que pasaban por nuestras tierras ya habían compuesto largos poemas épicos que hablaban de los últimos días de Roma, del pánico de sus ciudadanos, de las madres que pasaban a cuchillo a sus hijos para ahorrarles una vida de esclavitud bajo Mitrídates el Conquistador. La gente comparaba a padre con Alejandro, Darío y Jerjes, su reino era aclamado como la Nueva Grecia, el restablecimiento de la vieja gloria de Agamenón. Únicamente algunos estados, Rodas, Delos y otros partidarios de Roma, pronunciaron cautas protestas contra las acciones de padre. Pero a él le importaba poco lo que pensaran otros, o si le importaba, no lo exteriorizaba. No prestaba atención a los comentarios y para demostrar aún más su indiferencia, celebraba sus victorias sobre Roma por todo lo alto.

Por la noche, cenas oficiales; por el día, juegos. En Pérgamo, sede de su nueva corte, padre ofreció un espectáculo de equitación que dejó sin habla a los lugareños y

puso en evidencia a los campeones de la región. Decretó una nueva competición en el hipódromo consistente en frenéticas carreras de carros tirados no por ocho caballos, hasta entonces el número máximo permitido por cuestiones de seguridad, ni por doce, número empleado para exhibiciones y recorridos oficiales, sino por dieciséis. La gente todavía habla con sumo respeto de la victoriosa participación de padre, de que fuera él quien condujera uno de esos equipos de temerarios caballos, no un doble o un jinete joven y menudo como otros reyes habían utilizado en el pasado para no correr riesgos, sino un Mitrídates de cuarenta y seis años y músculos descomunales, subido a un carro de hierro fabricado especialmente para él, chapado de oro rojo, barras de hierro antivuelco y ejes tan gruesos como los brazos de un hombre para poder soportar su enorme peso. Cada uno de los corceles blancos que integraban su equipo lucía una Gorgona remachada en la frente y campanillas en las riendas que —como las historias que cuentan del escudo de guerra de Palas— emitían una música sobrecogedora al azotar los lomos de las frenéticas bestias. De la espalda le colgaba un *aspis* ceremonial, cuyos grabados dorados de Hércules resplandecían bajo el sol, y el chasis, que recorría la arena rebotando salvajemente, era el terror de sus adversarios y deleite de los espectadores.

A las cenas oficiales de padre asistían los artistas, los políticos y las figuras literarias más célebres de la sociedad helénica. Las animadas veladas desembocaban a menudo en escandalosas borracheras y al rayar el alba era el rey en persona quien acompañaba a sus invitados a sus aposentos. En una ocasión salió arrastrando bajo un brazo a un magistrado ateniense ebrio y, bajo el otro, a una alegre bailarina con el trasero al aire, que presentó a los madrugadores y pasmados transeúntes como su «nuevo equipo de consejeros». En una noche memorable, durante una cena en el salón real, un boxeador profesional, un tal Calamodris de Cízico, retó amistosamente a padre a una competición gastronómica.

—¡Calamodris! —exclamó padre—. Tal vez seas un gran atleta, pero reserva tu fanfarronería para la arena. Comer bien es toda una habilidad en la que nunca te has medido.

Calamodris frunció el entrecejo, poco acostumbrado a que le subestimaran y envalentonado, sin duda, por el vino ingerido.

—Con mis respetos, señor —dijo bruscamente al tiempo que se ponía en pie—, de todos es sabido que los boxeadores que entrenan son los más grandes comilones del mundo, y yo soy el más grande boxeador del mundo. De ahí se deduce, por tanto, que soy el más grande comilón del mundo, y rey o no, te desafío a demostrar lo contrario. —Dicho esto, se dejó caer pesadamente en su asiento y los comensales miraron a padre en silencio.

Padre permaneció callado unos instantes, con una media sonrisa en los labios, yo, que estaba detrás, me incliné sobre su hombro.

—Padre, ese hombre ha estado aguardando el momento idóneo para desafiarte. Apenas ha tocado su comida en toda la cena.

Padre contempló su plato casi vacío, ya había ingerido una porción entera.

—No te preocupes —rio—, esto no es más que un calentamiento. —Se levantó y alzó su copa—. Mi insensato amigo, creo que has recibido demasiados puñetazos en la cabeza. Es evidente que hay que ser rey para ser un verdadero comilón. Una de dos, o eres un hombre audaz o estás ebrio. Acepto tu desafío.

Los comensales ovacionaron la decisión y se propuso hacer público el acontecimiento. Los dos contendientes fueron trasladados, junto con las mesas, a una plataforma improvisada en medio del patio del palacio para que la competición tuviera lugar a la vista de aquellos ciudadanos que desearan presenciarla a esas altas horas de la noche. Arquelao se había erigido en juez e iba de un lado a otro ordenando a los sirvientes que colocaran delante de ambos contrincantes sendas fuentes con idénticas cantidades de carne y pan chato, y mantuvieran siempre a mano una jarra de vino aguado para aplacarles la sed.

—Nada de arrojar comida al suelo —declaró, en tono grandilocuente, ante la creciente multitud de espectadores—. Nada de esconder pedazos entre los ropajes. El primer contrincante que suelte el cuchillo pone fin a la competición. Seguidamente se pesará la carne que haya quedado en cada bandeja y aquel con el resto menor será declarado el más grande comilón del reino. ¡Adelante!

Las dos primeras fuentes no bastaron. Tras una hora de ininterrumpida ingestión, ambos rivales pidieron una segunda fuente y, poco después, Calamodris exigió a gritos una tercera. La alborotada multitud abarrotaba ahora el patio e incluso la plaza al otro lado del muro, y supuestos corredores de apuestas caminaban entre el gentío anunciando sus propuestas. Al dirigir la mirada hacia los espectadores divisé, complacido, al viejo Oto el Armenio y a su hijo, el montador de lobos, los cuales, al parecer, se hallaban en la ciudad para una actuación y habían convencido a un par de amables espectadores de que los auparan a hombros para poder ver el espectáculo. Criados sudorosos se abrieron paso entre la apretada multitud portando más bandejas de comida y jarras de vino y agua. Calamodris rebanaba su comida con furia y se metía gigantescas lonjas de venado en la boca, alternadas con pedazos de pan. La técnica de padre era más comedida, más pausada, pues masticaba cada bocado con lentitud y hasta se diría que con deleite. Su rival le llevaba media bandeja de ventaja, mas eso no parecía preocuparle.

A medio camino de su tercera fuente, Calamodris se puso pálido, lanzó un enorme eructo que le sacudió los prodigiosos carrillos y golpeó la mesa con la palma de la mano para indicar que había terminado. Padre le miró con sorpresa y, según aseguraron luego algunos espectadores, decepción, vertió un poco más de arsénico en el hueso que estaba mordisqueando y, una vez consumido, pidió tranquilamente su

tercera fuente. Los ojos del boxeador se abrieron de par en par y la desilusión se apoderó de su rostro al ver que padre, prosiguiendo con su metódico sistema, terminaba la bandeja, la cual, por sí sola, habría constituido un ágape completo en circunstancias normales. Acto seguido, se levantó con una sonrisa. El rey ni siquiera se había aflojado el cinto de la daga. Mientras el abotargado atleta le miraba abatido, padre se bebió un odre entero de vino para calmar la sed, arrojó el pellejo sobre la mesa y alzó los brazos para agradecer los vítores entusiastas de los espectadores. Después de una larga ovación, Arquelao agitó un brazo para solicitar silencio. No fue tarea fácil, pero finalmente la multitud se tranquilizó y la voz de padre se hizo oír por encima del tumulto.

—Felicitó a mi adversario por su excelente actuación —dijo mientras la gente sonreía entre dientes—. Ha perdido, es cierto, pero se halló en desventaja en cuanto me retó a una disciplina que no se me da nada mal. —La multitud se echó a reír y padre levantó las manos para pedir silencio—. He decidido brindar al honorable Calamodris la oportunidad de recuperar el honor perdido en una competición relacionada con su especialidad. —Calamodris despertó de su decaimiento y sus ojos, hinchados y enrojecidos, observaron a padre con interés—. ¡Le reto a un combate de boxeo!

La multitud calló durante un instante y luego estalló en vítores y aplausos. Arquelao se acercó al borde de la tarima para tomar el control de la situación.

—¡Acordemos, pues, la fecha y las condiciones! —gritó cuando el clamor cesó, y los espectadores procedieron a escuchar, con sumo interés, los preparativos del fabuloso acontecimiento. Su nuevo rey acababa de desafiar a un combate a un campeón de boxeo.

Padre dio un paso al frente y Arquelao elevó el tono de voz, cual maestro de ceremonias en unos juegos olímpicos.

—¿Y dónde se celebrará este combate de campeones? —preguntó a padre con un vozarrón que llegó a todos los rincones del patio.

Padre miró a su alrededor con media hogaza de pan todavía en las manos, a la que seguía dando mordiscos.

—Aquí, sobre esta tarima —anunció—. Es tan buen lugar como cualquier otro. El boxeador asintió con aprobación.

—¿Y cuándo tendrá lugar el encuentro?

Padre pareció desconcertado.

—¿Cuándo? Ahora mismo, naturalmente, en cuanto consiga desabrocharme el maldito cinto y desprenderme del arma.

Procedió a desnudarse hasta quedar en taparrabos mientras el público aplaudía entusiasmado. El boxeador se tambaleó en su silla y miró al rey con evidente estupefacción.

El combate no pasó de ahí. En cuanto el pobre Calamodris se levantó para aceptar el reto de padre, vomitó y, presa de un desvanecimiento súbito, se cayó de la plataforma. A hombros de un sonriente rey, fue trasladado hasta el refugio más cercano, que resultó ser el carronato de Oto el Armenio, estacionado junto a las puertas del palacio. Padre se acercó al carronato y depositó su carga en el interior de la lona, para consternación del domador y su hijo, que le habían seguido con el resto de la multitud. Mediante la entrega de una generosa gratificación, el rey convenció a los dos enanos de que permitieran que el ajumado luchador recobrar el conocimiento bajo sus cuidados. Es probable, sin embargo, que habiendo despertado al día siguiente, con un dolor de cabeza lacerante, bajo la mirada escrutadora de una loba y un mono sonriente, jamás recuperara por completo la cordura.

Padre no llenaba sus días únicamente con deportes y actividades ociosas. Su nuevo hogar le permitía acceder a las grandes mentes de Grecia y Asia y le brindaba el tiempo y los recursos necesarios para dedicarse a estudiar sus obras. Pasaba horas interminables puliendo sus conocimientos acerca de las numerosas lenguas de su reino, aprendiendo otras nuevas y desarrollando la elocuencia y la solidez verbal que, más adelante, constituirían una eficaz herramienta en su papel de soberano. Se aficionó a las artes, sobre todo a la escultura, y otorgó a los templos magníficas subvenciones que atrajeron a los escultores más famosos del mundo, y para alegría de los sacerdotes y del pueblo en general, restableció los antiguos privilegios de los templos, muchos de ellos abolidos bajo el dominio romano.

Políticos, pensadores y soldados exiliados y desacreditados, procedentes de todos los confines del mundo, viajaban a Pérgamo con la esperanza de empezar una nueva vida, aportando, de ese modo, esplendor y fama a la ya célebre urbe. Las pequeñas ciudades de la región, víctimas no hacía mucho de un terremoto, fueron reconstruidas por entero a expensas de padre, y aunque se tomaron todas las medidas imaginables para borrar los amargos recuerdos de la dominación romana, padre respetó aquellos legados que estimó positivos, como el eficaz sistema judicial, numerosos cultos inofensivos a deidades romanas y algunas escuelas de filosofía y retórica de espíritu pacifista. Tales medidas estaban astutamente diseñadas para conseguir que las lealtades de la población pasaran rápidamente de sus antiguos señores al nuevo soberano.

Ciertamente, el mundo griego se hallaba ante una nueva era dorada.

Padre, sin embargo, no tenía que hacer frente a estas obligaciones solo, pues recientemente había adquirido una nueva compañera. No era una esposa, ya que había jurado, tras la desastrosa experiencia con su hermana Laodice, que no volvería a casarse, pero tampoco era una mera muchacha de harén, de las que tenía docenas. Se trataba de un caso totalmente diferente.

Durante la marcha triunfal por sus nuevos dominios, padre había pasado por Estratonicea, pequeña capital regional que había sido aliada poco entusiasta de Roma hasta el día que Mitrídates apareció con su ejército frente a sus mal defendidos muros. Tras aceptar la rendición de la ciudad, entró con sus soldados en el ágora y, mientras observaba extrañado el frío recibimiento de los ciudadanos, sus ojos se posaron en un hermoso rostro. Así solía ocurrir con padre, que raras veces pasaba solo más de una o dos noches seguidas, ni siquiera en campaña, y que tenía por costumbre señalar con un dedo a la chica que había llamado su atención e indicarle con señas que se uniera a su cortejo. Invariablemente, por supuesto, la muchacha obedecía, las más de las veces de buen grado, a menudo algo nerviosa, pero nunca a regañadientes, pues una invitación a ingresar en el harén del rey significaba fortuna y honor, así como protección para la familia de la muchacha, tanto de depredadores como de acreedores.

Esta joven, sin embargo, era distinta de todas las demás. Poseedora de una belleza deslumbrante, sobresalía por encima de las típicas chicas de ciudad, de pelo grasiento y dientes separados, como una rosa sin espinas entre hierbajos. Sus orígenes no podían ser nobles, pues vestía ropas tan mugrientas y gastadas como el resto del gentío. Además, ningún noble se habría dejado ver en las sucias calles observando a un ejército victorioso. Mas su rostro, su rostro era el más sublime que había visto en mi vida, con unos ojos grandes y verdes que miraron sin pestañear a padre cuando este pasó por delante, y una reluciente melena azabache que le llegaba hasta la cintura, enroscada en un largo tirabuzón y recogida con una sencilla cinta de cuentas alrededor de la frente. Tenía la tez clara, una preciosa nariz recta y unos labios carnosos y delicados. Hasta para mis ojos la muchacha prácticamente resplandecía, y no hacía nada por esquivar las miradas de soslayo de los oficiales póntricos. ¿Por qué iba a hacerlo? Ella era una diosa, una Afrodita entre campesinos, y su expresión segura y altiva indicaban que era consciente de su valor y que había ocupado ese lugar con un propósito: llamar la atención de padre, y padre se había fijado.

Tras un rápido repaso, padre no vaciló en señalar a la muchacha con el dedo, como estaba acostumbrado a hacer, mas ella no reaccionó como esperaba. La joven arrugó la frente y prosiguió con la conversación que estaba manteniendo con un hombre mayor que tenía aspecto de ser su padre. Padre frunció el entrecejo.

—Tráeme a esa muchacha —dijo entre dientes a Bituito, pero el paciente escolta regresó al rato con las manos vacías.

—Señor —susurró mientras proseguían su marcha ceremonial por la ciudad—, tiene un nombre extraño, *Monime*, «toda sola». Mal presagio.

Padre le miró enfurecido.

—¡Me trae sin cuidado su nombre! He dicho que la traigas.

—No quiere. Dice que solo tiene diecisiete años y que es demasiado joven para

dejar a su familia como no sea para casarse.

—¡Casarse! —exclamó padre, deteniéndose en plena calle para mirar a Bituito.

Los oficiales y soldados permanecieron arremolinados a una distancia respetuosa mientras el rey discutía abiertamente con su escolta. Detrás de los oficiales había estallado un alboroto. Bajé de mi caballo y me deslicé entre la multitud para ver qué ocurría.

Estaba claro que Bituito no había planteado la oferta a Monime con la suficiente discreción. Al parecer, el fuerte acento galo había atraído la atención de las personas y familiares que rodeaban a la muchacha. De repente, una muchedumbre de cincuenta mercaderes y campesinos se abrió paso entre los oficiales póntricos, portando a Monime y su padre sobre sus escuálidos hombros y celebrando la buena fortuna que había recaído en una muchacha de su casta con la oferta de matrimonio del rey. El animado grupo enseguida nos dio alcance.

Padre miró boquiabierto a la multitud mientras recibía sus felicitaciones.

—¿Matrimonio? —bramó—. ¡Nadie ha dicho nada de matrimonio!

—¡Él lo dijo! —gritó el padre de la muchacha señalando a Bituito.

Los transeúntes rieron y Bituito se puso colorado.

—¡Señor, yo no he dicho nada de eso! —tartamudeó—. Simplemente ordené a la muchacha que... que...

—¿Que qué? —gritó el padre de la chica.

—¡Que acompañara al rey! —gritó Bituito a su vez.

—¿Y qué significa eso sino matrimonio? —replicó pícaramente el padre—. Mi hija es virgen, un modelo de virtud. ¿Para qué la quiere el rey sino es para desposarla?

Los acompañantes reanudaron sus gritos infernales, secundados esta vez por los aullidos festivos de algunas parientas de la muchacha que, como caídas del cielo, habían llegado para sumarse a sus hombres y aumentar el bloque que se abría paso a empujones entre los oficiales póntricos.

Padre estaba atónito y exasperado, pues en ningún momento había pretendido que la adquisición de la joven provocara semejante conmoción.

—¿La muchacha se niega a acompañar a su nuevo rey? —preguntó, en un tono quedo pero severo, a Bituito, que trataba de escucharle por encima del estridente clamor—. ¡Debería de estar encantada de servir a la Corona! Diecisiete años. ¡Yo ya era un hombre a los diecisiete años! Hace tres que hubiera debido casarse. Si no lo ha hecho, significa que ahora es buena presa para otros usos. Envíamela a mis dependencias de inmediato.

Bituito se encogió de hombros y señaló con la cabeza a la muchacha, que le miró con expresión ladina. En medio de vítores, el clan al completo se abrió paso entre los caballos de los oficiales póntricos y caminó hasta el palacio del gobernador, donde

estábamos alojados. Solo con grandes esfuerzos logró Bituito enviar a casa a la feliz multitud para poder iniciar las negociaciones con el padre y la hija a solas.

La muchacha consiguió un trato que habría sido la envidia de los romanos. El padre, viendo el interés del rey por obtener los favores de su hija, no se dignó siquiera hablar de su belleza o de sus aptitudes para hilar y tejer.

—Elogiar sus encantos —dijo afectadamente— sería como untar miel en un panal.

Así pues, en lugar de eso hizo toda clase de peticiones descabelladas. Bituito no podía hacer otra cosa que escuchar anonadado y tratar de establecer unas condiciones lo más razonables posibles. Después de la escena en la calle, padre no podía permitirse el desprestigio de devolver a la muchacha a casa sin haber alcanzado un acuerdo, pues daría la impresión de que la joven había pedido un precio que el rey no podía pagar, que su valor superaba los recursos de su conquistador, y la soberbia de padre no podía aceptar eso. Se trataba de una situación delicada, e intentó distanciarse de ella retirándose a sus aposentos privados y permitiendo que Bituito cerrara el trato.

Al final Monime no obtuvo el enlace matrimonial ni el título de reina que había exigido en la abarrotada calle. Así y todo, tras una larga noche consumada no por el amor sino por una apabullante sucesión de acuerdos financieros, se convirtió, de repente, en la afortunada poseedora de quince mil monedas de oro, con derecho a lucir la diadema de piedras preciosas y recibir los honores públicos de una consorte. El astuto padre, que aunque se declaró zapatero más tarde se descubrió que era un elocuente mercader italo que había conseguido escapar de la aniquilación de sus compatriotas, no solo salvó la vida, sino que fue nombrado gobernador de la provincia de Éfeso. Para colmo, el taimado canalla, en lugar de expresar debidamente su gratitud, actuó como si el gran honor que acababa de recibir y los cofres de oro que lo acompañaban fueran, sencillamente, la justa recompensa por entregar a su hija.

Monime, por su parte, había alcanzado su objetivo y ahora tenía derecho a recostarse junto a padre en todos los actos oficiales, como reina de Asia en todos los aspectos salvo en el matrimonial. También padre había conseguido más o menos su propósito, bien que a un precio mucho más alto del que habría pagado si la soberbia y la vanidad no le hubieran nublado el juicio.

Pues de haber sabido la tortura que esa mujer iba a constituir para él, habría utilizado el dinero entregado al padre para enviarla a Roma a fin de que, en lugar de atormentarlo a él, atormentara a sus enemigos.

Ese otoño, el reino de padre siguió creciendo sin apenas esfuerzo por su parte, como una inversión con un elevado tipo de interés de un banquero romano. Durante un viaje de rutina por el Egeo con la flota pónica, el almirante Arquelao descubrió que los griegos de las islas ansiaban expulsar a sus señores romanos tanto como sus

hermanos asiáticos. Una mañana, el almirante despertó en su camarote rodeado de media docena de embajadores de diferentes ciudades e islas que suplicaban ser aceptadas como aliadas de Mitrídates, el nuevo rey de los griegos. En menos de una semana, Arquelaos se encontró al mando de todas las islas situadas al este del continente griego. Sin lanzar una sola flecha ni hundir un solo barco enemigo, ahora poseía el control pleno de todas las rutas marítimas desde Creta hasta Tracia.

El único foco de resistencia era la diminuta isla de Delos, lugar de nacimiento de Apolo y Artemisa, enclave del gran mercado de esclavos romano y sede de, probablemente, el santuario más sagrado del mundo griego, el templo de Apolo, que estaba bajo control romano. Los mercaderes itálicos de esclavos que gobernaban la isla se negaban tercamente a aceptar la rendición exigida por Arquelaos. En un arrebato de ira, el almirante lanzó su flota de piratas sobre la ciudad, que no tenía murallas y contaba con la santidad de sus templos como única defensa. En menos de un día logró aplastar a los habitantes y liberar a miles de esclavos, incluida una compañía de enanos africanos cuyos antepasados habían sido traídos de su tierra natal como prisioneros siglos atrás y obligados, desde entonces, a aparearse a fin de proporcionar bailarines para el festival anual que celebraba la victoria de las grullas sobre los pigmeos. Los piratas incendiaron la ciudad y los vastos almacenes que bordeaban el lado sur del puerto, hasta la linde misma del templo. Para gran disgusto de padre, numerosas estatuas y obras de arte de incalculable valor fueron destruidas por las catapultas de los piratas o arrojadas estúpidamente al mar por los ignorantes saqueadores.

El tesoro del Apolo de Delos, con todo, era enorme: cinco siglos de ofrendas procedentes de todas las ciudades del mundo griego, espaciosas salas abarrotadas hasta el techo de lingotes de plata y bolsas de oro, obras de arte, estatuas y mármoles poco corrientes, una biblioteca llena de pergaminos con escrituras de propiedades y títulos de créditos, estuches repletos de joyas, copas de oro y delicadas sedas procedentes de misteriosas tierras del este. El tesoro de esta isla era el más vasto del mundo. No obstante, mientras Arquelaos se hallaba de pie entre las puertas de bronce que conducían al tesoro situado en el centro del templo, contemplando las ruinas humeantes de la ciudad y observando a los marineros acampar al pie de las escalinatas de los edificios sagrados, se rascó la cabeza, presa de un dilema. ¿Qué hace un hombre ante tantas riquezas, riquezas que no pertenecen a un enemigo derrotado sino a un dios, donadas por incontables reinos y ciudades estado, algunos ya extinguidos? ¿Abandonar el enclave para seguir conquistando territorios y dejar el incalculable tesoro al cuidado de una guarnición de... piratas? Una idea ridícula. ¿Devolverlo a sus donantes? Una pesadilla logística. ¿Trasladar el tesoro a Éfeso? El riesgo de provocar la ira de Apolo y de los estados donantes era demasiado alto.

La solución la ofreció el propio padre en un despacho llegado una semana más

tarde donde felicitaba a Arquelao por su victoria y le agradecía el envío de los pigmeos, que eran deliciosamente groseros con todos, incluso con el rey. Al conocer la noticia del saqueo de Delos, padre enseguida había reconocido la dificultad que representaba proteger el tesoro del santuario. A diferencia de su almirante; sin embargo, no había perdido tiempo alguno en romperse la cabeza. La solución que proponía era trasladar todo el tesoro a... Atenas.

Es muy probable que la orden dejara pasmado a Arquelao. Neoptólemo, que había permanecido en Pérgamo, miró estupefacto a padre cuando este le comunicó el mensaje que debía llevar a su hermano.

—¡Señor! —exclamó—. Atenas lleva desarmada más de un siglo. Entre los atenienses no hay soldados. Ni un solo ateniense ha servido en una falange o remado un trirreme desde hace generaciones. ¿Cómo esperas que Atenas proteja semejante tesoro?

Tenía razón, naturalmente, pues Atenas llevaba más de cien años evitando conflictos y, poco a poco, la antigua ciudad había ido perdiendo importancia dentro de un mundo romano. Conservaba, sin embargo, todo su prestigio, hasta el punto de que ningún romano había pretendido jamás gobernar la ciudad y ningún ejército romano había puesto un pie dentro de sus muros, si bien permanecía bajo «protección» romana a través del propretor de Macedonia. Padre miró maliciosamente a Neoptólemo y asintió.

—La protección no siempre se consigue con la fuerza de las armas. Pese a no tener ejército ni armada, Atenas es el aliado más valioso que podríamos conseguir. ¿Por qué si no iba Roma a tratarla con tanta delicadeza? La ciudad goza de un gran prestigio...

Neoptólemo le interrumpió con impaciencia.

—¡Pero está desguarnecida! Una sola legión romana podría echar abajo sus puertas, y con todo ese tesoro...

—No está completamente desguarnecida. La Acrópolis y el Pireo constituyen los bastiones terrestre y marítimo más fuertes del continente. Quizá su estado sea ruinoso, pero te aseguro que cuando Arquelao llegue con el tesoro, los muros serán reparados.

Efectivamente, con el saqueo de Delos y el traslado del tesoro a Atenas, la balanza del poder mundial sufrió un cambio radical. Las ovaciones del pueblo ateniense por el gesto de buena voluntad del rey pudieron oírse hasta en la punta de la península itálica. Padre envió una gran flota y un vasto ejército, ambos bajo el mando de Arquelao, para guarnecer el Pireo, medida que contó con el aplauso entusiasta de los atenienses.

Las conquistas pónicas seguían prosperando y superando incluso las expectativas del propio rey. Tras la declaración de lealtad de Atenas, la vieja Esparta tardó pocos

días en seguir su ejemplo, y luego la poderosa Tebas, ciudades ambas con importantes ejércitos que aportar a la alianza pónica. Toda Grecia proclamó a Mitrídates su salvador y su rey.

Y toda Grecia declaró la guerra a Roma.

Dos victorias en el transcurso de un verano, sobre un rey vasallo bitinio y un gobernador romano, bastaron para convertir a padre en soberano supremo de un territorio comparable al de la propia Roma. Mitrídates era el hombre más temido en la tierra, temido por todos, salvo por los bailarines pigmeos y su consorte Monime.

Y la pequeña isla de Rodas.



IV

—ZEUS TODOPODEROSO —masculló padre desde la proa de su trirreme insignia, veloz embarcación de guerra impulsada por tres hileras de remeros.

Estaba dirigiendo una escuadra de veinticinco trirremes —sólidas embarcaciones de Quíos y Creta— que en ese momento salían lentamente del puerto de Mandraki, situado bajo la fortaleza de Rodas. Pasamos por el angosto canal que el Coloso dominó en otros tiempos y cuyos restos de bronce todavía centelleaban en la blanca arena del fondo marino, y salimos al estrecho que separaba Rodas del continente, donde el resto de la armada aguardaba los resultados de las negociaciones.

—¡Los muy ingratos! ¡Yo he financiado la mitad de esa ciudad!

Aunque bloqueada por la armada más poderosa del Mediterráneo bajo el mando del recién aclamado rey de los griegos, la pequeña ciudad de Rodas se negaba incluso a replantearse su larga alianza con Roma. Constituía el único foco de resistencia entre las islas griegas, pero su puerto estratégico frente a la costa asiática, protegido por una fortaleza inexpugnable en lo alto de la roca, la convertía en una espina para todos los gobernantes asiáticos que deseaban el control pleno de las rutas comerciales de Asia.

Para colmo, el procónsul romano Casio, al igual que otros supervivientes de la Noche de Vísperas, se había refugiado entre sus aliados rodios y dirigía en persona la resistencia de la isla. Pese a encontrarnos más allá de la boca del puerto, podíamos divisar a centenares de obreros ocupados en reforzar los muros de la ciudad y preparar los célebres navíos de Rodas en los diques secos erigidos en cuevas abiertas directamente en la roca de los acantilados, justo por encima del nivel del agua. A decir verdad, los rodios no eran unos completos ingratos. Como seguían utilizando los magníficos edificios públicos construidos años atrás con donaciones del rey, habían tenido la deferencia de conservar la enorme estatua levantada en su honor en el ágora. Incluso desde el distante estrecho podía ver este nuevo «Coloso», cuyo baño de oro resplandecía bajo el fuerte sol con una intensidad que dañaba los ojos. Rodas sería un hueso duro de roer, me dije. Pese a mi temprana edad, era capaz de apreciar sus sobrecogedoras defensas, y lo primero que echarían abajo nuestras balistas sería la estatua de Mitrídates.

—¡Neoptólemo! —gritó padre, y su viejo amigo, que estaba dando órdenes a los capitanes de los demás barcos, se acercó.

Aunque padre era un excelente comandante, tenía poca experiencia en guerras marítimas y había dejado a Neoptólemo el mando táctico de la armada.

—Se acerca una presa. ¡Mira!

A través del chapoteo de la proa y los destellos cegadores de las olas, Neoptólemo divisó actividad en uno de los acantilados próximos a la entrada del puerto. Seis navíos rodios habían salido de una cueva y estaban remando enérgicamente hacia el canal con intención de burlar el bloqueo pónico, probablemente para llegar hasta Creta y adquirir provisiones. Nuestros veinticinco trirremes eran las embarcaciones de la flota pónica más próximas a la entrada del puerto, pero los rodios, por lo visto, creían que podían dejarnos atrás.

Neoptólemo sonrió.

—Como un pez en un tarro.

Gritó algunas órdenes al capitán del barco y nos indicó a Makarios y a mí que nos colocáramos en la popa para no estorbar a los marineros que empezaban a congregarse en el centro del barco. Con la agilidad de un mono, salté sobre las bobinas, las armas y los remos de repuesto, dejando atrás a Makarios. A pesar de que ya era casi un hombre, durante la travesía no había demostrado poseer dotes de marinero.

—Tengo náuseas —gimió cuando llegó a la popa. Le examiné detenidamente. Tenía la cara del mismo color que el boxeador Calamodris después de la competición gastronómica y se tambaleaba peligrosamente—. Creo que no puedo estar aquí —dijo, y tras una convulsión y una fuerte arcada, me vomitó en los pies.

—Siéntate aquí —le dije, extendiendo una lona sobre una bobina al pie del mástil. Agradecido, Makarios tomó asiento y cerró los ojos, tratando de no pensar en el balanceo del barco—. Estaré justo sobre tu cabeza.

Trepé hasta medio mástil, agarré una cuerda y me impulsé hasta el puesto de observación, lugar que los marineros también utilizaban para inspeccionar el agua en busca de atunes y peces espada que arponear, a fin de variar la dieta. Me acomodé, sin la obstrucción de las velas plegadas, y contemplé la acción por encima de los marineros congregados en la cubierta.

El martilleo de los mazos contra la madera aumentó cuando los *keleustai*, los cómitres de los barcos, aceleraron el ritmo y los remeros intensificaron las paladas. El barco sufrió un fuerte bandazo al ganar velocidad. A diferencia de los romanos y sus aliados rodios, los remeros de todos los barcos de la flota pónica eran guerreros, piratas y marineros que, tras entrar en contacto con el enemigo, eran capaces de manejar las armas con la misma habilidad que los remos. Aquí no se desperdiciaban los recursos humanos. Más importante aún, hasta el último remero tenía asegurada una parte del botín. Sorprende lo deprisa que eso hace remar a un hombre.

Con el viento de espalda, nuestros barcos surcaban velozmente el espumoso mar.

Las seis embarcaciones enemigas, aunque de diseño típicamente rodio, tenían problemas para alcanzar su velocidad óptima, frenadas, quizá, por los acantilados que las privaban del viento o por una corriente invisible que les ladeaba los remos. Las paladas parecían irregulares y nerviosas, la sincronización, torpe y los barcos empezaban a perder la comunicación oral. Nosotros avanzábamos al sesgo hacia el punto más angosto del canal para cortarles el paso, después de lo cual podríamos reducir la velocidad y aniquilarlos mientras intentaban regresar a sus acantilados o a la seguridad del puerto de Mandraki. Estábamos ahora a solo media milla del estrecho, luego a un cuarto. Era evidente para todos que los rodios habían perdido la carrera.

Con su larga melena castaña ondeando al viento, el torso jadeando bajo el corsé de bronce que se había puesto previendo el enfrentamiento, padre esbozó una amplia sonrisa. Aunque su barco insignia sería el último en entrar en combate, estaba preparado, y vi cómo sus dedos se aferraban al arco persa que siempre le colgaba del costado. Nunca hubo un hombre como padre, pensé.

Solo Neoptólemo parecía preocupado.

—¡Para! —gritó al capitán del barco. Hecho esto, lanzó rápidas señales a los timoneles de las demás embarcaciones pónticas. La orden era inexplicable. Perderíamos al enemigo si reducíamos la velocidad, ¡ahora más que nunca!

—¡No! —bramó padre, abriéndose paso a codazos entre los atónitos marineros—. ¡Cortadles el paso! Neoptólemo, ¿qué diablos haces? ¡Avanza y córtales el paso!

Neoptólemo permaneció callado, observando con tal intensidad al capitán del crucero rodio más próximo que le colgaba medio cuerpo de la baranda. Entonces me percaté de lo que estaba mirando. Pese a la lentitud de las embarcaciones enemigas, el capitán rodio permanecía impassible.

Neoptólemo miró de repente a padre.

—Señor, aquí pasa algo raro. El capitán enemigo es el almirante Damagoras, comandante de toda la flota rodia. ¿Qué hace dirigiendo una pequeña escuadra de seis naves?

—¡Le habrán degradado por incompetente! —gritó padre—. ¡Que es lo que yo haré contigo si no interceptas a esos bastardos! ¡Adelante!

Neoptólemo siguió observando al capitán enemigo con expresión grave. El rodio estaba de pie junto al *kybernetes*, el timonel, sin gritar órdenes y con la mirada dirigida no hacia el estrecho, supuesto objetivo de su escuadra, sino hacia estribor, directamente hacia nuestros trirremes. Tan cerca estaban ahora las dos escuadras que pude ver la fría expresión de su cara, la severa mandíbula echada hacia delante, el brazo sujeto a un montante, los ojos clavados en el casco de nuestra embarcación.

Era imposible que los rodios pudieran alcanzar el estrecho a tiempo. Llevaban un rumbo erróneo, dirigido hacia un banco rocoso que sobresalía de la isla, y no

tardarían en zozobrar. La única solución consistía en detener los barcos, ciar para corregir el rumbo y regresar con el viento en contra. Su avance estaba bloqueado, y al volverme hacia la popa advertí que la mitad de nuestra escuadra ya había girado cautelosamente hacia estribor, previendo el cambio de rumbo de los rodios, para impedir su huida en esa dirección. Iban a quedar atrapados entre ambos flancos, tras lo cual serían capturados o, si oponían resistencia, aniquilados.

Los hombres de cubierta lanzaron un sonoro clamor que viajó por encima del agua hasta la ciudad que acabábamos de dejar atrás y hasta el resto de nuestra armada que fondeaba en el canal, frente a los muros del puerto. Llevaríamos a nuestros compañeros las proas de seis barcos como trofeo, un botín nada despreciable para una simple misión diplomática y una recompensa justa por la respuesta insultante a la petición de rendición de padre. La ciudad pagaría por su obstinación y esos fugitivos serían los primeros en sufrir la ira del rey.

Neoptólemo, sin embargo, seguía inquieto, y mientras los rodios reducían todavía más la velocidad, preparándose para cambiar de rumbo, yo no alcanzaba a entender por qué. Había rodeado al enemigo, lo había acorralado contra los acantilados, había interceptado su huida, ¿qué otra opción tenían salvo rendirse? ¿Qué otra opción salvo...?

De repente, sin que el comandante rodio emitiera grito o señal alguna, los seis barcos enemigos se alinearon y procedieron a virar hacia la izquierda con la sincronización de una bandada de gaviotas al tropezar con una corriente de aire. Las palas de babor remaban hacia atrás al ritmo, ahora frenético, de los tambores, mientras las de estribor hacían otro tanto hacia delante. Sin romper el hipnótico compás, las embarcaciones giraban como si se hallaran encima de un torno, no de regreso a los acantilados sino... directamente hacia nosotros.

Los vítores de nuestros hombres murieron en sus gargantas y el silencio se apoderó del barco. ¡Era un suicidio! Los arqueros procedieron a preparar sus flechas y la infantería desenfundó sus espadas, mas no teníamos a nadie con quien luchar. Sobre las cubiertas del enemigo no había un solo hombre, con excepción del almirante y los timoneles, que se hallaban en las popas detrás de unas barreras protectoras. A bordo de los navíos rodios no había un solo soldado. Únicamente estaban los marineros que manejaban los remos bajo cubierta.

Los navíos avanzaban hacia nosotros como impulsados por catapultas. Las aguas se dividían al paso de sus elegantes proas como la carne ante un cuchillo. El torpe manejo de los remos había sido una farsa. Estos hombres eran marineros nacidos y criados detrás de un remo, los mejores remeros y timoneles del mundo, y los espolones de bronce armados sobre las proas se nos echaban encima a una velocidad vertiginosa. En nuestra cubierta estalló el caos.

—¡Dispersad la escuadra! —gritó Neoptólemo—. ¡No les facilitéis el blanco!

Retrocediendo furiosamente, nuestros pesados barcos luchaban por virar y cambiar el rumbo, mas era inútil, pues se trataba de una maniobra para la que no estábamos entrenados. Doce de nuestros trirremes seguían atrapados en una formación compacta y los virajes solo empeoraban su situación, pues las largas hileras de remos chocaban y se enredaban entre sí.

Con un fuerte estallido, dos de los navíos rodios embistieron dos barcos pónticos, de tamaño mucho mayor, desgarrando la madera de los cascos hasta penetrar en las cubiertas. Llenando el aire de gritos sobrecogedores, los marineros pónticos caían al agua o quedaban aplastados entre las proas de bronce y los mástiles, que se partían y caían al mar. En unos instantes ambos barcos quedaron destruidos, y las espinas de los cascos, trituradas; mientras zozobraban, cientos de hombres con armadura, muchos de los cuales no sabían nadar, saltaban al agua, donde chapoteaban desesperadamente, pidiendo ayuda o buscando un madero al que agarrarse.

Los rodios no enviaron hombres a las cubiertas para entablar combate con los marineros pónticos o, cuando menos, liquidar a los náufragos con sus flechas, pues era un lujo que la exigua tripulación no podía permitirse. Ambos navíos se alejaron tranquilamente de la presa y viraron para reunirse con sus cuatro compañeros, que habían pasado velozmente entre las caóticas filas pónticas y habían dado la vuelta para realizar un segundo pase.

Padre estaba furioso, y Neoptólemo volvió a gritar a la escuadra que se dispersara al tiempo que maniobraba para sacar del agua a los supervivientes antes de que se ahogaran. Era una tarea imposible. Cual flechas colosales, los barcos rodios nos embistieron una vez más, y una vez más se escuchó el terrible crujido, acompañado de los gritos de aquellos hombres que encontraban la muerte. Nuestros barcos hacían desesperados virajes, enfrentados a la furia de las proas de bronce rodias, y como si las naves no fueran ya suficiente amenaza, nuestros desconcertados capitanes y remeros se convirtieron en otra, pues los remos y timones empezaron a partirse como resultado de las colisiones entre nuestros propios barcos.

Todo era caos, una masa de agua revuelta, salpicada de maderos rotos y hombres que chapoteaban y pedían a gritos que los rescataran. La mitad de los marinos de cubierta recibieron órdenes de abandonar la formación para sacar del agua a los compañeros mediante cuerdas y flotadores, o incluso colgándose ellos mismos de los costados de las cubiertas. Algunos, agarrados de los tobillos por sus camaradas, llegaban al agua con lanzas, remos y pelones rotos para recoger a los que se ahogaban. El capitán y Neoptólemo gritaban órdenes contradictorias al timonel para que dirigiera la nave hacia las zonas donde había mayor número de náufragos, de modo que ni uno ni otro podía tener más de un ojo puesto en la ofensiva enemiga... hasta que fue demasiado tarde.

Al escuchar el grito iracundo de padre, el timonel desvió finalmente la atención

del lugar del rescate y la dirigió a un navío rodio que se estaba aproximando —una vez más, extrañamente vacío y silencioso— como un barco fantasma. No se dirigía hacia nosotros, sino hacia uno de los pesados navíos de Quíos que teníamos delante y que se bamboleaba como una ballena mientras sus hombres, como los nuestros, trataban de sacar del agua a compañeros náufragos. El bramido de padre hizo que todas las miradas del barco de Quíos se alzaran para ver la mortífera embarcación que se les echaba encima. Los hombres quedaron paralizados unos instantes y luego se lanzaron a una actividad caótica. Una docena de marineros que sabían nadar saltaron por la borda, prefiriendo encontrar la muerte en el agua a ser aplastados por la proa rodia o un mástil derribado. Otros corrieron hacia el costado opuesto del barco, escorando peligrosamente la nave, en busca de barandas y montantes a los que agarrarse.

El capitán fue el más valiente de todos. Sin que su rostro barbudo mostrara el menor signo de temor, se hizo con el timón sin dejar de gritar órdenes a los remeros. Dibujando un arco perfecto, el barco escoró hacia estribor justo en el momento en que el bajel rodio pasaba disparado por su lado, tan cerca que esquiló los remos de babor pero no causó daños mayores. Los marineros de Quíos celebraron la maniobra con vítores, mas su alegría duró poco, pues la enorme nave, arrastrada por su propio impulso, se cruzó en nuestro camino, embistiendo violentamente nuestra proa con un crujido escalofriante.

Apenas tuve tiempo de ver qué había ocurrido, pues lo siguiente que sentí fue una fuerte tos y el agua penetrándome en la boca y los pulmones. Alcé la mirada y divisé la superficie del mar, extrañamente serena, el resplandor del sol, tenue y verdoso, las piernas de los hombres nadando por encima de mi cabeza, como pequeños insectos. El impacto de la colisión me había arrancado del penol y, al llevar puesta la enorme armadura que padre me había colocado en el último momento, me hundí como una piedra. No sentía pánico, ni siquiera miedo, tan solo una tremenda impresión causada por el frío, y el dolor abrasador del agua salada en los pulmones mientras me esforzaba por toser. La luz era cada vez más apagada y las piernas sobre mi cabeza cada vez más pequeñas...

De repente noté una enorme presión en el pecho y un golpe de agua en la cara, como si hubiese tocado fondo y rebotado hacia la superficie, como un enano aventado en una manta. Luché por conservar el conocimiento mientras la superficie se aproximaba como un espejo en avalancha y las piernas de los náufragos ganaban tamaño y claridad. Emergí con un ímpetu que me sacó medio cuerpo del agua y solo entonces, boqueando y tosiendo, comprendí lo cerca que había estado de la muerte y que la presión que sentía en el pecho la producía el enorme brazo de padre, que me rodeaba con la fuerza de un arnés. Nadó hacia nuestro barco con el brazo que le quedaba libre, ágil como un perro con un pájaro en la boca, y al levantar la vista

divisé una docena de marineros que, suspendidos por los tobillos, alargaban sus fuertes brazos para auparme. Agarrándome por las axilas, me subieron hasta la cubierta, donde caí rendido mientras mi abrasada garganta escupía agua teñida de sangre.

Los hombres corrían a mi alrededor, todavía luchando por separar de nuestros penoles el mástil del barco de Quíos. Machares me bombeaba el pecho, gritando constantemente mi nombre —¡Farnaces! ¡Farnaces!— olvidado, al parecer, de sus náuseas. Padre trepó por la barandilla echando abundante agua por la armadura y me miró con preocupación. Tras comprobar que estaba en buenas manos, se volvió para examinar el estado de la embarcación. Neoptólemo, entretanto, vigilaba detenidamente a los rodios, a la espera de su siguiente ataque.

Este, sin embargo, no llegó. Los seis navíos se alejaron hasta perderse en el laberinto de cuevas. No vimos un solo marinero o soldado, ni el más mínimo rastro de vida salvo el destello ocasional de un brazo bronceado a través de las portillas de los remos o la mirada vigilante de los timoneles por los costados de las barricadas tras las cuales gobernaban el timón. Habíamos perdido dos barcos completos y más de cincuenta hombres que murieron ahogados y cuyos cuerpos nunca recuperamos. Otros seis barcos habían sufrido tantos daños que solo podían ser reparados en tierra. Con el ánimo apesadumbrado, la escuadra navegó por el canal para reunirse con la armada que aguardaba frente a la entrada del puerto. Ignoraban por completo el resultado, si bien los incansables bramidos de padre acerca de la incompetencia de los marinos de Quíos enseguida puso remedio a eso. Tardé un día entero en volver a andar y varias semanas en poder respirar sin experimentar dolor. El brazo de padre me había fracturado varias costillas. Un mal comienzo para mi carrera militar.

Ojalá padre hubiera leído las señales cuando, unos días más tarde, estalló la tormenta. Papias le había advertido, después de examinar los órganos del ternero durante el sacrificio, que el hígado era canceroso, y los presagios, nefastos. Así y todo, padre insistió en trasladar a la infantería por el estrecho canal desde el continente hasta el flanco norte de la isla, que se encontraba a medio día de marcha de la fortaleza en dirección oeste. Se trataba de una travesía fácil que, en circunstancias normales, habría podido hacerse en una mañana. El error estuvo en intentar ganar tiempo trasladando a todo el ejército de una sola vez en lugar de hacerlo en tandas. Así pues, cuando la tormenta estalló había quinientas naves en el mar. Los feroces vientos dispersaron las embarcaciones a lo largo de los trescientos sesenta estadios de costa que tenía la isla, o al menos las embarcaciones que sobrevivieron.

Los trirremes y barcos de guerra encaraban las olas con facilidad gracias a su maniobrabilidad y calado, y a las grandes aptitudes navegantes de los piratas que las dirigían. Pero para las chalanas de fondo plano, la cosa era muy diferente. Diez de

ellas, junto con los más de mil hombres que transportaban, desaparecieron para siempre bajo el oleaje. Muchas otras fueron embestidas y hundidas por navíos rodios que, pese a la tormenta, salieron de sus cuevas como buitres ante un jabalí herido. Las hubo que se estrellaron contra la costa rocosa, donde sus tripulaciones sufrieron el ataque de pastores y milicias que habían estado aguardando a que eso ocurriera. Apostados en la cadena montañosa que corría paralela al canal, observadores romanos y rodios contemplaban el desastre e informaban constantemente a sus jefes sobre el progreso del ataque «sorpresa» a la ciudad.

La escaramuza frente al puerto de Mandraki y, posteriormente, los daños que la tormenta infligió a la armada solo sirvieron para confirmar lo obvio: que la victoria sobre Rodas iba a ser una tarea casi imposible. El mar no era el punto fuerte de padre. Estaba impaciente por encontrarse de nuevo a lomos de un corcel de batalla. Las armas que le golpeaban la espalda y la daga que bailaba en su cadera le recordaban constantemente las muchas semanas que llevaba sin utilizarlas, desde que había iniciado la campaña con la flota. La agilidad y el tamaño de padre constituían un estorbo en los reducidos confines de un barco, y los marinos que integraban la flota, muchos de ellos jinetes y guerreros de tierra como él, se sentían igualmente frustrados y fuera de lugar.

La fuerza de padre estribaba en los viejos clanes de guerreros pónticos, en las hordas de luchadores acorazados que podía hacer salir de las montañas y barrancos sin apenas previo aviso. Sus ventajas eran los ágiles ponis de las montañas que permitían a los soldados cruzar velozmente los puertos montañosos, y la fuerza pura y bruta de sus mercenarios escitas. En el mar, los dioses no nos acompañaban.

Y cuando las Parcas desapruaban tu actuación y dirigen hacia ti el mal de ojo, es preferible buscar en otra parte y esperar a que se alejen.



V

PADRE REGRESÓ FURIOSO a la corte de Pérgamo dejando a sus almirantes a cargo del asedio durante el invierno, asedio que poco a poco degeneró en un desganado bloqueo. Aunque las islas griegas seguían prometiéndole lealtad y rindiéndole tributo, el entusiasmo había disminuido. Para los escépticos, el fracaso en Rodas demostraba que este nuevo «rey de los griegos» no era, de hecho, invencible, como muchos habían pensado al principio.

Con la campaña suspendida hasta la primavera, encontramos a Monime en extraña forma, tras haber puesto el palacio patas arriba durante nuestra ausencia. El erario gemía bajo la presión de sus absurdas adquisiciones, desde vulgares y estridentes obras de arte hasta lo último en telas y mobiliario griegos, y nuestras notas aparecían llenas, con semanas de antelación, de banquetes, recepciones, actos bochornosos y frivolidades. Sus afectados amigos estaban en todas partes y aparecían por todos los rincones, decorando, aconsejando, buscando favores y aburriendo a padre hasta la exasperación. Los amigos de padre se sentían incómodos y mal acogidos. Monime, de hecho, humillaba constantemente al pobre Bituito por su lentitud al hablar y sus modales toscos, a pesar de que el galo era indefectiblemente cortés con ella. Hasta a mí, aún joven y criado en los campamentos del ejército más que en la atmósfera enrarecida de la corte, me sorprendía la ordinariez y la falta de sutileza de Monime.

¿La amaba padre? En una ocasión me hice esa pregunta y llegué rápidamente a una conclusión. Decididamente, no. Entonces, ¿qué veía en ella, en nombre de los doce dioses, aparte de su coqueta belleza, belleza que podría encontrar mucho más barata en una mujer de la calle? ¿Por qué la aguantaba valientemente, desafiando a sus mejores amigos, incluso descuidando su propio reino, en lugar de despedirla? Porque poseía un punto ciego en su juicio, una deplorable terquedad, una resistencia a admitir que Monime y su familia le habían tomado el pelo, le habían obligado a declarar públicamente en Estratonicea su deseo por la joven y a pagar un precio desorbitado por sus favores. En opinión de padre, más estúpido aún que seguir soportando los caprichos de Monime sería despedirla, pues eso significaría reconocer públicamente que había errado en su juicio, lo que pondría en duda su competencia administrativa. Así pues, padre apretaba los dientes, cerraba el pico y aguantaba.

Monime y los ciudadanos de Pérgamo pasaron delicadamente por alto la derrota

rodia y organizaron un magnífico festival de teatro para dar la bienvenida al rey. Monime, naturalmente, fue la principal promotora del acontecimiento. Durante semanas oí cómo lo planeaba con los eunucos. Constituía una ocasión idónea para mejorar su imagen ante la nobleza de la ciudad, que la había desairado por su humilde cuna desde su llegada tres años atrás. El día que comunicó que en el anfiteatro iban a representarse grandes obras, padre refunfuñó para sus adentros, pues esos pomposos espectáculos le desagradaban tanto o más que a mí. Monime, sin embargo, le había comunicado el acontecimiento con gran bombo, rodeada de una docena de sus damas, que no hacían otra cosa que elogiar el profundo amor que Monime había demostrado sentir por el rey al organizarle semejante espectáculo. Poco podía hacer padre salvo lanzarle miradas de enojo y asentir.

En la corte reinaba un gran alboroto, que fue en aumento a medida que se acercaba el gran acontecimiento. No solo se trataba de la primera actividad importante de la temporada de teatro, sino que prometía ser el mayor espectáculo de la historia reciente. Para la ocasión se había organizado un ciclo dramático enteramente nuevo, con actores importados nada menos que de Atenas y Antioquía. Un enorme coro llevaba varias semanas ensayando a puerta cerrada y los más grandes cantantes del mundo se estaban preparando para deslumbrar al rey con su sonoridad y registros. Docenas de renombrados escenógrafos, pintores, carpinteros y sastres habían llegado de todas las islas e incluso de Creta y Cartago para aportar su experiencia a la sensacional empresa.

La noche del gran espectáculo, padre ocupó el trono del palco superior del extraordinario anfiteatro de Pérgamo, con Monime a su derecha envuelta en sus mejores galas y radiante como una diosa. Hasta yo había aceptado asistir a regañadientes, pese a las burlas de Makarios, que conocía mi tendencia a evitar tales actos y había alegado jaqueca. Así y todo, justo antes de nuestra partida, cuando aparecí en las dependencias de padre con el atuendo de oficial, Monime había exclamado horrorizada:

—¡Señor, la indumentaria de tu hijo! No permitiré que acuda al teatro vestido así. Parecería un rábano entre gemas.

Padre me miró de arriba abajo.

—Viste el uniforme de gala. Está tan elegante como mis demás oficiales.

Monime se sulfuró.

—¡No es uno de tus oficiales! ¡Es un muchacho de doce años y el hijo del rey! Bien podrías traerte a ese patán de Bituito, para lo que este muchacho te honrará esta noche vestido como un... ¡niño soldado! —espetó con desdén.

Padre se quedó mirándola unos instantes mientras yo ardía de humillación por dentro por el hecho de que una muchacha apenas unos años mayor que yo hablara de ese modo en mi presencia, como si yo fuera una mascota. Pero padre, tal como venía

haciendo últimamente, optó por no contrariar a Monime. Mirándome, se encogió de hombros y se lavó las manos.

—Haz lo que te diga, muchacho —respondió antes de abandonar la habitación.

Por insistencia de Monime, me perfumaron y me vistieron con una versión reducida del tocado y los bombachos de seda de padre. En el teatro, me senté enfurruñado a su izquierda. Él descansó una mano carnosa sobre mi hombro y colocó fríamente la otra en el cuello de Monime. Cuatro mil ciudadanos influyentes, acompañados de sus esposas, estaban presentes, y el teatro hervía de expectación por el magnífico espectáculo que estaba a punto de comenzar. Las cabezas giraban de un lado a otro para observar abiertamente a sus vecinos, y especialmente a nosotros, el magnífico trío del palco real. Fría y altiva, Monime contemplaba con impaciencia las cortinas del escenario. Padre, entretanto, ofrecía su habitual sonrisa, levantando de vez en cuando una mano para saludar a algún conocido entre la multitud.

El espectáculo resultó formidable y superó todas las expectativas. De hecho, la gente mayor todavía lo comenta hoy día entre susurros, aunque no por las razones que Monime habría deseado. Ocupando el escenario de punta a punta, el enorme coro cantó las alabanzas de padre con melodías tan innovadoras y atrevidas, tan modernas y emotivas, que llenaron de lágrimas los ojos del público en general. Grandes actores cuyos nombres todo el mundo había oído mencionar durante años pero a quienes muy pocos habían visto actuar salían de los *paradoi*, los bastidores, ataviados como dioses, para declamar en majestuosos trímetros yámbicos los favores que los cielos otorgarían al Liberador de los Helenos. Otros, disfrazados de figuras alegóricas y hombres célebres de antaño, alababan las virtudes del generoso rey y daban las gracias por los beneficios recibidos. Recostado en su asiento, padre parecía estar disfrutando del espectáculo. Monime, por su parte, irradiaba felicidad. Las dolorosas semanas en Rodas y la humillación sufrida a manos de los romanos asediados empezaban finalmente a diluirse.

El momento culminante del espectáculo fue el magnífico descenso de Niké, diosa de la victoria, desde el cielo nocturno para colocar al rey la diadema real. En el punto álgido de las alabanzas del coro a su Salvador, los actores alzaron la vista y cayeron de rodillas ante la magnífica visión. Desde lo alto de nuestras cabezas descendía lentamente la diosa dorada, encarnada por una encantadora y joven actriz, completamente desnuda salvo por sus sandalias aladas. La muchacha tenía la piel, de los pies a la cabeza, pintada con polvo de oro, una imagen asombrosa y un homenaje poco sutil a la famosa leyenda del caballo dorado de padre. Sobre sus pechos, como hiedra trepando por una estatua, se enroscaba una larga melena dorada. Unas enormes alas también doradas, atadas ingeniosamente a los omoplatos con delgadas correas del mismo color, abanicaban suavemente el aire. La muchacha estaba sujeta por unos hilos muy finos, casi invisibles en la penumbra, a una grúa pintada de negro que,

durante el momento cumbre de la actuación del coro, había girado con sumo sigilo hasta quedar justamente encima de nuestras cabezas y apenas podía adivinarse con el negro cielo de fondo. Los espejos de los fanales apuntaban hacia el fulgurante cuerpo de la muchacha y, concretamente, hacia la espléndida diadema de gemas que sostenía en las manos. El lento descenso sobre nuestro palco con los brazos extendidos para mostrar la corona destinada a la cabeza del rey ofrecía un efecto absolutamente mágico. Padre contemplaba embobado el vulgar espectáculo, un espectáculo que solo Monime podía haber concebido.

Yo estaba anonadado. Nunca había tenido a una mujer desnuda tan cerca, flotando apenas a un brazo de distancia de mis ojos, y aún menos con el cuerpo completamente depilado y cubierto de polvo de oro. Se deslizó lentamente frente a mi cara con un vuelo coreografiado que permitía a la audiencia admirar su dorada belleza antes de proceder a la coronación del rey, el Amado de la Victoria. De su cuerpo caían motas de polvo dorado que centellaban con la luz de los fanales como diminutas lluvias de meteoros, hasta posarse en nuestras cabezas y regazos.

Era el espectáculo más chabacano y al mismo tiempo más extraordinario que había visto en mi vida. Sentí el deseo de alargar una mano y tomar el seno dorado de la diosa alada como Paris había tomado la manzana dorada antes de dársela a Afrodita, y declarar al mundo entero quién era «la más hermosa», pues en mi vida había visto una imagen tan bella y sorprendente.

Monime, en cambio, estaba furiosa. Visiblemente tensa, se apartaba el polvo de oro de la cara con gesto impaciente mientras observaba con recelo a la muchacha alada, que parecía sostener más de la cuenta la mirada del rey, alargando el momento previo a depositar la corona sobre su cabeza. Cuando Monime, indignada, se recostó en su cojín, le oí susurrar al eunuco que tenía detrás:

—¡Niké es una diosa, no una ninfa de los bosques en cueros! Esto no fue lo que ensayamos. ¿Dónde está la túnica, por el amor de Zeus? ¿De dónde habéis sacado a esa... humilde mercenaria?

La burla de Monime sobre el linaje de la muchacha casi hizo que me orinara de alborozo, pero el eunuco estaba profundamente consternado.

—Señora, queríamos vestirla como a una diosa, pero el polvo de oro no quería adherirse a la seda. ¡Solo se adhería a la piel! Esto fue cuanto pudimos hacer...

Sus palabras fueron interrumpidas por el clamor de la multitud, pues la grúa había dibujado un amplio arco sobre la platea, ofreciendo a los entusiastas espectadores una vista más cercana de Niké. La diosa agradeció los aplausos con una delicada vibración del torso y un leve aleteo que liberó una nube de polvo brillante sobre el extasiado público. Enfurecida, Monime puso los ojos en blanco y cruzó los brazos mientras padre observaba deslumbrado la escena con una amplia sonrisa en los labios.

La diosa realizó un último pase sobre la platea antes de que la grúa la elevara suavemente hasta nuestro palco para el acto final. Justo cuando se inclinaba para colocar la corona a padre escuché un chasquido y vi que su pierna empezaba a temblar inexplicablemente y, con suma torpeza, abandonaba la posición horizontal que había mantenido hasta ese momento. Uno de los hilos se había roto. El pánico se apoderó del rostro de la muchacha, que quedó paralizada. Se oyó otro chasquido y esta vez fue su hombro izquierdo el que cayó de golpe. Aullando de terror, olvidando su papel de diosa, la joven empezó a dar vueltas con el rostro alzado, agarrada con una mano a las cuerdas restantes, mientras las alas se nos venían encima y azotaban a Monime en plena cara, levantando una espesa nube de polvo que le provocó un ataque de tos. El público observaba la escena paralizado y el coro había detenido en seco su canto. Hubo un tercer chasquido, esta vez audible para todos. Después de algunos malabarismos, la muchacha dejó caer la corona con un aullido y aterrizó, hecha una maraña de brazos, cabellos y alas partidas, sobre el regazo de padre y Monime. A lo lejos se oyó el estallido de cristales y gemas contra el mármol del suelo.

Horrorizado, el rey agarró a Niké por la dorada axila con una mano y la levantó sin esfuerzo alguno, como habría hecho con una araña. Luego, girando sobre sus talones, la dejó caer sin miramientos, y dolorosamente, sobre mi sorprendido regazo y se acercó rápidamente al borde del palco para echar un vistazo a la corona, que descansaba sobre los escalones de piedra con el cristal y las filigranas de oro destrozadas y las gemas esparcidas entre los pies de los estupefactos espectadores. Una mujer rompió el silencio con un sonoro lamento y se arrojó al suelo para reunir los fragmentos en la tela de su vestido. El público volvió a la vida con un bramido de indignación y la muchacha, ahora aterrorizada, pasó por encima de mí y abandonó el palco entre lágrimas, dejando atrás las destrozadas alas. Padre, Monime y yo, con la cara y la ropa cubiertas de polvo de oro, pasamos junto a los guardias rumbo a nuestras literas. Los tres teníamos las mejillas encendidas, aunque cada uno por diferentes razones.

Al día siguiente padre se puso a trabajar temprano. Envío mensajeros a todos los confines de su imperio para que averiguaran si había sucedido algo importante en aquel preciso momento, si alguno de sus ejércitos en Europa o Asia había sufrido una derrota, si alguno de sus generales había sido asesinado. Los emisarios fueron regresando paulatinamente a lo largo de las siguientes semanas con la noticia de que nada importante había sucedido ese día. Finalmente, padre atribuyó la caída de la corona de la Victoria simplemente a una coincidencia desafortunada y olvidó el asunto. Tras el humillante suceso, Monime, abochornada, pasó varios días encerrada en sus aposentos. No transcurriría mucho tiempo, me dije, antes de que padre la

mandara discretamente al exilio, para que viviera el resto de sus días rodeada del lujo tedioso de un remoto castillo de las montañas a los que padre acostumbraba enviar el exceso femenino de la corte —las hermanas que había rehusado desposar, miembros no deseados de su harén— «para su protección», aseguraba siempre.

Y entonces llegó a Pérgamo el último mensajero que el rey había enviado tras la caída de la diosa. El hombre había viajado de incógnito hasta la mismísima Roma y, a su llegada, lo primero que hizo fue agradecer ostentosamente el haber regresado sano y salvo al reino glorioso del rey Mitrídates. Padre resopló con impaciencia.

—Ve al grano, mensajero. ¿Qué averiguaste?

El hombre sonrió y miró pomposamente a los cortesanos que aguardaban sus palabras.

—Señor, como decía, nunca he estado tan agradecido de regresar a mi tierra natal como ahora. El contraste entre la paz y la prosperidad de tu reino y la ignorancia y la pobreza de las tierras al oeste es difícil de imaginar. Todas las regiones bajo tu dominio disfrutaban de la beneficencia de tu reinado, mientras que aquellas bajo control romano todavía son víctimas del caos y la barbarie...

Padre puso los ojos en blanco, harto de las divagaciones del mensajero.

—El elocuente Apolo me castiga. Hasta Bituito habla con más claridad que este espécimen. ¡Al grano, mensajero!

—Señor —empezó de nuevo el hombre, fingiendo no haber oído la interrupción pero acelerando, con todo, el ritmo de sus palabras mientras en su frente brotaban gotas de sudor—, se produjeron hechos que, según la opinión general de los arúspices etruscos a los que consulté, eran malos presagios para Roma, si bien tus propios adivinos deberían determinar eso. Cuentan que los báculos de los heraldos de las legiones destinadas en la Galia ardieron espontáneamente y tuvieron muchas dificultades para apagarlos. Que bandadas de cuervos aterrizaron en el foro y procedieron a comerse a sus propias crías ante los ojos de la gente. Que ratas atrapadas en trampas dieron a luz y, al igual que los cuervos, devoraron a sus crías, y que un día claro y sin nubes, un fuerte estruendo, como de cornetas, cruzó el aire por encima de Roma y puso a la gente los pelos de punta.

Padre soltó un bufido.

—No puede ser que hables en serio. ¿Has viajado hasta Roma y esa es la información que me traes?

El escepticismo de padre desconcertó al mensajero.

—Pero, señor, son presagios, mensajes llegados directamente de los dioses. Era eso lo que querías que indagara. Lógicamente, también hubo actos de índole humana...

—Ahora empiezas a hablar con sensatez. ¿Actos humanos? ¿Qué clase de actos?

—Señor, bien sabéis que toda Roma se halla inmersa en el caos. Como en el caso

de las familias de ratas y buitres, Roma se está devorando por dentro. La agitación entre populares y optimates continúa. Las familias están divididas, ingresan en bandos rivales, los hay que huyen de la ciudad, mientras que otros son expulsados, pero el terror es general, y estas amenazas internas no son nada comparadas con los peligros a los que Roma se enfrenta en el exterior. Con tus recientes victorias, las conquistas de Roma que tienen generaciones de antigüedad están cayendo de las ramas como higos pasados y volviéndose en su contra como... mmmm... como los despiadados murciélagos que se alimentan de esos higos pasados... —Hecho un lío, el mensajero guardó silencio.

Las incontables metáforas arrancaron un suspiro a padre, que dirigió una mirada suplicante al techo mientras el hombre recuperaba la compostura.

—Más importante aún, Majestad, tú y tus conquistas tienen a Roma aterrada.

Padre sonrió.

—Estupendo. Continúa, mensajero.

—El Senado... yo mismo en persona vi el Senado desde la tribuna pública en su primer día de sesión para deliberar sobre la declaración de guerra de Atenas. Señor, los más grandes dirigentes de Roma, sus mejores oradores, sus más destacados ciudadanos, están totalmente desconcertados. ¡El Senado es un completo caos! Uno tras otro, los senadores se levantaban para hablar, pero los abucheos ahogaban sus palabras...

—¿Los abucheos de la gente de la tribuna?

—¡No, señor, de los demás senadores! Nunca he visto nada igual, ni siquiera en la asamblea bárbara de Capadocia. El senador Marco Albino se levantó para hablar y propuso apaciguarte retirando las guarniciones romanas de Asia. Dijo que las guarniciones, en cualquier caso, eran una carga, difíciles y caras de administrar, y que si te cedían el territorio, estarías demasiado ocupado para seguir siendo una amenaza para la República.

—¡Fabuloso! Recuérdame que envíe un obsequio a Albino. Un momento. ¿Has dicho que los romanos me consideran una amenaza para la República?

—Señor, los romanos hablan de ti empleando los mismos términos que utilizan con el mismísimo Aníbal.

—¿Y cuál fue la reacción a la propuesta del buen senador?

—Señor, los senadores casi lo linchan. Rufianes contratados por sus adversarios le arrojaron huevos y cubrieron la pared que tenía detrás de fruta podrida. Le llamaron traidor por abandonar a las almas no vengadas de los romanos asesinados el año pasado.

—¿Qué más se dijo?

—Otro senador se levantó y propuso pagar a los armenios para que te atacaran por el este, pero este hombre fue arrancado del estrado por cobarde, esta vez a manos

de una multitud de ciudadanos que irrumpieron en el Senado exigiendo la venganza inmediata contra tu persona, pero los populares, que controlan el Senado, carecen de un general digno de confianza dispuesto a asumir semejante empresa. Señor, el Senado se vio obligado a disolverse antes de finalizar el debate y desde entonces no ha podido reunirse en sesión plenaria por temor a que ciudadanos indignados lo invadan. El miedo y la indecisión tiene paralizados a los dirigentes, que no consiguen llegar a ningún acuerdo. Tú, mi señor, eres la causa del terror de Roma. Tú serás recordado por los poetas como la verdadera causa de su destrucción. El propio Senado será recordado por la historia como tu primera víctima.

Padre se recostó en su asiento, particularmente impresionado.

—Es, ciertamente, una noticia importante —dijo con calma. Tras unos instantes de reflexión, se incorporó e indicó al mensajero que se acercara—. Tus cuentos sobre ratas y cuervos me traen sin cuidado. Lo que me importan son los hechos. Hiciste bien al introducirte de incógnito en la tribuna del Senado, y ahora, mensajero, concentra tu débil mente. ¿Qué ocurrió exactamente el día de la caída de la Victoria en el teatro? No me hables más de miedos generales. ¿Qué ocurrió ese día?

El hombre le miró perplejo. Si algo tan sorprendente como el desmoronamiento del Senado no era importante para el rey, ¿por qué había enviado a sus mensajeros a investigar?

—Aparte de eso, Majestad, nada importante sucedió. Salvo...

—¿Salvo qué, hombre? —exclamó padre con impaciencia.

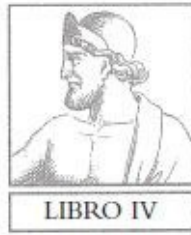
—Perdóname, señor, pero pensé que era un suceso sin importancia comparado con todo lo que te he contado. El caso es que ese día un general romano del desacreditado partido de los optimates partió de Roma hacia el norte con las pocas legiones que le eran leales y varios talentos de fondos prestados. Un despliegue de tropas como cualquier otro, pensé. Ni siquiera me molesté en preguntar adónde se dirigían.

Padre afiló la mirada.

—¿Y cómo se llamaba el romano, mensajero? ¿Preguntaste al menos eso?

—Lucio Cornelio Sila, señor.

Y si padre hubiera sido más perspicaz, habría comprendido que la buena racha del nuevo rey de los griegos había dado un giro.



RITOS INICIÁTICOS

En Asia, las cuchillas romanas son objeto de temor, el nombre romano es pronunciado con odio, los tributos, diezmos e impuestos romanos son instrumentos de muerte.

CICERÓN



I

SILA HABÍA DESTACADO tarde en la vida, de acuerdo con los parámetros romanos. Inició su carrera modestamente, pero marcó cada uno de sus ascensos con un éxito siempre mayor que el anterior. Como cuestor, fue el cerebro de la captura del rey africano Yugurta, pesadilla de Roma; como propretor, conquistó a los armenios y humilló a los partos. Unos años después, eclipsó al envejecido general Mario y obtuvo el rango de cónsul con la hoja de su espada. Aristócrata de nacimiento y miembro del partido de los optimates, era un patriota, mas solo en la medida en que eso favorecía sus intereses personales. El reciente alzamiento de Grecia y de los territorios asiáticos había llamado su atención, pero el Senado romano le había negado el permiso para emprender una campaña, obligándole de ese modo a crear y abastecer un amplio ejército exclusivamente con dinero de su propio bolsillo. Sus soldados romanos, por lo general profesionales consumados tanto en el combate como en su administración interna, estarían obligados a vivir no de una extensa línea de abastecimiento procedente de Roma, sino de lo que pudieran conseguir sobre la marcha y de la esperanza de futuros saqueos. La situación militar de Sila era delicada.

Las cinco legiones atravesaron Beocia hasta el Ática, y cuando el mensajero llegó a Pérgamo con la historia de los cuervos, ya habían iniciado el asedio a Atenas y el puerto del Pireo, este último defendido por las fuerzas de Arquelaos. Padre, sin embargo, no vio en ello más amenaza que en un punto muerto durante el invierno. Después de todo, los romanos carecían de armada, de modo que sus soldados no podían abastecerse con la misma facilidad que los contingentes pónicos, con su fácil acceso a la armada y los barcos de avituallamiento de padre. Las tierras yermas que rodeaban Atenas no tardarían en ver consumidas sus cosechas, y entonces Sila moriría lentamente de hambre o levantaría el cerco. Decidido a acelerar el proceso, padre envió otros dos ejércitos desde el norte, a través de Tracia y Macedonia. Cercaríamos a los romanos mediante un amplio movimiento de tenaza, cortándoles el paso por tierra y por mar, y, seguidamente, los aniquilaríamos.

Si un hombre era capaz de hacer frente a los peligros y horrores de un asedio, ese era el astuto Arquelaos. Durante todo el invierno defendió tenazmente su posición en el Pireo, guarnecido tras la compacta muralla de piedra de cuarenta codos de altura, construida por Pericles en tiempos de la guerra de Atenas y Esparta. En los despachos semanales que enviaba a la corte de Pérgamo, y que padre me leía en voz alta,

Arquelao se burlaba de las torpes tácticas de asedio de los romanos. Sila, tras fracasar en su intento de matarle de hambre, construyó enormes piezas de artillería, algunas capaces de arrojar hasta veinte proyectiles llameantes de una sola vez, y para ello, a falta de una madera mejor, taló los árboles ancestrales del jardín de la Academia. Arquelao cubrió sus muros y tejados de alumbre refractario, de modo que los feroces proyectiles rebotaban en el suelo y se apagaban sin causar daños.

A continuación, Sila desmanteló su artillería y construyó enormes máquinas de asedio. Tras numerosos esfuerzos y bajas romanas, logró introducir minas bajo los cimientos de la muralla de Pericles para echarla abajo, pero descubrió, para su estupefacción, que Arquelao había construido otra muralla, y otra, y otra, dentro del perímetro.

Sila recurrió finalmente a una ofensiva heroica contra las almenas, confiando en aplastar a su terco adversario simplemente por superarle en número, pero Arquelao, sobrado de recursos, había reunido a las guarniciones pónticas de las islas del Egeo y Eubea e incluso armado y entrenado a los remeros de su flota, y eso le permitió repeler el ataque. Cuanto más tiempo resistía Arquelao, más desesperada era la situación de Sila.

Entretanto, padre, confiando en una victoria final, regresó a la vida cortesana de Pérgamo. Todavía era un hombre joven, seguro de tener muchos años por delante para hacer realidad sus planes de una nueva Grecia. Arquelao estaba conduciendo a Sila a la desesperación y la derrota, y sus dominios apenas sufrían otras amenazas de importancia. Los informes semanales procedentes del campo de batalla le resultaban tan remotos que casi parecían irreales, merecedores, únicamente, de algún comentario breve entre padre y sus ayudantes. Monime no soportaba que se hablara de guerra en su presencia, y aunque yo presionaba a padre para que me contara los detalles del asedio, ella siempre interrumpía la conversación.

—Ya basta, Farnaces —decía con un bostezo fingido o una mirada severa—. La guerra es una brutalidad. Agarra tus espadas y vete a practicar con los soldados de la guarnición en el patio, pero no permitiré que traigas tu sed de sangre al palacio.

Dicho esto, yo miraba suplicante a padre, buscando indicios de que el asedio le importaba, de que para él la vida era algo más que los frívolos placeres de palacio y los caprichos de Monime, pero él evitaba mi mirada y se inclinaba sobre algún documento de Estado. Por lo menos no se había separado de su arco, pese a las protestas de Monime. Con todo, hacía meses que no le veía utilizarlo, ni siquiera para practicar el tiro o cazar. Me volví huraño y taciturno con Monime e incluso con padre, que lo atribuía a mi edad, y me sumergí en un estado de rabia perpetuo.

El asedio continuó a lo largo del verano. Las fuerzas pónticas del norte se abstenían de atacar, confiando en agotar la paciencia de los romanos. Llegado el otoño, Sila concibió una táctica descabellada con un teniente, un acaudalado galán

llamado Lucio Licinio Lúculo, cuyo abuelo había sido cónsul romano; su padre, delincuente, y su madre, prostituta. Este Lúculo pasó inadvertido frente a la armada pónica a bordo de un barco contrabandista y llegó a mar abierto con la intención de reclutar una armada para Sila, quizá entre los marineros del Levante o los barcos mercantes de Egipto. La inexperta tripulación del barco navegó directamente hacia una tormenta y los marineros pónicos, burlándose de la estupidez y la desesperación de los romanos, detuvieron la persecución y se refugiaron tras los muros del Pireo.

En primavera, la ciudad de Atenas, situada a varias millas de la fortaleza de Arquelao en el Pireo y defendida únicamente por una pequeña guarnición de lugareños y ancianos decrepitos y mal adiestrados, finalmente cedió al hambre y al ataque audaz de los romanos contra una zona de la muralla en mal estado. Sila en persona dirigió el saqueo de la ciudad tras ordenar a sus hombres que le transportaran, aquejado de gota, en una litera abierta. Espada en mano, los soldados romanos recorrían las calles y monumentos eliminando a todo el que se cruzaba en su camino, mujeres y niños inclusive. Fueron más las personas que se quitaron la vida, desesperadas ante la falta de piedad de los soldados de Sila y el dolor de ver su ciudad invadida, que las personas asesinadas por estos. Tan tremenda fue la matanza de Atenas que hoy día todavía se ignora cuántas personas perecieron asesinadas, cuántos inocentes perdieron la vida en ese delirio, aunque la ciudad tiene lugares donde todavía puede verse la sangre, absorbida por los poros de las losas. El número de seres humanos asesinados en el ágora fue tal que contaban que la sangre corría por las alcantarillas, bajo las puertas, y alcanzaba los aledaños de la ciudad.

Arquelao informó fríamente de la destrucción de Atenas y enseguida puso manos a la obra. Con la pérdida de la ciudad, defender el puerto ya no aportaba ningún beneficio militar, de modo que se preparó para emprender la retirada y unir sus fuerzas a las tropas auxiliares del norte. En menos de una semana había evacuado a todos sus hombres en barcos de guerra, manteniendo a los romanos a raya con su cada vez más reducida guarnición, hasta que el ejército al completo hubo partido, junto con sus provisiones y su botín de guerra. La victoria romana había sido vana.

Con estrépito de tambores y los banderines del caballo dorado ondeando en los mástiles, como si hubiera obtenido una gran victoria, Arquelao alejó la flota del Pireo, rodeó la punta del Ática y cruzó el canal del Euripo hasta las Termópilas. Allí unió sus fuerzas al ejército pónico del norte dirigido por el general mercenario Taxiles, que había marchado en dirección sur desde Macedonia y obtenido tropas bárbaras de refuerzo. Arquelao, por tanto, se puso al mando de cien mil soldados de infantería y veinte mil de caballería. Conocedor de sus puntos fuertes y de los riesgos de combatir con la caballería y los carros falcados en los accidentados terrenos de las Termópilas, avanzó varios días hasta las verdes llanuras de Beocia. Una vez allí, aguardó la llegada de Sila y los treinta mil exiliados romanos hambrientos y no

retribuidos. Arquelao se había documentado y conocía el terreno. No sería derrotado como Darío o Jerjes. Mitrídates era el conquistador de Oriente que finalmente alcanzaría la victoria sobre suelo griego.



II

PADRE, ME MARCHO.

Soltó el ave que estaba degustando, se limpió los dedos en una servilleta y estiró sus largas piernas sobre el diván, contemplándome con asombro e irritación. Con gran esfuerzo, mantuve firme la mirada y observé, como llevaba haciendo desde hacía unos meses, que la piel del rostro y los brazos de padre ya no era morena y curtida, sino pálida y flácida por la falta de ejercicio. Desde la derrota de Rodas había dejado la guerra enteramente en manos de Arquelao, y la administración civil en manos de los eunucos del palacio. Su nuevo imperio prácticamente funcionaba solo, le llegaban tributos de todas partes y las ciudades se peleaban a la hora de ofrecer sus propias levas. Había sido dueño absoluto de su tiempo, pero aun gozando de ese lujo que es el tiempo, lujo que hasta los hombres más acaudalados y poderosos raras veces pueden permitirse, lo había desperdiciado en gran medida. Durante tres años había descuidado la equitación y la caza y optado por dedicarse a los deberes y actos de la corte y a satisfacer los caprichos de Monime. Los horribles dardos de Eros, a diferencia de otras flechas, no matan o hieren, sino que disipan, debilitan y lo dejan a uno menos hombre que antes.

Yo había sufrido esa influencia en propia carne, pues, como siempre, a donde iba padre iba yo, y me irritaban las restricciones que me imponían los eunucos y cortesanos, el entorno básicamente femenino del palacio, la voz regañona y las absurdas pasiones de Monime. Huía de la corte siempre que podía para practicar el manejo de la espada y el tiro con arco, así como mis técnicas y ejercicios de combate, pero siempre solo, sin el asesoramiento de padre, sin su respaldo. Él apenas reparaba en mi presencia o mi ausencia, tan absorto estaba en los asuntos de palacio. Padre había cambiado, ya no era el guerrero feroz y el soberano severo, ni siquiera el padre que yo recordaba. Todavía era rey, naturalmente, pero rey de eunucos y concubinas, no de soldados y príncipes.

Y me había hartado.

—Me marchó —repetí.

Padre me miró sin pestañear.

—¿Te marchas de la mesa o te marchas del palacio? ¿Te aburre nuestra compañía?

Monime también me observaba. Tenía los labios apretados.

—Me marchó de la ciudad, y puede que de la provincia, todavía no lo sé. Tú tenías catorce años cuando te fuiste de casa, yo tengo un año más.

Padre empezó a hablar pero le interrumpió un sirviente que se acercó con una servilleta húmeda para que se lavara la cara, y en ese momento Monime intervino con un comentario farragoso sobre una nueva sierva que había adquirido. Suspiré y dejé caer ruidosamente mi copa sobre la mesa. Padre me miró irritado.

—¿Te van bien los estudios? —gruñó.

Asentí con la cabeza.

—¿El griego?

Vacilé. Las lenguas eran la disciplina predilecta de padre, pero es fácil destacar en ella cuando se posee un talento natural. Padre hablaba con fluidez veinte lenguas, mientras que a mí me costaba mucho aprenderlas, y hasta donde me alcanzaba la memoria siempre me habían desconcertado los extraños dialectos que oía hablar a embajadores y heraldos y que él parecía comprender sin esfuerzo alguno. Hasta la fecha, el único idioma extranjero en el que había aprendido a conversar era el gallo, de tanto sentarme a los pies de Bituito a escuchar sus relatos, pero padre tenía el gallo por una lengua inútil y bárbara. En una ocasión, de niño, me inventé algunas palabras que sonaban extranjeras y las recité despreocupadamente en su presencia para darme importancia. «*Sulai sulai lulai-o*», dije, palabras que probablemente había aprendido de escuchar a los pastores llamar a sus rebaños. Padre abrió los ojos de par en par, interesado por esta nueva y exótica lengua y sorprendido por mi inesperada familiaridad con la misma. «*Sulai sulai lulai-o?*», repitió, imitando mi entonación. Me eché a reír, como si le hubiese gastado la broma más ingeniosa del mundo, y tras unos instantes de desconcierto, padre sumó su sonora carcajada a la mía.

Pero de eso hacía muchos años. Ahora no era buen momento para bromear sobre mis conocimientos idiomáticos.

—¿El griego? —repitió con insistencia.

Respiré hondo y empecé a recitar entrecortadamente la invocación a la Musa de Homero en *La Ilíada*.

—*Menin aeide, Thea, Peleiadeo, Akhilleus oulomenen...*

Me interrumpió con impaciencia y terminó el verso por mí.

—¿El latín? —preguntó.

—¿Latín, padre? ¿Por qué debería aprender latín si es la lengua de los romanos?

—¡Justamente porque es la lengua de los romanos! —exclamó. Le miré atónito—. Si conoces la lengua de un hombre —prosiguió—, entonces sabes cómo piensa, sabes si analiza sus acciones en la voz pasiva o activa, sabes si su vocabulario tiende hacia el arte y la poesía o la guerra y las armas, y cuando sabes esas cosas, tu enemigo deja de ser un extraño, una incógnita. Habla la lengua de un hombre y podrás pensar como él y prever sus movimientos. Entonces, no tendrás motivos para

temerle. «*Qui timens vivet, liber non erit umquam*».

—¿Qué?

Me miró enojado a causa de mi ignorancia.

—«*Quién vive atemorizado nunca será libre*». Recuérdalo como tu primera lección de latín.

Suspiré de nuevo. Había perdido el control de la conversación. Me levanté bruscamente y eché a andar hacia la puerta cuando la voz autoritaria de padre me detuvo.

—¡Farnaces!

Me volví lentamente, haciendo frente a su mirada iracunda.

—¿Qué Hades te pasa últimamente? Monime me ha contado que eres grosero con ella y los sirvientes.

Estallé.

—¡Los sirvientes! No necesito a esos sirvientes, pero a cada paso que doy los tengo detrás. Si transpiro durante mis ejercicios, intentan perfumarme. Si disparo flechas, se preocupan de mi seguridad. ¡Pandilla de gallinas! No puedo hacer nada en esta casa sin que me picoteen la espalda. ¡Y tú tampoco!

Monime soltó una exclamación, escandalizada por mi lenguaje y vehemencia, mas padre mantuvo la mirada afilada e imperturbable.

—No tienes que hacer nada —dijo con voz queda y pausada—. Eres un príncipe, no un mozo o un soldado de infantería. Compórtate como un príncipe.

—¿Igual que tú te comportas como un rey?

Padre hizo una pausa y me miró con suspicacia.

—¿Qué insinúas?

Ya que había empezado, decidí llegar hasta el final.

—Eres rey —dije—, pero nada te importa.

—Me importa defender mi imperio de Roma.

—¿En serio? Desde hace dos años dejas toda la lucha en manos de Arquelao. Apenas has puesto un pie fuera de la ciudad. Odias a Roma, dices, pero ¿es esa tu forma de odiar? ¿Odias algo más? ¿Amas algo?

—¡Amar algo! —resopló padre—. Pensaba que hablabas de guerra.

—¡Estoy hablando de guerra! —exclamé, aturullado—. No odias, no amas, simplemente... vegetas en este palacio. Nada te importa. Si algo te desagrada, chasqueas los dedos para que lo retiren y vuelves a sonreír y a charlar como si nunca hubiera existido.

Al oír esto, Monime se rebeló.

—¿Cómo te atreves a hablar de ese modo a tu padre? ¡No eres más que un... un... un niño!

Bufé con desdén ante esta exhibición de elocuencia y, por una vez, padre me

respaldó. Miró severamente a Monime y levantó una mano para chasquear los dedos, pero se contuvo.

—Monime —dijo, dominando el tono—, déjanos solos.

Ella le miró con dureza, se levantó trabajosamente del diván, me clavó un ceño de Gorgona y abandonó la estancia con fingida despreocupación. Tampoco a ella le había favorecido la vida indulgente de la corte. Se había ensanchado, sus caderas y su cintura habían adquirido un contorno generoso y su rostro se había endurecido por el esfuerzo constante de exhibir la altivez de la reina que nunca iba a ser y por la aplicación excesivamente diligente de cosméticos agresivos para la piel. Padre sabía que yo llevaba mucho tiempo ocultando mi desprecio por ella, mas le irritaba que lo expresara abiertamente. Cuando Monime se hubo marchado, se esforzó visiblemente por controlar su genio y esbozó su sonrisa habitual. La mirada, sin embargo, seguía siendo de enojo.

—Farnaces —dijo—, Monime se ha quejado de que practicas el manejo de la espada en el Gran Salón con Bituito.

Le miré desconcertado.

—¿En el Gran Salón? Solamente en una o dos ocasiones, cuando llovía...

—Me alegra oír eso. No es un reproche, ni mucho menos. Bituito es un buen hombre, y un buen instructor. Conoce todas mis jugadas. Veamos qué te ha enseñado.

—¿Cómo? ¿Aquí? —exclamé.

—El lugar y el momento idóneos.

Padre se levantó pesadamente, caminó hasta el estante donde sus guardias dejaban las armas cuando estaban fuera de servicio, eligió cuidadosamente una espada y la sopesó durante unos instantes, comprobando su equilibrio, antes de lanzármela por el lado de la empuñadura. Luego agarró su enorme espada del diván, donde la había dejado antes de empezar a comer, y se acercó a mí con la hoja del arma hacia abajo y el torso y la cara totalmente expuestos, yo le miraba atónito, sin saber qué hacer.

—Adelante, muchacho. Esto ya no es un comedor, es un campo de batalla —dijo con una sonrisa—. Es hora de que queme un poco de grasa. Muéstrame tu mejor estocada.

—Padre, no son armas de entrenamiento, no tienen las hojas romas ni las puntas cubiertas. Es demasiado peligroso. Son espadas de verdad...

—Tonterías. Si no puedo defenderme frente a un muchacho de quince años, significa que yo no merezco ser rey y tú sí. Vamos, me estoy acercando, he entrado en tu zona de seguridad.

El torso de padre seguía expuesto y lo embestí a regañadientes, no con intención de golpearle, sino de prevenirle. Con un rápido movimiento que apenas percibí, me lanzó un contragolpe con su arma que hizo resonar mi espada en tanto que la mano y

el brazo me vibraban dolorosamente. La puerta se abrió de golpe y un guardia sobresaltado irrumpió en la sala, pero padre le tranquilizó con una sonrisa.

—Entrenando un poco, soldado. Quédate a mirar, si quieres.

Con actitud vacilante, el guardia aceptó y se retiró a un rincón para observar nuestras maniobras.

Irritado, comprendí que padre se había tomado esta práctica en serio. Flexioné las piernas para adoptar la posición de combate y me acerqué con cautela, decidido a utilizar mi punto fuerte, tal como Bituito me había enseñado: si mi rival era más grande, debía embestirle con rapidez y por debajo de su zona de comodidad.

Padre me captó al instante y asintió con aprobación.

—Buena postura, muchacho. Mantén el equilibrio, inclínate un poco sobre la parte anterior de los pies... ¡Así! —E impulsándose hacia delante, dirigió la espada hacia mi cabeza y la detuvo justo antes de que se produjera el impacto, o justo antes de que se hubiera producido el impacto, porque yo le había visto venir y había frenado hábilmente la embestida atacando el otro lado de su cuchilla.

Padre abrió los ojos de par en par.

—¡Buen trabajo! —exclamó, volviéndose para guiñarle un ojo al guardia—. Aceleraremos el ritmo para poner a prueba la entereza del muchacho.

Padre dio un paso al frente, alzó la espada y emprendió una combinación de raudos cortes y embestidas destinada a hacerme perder el equilibrio, a distraerme con la amenaza inminente de la cuchilla para que yo perdiera el control de mi juego de pies. Lanzaba sus acometidas con una fuerza y una velocidad difíciles de imaginar. Jamás me había enfrentado a una presión tan intensa en mis sesiones de entrenamiento con Bituito. Con la frente empapada de sudor, luchaba desesperadamente por esquivar sus estocadas mientras sentía que era empujado lenta e inexorablemente hacia la pared. Sabía que una vez allí el juego habría terminado. Eché una rauda mirada al rostro de padre y advertí que se hallaba concentrado pero totalmente relajado, con una tenue sonrisa en los labios. ¡Estaba disfrutando! Un profundo sentimiento de ira se apoderó de mí. Me enfureció que padre se tomara mis preocupaciones tan a la ligera, que rechazara tan despreocupadamente los asuntos que yo había intentado tratar con él, que intentara engatusarme con lo que él consideraba un juego de niños. ¡Jugaré con el muchacho unos minutos para que deje de llorar! ¡Quemaré un poco de grasa!

Con una fuerza que ignoraba poseer, abandoné mi postura defensiva y me embarqué en una tempestuosa combinación de movimientos que había visto practicar a Bituito con un campeón del ejército, deteniendo de ese modo mi retroceso e incluso robando a padre dos o tres pasos. Su sonrisa se esfumó y enarcó una ceja de asombro, si bien detenía hábilmente cada embestida, ya no se trataba de un simple juego, y padre hizo una pausa para enjugarse el sudor de la frente.

Miró al guardia y asintió con la cabeza, como si le estuviera indicando que iba a poner fin al combate antes de que se le fuera de las manos. Se volvió hacia mí haciendo un amago de estocada por mi derecha. Cuando me incliné para detenerla, padre giró hacia mi izquierda con una rapidez apenas perceptible para acorralarme contra la pared con la cara de su hoja y terminar el combate.

Mas yo ya no estaba allí. Habiendo practicado esa maniobra con Bituito, interpreté arriesgadamente que su estocada era un amago e hice, a mi vez, un amago de contragolpe. Pasando rápidamente por debajo de su espada, giré en la otra dirección y su cuchilla rebotó en la piedra de la pared. Antes de que pudiera recuperarse, padre notó la ligera presión de la punta de mi espada en la parte baja de su espalda.

Quedó paralizado. No podía verle el rostro, de modo que la única pista reveladora de su reacción fue el rubor que le subía por la nuca y las orejas. Oí al guardia acercarse con paso cauto. Yo jadeaba, con una sonrisa triunfal en los labios, mas la alegría me duró poco, pues padre se volvió bruscamente y, alejándose del alcance de mi espada, la golpeó con tanta fuerza que el arma salió volando de mi mano y se estrelló contra una pared. La violencia del impacto rompió la hoja a la altura de la empuñadura. Sin darme tiempo a reaccionar, lanzó la cara de su espada contra mi estómago y me arrojó al suelo, donde quedé tumbado boca arriba, resollando. Le miré desconcertado mientras él echaba fuego por los ojos.

—Al rey no se le amenaza con una espada por la espalda —dijo en un tono intimidatorio.

—Padre, solo era un juego, ¡tú mismo lo dijiste!

—Esto no fue un juego. Ningún hombre coloca una hoja en la espalda de un rey a menos que vaya a poner fin a su reinado.

Entonces fui yo el que se enfadó de verdad. ¡Como si yo hubiera empezado el combate! Poniéndome en pie, decidí defender mis argumentos antes de que él pudiera interrumpirme. Todavía jadeante, me coloqué delante de padre, tan cerca que podía notar su aliento colérico en mi rostro.

—¡De modo que ahora que te han puesto una espada en la espalda muestras alguna emoción! ¿Piensas que soy una amenaza para ti? ¿Hay alguien que no pretenda asesinarte? ¿Te importa algo más aparte de tu persona, aparte de tus interminables antídotos y augurios?

—¡Mocoso! Haré que te azoten...

—No te importa nada salvo tu pequeño círculo. ¿Acaso te preocupa que toda Atenas haya quedado en ruinas? ¿Que Sila haya tenido sitiados a cien mil de tus hombres durante un año? ¿Que tu propio hijo sea tratado como un perro domesticado en su propia casa? ¿Te importa que...?

—¡Ya basta, muchacho! ¡No permitiré que me hables así!

Hice una pausa.

—Como quieras. No permitas que te diga esas cosas. Eres el rey y no tienes por qué escuchar mis críticas, y tampoco tienen por qué importarte. Por eso me voy.

Encendida la mirada, padre se hizo a un lado con gesto melodramático para dejarme pasar. Tenía el rostro tenso de ira y la mandíbula blanca de tanto controlarla.

—Y así ha de ser —dijo a través de la apretada dentadura—. Así ha de ser. Parte, pues.

Me alejé sin decir más, y con tanta premura y torpeza que derribé el diván en el proceso.

Al día siguiente Monime entró en mi cuarto y me encontró en el suelo, tratando de decidir qué llevarme y adónde ir. Todavía no había meditado sobre los aspectos logísticos de mi partida, y con cada instante que pasaba mi situación me resultaba más desalentadora. Se sentó en un taburete bajo con un innoble gruñido e inició su perorata.

—Insensato. Crees que tu padre es Hércules porque espanta las flechas y no le afecta el veneno, que nada puede detenerle o herirle, que no teme a nadie ni a nada y, por tanto, nada le importa. ¿Me equivoco?

Contemplé las cosas que me quedaban por guardar y farfullé que deseaba estar solo.

—Pero es de carne y hueso —prosiguió—. De carne y hueso, con una mente en constante funcionamiento, como sus sentimientos. De carne y hueso, y le has hecho daño.

Me volví hacia Monime, tratando de ocultar mi asombro.

—¿Daño? ¿Y qué soy yo para él, si puedo hacerle daño? Tú misma dijiste que no soy más que un muchacho. Makarios es el heredero.

Me miró exasperada.

—¿Qué soy yo para él? —repitió, imitando burlescamente mi tono—. ¡Lo eres todo, llorica estúpido! ¿No te das cuenta? El príncipe Makarios es el heredero por ley, pero tú eres su esperanza, por eso te enseña cuanto sabe. Tú serás el comandante de sus ejércitos, el que protegerá y mantendrá el reino, no Makarios, ese estudioso empalagoso. Ayer tu padre no pegó ojo. Se pasó la noche dando vueltas, maldiciéndote unas veces y llorándote otras. Tuve que irme a dormir a otro lado de lo harta que estaba.

—Me voy de todos modos.

—¿Qué muchacho tan decidido. ¿Y adónde piensas ir?

—¿Acaso te importa?

Monime suspiró.

—La verdad es que no me importa lo más mínimo, pero tu padre me ha enviado

aquí para que te lo pregunte, aunque tú no debes saber que es él quien me manda. Sencillamente te lo cuento porque no puedo fingir que me importa lo suficiente para preguntártelo por cuenta propia. De modo que sígueme la corriente y dame una respuesta que pueda transmitir a tu padre. ¿Adónde piensas ir?

—Al lugar donde debería haber estado todo este tiempo, junto a Arquelao y el ejército para ayudar a destruir las legiones romanas. Hay una chalana en el puerto con provisiones para las tropas destinadas en Grecia. Partiré mañana con la marea, y lo haré conmigo a bordo.

Monime me observó con curiosidad y una pizca de suficiencia.

—Es lo mejor. El palacio no es lo bastante grande para los dos.

—Gracias por tu cariño y apoyo.

Esbozó una tenue sonrisa.

—Oh, mi querido Farnaces, no soy tan cruel como crees. He acordado con tu padre que Bituito te acompañe en tu viaje para garantizar tu seguridad. De lo contrario, me tendrías muy preocupada.

—Buena jugada —repuse con sarcasmo—. Tampoco has sentido nunca un gran aprecio por Bituito.

—¿Aprecio? —preguntó incrédula—. ¡Aprecio! ¡No me corresponde a mí apreciar a los escoltas de tu padre! ¡Jamás permitiría que ese hombre se me acercara!

Al oír eso, me enfurecí.

—¿Qué tienes contra el viejo Bituito? Es tan inofensivo como un cordero.

Monime echó la cabeza hacia atrás con desdén.

—Sencillamente, no lo soporto. Es demasiado grande y feo. ¡Y, para colmo, galo! Además de mutilado.

La miré boquiabierto.

—¿Has metido a ochenta eunucos en la casa y te repugna la mutilación de Bituito? ¡A él solo le falta un dedo!

—¡Ja! Mis eunucos estarán mutilados, como tú dices, pero por lo menos no van por ahí haciendo alarde de su cicatriz. Cada vez que tengo delante a Bituito, no puedo evitar mirarle el muñón. —Monime se estremeció.

La sangre me hervía de indignación. Aunque Bituito me contaba una versión diferente cada vez que le preguntaba acerca del dedo, estaba seguro de que lo había perdido sirviendo a padre y me enfurecía que Monime despreciara ese detalle. Me concentré de nuevo en mi equipaje.

—Despídeme de padre —dije con toda la virilidad de que fui capaz, sonando mucho más seguro de mí mismo de lo que me sentía en ese momento.

—Lo haré, soldadito —respondió alegremente Monime—. Lo haré.

Al día siguiente por la tarde me hallaba en la cubierta de la chalana, vestido con ropas

de plebeyo, observando cómo los marineros hacían rodar las últimas tinajas de vino y aceite por las rampas que conducían a la bodega. De repente se produjo un alboroto en la calle. Me volví y tropecé con una escena que conocía bien. La litera de padre acababa de detenerse al pie del muelle donde estaba atracada mi embarcación. «Probablemente ha venido a dejar a Bituito para que me acompañe —pensé—, o a desearme buen viaje».

Mas no era una cosa ni otra. Cuando la multitud reparó en la célebre litera, los hombres corrieron a rodearla entre vítores y ovaciones, empujando a los ocho esclavos jadeantes que sostenían la pesada carga y llamando a los compañeros de las tabernas y comedores vecinos para que se acercaran a saludar al rey. Sonreí, pues era una de las obligaciones que padre detestaba, si bien a Monime le encantaba ser el centro de atención cada vez que ella y el rey se aventuraban a salir. Esto, sin embargo, se salía de lo normal. Padre raras veces permitía que los porteadores detuvieran la litera en plena calle.

Las cortinas de gasa se abrieron y divisé el borroso contorno de la cabeza peluda y voluminosa de padre, levemente iluminada por la pared blanca que tenía detrás. Frente a él, asomada a la ventanilla, estaba Monime, contemplando con cara larga y preocupada la muchedumbre de hombres que se estaba congregando a su alrededor, algunos gritando ruegos personales con la esperanza de que padre los atendiera.

«¿Por qué tiene esa bruja la cara tan larga? —me pregunté—. Seguro que no es de preocupación por mí. Probablemente padre sigue malhumorado».

Antes de que los porteadores abandonaran el muelle, me encogí de hombros, aparté la mirada del rostro escrutador de Monime y bajé a las bodegas. El capitán silbó y la tripulación soltó amarras y procedió a remar por el estrecho puerto en dirección al mar. Respiré hondo y dejé escapar un sonoro suspiro, entre aliviado y preocupado.

Bituito, para mi consternación, había perdido el barco.

Después de tres días de vientos favorables a través del Egeo, la chalana atracó en un pequeño puerto de Beocia con su cargamento. Desembarqué y aspiré profundamente el aire de Grecia, que olía a alquitrán, pescado podrido y madera vieja, los mismos olores que había dejado en Asia. Si cerraba los ojos, tenía la impresión de no haberme movido de casa. Respiré hondo, pues esos olores, diferentes y, al mismo tiempo, idénticos, eran en cierto modo sagrados, pues eran griegos.

Giré hacia la calle que transcurría al pie del muelle y me sorprendió ver una litera parecida a la que había dejado atrás, bien que con otro grupo de sudorosos porteadores, y una mano que asomaba por la ventanilla y me hacía señas para que me acercara. Suspiré. «Bituito lo consiguió después de todo», pensé. Por fuerza había tenido que tomar un navío pirata y remar de noche para llegar antes que yo. Caminé

hasta la litera y sin apenas echar un vistazo al interior, retiré las cortinas, subí y me senté antes de volver a cerrarlas.

Observándome con una amplia sonrisa y el enorme arco de Odiseo en el regazo estaba padre.

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí? —pregunté atónito.

—Tenías razón —dijo con calma mientras la litera comenzaba a balancearse sobre los hombros de los esclavos.

—¿Razón? ¿Qué quieres decir?

—La otra noche tus palabras fueron duras y punzantes. Dijiste que nada me importaba. Pero sí me importa, y mucho. Decidí que no podía seguir negándolo simplemente por mantener la paz en mi hogar, y si eso significa odiar... entonces odio. Odio a Roma y odio su actitud intimidatoria, corrupta y ladrona. Odio su dominio sobre nuestras culturas ancestrales, y si significa amar, entonces amo. —Hizo una pausa y miró distraídamente por la ventanilla—. Dos años —dijo—, dos años han pasado desde que envié al ejército a sitiar Atenas. Tres años desde la última vez que luché. ¿Qué he estado haciendo, por los demonios de Hades?

—Sigo sin entenderlo —repuse—. Ahora estás aquí, pero antes de dejar Pérgamo te vi en el muelle. ¿Cómo has conseguido llegar tan deprisa? ¿Dónde está tu guarnición?

Padre rio.

—Veo que el ardid funciona a la perfección —dijo— si he conseguido engañar a mi propio hijo.

—¿De qué estás hablando?

—El hombre que viste en el muelle, en la litera con Monime, no era yo, muchacho, sino Bituito.

Calló mientras yo hacía la conexión y rompía a reír. Era tan obvio que me costaba creerlo.

—¿Me estás diciendo que el galo se está haciendo pasar por ti?

A padre le chispeaban los ojos.

—¿Y por qué no? De niños utilizábamos esa treta continuamente. Bituito tiene mi misma estatura y constitución...

—¿Y la barba? ¿Y el acento?

Padre soltó una risita.

—¡Bituito tiene ahora las mejillas tan suaves como tú, muchacho! Le asearon y vistieron como un rey. A cierta distancia, cuando sube y baja de la litera, es mi viva imagen. Le he ordenado que recorra en litera la ciudad dos o tres veces al día durante mi ausencia. Arquelao vencerá a las legiones de Sila y yo regresaré dentro de tres semanas sin que nadie haya descubierto el ardid.

—¿Y Monime?

—Monime viajará en la litera con él. ¿Crees que le importará?

Apenas pude ocultar el placer que me producía imaginármela atrapada en una litera con Bituito dos veces al día.

—No —reí—. Bituito es el acompañante idóneo. Estará encantada.

Padre sonrió.

—Pero ¿a qué viene tanto secreto? —pregunté—. Eres el rey. ¿Por qué te escondes?

—Las lealtades son todavía inciertas. Solo hace tres años que desempeñemos el poder. Aunque no hay itálicos, Roma tiene oídos en Pérgamo. No deben saber que he dejado la ciudad.

—La has dejado otras veces para recorrer tus territorios, sofocar revueltas...

—En esas ocasiones me acompañaba el ejército o, cuando menos, la guarnición de la ciudad, pues la mayor parte del ejército está en Grecia. No puedo dejar Pérgamo desguarnecida y tampoco puedo permitir que Roma descubra que viajo solo. ¡Cómo les gustaría a los agentes de Sila atrapar al rey Mitrídates mientras navega por el Egeo sin su flota!

—Entonces, ¿para qué has venido a Grecia?

De repente, padre se puso serio y miró con expresión ausente por la rendija de las cortinas mientras la litera recorría, bamboleante, las polvorientas calles.

—Haces demasiadas preguntas, muchacho —dijo, y comprendí que no podría sonsacarle más información.

En realidad, no necesitaba hacerle esa pregunta, pues él mismo me había dado la respuesta. Su odio era profundo, como también su amor —a su pueblo, a su ejército— y solo mi estupidez infantil me había impedido verlo. No volvería a dudar de él.



III

VIAJAMOS DURANTE UN DÍA y una noche hasta llegar a la altiplanicie de Elatea, una hermosa región dotada de buenas tierras y buenos campos, prósperas aldeas y árboles y agua en abundancia. En esta altiplanicie, a varias millas de una empinada colina, estaba acampado el cuerpo principal del ejército pónico. En lo alto de la colina podíamos ver al ejército romano atrincherado, en una formación compacta adecuada a su reducido número de soldados pero en una posición casi inexpugnable. Padre no había avisado de su llegada y entramos en la tienda del estado mayor sin ser anunciados, tras indicar a los estupefactos centinelas que se hicieran a un lado.

Arquelao y Taxiles estaban inclinados sobre una mesa baja, estudiando un mapa trazado en una tablilla de cera. Estaban discutiendo acaloradamente y no levantaron la vista. Tampoco padre, que se quedó junto a la entrada, observándolos, los interrumpió. Aunque hacía varios años que no veía a mi «tío» Arquelao, advertí que apenas había cambiado. Bajo y corpulento, griego de nacimiento, era un hombre sumamente práctico, hasta el punto de llevar el pelo cortado casi a ras del cráneo, lo que iba en contra de la moda e incluso de la tradición de sus compatriotas. «Lo mejor para mantener apaciguados a los piojos», solía decir. Aunque raras veces sonreía, sus afilados ojos grises delataban un gran sentido del humor, sobre todo conmigo, y de niño había disfrutado acompañándole en sus rondas por el campamento tanto como con padre. Arquelao era un soltero empedernido. Su vida entera estaba dedicada al ejército y a servir a padre, y aunque recibía mucho oro por sus servicios, nunca hacía alarde de su caudal. Incluso aquí, como *strategos*, como general de campo, vestía la misma túnica de lana áspera que el soldado raso, y únicamente el buen cuero y el repujado de plata de la vaina de su espada delataban su rango. Después de observar a los dos generales durante un rato, padre carraspeó. Arquelao levantó la vista, apretando la mandíbula con gesto impaciente, y sus ojos se abrieron como platos.

—¡Por la Serpiente Sagrada! —exclamó consternado al tiempo que se levantaba del banco—. Señor, ¿qué te trae hasta aquí? ¿Y al joven príncipe?

Padre saludó con una inclinación de cabeza.

—Sentaos, caballeros, os lo ruego. Hace meses que no salgo, ni siquiera del palacio, y muchos más que no doy la lata a mis oficiales. El joven Farnaces me dijo que me estaba poniendo fofo —me guiñó un ojo— y tiene razón. Es hora de que vuelva a ganarme el sustento y de que Farnaces aprenda el oficio.

—Pero, señor, ¿y el imperio, y Pérgamo...? —La pregunta quedó flotando en el aire, inacabada pero tan clara como el repique de una campana.

Los agentes y espías romanos rondaban por todas partes, incluso entre nuestras gentes, y el riesgo de una ofensiva si averiguaban que el trono estaba desocupado, aunque fuera temporalmente, era muy alto. Al ver la reacción de Arquelao comprendí lo acertado que había estado padre al colocar a Bituito como su doble y partir de Pérgamo en secreto.

—¡Ah! —respondió padre, mirándome con picardía—, ya me he ocupado de eso. Arquelao, siéntate y ponme al corriente. ¿Cómo fue la evacuación del Pireo? Tu último despacho aún no había llegado cuando me marché.

—Muy bien, señor. Los romanos no encontraron ni un mendrugo de pan cuando finalmente irrumpieron en la ciudadela de Muniquia, donde teníamos el cuartel general, ni tan siquiera una jarra de vino o un pedazo de papiro.

—Estupendo, estupendo —dijo padre, frotándose las manos. Sus ojos habían recuperado el viejo brillo, y su regocijo por hallarse de nuevo en campaña era patente—. ¿Bajas?

—Ninguna en nuestro bando —respondió Arquelao con quedo orgullo, negándose todavía a tomar asiento en presencia de su rey—. Como último regalo a Sila, la noche que los romanos tomaron la fortaleza envié a un pelotón de cilicios al puerto. Esos cilicios son unos incendiarios y unos asesinos. Se pintaron de negro, penetraron en las líneas romanas y prendieron fuego a todos los muelles y almacenes que Sila se había alegrado tanto de salvar después del cerco. Le dejaron un puerto en ruinas, a juego con las murallas que había echado abajo y la ciudad que había destruido.

—Una evacuación magistral.

—Gracias, señor. Taxiles y yo estamos a tus órdenes —dijo Arquelao con una reverencia.

Padre caminó hasta él para enderezarle.

—No, generales, soy yo quien se encuentra a vuestras órdenes. La historia está llena de ejércitos que fueron derrotados por culpa de reyes arrogantes que no dejaron el combate en manos de sus oficiales, yo estoy aquí únicamente para observar vuestra victoria.

Arquelao se incorporó.

—¿Y el chico? —preguntó, mirándome.

—Estoy aquí para observarte —dije.

Arquelao sonrió con indulgencia y se relajó.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Padre dijo que eso deberías decidirlo tú. Mensajero interno, ordenanza, comandante de falange...

Arquelao rio.

—Comandante de falange, ¿eh? Eso ya lo veremos. En cualquier caso, llegas en buen momento. Verás cómo derrotamos a Sila y retomamos Atenas.

—¡A Sila! ¿Está cerca?

—Muy cerca, muchacho. —El rostro curtido de Arquelao se oscureció aún más—. Lleva aquí tres semanas enteras, pero no consigo hacerle entrar en combate. Avanzó con su pequeño ejército hasta aquí después de que abandonáramos el Pireo. Creo que tenía la pretensión de expulsarnos de Grecia para siempre, pero no había contado con que nos sumáramos a las fuerzas de Taxiles. Cuando los romanos vieron nuestro ejército, que cuenta con casi tantos caballos como hombres tienen ellos, se ocultaron detrás de sus empalizadas y no han movido un solo músculo desde entonces. No puedo atacar a Sila detrás de sus estacas y zanjas, pero he presentado batalla cada día. Mis tropas se están poniendo tan altaneras e inquietas que están perdiendo la disciplina. La semana pasada destruyeron dos poblaciones y saquearon sus templos antes de que yo pudiera recuperar el control. Pero no hay manera de mover a los romanos de sus trincheras.

—¿Por qué no los dejas atrás?

Arquelao guiñó un ojo a Taxiles.

—Un muchacho inteligente. El rey sabía lo que hacía cuando te trajo aquí. Haremos un buen soldado de ti.

Por lo visto, dejar atrás a los romanos era justamente lo que Arquelao había decidido hacer. Al día siguiente las fuerzas pónicas levantaron el campamento y emprendieron una marcha forzada de cuatro días por el rocoso interior, en dirección sudeste. Su objetivo era un punto situado en el canal de Eubea, frente a Chalkis, el puerto más próximo lo bastante grande para acoger la flota pónica. Desde allí regresarían rápidamente al Pireo y Atenas, ciudad que los romanos habían dejado desprotegida salvo una guarnición ligera, y retomarían la ciudad, esta vez con contingentes más poderosos, mejor abastecidos y más decididos que nunca a hacer que el hambre obligara a Sila y sus tropas a regresar a Italia.

Padre cabalgaba al lado de los oficiales superiores, después de haber sustituido sus vestiduras cortesanas por ropas de campaña para no ser reconocido por los exploradores romanos que nos espiaban desde lo alto de las colinas. No fue posible, con todo, mantener el secreto entre nuestros soldados, y la noticia de nuestra llegada se extendió por el campamento como el fuego. Como ocurría siempre que padre se hallaba entre sus soldados, el entusiasmo era general. Los hombres ansiaban entablar combate, ansiaban poner a prueba las tácticas de falange que llevaban tanto tiempo practicando, ansiaban destruir a esos romanos que tanto nos habían hostigado. Ahora, fuera de los muros del Pireo, nuestros carros falcados podrían al fin rodar, nuestra falange penetrar sin trabas en las líneas romanas. Los hombres estaban impacientes

por brindar a Mitrídates una gran victoria. Con la llegada de padre la atmósfera se había tornado casi festiva y yo podía imaginarme a los romanos preguntándose por qué las tropas pónicas parecían de repente tan animadas.

Cuando Sila se percató de nuestra partida, también él levantó el campamento y procedió a seguirnos a una distancia prudente, como una sombra. Sus exploradores se mantenían siempre al límite del alcance de las flechas de nuestra retaguardia, y cada noche los romanos se volvían impenetrables cavando alrededor del compacto campamento profundas zanjas que remataban con una empalizada de afiladas lanzas y estacas. La tenacidad de esos romanos nos tenía maravillados. Después de dos años de campaña en los terrenos áridos y rocosos que rodeaban Atenas, por fuerza tenían que estar recibiendo poco alimento y aún menos remuneración de los fondos menguantes de Sila; sin embargo cada noche, tras una dura marcha de veinte millas por las altas tierras pedregosas que dominaban el canal, se ponían a cavar sus interminables zanjas y fortines. Fuera lo que fuera —ciega insensatez o terca disciplina—, los romanos lo tenían, y no eran esclavos o mercenarios, sino voluntarios para un servicio de veinte años. Era imposible no admirarlos.

Acampamos cerca de Queronea, antigua ciudad de Beocia que siglos atrás había presenciado una gran victoria del padre de Alejandro, Filipo de Macedonia, contra los atenienses. Arquelao no pasó por alto la relevancia histórica de ese acontecimiento, e interpretó como un buen augurio el hecho de que el vencedor fuera un gran rey heleno, como también lo era, en su opinión, padre. Esa noche, el clima otoñal se tornó excesivamente frío y tormentoso, provocando lluvias torrenciales y violentas ráfagas de viento que se filtraban por las portezuelas de las tiendas de lona. Soportamos la fría lluvia en medio de la oscuridad, insomnes y nerviosos. Era imposible relajarse. Cuanto podíamos hacer era poner nuestros equipos a buen recaudo y ordenar los carros de avituallamiento como mejor podíamos, mientras los exploradores salían a buscar el terreno idóneo para la batalla que sabíamos iba a estallar con la luz del alba. En esas circunstancias era imposible construir empalizadas y trincheras, aunque los ejércitos pónicos raras veces utilizaban esas laboriosas tácticas de defensa. Con veinte mil caballos que alimentar y apacentar, resultaría imposible contener a todo el ejército en una formación compacta detrás de un muro, como los romanos hacían tan bien, yo había empezado a valorar su ligereza de equipaje y su cauto estilo defensivo.

Veríamos si sus tácticas les servían por la mañana. Era imposible imaginar que alguien pudiera resistir el ataque de nuestra falange, una falange integrada por hombres que habían entrenado durante años para luchar en formaciones compactas y flanqueada por nuestra caballería acorazada y las cuchillas de los carros falcados. Ni siquiera las legiones romanas podían soportar una ofensiva semejante. No eran más que hombres, después de todo, hombres de carne y hueso armados, como nosotros,

con espadas cortas y lanzas. Ciertamente que ellos eran profesionales, pero también lo eran nuestros mercenarios, y si bien nuestros soldados eran, en su mayoría, extranjeros que luchaban por dinero y no por una tierra que muchos no habían visto en su vida, los romanos no combatían ni por una cosa ni por otra. Sila no podía ofrecerles el sueldo propio de un legionario y tampoco una patria, pues, como partidarios de los optimates, él y sus hombres eran exiliados de una ciudad regida por los populares que ya no valoraba ni reconocía su existencia. Los soldados romanos de Sila eran hombres sin hogar, dominados en número por cuatro a uno y sin caballería ni armas de artillería. Su situación era desesperada.

La mañana despuntó fría y gris, con apenas algo más de luz que la noche que dejaba atrás. La lluvia se intensificó y dio paso a una nieve gélida y fangosa. El terreno que teníamos delante era una llanura, si se le podía llamar tal, limitada al este por una escarpadura rocosa coronada por la ciudadela de Queronea y al oeste, aproximadamente a ocho estadios de distancia, por la orilla pedregosa del río Morion, cuyas agitadas aguas corrían desde la cadena montañosa que teníamos delante hasta el canal de Eubea, a unos ochenta estadios a nuestra espalda. La llanura convenía poco a nuestros efectivos, pues ascendía irregularmente por los lados, salpicada de piedras y rocas y atravesada por arroyuelos que deambulaban desde las estribaciones en dirección al río. Todos esos aspectos representaban un serio obstáculo a la hora de mantener la formación de falange necesaria para lanzar una ofensiva. Peor aún, reducirían la velocidad y maniobrabilidad de nuestros temidos carros falcados. Mas el lugar tendría que servir. No teníamos elección. No disponíamos de tiempo para cambiar de posición.

Los romanos habían llegado.

Con un toque de corneta audible incluso a doce estadios de distancia, salieron del afloramiento rocoso que envolvía la ciudad de Queronea. Más que salir de la ciudad, pues no habían estado apostados dentro de sus muros, la rodearon igual que una columna de hormigas que tropieza con una piedra en el camino y se divide en dos para avanzar por ambos costados. Como si hubieran practicado la maniobra en la plaza de armas durante meses, las dos hileras romanas, tres legiones por un lado y dos por el otro, asomaron simultáneamente por ambos flancos de la fortaleza, marchando a un compás anapéstico, con los oscilantes escudos delante y las lanzas en posición vertical. Las dos columnas avanzaron hacia la otra durante un rato, al ritmo inquietante de los tambores, hasta que la corneta sonó de nuevo y giraron simultáneamente, uniéndose para crear una única columna que marchó implacable hacia nosotros formando un frente de dos estadios de ancho.

No estábamos ante un conjunto variopinto de piratas y mercenarios. Aunque abollados, los escudos refulgían con el orgullo de hombres que cada mañana los frotaban con arena para quitar el óxido, la opacidad o la sangre del día anterior;

aunque andrajosas tras dos años de campaña, sus túnicas escarlata contrastaban bajo la armadura con el paisaje lluvioso y gris. Las legiones, ordenadas con tal precisión que se podía contar a cada hombre con una simple mirada, formaban cohortes y centurias tan uniformes y al mismo tiempo tan diferenciadas como losas cuidadosamente cortadas, reconocibles cada una de ellas por sus banderines. De repente, un heraldo del estado mayor de Sila gritó una orden que fue inmediatamente transmitida mediante una señal de corneta. Los soldados detuvieron al unísono su avance. Los dos flancos viraron hacia el exterior y procedieron a alejarse del centro, alargando y adelgazando la columna a medida que la retaguardia avanzaba para llenar los espacios que dejaban sus camaradas. En todo el proceso no se pronunció una sola palabra, no se desperdició un solo gesto.

En el tiempo que tarda un hombre en contar hasta cien, el frente de batalla romano se había extendido desde la escarpadura de la derecha hasta el río situado a la izquierda. Cada romano estaba separado de su compañero por una distancia de dos espadas, la suficiente para que un soldado y su vecino pudieran proteger el espacio intermedio. La primera hilera quedaba respaldada por la siguiente línea de soldados separados entre sí por una distancia idéntica y dispuestos para llenar los huecos abiertos entre los hombres de delante. La formación solo tenía cuatro hombres de fondo, con bolsas de caballería y arqueros intercaladas aquí y allá y una legión de reserva en la retaguardia, lista para avanzar hacia el flanco que más precisara su ayuda. Pese a ser superados en número por cuatro a uno, la distancia que cubría su espaciado frente superaba con creces la de nuestra falange, que había formado apresuradamente una estructura compacta de dieciséis filas. Esos hombres, esos romanos, no confiaban en el escudo del compañero de la derecha, como los soldados de la falange. Cada romano permanecía solo, cada romano era responsable de defender la distancia existente a ambos lados de su persona.

La aterradora implicación era que cada romano, por sí solo, *era* capaz de defender dicha distancia.

Yo observaba boquiabierto esa exhibición de frialdad y precisión, mas los hombres que me rodeaban no parecían consternados. Durante dos años habían visto a los romanos, desde las fortificaciones del Pireo, sitiar sus defensas y atacar sus murallas. La precisión no constituía una novedad para ellos, y la falange pónica también era una experta en formar filas. Miré a Arquelao y luego a padre para juzgar sus reacciones, pero ambos contemplaban la formación romana con expresión inescrutable, masticando tranquilamente hierbajos.

—Antes de lanzarles la infantería pesada los debilitaremos un poco —masculló Arquelao a padre y los capitanes.

Padre asintió y comprendí que los romanos no tardarían en encontrarse de cara con la Muerte, encarnada en las afiladas cuchillas de los carros falcados pónicos.

Se trataba de los mismos vehículos que habían atravesado las líneas bitinias y provocado la destrucción del ejército de Nicomedes. Su poder asesino era conocido en todo el mundo y los ejércitos póntricos poseían el mayor número de carros falcados jamás desplegado. Nadie se hacía la ilusión, sin embargo, de que sesenta carros bastarían para eliminar al ejército romano, como habían hecho con los mal adiestrados bitinios. Estos vehículos alcanzaban su máxima eficacia cuando embestían la masa compacta de una falange, pues aunque las jabalinas del enemigo podían matar a los caballos, el impulso que llevaban los vehículos abría una sangrienta brecha difícil de rellenar y contra la cual nuestros soldados podían cargar con rapidez. Así y todo, también contra las veteranas tropas romanas nuestros carros resultaban mortíferos. Nuestros hombres guardaron silencio mientras sus armas más formidables avanzaban para formar tres hileras de veinte delante de nuestro frente, cubriendo la misma distancia que la falange, es decir, unos doscientos pasos.

Los romanos, a dos estadios de nosotros, permanecían firmes e impertérritos, a la espera de que diéramos el primer paso. Obedeciendo a un gesto de Arquelao, el quejido del *salpinx*, la trompeta de batalla, se elevó sobre la planicie y los caballos, azotados violentamente por los aurigas, emprendieron la ofensiva. Acompañados por los gritos de ánimo de las fuerzas póntricas, los sesenta carros atravesaron el terreno pedregoso a toda velocidad, escupiendo cortinas de agua gélida por los costados cada vez que las ruedas cruzaban un riachuelo.

Las legiones romanas permanecían totalmente inmóviles, sin mover un solo músculo, sin dignarse siquiera bajar las lanzas o elevar los escudos para hacer frente a la carga que se les venía encima. Ni un solo hombre titubeó, ni siquiera ante la fuerte lluvia que les acibillaba los ojos, la furia de Zeus por su insolencia. Aumentamos nuestro clamor, vislumbrando el triunfo, aguardando con impaciencia el estrépito del primer impacto, los aullidos del enemigo en el momento en que las cuchillas les rebanaran el tórax y las extremidades. Esperábamos ansiosos la orden de emprender nuestro ataque, de penetrar en las ensangrentadas brechas abiertas por los dientes asesinos de los carros falcados, de sumarnos a lo que sin duda iba a constituir una victoria aplastante sobre esos romanos, nuestra pesadilla durante dos años...

Y entonces, nada.

Ni estrépito, ni gritos, ni órdenes de atacar. Los carros falcados no encontraron resistencia alguna, ni un solo adversario de blanda carne. En cuanto los caballos alcanzaron el frente enemigo, los romanos, separados ya por el largo de dos brazos, simplemente se apartaron aún más para dejar pasar los carros, que alcanzaron la retaguardia sin causar daños. Hecho esto, los romanos regresaron de inmediato a su posición inicial.

Detuvimos en seco nuestro clamor al advertir que la legión de reserva, situada en la retaguardia, rodeaba los carros y derribaba a los aterrados caballos con sus flechas.

Los legionarios romanos arrancaron de los vehículos a los aurigas, cada uno de los cuales desapareció bajo una docena de violentas espadas, y luego dejaron los cadáveres y los carros donde estaban para recuperar rápidamente su formación original. Con un solo golpe, raudo y sigiloso, el cuerpo de carros pόνticos había sido aniquilado.

Nuestros hombres no salían de su asombro. En medio del silencio, un grito, apenas perceptible al principio, atravesó la llanura y llegó a nuestros oídos, vociferando las palabras «*Currus! Currus!*». A ella se fueron sumando otras voces romanas, hasta que el ejército al completo estaba entonando la burlona consigna. Lamentando por primera vez en mi vida no saber latín, miré inquisitivamente a padre, que sacudía la cabeza enfurecido.

—¡Padre! —grité cuando se volvió para dar órdenes a sus capitanes. Había olvidado su decisión de no intervenir y estaba tomando el control de la situación—. Padre, ¿qué dicen?

—Nada que los oídos de nuestros soldados deban oír —espetó.

—¡Pero lo están oyendo y habrá algunos que lo entiendan! —aullé por encima del clamor—. Nuestras filas están llenas de antiguos esclavos que sirvieron a los romanos. Seguro que lo entienden y que se lo dirán a sus compañeros. ¿Qué están diciendo?

Padre me miró, disgustado por el hecho de que yo no entendiera latín.

—Es la consigna que los espectadores utilizan en el circo romano mientras esperan el comienzo de la siguiente carrera.

—¿Y qué significa? —grité exasperado.

—Están pidiendo más carros.

La carga de la caballería pόνtica que se produjo a continuación fue más eficaz, impaciente como estaba por embestir a los romanos. Más que una carga, fue una erupción. Tras la destrucción de los carros falcados, la caballería pόνtica, viendo en juego su honor y el de su rey, se abrió paso a través de la infantería, decidida a abalanzarse sobre las filas romanas con órdenes o sin ellas. Arquelao y padre tuvieron que hacer grandes esfuerzos para contenerla hasta que nuestros soldados hubieran recuperado la formación de falange para poder seguir a la caballería. Cuando finalmente sonó la señal del primer asalto, el pelotón de élite del rey, dos mil jinetes acorazados, emprendieron el galope, atravesando la cegadora lluvia, en dirección al frente enemigo.

En un abrir y cerrar de ojos, las espadas curvas de los encolerizados guerreros pόνticos y los cascos de sus ponis aplastaron a los aturdidos legionarios situados en el centro de la formación romana. Los atacantes, con todo, no salieron ilesos. Para nuestro asombro, ni un solo soldado enemigo se había movido de su sitio, ni un solo

hombre había echado a correr, reacción que habría tenido cualquier otro adversario ante semejante ofensiva. Nuestros caballos estaban adiestrados para arrollar a los soldados de infantería que huían en desbandada, de modo que la inmovilidad de las legiones los desconcertaba y hacía que se desviarán o incluso detuvieran en seco, dando tiempo al enemigo de arrojar sus lanzas o atacar a los caballos y jinetes con sus espadas. Por cada cuello romano cercenado limpiamente por una cimitarra, un caballo pónico caía desjarretado o muerto. Los jinetes eran derribados de sus monturas por grupos de dos o tres romanos. Una vez en el suelo, las rígidas armaduras los convertían en soldados indefensos, cual tortugas tumbadas boca arriba. Los romanos abandonaban la fácil presa para concentrarse en el siguiente caballo agresor, y volvían a ella una vez que la primera carga había pasado. Entonces, con rápidas estocadas de espada, la despachaban.

Por el rabillo del ojo vi movimiento en el lado derecho de la loma sobre la que padre, Arquelao y yo estábamos contemplando la batalla. Me giré bruscamente y divisé a través de la lluvia el destello de bronce de un legionario romano que en ese momento se agachaba tras una roca a cincuenta pasos de nosotros. Había tenido que caminar toda la noche para rodear nuestras líneas y alcanzar una posición que le ofreciera una vista general del mando pónico.

Insensatamente, sin otro pensamiento que mi gloria personal, me deslicé por la enlodada loma, me abrí paso entre las filas de heraldos y mensajeros que aguardaban impacientes con sus caballos, y allí lo vi, de perfil, a tan solo treinta pasos de mí, mirando fijamente a padre. Advertí que no era un francotirador —pocos romanos dominaban el tiro con arco— pero por su espalda asomaban las puntas mortíferas de un haz de jabalinas. Tanto a corta como a larga distancia, existen pocas armas tan aterradoras como una lanza de seis pies de longitud en las manos de un legionario romano.

Imágenes de las lecciones de tiro al pato pasaron por mi mente. Tomé el arco que me colgaba del hombro, lo encordé con un solo gesto sin apartar los ojos del agresor, y extraje una flecha de mi aljaba. Lo que tenía delante, sin embargo, no era un pato sino un hombre, y yo jamás había disparado contra un hombre. ¿Adónde hay que apuntar para atravesar mejor la armadura? ¿Cómo se traslada la habilidad de herir levemente a un pato a dar muerte a un hombre hecho y derecho antes de que él tenga tiempo de arrojar su lanza y matarte con su ojiva de bronce, haciendo estallar tu cerebro como los sacos de trapo que utilizamos en las prácticas de tiro? Apunté con cuidado, tratando de cronometrar el tiempo entre las ráfagas de viento que me abofeteaban la cara. «Busca la membrana delgada que cubre el extremo del ala, donde será poca la sangre derramada, no, la articulación de la axila, donde la hombrera se encuentra con la coraza; seguro que ahí hay una rendija, un punto débil...».

«¡No! —grité para mis adentros—. ¡No pienses! Deja que el dios se apodere de tu brazo, de tu puntería. Apolo inmortal, dirige certeramente mi flecha...».

—Padre —susurré—, ya voy. Aguanta, padre, ya voy...

No podía dudar más. El hombre se había agachado, y en un momento en que el fragor de la batalla aumentó y la atención de todos se concentró en el enfrentamiento entre los dos frentes enemigos, se levantó de un salto y echó a correr hacia el rey con la jabalina en alto, en posición de lanzamiento. Una vez arrojada, el arma viajaría hacia su objetivo con un ímpetu y un peso capaces de atravesar la armadura más resistente, incluso un escudo de sólido roble. El soldado tenía los ojos muy abiertos y la boca formando un grito mudo. Comprendí que no podía esperar más, que no tendría una segunda oportunidad.

Disparé mi flecha sin pensar más en la dirección o la velocidad del viento, apuntando directamente debajo del mentón para tener en cuenta el descenso del arco desde esa distancia. La flecha despegó, invisible y silenciosa, y yo pestañeé, perdiéndome su vuelo y el mortal impacto. Había atravesado la rendija de la armadura y penetrado en el pulmón del legionario, ¡mas eso no le detuvo! El corazón estuvo a punto de estallarme cuando vi que el romano, después de tambalearse y a un tris de caer al suelo, se recuperaba y levantaba de nuevo el brazo para lanzar la jabalina. Veinte pasos le separaban de padre. Luego diez. Extraje otra flecha de mi aljaba. «Apolo inmortal». No podía prolongar mi oración. Coloqué la flecha y disparé sin pensar, sin apuntar siquiera, esperando lo mejor pero temiendo lo peor mientras el romano, tambaleante, se acercaba peligrosamente a padre y Arquelao. Traté de gritar para que padre se diera la vuelta, pero el grito se negó a abandonar mi garganta. No tenía tiempo de arrojar una tercera flecha y ni siquiera alcancé a ver los efectos de la segunda, pues todo estaba ocurriendo demasiado deprisa. Me fallaron las fuerzas y caí de rodillas.

Con un grito, el hombre tropezó y el impulso lo llevó directamente hasta la multitud de ayudantes. Camino del suelo su hombro se clavó en la región baja de la espalda de padre y la jabalina se le cayó de las manos. El impacto hizo tambalear a padre, que tras recuperar el equilibrio se volvió y puso cara de estupefacción al ver a un romano muerto a sus pies, junto a una jabalina con la ojiva de bronce clavada en el lodo medio helado. Solo entonces pude enfocar la mirada en el cuerpo del legionario. Al igual que la primera flecha, que había entrado por el hueco de la axila, la segunda aparecía erecta como el poste de un banderín de batalla en miniatura, con la afilada punta clavada en la sien, justo donde terminaba el casco. Había matado al soldado en plena carrera y eso le había impedido insertar la jabalina en la espalda de padre. El cuerpo sufrió una convulsión y un hilo de sangre brotó de la boca, formando un charco rojo a los pies de padre.

Espada en mano, padre y Arquelao miraron en derredor en busca de otro posible

enemigo. Me levanté despacio, todavía corto de resuello, con el arco levantado y la mano detenida en el hombro, camino de la aljaba, hacia donde la había dirigido para agarrar la siguiente flecha. Padre, azotado el rostro por la lluvia, alzó la vista y, al reparar en mí, me miró atónito. Entonces asintió con la cabeza. Fue un asentimiento lento, de respeto, más elocuente que mil palabras, y en ese momento, antes de que devolviera su atención a la batalla, supe que todas las discusiones quedaban olvidadas, todas las deudas pagadas.

Entre los soldados estalló un repentino clamor y padre se concentró nuevamente en el combate. La caballería pónica había penetrado en las líneas romanas, abriendo una enorme brecha en el centro y dividiendo las legiones en dos. Padre aprovechó la oportunidad y saltó a una roca que descansaba en medio de las tropas.

—¡Infantería a la victoria, por Zeus y por el Ponto! —aulló, y con un rugido sobrecogedor, la falange, de doscientos pasos de ancho y dieciséis hombres de fondo, una auténtica máquina asesina, se puso en marcha.

Siguiendo con suma precisión el ritmo marcado por el tambor, meciendo los escudos hombro con hombro, la marea de endurecidos combatientes se dirigió hacia la brecha que la caballería acababa de abrir. Los romanos enseguida se percataron de nuestras intenciones: dividir sus fuerzas y destruir a la mitad más débil para luego eliminar a la más fuerte. Ambos flancos de legionarios trataron desesperadamente de cerrar la brecha reduciendo la longitud de su frente y dirigiendo los hombres hacia ella, pero era demasiado tarde. Nuestra falange ya estaba penetrando en la brecha, pisoteando los cuerpos de hombres y caballos que salpicaban la enlodada llanura, y avanzaba con rapidez para conservar la posición ventajosa conseguida por la poderosa caballería pónica.

Los jinetes, entretanto, habían alcanzado la retaguardia romana y se estaban preparando para lanzar desde allí una segunda ofensiva, a pesar de que centenares de camaradas habían caído durante la primera carga. Normalmente, tantas bajas habrían instado a la caballería a regresar a sus líneas. No obstante, una vez en la retaguardia romana, la caballería pónica no tenía más opción que regresar por donde había venido, sumarse a la infantería y reforzar la brecha abierta en el corazón del ejército de Sila. Una ofensiva más, como la que acababan de efectuar, acabaría con los refuerzos romanos de los flancos, impediría que el enemigo volviera a unirse, mantendría abierto el espacio que la infantería pónica estaba ahora ocupando...

Cuando los jinetes giraron para formar de nuevo, la fuerte lluvia y el vapor que despedían los caballos les nublaron la visión y en medio del desconcierto sintieron la inopinada embestida de una fuerza aplastante, un abordaje como caído del cielo, yo lo había visto venir, pero desde donde estábamos no podíamos prevenir a los jinetes. En el bosque de maleza que lindaba con la llanura donde la caballería pónica había virado para volver a formar, un pelotón de caballería romana había estado observando

la escena, esperando su oportunidad. El contingente, de apenas mil jinetes, dirigido por el propio Sila a juzgar por el largo manto colorado y la elevada cimera que coronaba el casco, arremetió contra nuestra distraída y jadeante caballería con una carga mortífera que sorprendió a nuestros jinetes y sembró el pánico entre sus monturas. Yo observaba la escena horrorizado. Los jinetes romanos habían chocado literalmente con nuestra compacta caballería y ahora el suelo era un mar de caballos y oficiales vociferantes, de rodillas y codos y cascos enloquecidos, de animales que luchaban por levantarse del charcal de fango y sangre. La caballería romana, sencillamente, los había arrollado. Era un acto insensato, incluso suicida, pues docenas de caballos romanos, junto con sus jinetes, yacían en el mismo lugar donde habían caído. Los que no estaban demasiado aturcidos conseguían levantarse y regresaban a su línea de retaguardia o desenvainaban la espada y luchaban con los adversarios a los que habían derribado, sacando el máximo provecho a su incursión en nuestras líneas antes de ser interceptados.

Esta ofensiva habría constituido un fracaso si la intención de los romanos hubiera sido aplastar a nuestra caballería; en un abrir y cerrar de ojos, los supervivientes del pelotón de Sila habían recuperado sus monturas y huido hacia el mismo bosque del que habían salido. Era una ofensiva totalmente impropia de las tácticas y métodos romanos. Sin embargo, Sila había conseguido, con asombrosa precisión, su objetivo, esto es, demorar la segunda carga de nuestra caballería hasta que sus flancos se hubieran reagrupado y hubieran cerrado la brecha abierta en el centro.

Con esa demora nuestra victoria, nuestra victoria final sobre las legiones romanas, se diluyó ante nuestros propios ojos. La falange pónica había penetrado en la brecha, pero la brecha se convirtió en su sentencia de muerte cuando los romanos, en lugar de huir aterrorizados como habían hecho los bitinios, regresaron velozmente. Las legiones se comprimieron y se hicieron más densas, como una masa viviente, como una pitón digiriendo una liebre, a medida que rodeaban nuestra falange por todos los flancos, ya no era una batalla controlada. La falange se estaba desintegrando y todo era locura y caos. Los hombres de la derecha intentaban defender su flanco del ataque metódico de los romanos mientras los de la izquierda hacían otro tanto. La vanguardia y la retaguardia estaban bloqueadas, pues las fuerzas romanas, al rodear a la infantería pónica, habían roto el contacto con sus comandantes.

Desconcertada, la falange pónica se detuvo, y perdida toda esperanza de volver a formar, perdida toda esperanza de encontrar protección tras el escudo del vecino, la respuesta que Sila había buscado se cumplió: destruidas su cohesión y su unidad, la falange se había desintegrado. Los soldados ya no eran más que una turba de individuos que luchaban por sobrevivir. La unidad se había roto, la falange se había dispersado bajo un agitado mar rojo, el rojo de la sangre y de las túnicas romanas. En medio de una furia descontrolada, cada hombre peleaba por su propia salvación, por

su propia supervivencia y huida.

Contra cinco legiones romanas intactas.

De los ciento veinte mil guerreros póntricos que combatieron ese espantoso y gélido día, solo diez mil consiguieron sobrevivir, entre ellos padre y yo. El resto pereció, sus cuerpos jamás fueron recuperados. Las legiones les arrancaron las armaduras y al día siguiente quemaron los cadáveres en un gran holocausto. Cuando, finalizado ese funesto día, quedó claro que habíamos perdido la batalla de Queronea, padre y los generales subieron a sus monturas y, acompañados de los diez mil soldados de infantería que habían mantenido en reserva, descendieron resueltamente por las inclinadas laderas hasta la playa, frente a la cual aguardaba la armada. Había anclado allí para recibir de nosotros a los prisioneros romanos que habíamos confiado capturar, de modo que los marineros se sorprendieron de no ver más que a un rey desaliñado y abatido y un resto penoso del ejército pónico navegando en balsas, esquifes y botes de desembarco en dirección a la flota. Algunos soldados llegaban nadando, con ayuda de troncos, tan desesperados estaban por escapar de esa playa azotada por la lluvia y de la infernal batalla librada en las montañas.

Un ejército entero perdido ante otro al que cuadruplicaba en número. Fue una derrota espantosa, una derrota que me persiguió durante años con la visión de padre, pálido y silencioso, a bordo del buque insignia observando cómo la costa de Beocia se alejaba mientras la armada navegaba hacia su base en Chaeris, situada no lejos de allí, en la otra margen del estrecho. La lluvia le empapaba la cara y se mezclaba con las lágrimas que le surcaban las mejillas. Su llanto quedó se sumaba al de los hombres que, como nosotros, habían escapado de la terrible carnicería. Las lágrimas saladas de diez mil hombres cayeron al mar y pasaron a formar parte de él al tiempo que Poseidón les rociaba con las suyas cada vez que una tromba de sal se alzaba por encima de nuestras proas. Todos lloraban la pérdida de un gran ejército. La travesía duró poco, apenas lo suficiente para poder levar anclas antes de volver a echarlas en el puerto de Chaeris, pero fue el día más largo en la vida de padre.

Se dijo que los romanos habían perdido trece hombres, mas nadie dio crédito a esa cifra, yo, personalmente, vi caer a muchos más durante las cargas de las caballerías, aunque al final, el número de bajas romanas poco importaba.

Nuestras propias bajas, sin embargo, eran incalculables.



IV

DESPUÉS DE UN TRISTE REGRESO a Pérgamo en una embarcación pirata, habiendo dejado al resto de la armada y a los supervivientes del ejército en Chaeris para pasar el invierno, padre hizo lo que tenía que hacer para compensar la enorme pérdida de hombres y fondos. Elevó los impuestos en todo el imperio, para desgracia de sus súbditos, y al año siguiente reclutó otros ochenta mil soldados de infantería y diez mil de caballería, los cuales envió a Arquelao. Pero si el primer ejército había sido aniquilado tan contundentemente por otro al que cuadruplicaba en número, la situación a la que se enfrentaba este nuevo contingente era infinitamente peor, pues los nuevos reclutas habían sido formados aprisa y corriendo, aunque seguían siendo los soldados mejor armados y pertrechados de toda Asia. Así y todo, la caballería era la única fuerza militar realmente fiable, integrada enteramente por nobles póntricos de los clanes de las montañas, hijos de hombres que habían protegido a padre durante los años que había pasado entre sus fortalezas. Constituían la mejor caballería del mundo y su lealtad al rey era absoluta.

El resultado de esta segunda fase de la guerra tenía que ser decisivo. Contra todo pronóstico, Lúculo, el general que Sila había enviado en barco para que forzara el bloqueo pónico durante el sitio de Atenas, había reaparecido recientemente con una gran flota de barcos de guerra arrendados a Siria mediante fondos que había solicitado a la casa real egipcia. Lúculo rompió nuestro bloqueo de Rodas e hizo estragos en las islas griegas, a las que obligó a jurar lealtad a Roma. Poco quedó del imperio marítimo que padre había creado dos años antes.

Como respuesta, Arquelao tomó la iniciativa obligando a los romanos a combatir, esta vez en Orcómenos, a pocos estadios de nuestra anterior derrota. En esta ocasión preparó bien las posiciones. Los soldados se atrincheraron detrás de barricadas y respaldados por un vasto pantano alimentado por el río Melas, el único río de Grecia navegable hasta su nacimiento. El enclave, cuidadosamente elegido, tenía delante una extensa llanura sin árboles, idónea para las cargas arrolladoras de la excelente caballería pónica contra el ejército romano, mayoritariamente de infantería.

Al final del día, el ejército pónico había quedado prácticamente destruido.

Arquelao no apareció a la hora del recuento, aunque más tarde lo encontraron flotando en el pantano, extraviado pero con vida, a bordo de una pequeña barca. Su hijo Diógenes, suboficial de caballería, había fallecido. De los ciento ochenta mil

hombres que padre había enviado a Grecia, solo algunos rezagados regresaron vivos a su tierra natal, ya no había ejército pónico, ni en Asia ni en Europa.

Llegados a este punto, Sila, de haberlo querido, podría haber perseguido a padre hasta el fin del mundo. De hecho, el día que la noticia de la segunda derrota llegó a Pérgamo, la mitad de sus habitantes huyeron a las montañas, convencidos de que la ira de Roma caería sobre ellos. Sila, sin embargo, llevaba más de dos años fuera de Roma y la guerra civil que había dejado atrás era cada vez más sangrienta. Su esposa Metela había huido de Roma no hacía mucho, acompañada de sus hijos, y se había reunido con su marido en plena campaña, portando la noticia de que sus casas y haciendas habían sido destruidas y rogando a Sila que regresara a Roma para proteger el poco patrimonio que les quedaba. Los populares estaban matando a muchos seguidores de Sila. De hecho, el partido incluso había enviado a su propio ejército para hacerse con su parte del botín de la guerra contra Mitrídates. Sila, por consiguiente, decidió regresar a Roma y restablecer el gobierno de los optimates antes de que se perdiera todo aquello por lo que había luchado.

Así pues, fue la lucha interna entre dos partidos políticos romanos lo que finalmente nos salvó, pues dicha lucha obligó a Sila a buscar cuanto antes un acuerdo con padre y renunciar a una ofensiva final destinada a destruir el Ponto. Dirigiendo sus tropas en dirección este, Sila obtuvo por la fuerza la lealtad de las ciudades que visitaba, cruzó el Bósforo sin encontrar resistencia y envió a todos los territorios de Asia la noticia de que el Sueño había terminado, que la Nueva Grecia había sido destruida y Roma había regresado.

Ese mes Sila ordenó a padre que se reuniera con él en la antigua ciudad de Dárdano, al sur de los restos incendiados que en otros tiempos había sido Troya, para negociar las condiciones finales de la rendición pónica.

Padre se negó, sin embargo, a agachar la cabeza. Decidido a demostrar que todavía era un soberano digno de respeto, llegó a la reunión a la cabeza de doscientos veleros, su guarnición de veinte mil hombres, seis mil jinetes del Ponto que se le habían unido y sesenta carros falcados, yo me uní a él, ataviado con pesados ropajes ceremoniales, en compañía de Bituito, todavía barbilampiño por su temporada como doble del rey, y algunos de los consejeros y generales de padre. No obstante, antes de que padre accediera a que le acompañara tuve que demostrarle mi utilidad, lo que hice exhibiendo mis nuevos conocimientos de latín. Había estudiado esa lengua durante el invierno y la primavera, en detrimento de las matemáticas y otras disciplinas, pues me había tomado muy en serio el consejo de padre: ahora sabía quién era mi enemigo, y nada tenía que ver con Euclides o Pitágoras. La lengua era sencilla y directa, muy parecida, descubriría más tarde, a los propios romanos, con toda la fuerza y la lógica de los griegos, a quienes tanto emulaban, pero sin su belleza y poesía.

Sila llegó, pausado y majestuoso, con un contingente de apenas cuatro cohortes y doscientos jinetes, poco más que una guardia personal. El hombre, grande y rollizo, aparentaba unos cincuenta años y su cuerpo conservaba cierto vestigio de la fuerza y la agilidad que había poseído en otros tiempos, sumergidas ahora bajo la grasa y los aceites de una vida disipada. Tenía la tez rubicunda, con descamaciones y pústulas en las mejillas y el mentón, surcada de capilares rotos la nariz; sus ojos tenían esa rojez propia de quien comienza el día con una jarra de vino. Su rasgo más extraordinario, con todo, era el pelo que, aunque lacio y grasiento, exhibía un color amarillo rosado, algo que pocos hombres de nuestra parte del mundo habían visto, salvo entre los mercenarios escitas. Nos habían informado de que el general estaba especialmente orgulloso de este cabello casi sobrenatural, pues consideraba que era un símbolo del favor de los dioses.

De modo que Sila, el del pelo de orina y la cara colorada, llegó a la mesa prácticamente desguarnecido, sudando, gruñendo y aquejado de gota, pero armado de la confianza que solo muestran los vencedores; me vino a la memoria el encuentro de Popilio con Antíoco IV tres generaciones atrás. Entonces observé cómo padre contemplaba, con el rostro cansado y la mandíbula apretada, el insultante tamaño del destacamento romano, y supe que estaba pensando lo mismo.

Sila se detuvo frente a nosotros y miró sucesivamente a padre y Bituito con patente irritación. Sin duda le habían contado que Mitrídates era un hombre de gran estatura, tez clara y pelo oscuro, pero ahora tenía delante dos gigantes de similares características. La artimaña de Bituito en Pérgamo no había llegado a descubrirse y los romanos no estaban al corriente del parecido entre los dos hombres. Haciéndose cargo de la situación, padre dio un paso al frente y, en un gesto de cortesía a regañadientes, alargó una mano para tomar el brazo de Sila y ayudar al rollizo general a sentarse. El romano rechazó el ofrecimiento con un desdeñoso encogimiento de hombros y dejó caer pesadamente su ancha grupa en la butaca. Los dos hombres se miraron fríamente mientras Arquelao, que había llevado a cabo las negociaciones preliminares y acordado los detalles del encuentro, hacía las presentaciones formales. Curiosamente, Arquelao trataba casi con deferencia a Sila, manteniéndose de pie junto a él, llamándole «señor» y bajando la voz cuando le hablaba. Molesto, padre despidió a su general con un gesto de la mano y se concentró de nuevo en su adversario.

Sila miró a padre unos instantes más, los ojos fríos y apagados como los de un arenque, y tosió con impaciencia sobre un puño rojo y carnoso.

—Encuentro extraño que guardes silencio —dijo—. Según la costumbre, los solicitantes deben hablar primero y los vencedores callar y escuchar lo que tienen que decir. ¿Debo suponer que aceptas las condiciones del acuerdo negociado por tu general Arquelao?

Padre no estaba dispuesto a postrarse ante su adversario.

—*Ecce vir fortis* —gruñó a Sila en un latín fluido—. Hay que ser valiente para aparecer con una guardia tan pequeña. Si quisiera, podría ordenar a mis hombres que atacaran en este mismo instante, y poco quedaría del tan cacareado general Sila.

Los penetrantes ojos azules de Sila permanecían fríos e impertérritos, aguantando la mirada de padre sin pestañear una sola vez. Tenía la cara flácida, las manos y los dedos regordetes, la mirada porcina y glotona, pero bajo esa carne fofa se ocultaba una voluntad de hierro y una mente calculadora, y comprendí que padre estaba ante un igual.

Cuando Sila habló, su voz sonó tan queda y amenazadora como la de padre.

—Si los soldados de tu guarnición pelean como sus compatriotas en Queronea, rey, mi exigua guardia tiene poco que temer. Salvo, quizá, ver cómo sus espadas se deslustran innecesariamente en los cráneos de tus hombres.

—Me venciste en una batalla menor, y careces de líneas de avituallamiento. Tu ciudad natal ni siquiera te apoya...

—Dejade actuar —le interrumpió Sila, impaciente por cerrar una negociación que, en su opinión, ya había acordado tiempo atrás a través de Arquelao—. No estás en condiciones de hacer nada salvo suplicar por tu vida.

Padre se puso tenso y los asistentes que tenía detrás retrocedieron.

—Olvidas, general —replicó—, que soy rey de décima generación, de una dinastía que se remonta a los tiempos en que Roma no era más que una aldea de pastores...

Sila le miró durante un largo instante y luego hizo algo extraordinario. Se levantó trabajosamente, enderezó los hombros y alzó el puño derecho por encima de su cabeza. Al momento, los dos mil soldados que tenía a su espalda adoptaron la postura de combate, con el escudo frente al cuerpo, y desenvainaron las espadas. El ruido metálico de las dos mil hojas deslizándose por el cuero de las vainas fue rápido y seco, tan intimidatorio como el silencio sepulcral que, a renglón seguido, se apoderó de nuestra compañía al completo cuando se detuvo a meditar sobre la amenaza implicada en el gesto de los legionarios.

—Todo lo contrario —repuso quedamente Sila sin apartar sus ojos azules del rostro de padre, el blanco prácticamente oculto bajo el iris, como el lapislázuli en un busto de mármol—. Todo lo contrario. No lo he olvidado, aunque reconozco que estoy decepcionado. Como rey, deberías estar mejor versado en los métodos de tus conquistadores, en lugar de perder el tiempo con torpes bravuconadas.

Preso de la ira, padre fue a alcanzar la daga que le pendía de la cadera, pero Bituito y Arquelao le frenaron el brazo. Su rostro enrojeció a causa del forcejeo, y los nudillos de Bituito se pusieron blancos por el esfuerzo de contener al rey, sobre cuyo manto morado destacaba el hueco de su dedo mutilado. Finalmente, padre dominó su

ira y mirando a Sila con fuego en los ojos, soltó un bufido de desdén y bajó la guardia. Bituito y Arquelao le soltaron lentamente. Sila había permanecido impasible durante todo el arrebato, observando la escena desapasionadamente y con cínico interés, el interés del captor que juega con su cautivo.

—¿De modo que piensas que estoy bravuconeando? —espetó padre.

Sila desoyó la pregunta o, peor aún, la despreció.

—Reconozco tu título de rey, pero eso carece de importancia. Los reyes me resultan útiles únicamente en la medida en que mantienen la paz dentro de los confines de sus reinos. Como ya has podido comprobar, Roma es poderosa, pero, por desgracia, poco populosa. No podemos permitirnos una guarnición en cada pueblo de adobe de las fronteras de nuestro imperio. Esa tarea corresponde a los reyezuelos y sátrapas locales. Te corresponde a ti.

Giró sobre sus talones, dándole la espalda a padre, que le miró enfurecido al tiempo que Bituito se preparaba para frenarle de nuevo el brazo. Antes de llegar junto a sus hombres, Sila se detuvo y se volvió lentamente hacia padre. Sus miradas se encontraron de nuevo. Sería la última vez que lo harían.

—No existen apenas otras razones para mantenerte con vida —dijo el romano.

Sila impuso unas condiciones leoninas. Padre debía renunciar a todos sus nuevos territorios: el continente y las islas griegas, además de Paflagonia, Bitinia y Capadocia. Debía ceder toda su flota a los romanos y pagar nada menos que dos mil talentos de su patrimonio personal, suma que Sila añadió encantado al tesoro de Delfos que había saqueado para financiar el asedio de Atenas y el Pireo. Sila, además, arruinó por entero al continente asiático al condenarlo a pagar otros veinte mil talentos, el equivalente a toda su exportación de dos décadas, una cantidad imposible de obtener de los empobrecidos habitantes. El ejército romano ocupó las ciudades ricas y elegantes del Asia griega y los soldados procedieron a vivir como príncipes mientras la población sobrevivía cual perros hambrientos. Sila no solo ordenó que los soldados rasos se alojaran en las casas de los habitantes de Pérgamo, sino que exigió a los propietarios que pagaran a cada romano un sueldo de dieciséis dracmas al día, cuarenta veces la remuneración habitual de un soldado, además de las comidas para ellos y sus invitados, independientemente del número. Un centurión tenía derecho a cincuenta dracmas diarios y dos atuendos completos, uno para estar por casa y otro para salir. Los pagos eran ruinosos y no se estableció plazo alguno para su levantamiento.

Únicamente Rodas se salvó del aplastante castigo, y los piratas, naturalmente, evitaban realizar pago alguno. De hecho, una intrépida flota recuperó mil talentos de oro ante las narices del propio Sila mientras este se hallaba en la provincia de Samotracia, en su viaje de regreso a Italia, visitando los santuarios. Quizá el siempre

atento romano había estado distraído, pues cuentan que cuando llegó a Macedonia con intención de viajar desde allí hasta la península italiana con sus mil doscientos veleros, le abordó un grupo de hombres desesperados. Al parecer, en la región de Dirraquio hay unos jardines consagrados a las ninfas donde, en un tranquilo prado, habían descubierto a un sátiro que dormía. Metieron a la criatura en una jaula y la llevaron ante Sila. Cuando los intérpretes le preguntaron quién era, el sátiro no emitió respuesta alguna que un hombre pudiera interpretar y se limitó a lanzar sonidos agudos, como el relincho de un caballo o el balido de una cabra. Cuentan que Sila observó maravillado al sátiro y luego, calificándolo de cosa monstruosa, ordenó que lo destruyeran, clara muestra, si alguna vez fue necesaria alguna, de la falta de profundidad y curiosidad de la mente romana. Sila regresó finalmente a Roma como receptor de un glorioso triunfo, como un hombre rico, un general victorioso y quizá el dirigente más perverso que la ciudad tuvo jamás.

Padre, para su gran enojo, no pudo vengarse de Sila, pues las Parcas se le adelantaron. Tantos años de decadencia terminaron por corromper la carne del general romano, que desarrolló unos abscesos purulentos en el abdomen que ni los médicos más eruditos supieron diagnosticar. Cuando finalmente le abrieron, la enorme pústula apareció llena de gusanos de una especie desconocida hasta el momento para la ciencia médica. Por muy de prisa que los médicos retiraran los gusanos, estos seguían multiplicándose. Muy pronto, ropajes, baños e incluso alimentos cercanos al enfermo aparecieron llenos de enjambres, hasta tal punto que solo los criados más fieles osaban acercársele, por miedo a infectarse. Algunos decían que era una enfermedad transmitida por los venenos de Mitrídates y que padre había conseguido furtivamente sobre Sila la victoria que sus soldados no habían alcanzado. Se trataba, sin embargo, de un embuste, pues en nuestros dominios jamás han existido tales gusanos ni los venenos de padre se emplearon jamás con ese fin.

En el funeral de Sila, las damas romanas lanzaron a su pira tal cantidad de perfumes sólidos y otras resinas aromáticas que contrataron a un famoso escultor para hacer con ellos una gran figura del general. Cuando el fuego finalmente arrancó, ni siquiera el sofocante humo de la mezcla de todos aquellos perfumes bastó para disimular el hedor que desprendía el cuerpo comido por los gusanos.

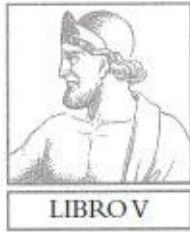
Así terminó la lucha que los romanos denominarían la Primera Guerra Mitridática. Todo un ejército pónico, casi doscientos mil hombres, había sido destruido. Si a ello se sumaba la carnicería de Delos y demás lugares, y las matanzas de Sila a su paso por el territorio enemigo, seguro que el número de muertos alcanzaba el medio millón. En cuanto a daños materiales —pueblos arrasados, tierras de labranza devastadas, templos incendiados, obras de arte destruidas—, los contables de padre finalmente desistieron de hacer un cálculo siquiera aproximado. Igualmente desastroso fue el desmoronamiento moral de la región: la guerra había

cortado vínculos sociales, derrocado sátrapas, liberado esclavos, arruinado mercaderes y afianzado la pobreza y la miseria más que nunca. La región era una ruina.

Pero Roma, pese a la muerte y la devastación sembradas, no había conseguido destruir las ambiciones de padre. Pues aunque había fracasado en su intento de unificar las tierras helénicas bajo su mandato, había despertado pasiones: el odio latente a Roma, el viejo orgullo de la cultura y la herencia griegas, el recuerdo de tiempos pasados y la esperanza de un futuro mejor, un futuro libre del yugo romano. Padre regresó a nuestro viejo hogar de Sínope para reflexionar sobre sus errores y analizar los puntos fuertes de las legiones romanas a las que se había enfrentado. Estaba vencido y su reino era ahora más pequeño y frágil de lo que lo había sido en años. Casi podía sentir los reproches de los espíritus de su padre y sus antepasados por la debilidad de que había hecho gala durante los últimos dos años, por las maravillosas oportunidades que había desperdiciado.

Lo primero que hizo al llegar a Sínope fue despedir, con amabilidad pero sin lágrimas, a Monime, a quien envió —por su propia seguridad, naturalmente— a una fortaleza segura en Farnacia, ciudad situada en el extremo oriental del Ponto Euxino. Monime protestó amargamente, lamentándose de su desperdiciada belleza y su mala fortuna, quejándose a las Parcas de que en lugar de un amante marido le hubieran dado un señor sin corazón que en lugar de damas de honor, la había rodeado de guardias y guarniciones y de un inhóspito bastión alejado de su dulce tierra natal, y solo los sueños y las sombras de las posesiones que había esperado y merecido... Cerré mis oídos a sus lamentos, al igual que padre.

Y lo segundo que hizo fue prepararse para la siguiente guerra.



ENEMIGO DE MI ENEMIGO

Un golpe lleva a otro golpe, y un mal a otro mal...

LA PITIA DE DELFOS



I

LOS DÍAS DE LA FALANGE han terminado, mi soberano. Una masa de hombres luchando en bloque no tiene nada que hacer frente a las legiones romanas.

—Por todos los dioses, Neoptólemo, ¿es que nunca te cansas?

—¿De qué, mi señor?

Padre dejó caer los informes de campaña y se frotó los ojos. Seis años habían transcurrido desde aquel verano glorioso en que conquistó Asia y venció sin esfuerzo a los generales romanos, cuando, durante un breve período, había destacado como un coloso, como rey de los griegos y de sus antiguos dominios. Seis años durante los cuales había envejecido y hervido de ira mientras yo me hacía un hombre y recibía el mando de la caballería. Para mí, el futuro se presentaba brillante y estimulante. Para padre, sin embargo, los últimos años habían sido los peores de su vida.

—De llamarme «mi soberano», «mi señor» y todas esas tonterías rimbombantes que mis consejeros desean para mí —repuso—. Hace cuarenta años que nos conocemos, Neoptólemo, y ya no somos lo que se dice jóvenes. Me trae sin cuidado cómo me llames en público, eso es cosa de los eunucos cuando estamos en la corte, pero hace meses que no piso la corte. Cuando estemos solos aquí, tratando de desentrañar estos informes de intendencia y cifras de reclutamiento, llámame por mi nombre y ve al grano.

La de padre era, por supuesto, una petición trivial, pero reflejaba un problema mucho más grave que estaba intentando solucionar. Desde las numerosas bajas sufridas contra Sila en Queronea, había comprendido que las viejas formas, los viejos métodos, los viejos tratamientos, ya no servían. Atenas, desde luego, no era más que una sombra de lo que había sido en cuanto a poder militar y nadie habría sido tan insensato como para confiar en sus recursos humanos. No obstante, hasta la derrota de Queronea padre había creído que los viejos conocimientos que Atenas había desarrollado eran universales y válidos, que la falange era invencible, que el control de las rutas marítimas conducía invariablemente a la victoria, que las cargas de caballería eran imbatibles, que buscar el favor de las antiguas deidades griegas inclinaría la balanza hacia nosotros, que lo puramente «griego» —condimentado con una pizca de aristocracia persa y astucia asiática— vencería al fin sobre la frialdad y la brutalidad de Roma.

Los romanos, sin embargo, habían demostrado que todos esos principios

ancestrales eran equivocados. Pero ¿cómo? ¿Qué ventaja poseían esos bárbaros occidentales sobre las virtudes demostradas de Grecia y el Ponto?

Padre sabía, desde hacía seis años, que tarde o temprano tendría que defenderse de un ataque romano como venganza por la Noche de Vísperas. Para ello, había nombrado a Makarios rey de la provincia pónica del Bósforo, situada en la costa norte del Ponto Euxino. Eso nos brindaba una fuente permanente de mercenarios, pues la principal tarea de Makarios era reclutar tropas entre las tribus escitas de la región. Además, en ese pequeño y tranquilo reino, Makarios disponía de tiempo suficiente para continuar con sus estudios, pues no tenía que acompañar a padre en sus campañas militares.

Padre reunía a los soldados novatos enviados por Makarios en un valle remoto que denominó Campo de Ares, a dos días de caballo desde Sínope en dirección sur, lejos de la mirada de espías e informadores romanos. Durante seis años había ordenado a sus generales que formaran a los escitas como romanos, basándose en los conocimientos que recibía de algún desertor romano que de tanto en tanto se unía a nuestro ejército. Qué ironía. Para vencer a los romanos debíamos convertirnos en romanos, al menos en la guerra, y padre confiaba en que la cosa quedara ahí. Pero durante seis años los generales se habían empeñado en adiestrar a los nuevos reclutas en la valerosa pero ingenua formación de falange, respaldada por inútiles carros falcados y caballería pesada. La tradición y la rigidez cultural —las viejas maneras— eran las responsables de la desastrosa derrota sufrida seis años atrás. Iba a ser preciso arrojar la tradición por la ventana.

Últimamente, además, había surgido otra complicación. Un frío día de invierno, seis meses atrás, cuando padre convocó a sus oficiales para la reunión matutina, descubrió que Arquelao había desertado. ¡Desertado! ¡Nuestro máximo general, diseñador de todas las estrategias militares pónicas, principal negociador de la paz de Dárdano y confidente de padre! Arquelao, el hombre al que consideraba mi segundo padre, mi tío, había huido durante la noche a Pérgamo y solicitado asilo a los romanos, antes de proseguir hasta la vasta hacienda próxima a Atenas que Sila le había regalado en secreto.

La desertión destrozó a Neoptólemo y hundió a padre. Estaba claro que Arquelao, el soldado empedernido, creía que ya no tenía sentido luchar por nosotros, que Roma era el futuro y que permanecer con un Ponto vencido era como seguir azotando a un buey muerto. Padre no alcanzaba a comprender ese razonamiento, por mucho que lo intentara.

—¡Yo pelearía contra los romanos aunque fuera el último superviviente del Ponto! —bramó—. ¡Arquelao está equivocado! Se equivoca al pensar que nuestras fuerzas no pueden vencer a los romanos, que el poder significa justicia. ¡El muy traidor! ¡Uno no lucha con el bando más fuerte, sino con el bando justo! De lo

contrario, no eres más que un mercenario.

—¡Arquelao es un mercenario! —señalé—. Siempre lo ha sido. Estuvo durante años a tu servicio, pero ahora vemos quién es en realidad. No es un patriota pónico, sino un mercenario, y ha hecho lo que hacen los mercenarios, venderse al mejor postor. ¿Podrías haber esperado otra cosa de él?

—¿Acaso no tiene sentido del honor, de la lealtad, de la fidelidad a un amigo?

—Lo tuvo mientras hubo dinero. Sila le ofreció más, una buena hacienda y una jubilación acomodada bajo un gobierno victorioso. Olvídate de él, padre, no le necesitamos.

Padre pasó semanas maldiciendo la pérdida de su amigo y de los secretos transmitidos al enemigo, y el enemigo no perdió el tiempo a la hora de utilizar esa información. Roma había nombrado recientemente a Lucio Licinio Murena gobernador de Asia para tenernos vigilados y asegurar el cumplimiento de la paz de Dárdano. Murena era un general romano que había contribuido a derrotar al ejército pónico en Queronea y su éxito en esa batalla le había valido una sucesión de raudos ascensos. Ahora, por primera vez en su carrera, gozaba de un cargo independiente; ya no estaba bajo las órdenes de Sila, de modo que el mérito de las victorias que obtuviera le sería atribuido a él y solo a él. En el camino de Murena se interponía, sin embargo, un pequeño obstáculo, un molesto detalle que le impedía derribar al rey del Ponto en una gran contienda: la maldita paz de Dárdano, que prohibía rotundamente emprender una guerra. Murena estaba indignado, pues, según él, este tratado «sólo protegía a un rey bribón y a sus descontroladas hordas». Decidido a minimizar sus pérdidas y maximizar sus ganancias, el romano, sencillamente, optó por darlo de lado.

Padre había cumplido su parte del trato. Había desmantelado la flota, devuelto los territorios conquistados y pagado el demoledor tributo. Los desleales romanos, sin embargo, no mantuvieron la suya. Ese verano Murena condujo sus legiones cilicias tierra adentro, a través de la cordillera capadocia, hasta el valle del Alto Lico, territorio indiscutiblemente pónico. Una vez allí, saqueó ciudades, sacrificó ganado y asesinó y esclavizó a miles de hombres. Peor aún, desvalijó el templo sagrado de Conama, con sus seis mil sirvientes dedicados a la antigua diosa Ma. La gente de Conama llevaba una vida pacífica, con viñedos y fincas financiados mediante los ingresos procedentes de la prostitución sagrada en el templo. No nos cabía en la cabeza que alguien pudiera cometer el sacrilegio de saquear ese santo lugar.

El golpe para el Ponto fue brutal y dejó a padre totalmente estupefacto. Roma no había marchado con un pesado ejército desde Italia y cruzado el Bósforo. Tampoco había lanzado una flota cargada de legionarios. Ambas medidas le habrían brindado el tiempo necesario para recibir información de sus espías, evacuar las ciudades, construir defensas y desplegar tropas. Sin embargo, esto —que tres meras legiones

romanas atacaran por la puerta de atrás a su desguarnecida frontera con Capadocia—, esto no lo había previsto. En esa región no disponía de ejército ni caballería, no había hecho preparativos militares, y mientras enviaba apuradas cartas de protesta, las legiones de Murena regresaron a Cilicia con la misma rapidez con que habían llegado. A los pocos días regresaron los embajadores que padre había enviado a Murena, meneando la cabeza con incredulidad.

—¿Qué ha dicho? —preguntó padre sin molestarse siquiera en vaciar la sala de cortesanos.

—Murena contesta —dijo el heraldo— que no ha encontrado pruebas de que exista ese supuesto «tratado de Dárdano», puesto que el Senado de Roma nunca lo ratificó.

Padre le miró boquiabierto.

—¡Naturalmente que no lo ratificó! Cuando lo negociamos con Sila, el Senado estaba controlado por los populares. ¡Sila era enemigo del pueblo romano! ¡Pero Sila lo firmó! ¡Maldita sea, Murena es gobernador gracias a ese tratado!

El enviado se encogió de hombros.

Poco tiempo después, Murena atacó de nuevo, esta vez desde el sudoeste, atravesando el Bajo Halis. Papias interpretó esta ofensiva como un presagio, pues era el mismo río acerca del cual el oráculo de Delfos había aconsejado al rey Craso, diciéndole que si lo cruzaba con intención de atacar a los persas, destruiría un gran reino, reino que resultó ser el suyo. Desafortunadamente, en nuestro caso la premonición no aclaraba si nuestro destino era correr la suerte de Craso o la de los victoriosos persas. A los romanos, sin embargo, no les asaltaban las dudas. Murena saqueó cuatrocientos pueblos en su ataque relámpago y regresó a territorio romano antes de que la noticia llegara siquiera a Sínope.

Padre se hallaba ahora en una posición atroz. Había conseguido salvarse por los pelos de su primera guerra contra Roma con sus dominios heredados todavía indemnes y la lealtad de sus súbditos intacta. La principal razón por la que un soberano ocupa el poder es por su capacidad personal para imponer su autoridad; si no es capaz de proteger a sus vasallos, es preciso buscar a otro protector, y ya corría el rumor de que el descontento reinaba entre los nobles, que estaban hartos de las incursiones romanas y la impasibilidad del rey. En su opinión, Mitrídates se estaba retorciendo las manos y encogiéndose de miedo, o por lo menos eso creía padre que pensaban, pues era lo que él habría pensado de haber estado en su lugar. Al igual que Arquelao, los nobles empezaban a creer que el Ponto no tenía futuro como reino o padre como rey.

Dadas las circunstancias, padre decidió partir hacia el interior, y de forma tan inesperada que alarmó al personal del palacio de Sínope. El único indicio previo que recibimos fue la llegada de un misterioso emisario, un mensajero pónico que padre

había enviado unas semanas antes a lo que según supuse entonces era un reparto rutinario de correspondencia y que a su regreso declaró que traía noticias importantes de Hispania. Tras escuchar al mensajero, padre pidió su caballo, se quitó de encima a los inquisitivos eunucos y se marchó a las montañas acompañado únicamente de Bituito y un cuerpo de caballería veterano. Neoptólemo y yo nos quedamos unos días para organizar la partida de la guarnición de Sínope y el traslado de provisiones. Alarmados por el repentino trajín, los cortesanos acudían a mí en busca de respuestas.

—¡Príncipe Farnaces! —exclamaba el administrador de palacio, Prófilo, competente eunuco efesio—. ¿Adónde ha ido el rey? ¡No puede atacar a Murena con un ejército tan pequeño! Ve a buscarle e intenta hacerle entrar en razón.

Empecé a reprenderle por sobrepasar sus competencias, pero me detuve cuando vi que su preocupación era genuina.

—El rey estará ausente durante un tiempo —dije—. Entretanto, sigue atendiendo tus obligaciones y tranquiliza al personal del palacio. Si aquí estalla el pánico, solo conseguiremos asustar a los ciudadanos.

—La ciudad ya está asustada —repuso Prófilo—. Murena ha saqueado el interior y el rey ha partido hacia las montañas con un contingente simbólico. ¿Qué va a pensar la gente? ¿Qué voy a decirles?

—Diles que se ha ido a las montañas para crear la única arma que puede vencer a las legiones romanas y que la tarea le llevará mucho tiempo.

Prófilo me miró con escepticismo.

—¿Y qué arma es esa que puede vencer a las regiones romanas?

No me quedaba tiempo ni paciencia para seguir discutiendo el asunto. Subí a mi caballo y me preparé para partir con la guarnición.

—Te lo pregunto de nuevo —insistió Prófilo—. ¿Qué arma es capaz de vencer a las legiones romanas?

Mientras me alejaba, volví la cabeza y le lancé la respuesta por encima del hombro.

—Sus propias legiones romanas.

La misiva del mensajero pónico provenía de Hispania, una península situada a trescientas parasangas al oeste en cuyo mar los caballos de Apolo hundían sus cascos cada noche. Allí, un renegado romano, el general Sertorio, había declarado unos años antes su lealtad a los populares, gesto que le convirtió en enemigo del nuevo partido que regía el Senado. Con el tiempo, su movimiento había ganado fuerza y partidarios, y actualmente constituía una seria amenaza para la seguridad de Roma. La mitad del ejército romano, dirigido por un joven general llamado Cneo Pompeyo Magno, estaba ocupado en mantenerlo a raya, mientras que el resto de las tropas se dedicaban a sofocar revueltas civiles en la península italiana. Unido todo ello a la tensión en el

Ponto, el peligro para Roma era palpable.

Que Sertorio y padre llegaran a un acuerdo era solo cuestión de tiempo.

Una noche, a las dos semanas de su llegada al Campo de Ares, padre fue interrumpido por una llamada a su tienda, seguida de la voz áspera de Bituito pronunciando la contraseña. Dejé los frascos con los que estaba preparando el antídoto nocturno de padre y miré hacia la puerta con curiosidad. Pocos hombres osaban interrumpir al rey en sus ratos de intimidad, y uno de esos hombres era, naturalmente, Bituito, pero el galo sabía que solo debía hacerlo si se trataba de un asunto verdaderamente importante.

Bituito estaba frente a la entrada, pero antes de que pudiera pronunciar palabra un forastero se le adelantó e irrumpió en la estancia. De escasa estatura y constitución robusta, llevaba puesta una capa de lana, cuya raída capucha le cubría la cabeza, y sandalias desgastadas. Parecía enteramente un campesino, pero, pese a sus toscas ropas, estaba claro que no se trataba de un pobre ni de un esclavo. Su actitud lo era todo menos humilde, pues entró en la habitación como si le perteneciera, con los hombros echados hacia atrás y la cabeza erguida, si bien la capucha le tapaba la cara. Bituito observó pasmado la audacia del desconocido e hizo un ligero ademán de detenerle, pero se detuvo cuando padre alzó una mano. La mirada del galo viajó desconcertada entre el rey y el campesino. Luego, encogiéndose de hombros, entró en la tienda y se colocó al lado de su soberano, mirando imperiosamente al forastero. El «campesino», lejos de mostrarse intimidado por el tamaño y la fría mirada de sus dos anfitriones, enderezó aún más la espalda y alzó la vista.

—Sertorio te envía saludos —dijo en un tono quedo.

Su latín era fluido y culto, y su voz poseía una aspereza casi intimidatoria. Se sacudió la capucha y dejó al descubierto el rostro duro y curtido de un hombre de unos cuarenta años con una barba de varios días y una mata de pelo rojo y rebelde. Tenía un ojo blanco y reseco que no ocultaba tras un parche, como hacían la mayoría de los tuertos. Miró a padre directamente a la cara, sin el más mínimo atisbo de humildad o temor.

Padre le observó impasible durante un rato. Luego se volvió tranquilamente hacia la mesa, levantó la copa que yo le había preparado e ingirió el contenido, haciendo una ligera mueca de asco a causa del desagradable sabor. A pesar de los muchos años que llevaba sirviéndole el preparado, no dejaba de sorprenderme verle tomar cantidades de veneno capaces de derribar a un caballo y que su rostro raras veces acusara algo más que una pequeña mueca. Dejó la copa y se volvió hacia Bituito.

—Este hombre ya me desagrada.

El forastero se puso rígido.

—Ignoraba que mi misión incluyera ganarme tu aprecio.

El insolente comentario dejó boquiabierto a Bituito.

—Señor —murmuró—, me lo llevaré de inmediato —y dio un paso al frente para agarrar al desvergonzado.

Pero padre lo detuvo y miró al hombre con curiosidad.

—Estoy de acuerdo en que tengo delante a un bellaco, lo cual no me sorprende, pues es romano. Pero no nos precipitemos en descartar lo que Sertorio tiene que decir.

Comprendí entonces quién era el hombre y protesté.

—Padre, Sertorio quedó en enviarte a su mariscal de campo, un general, para ayudarte a construir un ejército, no a un tribuno o un *primipilus*, no a un centurión, no a un mulero, y aún menos a un animal.

Sin esperar a que padre respondiera, el visitante habló.

—Tu mala educación no tiene límites, jovencito, aunque quizá la culpa sea mía por no presentarme como es debido. Me llamo Marco Mario. General Marco Mario, segundo jefe del emperador Sertorio, dirigente de las fuerzas de tierra de Lusitania e Hispania, senador de Roma y sobrino del general Cayo Mario, azote de los galos. A vuestro servicio.

Dicho esto, desató la lazada de su tosca túnica y arrojó la prenda a un lado, dejando al descubierto la túnica escarlata, el cinto de cuero y el peto de... un centurión romano.

Padre asintió gravemente y con cierta mueca de desagrado, mas no estaba seguro de si era por la conducta de Mario o por el sabor persistente del brebaje.

—De modo que Sertorio ha respondido —dijo—. ¿Por qué llegas en plena noche, vestido como un centurión corriente disfrazado de un campesino corriente?

Mario le miró con altivez.

—Ante todo, soy romano, luego popular y, por último, senador. No siento nada salvo desprecio por los optimates y sus mezquinas disputas, sus aguamaniles y sus eunucos. Siempre visto como un soldado. Me alimento como un soldado, marchó como un soldado y los dioses saben que lucho como un soldado, un soldado romano. Nunca pediría a mis hombres que hicieran algo que yo no estoy dispuesto a hacer, y yo lo hago mejor.

—Qué noble —farfulló Bituito—. ¿Y la capa de campesino?

Mario le miró con compasión.

—Eres galo, ¿verdad? Lo he sabido por tu acento defectuoso. Acabo de llegar de la Galia. Qué curioso que uno de los de tu tribu proteste por mi humilde atuendo.

Bituito se puso tenso pero el romano le desdeñó y se volvió hacia padre.

—Tus tropas tienen el desagradable hábito de matar a todo ciudadano romano que se cruza en su camino. Ignoro cómo esperabas que mis hombres y yo cabalgáramos desde Hispania hasta las puertas de tu campamento vistiendo capas escarlata y cimeras.

La sangre me hervía, pero padre me clavó una mirada que ordenaba silencio.

—Has dicho que eres un popular —prosiguió, tratando de conducir al hombre hacia una conversación más provechosa.

Mario se disponía a abrir la boca para responder cuando Bituito le interrumpió, algo que raras veces hacía. El insulto había quedado atrás y ahora el oxidado mecanismo de su cerebro volvía a rechinar.

—¡Un popular! —exclamó—. Como los demás exiliados romanos de nuestro ejército, y como algunas legiones de Lúculo. —Miró al romano con pasmo—. ¿Por qué iban a luchar las legiones de Lúculo contra nosotros si saben que nuestros romanos son del mismo partido?

Mario le observó despectivamente mientras padre contestaba por él.

—Esa es exactamente la idea, Bituito —explicó con suavidad—. Por eso Sertorio nos envió un senador popular. Con suerte, las legiones de Lúculo todavía recordarán sus viejas lealtades en Roma.

Bituito asintió con satisfacción.

—¿Cuántos hombres te acompañan? —preguntó padre.

—Cincuenta —respondió Mario—. Cuarenta centuriones y diez tribunos de cohorte. Sertorio no podía prescindir de más.

Padre asintió, pero yo no pude contener mi indignación.

—¡Cincuenta romanos! ¿Cincuenta? —insistí—. ¿De qué nos sirven cincuenta romanos? ¡Ni toda su fuerza combativa junta podría compensar uno solo de los insultos que hemos recibido de este patán!

Padre miró con dureza al hombrecillo, que permaneció muy quieto.

—Tal vez no, pero esos hombres no han venido para combatir, Farnaces.

Mario soltó un bufido.

—Oh, desde luego que combatiremos. Pero dices bien, no hemos venido para eso. Con una sonrisa, padre terminó la idea por él.

—Mario y sus hombres van a crear el mayor ejército al que jamás se haya enfrentado Roma.

Para cambiar la filosofía bélica del Ponto, padre había comprendido que no bastaba con ordenar a sus generales que enseñaran a sus hombres los nuevos métodos. Toda innovación tropieza con la resistencia de obstinados veteranos que no ven motivos para alterar las viejas tácticas. A menos que el comandante en jefe crea personalmente en el nuevo método e imponga su aplicación, en los momentos de pánico o tensión, cuando más se necesitan las nuevas técnicas, los hombres vuelven a los viejos métodos. Para imponer la aplicación del nuevo método necesitábamos a los romanos.

Los centuriones tenían como tarea completar la romanización del ejército pónico

que padre había emprendido. Lo que encontraron fue un número ingente de reclutas mal adiestrados, procedentes de una docena de naciones y dotados de armas y habilidades distintas, grados de experiencia bélica diferentes y objetivos diversos, desde el saqueo y el enriquecimiento personal hasta la simple obtención de gloria o, en el caso de una tribu de iberios del norte, la recogida de cueros cabelludos enemigos. Mario nos advirtió desde el principio que iba a resultar prácticamente imposible crear un ejército unido a partir de esta variopinta colección de cabezones escitas y obstinados persas. Padre, sin embargo, no perdió la esperanza, pues había encontrado, por un golpe de inspiración, su arma secreta: los propios soldados romanos.

Padre sabía, por su estrecha relación con los piratas, que sus flotas estaban llenas de desertores romanos, muchos de ellos veteranos y oficiales experimentados, sin otra falta que haber insultado a un comandante o matado a un compañero en una pelea de borrachos, percance que los había obligado a abandonar la legión. Hecho esto se habían unido a los piratas cilicios, que les enseñaron otra forma de ganarse el sustento. Una vida de saqueo por mar, bien que un desperdicio de sus talentos y aptitudes, solía ser la única opción para los legionarios desplazados. Hasta ahora.

Poco después de que padre propusiera la idea, viajé con media docena de comandantes a las ciudades costeras de Sínope y Amisos, donde nos dedicamos a frecuentar las tabernas y burdeles de los muelles, escuchar los acentos y escoger a los hombres que hablaban latín. Engatusábamos y sobornábamos a los marineros para que nos informaran del paradero de todo exsoldado romano. El método funcionó a la perfección. Los romanos son criaturas de tierra, no de mar, y los legionarios raras veces se sienten cómodos confinados en un barco con una cubierta inestable bajo los pies. Cuando corrió la noticia de nuestra misión, acudieron a nosotros centenares de reclutas, algunos de ellos piratas de otras costas que hablaban un latín deplorable. Me alegré una vez más de haber aprendido la lengua de mi enemigo, pues ahora podía hablar con los aspirantes en su propio idioma y elegir a los más idóneos para nuestra causa. Al final, nuestra principal dificultad fue limitarnos a una cantidad manejable y contener la impaciencia de los reclutas por abandonar la flota pirata y adentrarse en las montañas, donde el ejército pónico estaba entrenándose.

A los pocos días reaparecí en el campamento con doscientos de los expiratas más feos, bravucones, astutos, endurecidos y chapurreadores que habían pisado la tierra bendita de los buenos dioses. Padre echó un vistazo a los hombres y, tras soltar una sonora carcajada, ordenó que les dieran un buen fregoteo y les afeitaran la cabeza para quitarles los piojos de los barcos. A renglón seguido, y para estupefacción de los nobles pónicos, que hasta ese momento habían sido los oficiales de la infantería, puso esta en manos de dichos romanos.

Pues, siguiendo las órdenes que me había dado, cada uno de esos hombres había

sido, en sus días de legionario, centurión romano, y cada uno de esos centuriones, cada uno por sus propios motivos, profesaba un profundo rencor a Roma.

La noticia de nuestra empresa seguía extendiéndose y la avalancha de legionarios exiliados en el Ponto seguía creciendo, pasando de cientos a miles, pese a la reputación que teníamos, entre los itálicos, de anfitriones descorteses. Muchos de ellos habían luchado contra nosotros en Queronea y estaban familiarizados con las tácticas de combate pónicas. Una vez que las condiciones quedaron pactadas y reunimos a estos exiliados romanos en una sola unidad bajo el mando de Mario, descubrimos, para nuestra sorpresa, que disponíamos de más de seis mil veteranos nacidos en Roma, criados en Roma, adiestrados en Roma y endurecidos en Roma, una legión romana completa, tan impecable como las legiones que Sila había lanzado contra nosotros, y leal, en exclusiva, a Mitrídates.

El Campo de Ares hervía de entusiasmo. Por primera vez en muchos años, padre regresaba a la vida de campaña, durmiendo en el suelo, realizando la gimnasia matinal con sus hombres e improvisando sus antídotos con hierbas y otras plantas que Papias recogía de los bosques. Como arquero y espadachín experto que era, todavía el mejor de Asia, adiestraba personalmente a sus sargentos instructores en las técnicas de esgrima necesarias para que cada hombre defendiera su propia parcela contra un frente ofensivo. Los soldados recibieron espadas cortas de estilo hispánico como las que empleaban los romanos, con una punta afilada que podía utilizarse indistintamente para cortar y pinchar, en sustitución de las tradicionales pero torpes espadas curvas asiáticas o las hojas despuntadas que la mayoría estaba acostumbrada a manejar.

Padre se paseaba entre los sudorosos reclutas elogiando sus aptitudes, aporreando a los haraganes con su espada plana y midiéndose con los más grandes y diestros combatientes. Como si estuviera entrenando gladiadores para la arena, enseñaba a los nuevos reclutas cuántos pasos debían retroceder antes de contraatacar, cómo fintar y tender una emboscada al enemigo y cómo defenderse en espacios limitados tan solo con las manos y una daga. Organizó el ejército al estilo de las legiones romanas —centurias de cien, cohortes de seis centurias, legiones de diez cohortes—, empleando la misma formación de combate basada en manípulos que los romanos habían desarrollado.

No los imitó, así y todo, ciegamente, pues su ojo crítico había advertido en sus adversarios puntos flacos que no deseaba repetir entre sus tropas, sino aprovechar en beneficio propio. Los romanos estaban cortos de caballería, por ejemplo, mientras que los hombres de los clanes de las montañas pónicas eran los mejores jinetes del mundo. Podían ser de gran utilidad como exploradores de largo recorrido, agentes secretos y hostigadores de los destacamentos romanos de vanguardia y retaguardia. Los romanos eran arqueros mediocres, pues preferían confiar en las estocadas de la

infantería; los escitas de las estepas del norte, en cambio, eran excelentes arqueros, capaces de disparar a una moneda desde una distancia de doscientos pasos, y podrían debilitar las líneas romanas antes de que la infantería pónica entrara en combate. Padre adiestraba a sus hombres como un poseso, temiendo la siguiente incursión de las fuerzas de Murena, temiendo que Roma volviera a pillarle desprevenido, esta vez en su propio terreno, con su prestigio personal, su propio reino, en juego, sabiendo que no podía permitirse perder.

Más difícil aún que combatir, sin embargo, era enseñar a los hombres la disciplina del soldado, pues el combate en sí es, probablemente, la parte menos importante de la tarea del recluta. En una guerra, el verdadero bando vencedor es el que avanza más deprisa con la menor cantidad de galleta; el que cava las trincheras más profundas y erige los terraplenes más elevados; el que pone centinelas que permanecen alertas toda la noche; el que prevé cada punto fuerte y cada punto débil del enemigo y los contrarresta. Esta tarea correspondía a Mario, pues en tales aspectos los ejércitos romanos destacan por encima de cualquier otra fuerza militar del mundo.

En su primer día, mientras recorría el campamento, Mario reparó en un *contubernium*, un pelotón de ocho hombres que estaban cavando diligentemente una trinchera sin llevar encima sus espadas. El general quedó atónito, sobre todo porque esos soldados pónicos formaban parte de una centuria dirigida por un centurión romano. Mario ordenó azotar al desafortunado centurión hasta que perdiera el conocimiento y condenó al pelotón a dos meses cavando zanjas como castigo por su penoso ejemplo. Al día siguiente dictó una orden que los centuriones debían leer a sus hombres y que exigía que todos los soldados permanecieran armados en todo momento.

«Cuanto más sudéis ahora —escribió en tono intimidatorio—, menos sangraréis en la batalla».

Los soldados pónicos estaban indignados. Jamás les habían ordenado cavar trincheras llevando puesto el pesado cinto de la espada y aún menos cuando no existía riesgo alguno de sufrir un ataque enemigo. En señal de protesta, el pelotón castigado emprendió con entusiasmo su siguiente tarea de excavación portando debidamente el cinto con la espada... y nada más. Cubierto de fango por su propia labor en las zanjas, Mario se paseó esa tarde por las obras de fortificación, sin comprender a qué venían las risitas y las miradas de soslayo que le lanzaban los hombres. Al llegar al lugar donde los soldados sancionados se hallaban cavando en cueros, se detuvo en seco, paralizado por la rabia, y las risitas cesaron. Los hombres descubrieron entonces, para su gran pesar, que su nuevo comandante no tenía sentido del humor. Esta vez, los ocho legionarios fueron ejecutados por insubordinación.

Padre apretó la mandíbula cuando le informaron de lo ocurrido, pero se negó a tomar medidas.

Después de eso, la disciplina en el campamento mejoró notablemente, y en la misma medida en que Mario era odiado y temido por todos salvo por los exiliados romanos, padre era amado, pues ofrecía sonrisas y elogios y, de tanto en tanto, mitigaba los severos castigos del general. Cuando padre se paseaba por el campamento, los hombres le aclamaban y rodeaban para tocarle las ropas y escuchar los saludos que brindaba en sus lenguas maternas. Los campeones de las compañías le retaban a combates de lucha libre y esgrima y consideraban un honor que padre los ayudara a levantarse después de derribarlos. Volvía a ser un dios, un héroe entre los póntricos, los escitas y los persas por igual, hombres dispuestos a dar su vida y poner en juego su honor por Mitrídates, pues estaban haciendo historia, creando un ejército inigualable desde tiempos lejanos, un ejército que podía desafiar incluso el poder de Roma. Mario se paseaba por el campamento anónimamente, respetado por sus soldados romanos pero despreciado por el resto. Era, sin embargo, eficiente en todo lo que hacía, y padre confiaba en él como en ningún otro hombre, con excepción, quizá, de Bituito y de mí. El solitario general romano y el rey pónico forjaron una cauta relación simbiótica que aprovechaba sus respectivos puntos fuertes y beneficiaba a ambos.

Y, al final, crearon el mejor ejército de toda Asia.



II

¡ZEUS STRATIOS, que diriges el trueno! Si en el pasado te he servido debidamente entre los dioses inmortales, escúchame ahora. Tú, Zeus olímpico, señor del rayo, entronizado en las nubes: si alguna vez erigí un santuario para complacer a tu corazón, si quemé los largos huesos de rico tuétano de bueyes y cabras en tu altar sagrado, presta atención a mi plegaria.

El grito feroz de padre rebotó en el gran cañón que se extendía a nuestros pies mientras cien mil hombres escuchaban sobrecogidos las palabras que invocaban a Zeus, al mismísimo Zeus, de una forma y con un título que no habían escuchado antes, *Stratios*, «jefe de los Ejércitos». Padre estaba de pie junto al borde del precipicio, a tan solo un brazo de una caída de mil pies sobre el violento torrente que corría por el desfiladero. El distante fragor del agua apenas resultaba audible, pero su fresca humedad, que el aire elevaba hasta la cálida llanura, se hacía sentir en la piel.

Cuando la terrible invocación al rey de los dioses se redujo a un eco, el trueno, el trueno del propio Zeus, rodó por el cielo despejado del desfiladero, vago al principio, más intenso después, hasta producir un rugido que culminó en una explosión ensordecedora y cesó con la misma brusquedad con que había comenzado. Los hombres, el ejército de Mitrídates, la mayor fuerza terrestre de Asia, retrocedieron atemorizados. Padre había invocado al dios y el dios estaba escuchando. Los sacerdotes, apostados con sus enormes timbales en la cueva abierta en la pared del cañón, estaban haciendo bien su trabajo.

Padre se volvió hacia el enorme altar erigido al filo del precipicio. Trozos de madera seca rodeaban la piedra plana colocada en el centro, sobre la que descansaba el cuerpo descuartizado de un enorme toro blanco que él mismo había sacrificado con un cuchillo de sílex. Desenvainó la espada que llevaba suspendida del costado en todo momento, en la batalla y en las ceremonias, hasta en sus horas de sueño. Muchos de los presentes habían sentido el peso de su hoja plana en la espalda cuando eludían la instrucción, y muchos otros, temiendo justamente eso, habían trabajado duramente para evitarla. Desenvainó la espada y señaló con ella el altar y luego los cielos, pues era un sacrificio a los dioses del Olimpo, no a un simple héroe o una deidad del Averno. Alzó de nuevo su poderosa voz.

—Escúchame, raudo Apolo, dios del arco de plata, arquero infalible, tú que recorres los muros del sacrosanto Olimpo. Oh, arquero distante y certero, cuyas

flechas perforan a los impíos con sus llamas, atiende mi plegaria, recompensa mis obras.

Con una explosión endemoniada que hizo retroceder a los atemorizados soldados de las primeras filas, de la madera del altar brotó una bola de fuego que envolvió el cadáver, la madera y la piedra, produciendo una columna de humo negro. Con los ojos como platos, los hombres murmuraban entre sí su respeto y temor a este soberano, a este rey al que hasta los dioses obedecían. Azufre y salitre sobre una mecha de brea eran las herramientas de Papias para crear ese fenómeno, pero ello no restaba valor al poder de los dioses, pues el azufre y el salitre también eran creaciones divinas, al igual que el propio Papias.

Muy quieto, padre contempló el brillo y el calor de las llamas hasta que el fragor del combustible y el chisporroteo de la carne amainaron y pudo colocarse de nuevo frente a sus hombres. Obedeciendo a una señal, un centenar de oficiales procedió a dar órdenes a las tropas para dividir las rápida y eficientemente en dos mitades y crear una amplia avenida desde el borde del cañón hasta la retaguardia del ejército. Cuando el espacio le satisfizo, padre asintió con la cabeza y alzó de nuevo su espada. Los hombres guardaron silencio en el momento en que su voz tronaba una vez más.

—Terrible Ares, dios de la guerra, tú que destruyes a los hombres, derribas fortificaciones, hueles a sangre: aplasta a tus enemigos con tu espada mortífera. ¡Concédeme una victoria gloriosa!

Por el fondo de la avenida se elevó un ruido sordo. Los hombres retrocedieron instintivamente, ampliando la brecha, hasta reconocer un estruendo de cascos. Cuatro carros falcados, sin aurigas pero perfectamente alineados, irrumpieron velozmente en la avenida, tirado cada uno por cuatro corceles blancos con los ojos desorbitados y las lenguas colgando a causa del esfuerzo. Las cuchillas giraban creando una masa transparente, acercándose peligrosamente a los hombres, que se encogían cuando los carros pasaban por su lado, en parejas, directos hacia padre. El trueno, la explosión, los caballos, todo salía en el sueño que había tenido desde niño, la terrible visión del rostro de padre nublado por el humo y el fragor de la batalla, el gentío impidiéndome acudir en su ayuda. Sacudí la cabeza para apartar la imagen y volví a mirarle.

Intrépido, sin mover un músculo, padre observaba la aproximación de los carros, dos por la izquierda, dos por la derecha. En el último momento levantaría los brazos y los caballos se detendrían, demostrando así que hasta las bestias y las máquinas de guerra estaban bajo su dominio. Los caballos se hallaban cada vez más cerca y los hombres contuvieron la respiración, pero padre seguía inmóvil, impassible, contemplando a las bestias y su carga letal.

Los truenos sonaron de nuevo, pero los caballos no se detuvieron. En lugar de eso, ganaron ímpetu y rodearon a padre, pasándole las cuchillas a tan solo unos palmos. Sin vacilar un solo instante, los dos carros en cabeza se lanzaron por el

barranco junto con sus caballos, seguidos de los otros dos. Los truenos alcanzaron un terrible clímax y luego callaron. No se oía nada —ni gritos, ni relinchos— y el ruido producido por la colisión de los carros contra el fondo del desfiladero era demasiado distante para llegar a nuestros oídos, o quizá los carros nunca chocaron y se alejaron volando para ser recibidos por Ares, el dios de la guerra, en cuya ofrenda se habían convertido. El silencio era sobrecogedor. Cien mil hombres paralizados tenían la mirada clavada en el hombre que se había convertido en dios delante de sus ojos. El hombre a quien el veneno no afectaba, a quien Sila temía matar, a quien hasta los dioses se apresuraban a obedecer. Su rey, mi padre.

El rey contempló a sus tropas, los cien mil elegidos que durante los últimos meses había adiestrado y armado personalmente, mientras absorbía su silencio. Su tenue sonrisa se amplió hasta una mueca socarrona en un rostro que empezaba a envejecer pero que todavía conservaba su belleza y perfección. Alzó la espada y su voz resonó como una campana sobre las cabezas de los soldados y el cañón que se extendía a su espalda, con el zumbido tenue de los truenos como único ruido de fondo.

—¡Escuchadme, bueyes de dos patas, bestias de carga que trabajáis bajo el látigo romano! —gritó a los soldados—. ¡Escuchadme bien, esclavos y chacales! ¿No nacisteis de las entrañas de una mujer, al igual que los romanos, al igual que los reyes?

Un murmullo quedo, un trasfondo de entusiasmo, se elevó entre los hombres. La voz de padre viajaba, alta y autoritaria, mientras las tropas se iban concentrando.

—¿Acaso vuestros enemigos no comen como vosotros, sangran como vosotros, mueren como vosotros? —bramó, y los hombres empezaron a golpear rítmicamente sus escudos en señal de aprobación.

—¡Los antiguos dioses han hablado! —gritó—. Vosotros, que habéis venido de cien naciones, habéis sido agrupados en un único ejército, del mismo modo que vuestras cien naciones serán pronto agrupadas en una única nación, un único imperio. Crearemos un imperio helénico comparable o superior a la gloria de las grandes conquistas de Alejandro. Dentro de vosotros corre la sangre de antiguos héroes y guerreros, dentro de vosotros late la sangre de reyes. ¡Ese lazo de sangre, ese glorioso destino, no nos puede ser negado!

»Uníos a mí en esta campaña santa y ganaos la gloria, una gloria de la que no solo gozaréis en vida, sino después de muertos, honrándoos en la posteridad. Es la gloria y el honor, no el oro o el rebaño, lo que os convertirá en héroes, y en héroes os convertiréis y vuestro espíritu recibirá ofrendas y libaciones para que nunca vaguéis hambrientos y desolados por las oscuras cavernas del Averno, como hacen los simples mortales y los impíos romanos. Vosotros, héroes, beberéis de las copas más hondas, montaréis los mejores corceles fantasmas, haréis germinar los campos, cabrahigaréis las higueras plantadas por vuestros descendientes. ¡Los dioses están con

nosotros! Demostraremos a los romanos que somos nosotros los destinados a gobernar, nosotros los que ya no podemos ser dirigidos como ovejas. Combatiremos y nos defenderemos, mataremos o moriremos. ¡Todos seremos reyes!

Cuando los truenos ganaron fuerza, también lo hizo el murmullo entre los hombres, que comprendieron que en todo esto, en los truenos y el fuego, los caballos y las cuchillas, habían presenciado algo grande. La voz de padre se elevó una vez más, apenas audible ahora en medio del clamor.

—¡Muerte a Murena!

—¡Muerte a Murena! —resonó el grito, pero esta vez supe que no era el eco del cañón, sino las voces de los soldados.

—¡Muerte a Roma!

—¡Muerte a Roma! —rugieron cien mil voces, repitiendo la consigna cada vez con más fuerza, y al ver en sus caras el fervor, el entusiasmo y la lealtad absoluta, el amor (¡sí, amor!) y la adoración por su soberano, supe que creían, que cualquier duda que el ejército hubiera podido abrigar desde las derrotas sufridas a manos de Sila se habían disipado. Un nuevo ejército acababa de nacer, un nuevo rey, un nuevo Ponto (¡una nueva Grecia!) y tan solo las tres legiones romanas de Murena se interponían entre padre y la inmortalidad. Contemplé de nuevo los rostros de los soldados y supe que me hallaba entre vencedores.

Roma había iniciado su segunda guerra contra Mitrídates, pero este le pondría fin o pondría fin a su reino en el proceso. Fuera cual fuera el resultado, Murena, ese chacal, era hombre muerto.



III

COMO ERA DE ESPERAR, Murena no tuvo suficiente con sus dos primeras incursiones en el Ponto y decidió llevar a cabo una tercera, esta vez sobre Sínope, la capital pónica, para asegurarse un lugar entre los héroes y el triunfo en Roma que tanto ansiaba. Sin molestarse apenas en ocultar sus intenciones, marchó con sus legiones, a plena luz del día, por los caminos más transitados del interior asiático, y en cuanto penetró en territorio pónico procedió a saquear ciudades y matar a civiles. Los encolerizados señores de las tierras altas estuvieron a punto de amotinarse cuando padre retiró su ejército para desplegarlo dentro de los muros de Sínope. Lo interpretaron como un acto de cobardía, como el deseo del rey de proteger sus bienes personales a costa de su pueblo, pero las intenciones de padre eran muy diferentes.

Cuando arribó la noticia de la tercera incursión de Murena, padre ordenó a Gordios, veterano comandante de caballería, que partiera con cinco mil soldados de caballería pesada para rodear a las legiones romanas por detrás. Eso suponía un largo trayecto por varios puertos de montaña.

—Observa detenidamente a Gordios —me dijo padre antes de mi partida con el escuadrón—. Es un buen soldado y un buen comandante. Sus hombres son brutos, pero sabe controlarlos. Aprenderás mucho de él.

De hecho, aprendí mucho más de lo que esperaba. A los tres días de nuestra partida, Gordios cayó del caballo en un terreno rocoso y aterrizó pesadamente sobre un hombro. La clavícula se le partió como un junco, atravesándole la piel, y mientras se retorció de dolor, la punta recortada del hueso le horadó la vena yugular y en pocos instantes se desangró hasta morir. Nuestro ejército se había quedado sin comandante. Regresar a Sínope para recibir nuevas órdenes suponía perder un tiempo demasiado valioso. Tenía que tomar una decisión, aun sin saber si padre la aprobaría.

—¡Hombres! —grité cuando los capitanes de Gordios me rodearon, conmocionados—. El rey me nombró segundo comandante. Ahora que el general Gordios ha muerto, asumiré el mando. No tenemos tiempo que perder. Enterrad el cuerpo para evitar el humo del holocausto y pongámonos en marcha.

Los hombres se quedaron donde estaban y respondieron a mi orden con murmullos de desacuerdo. No era del todo cierto que padre me hubiese nombrado segundo comandante. Con las prisas de la partida, nada se había acordado sobre qué hacer si el general fallecía, y los hombres lo sospechaban.

—Solo tiene veintitrés años —declaró un exiliado romano de pelo entrecano—. Nunca ha presenciado una batalla.

Miré fijamente al exiliado, en quien reconocí a un tribuno de la caballería romana llamado Marcelo, hombre de naturaleza tranquila que, no obstante, dada su competencia y seguridad en sí mismo, gozaba del respeto incuestionable de sus compañeros. Dirigía eficazmente una cohorte de jinetes póntricos y no había duda de que, antes del destierro, también había estado al mando de tropas romanas. Sus palabras de desacuerdo, con todo, constituían un claro desafío a mi persona. Noté un nudo en el estómago pero me esforcé por ocultar mi miedo. Todos los ojos estaban puestos en mí, todos los hombres estaban evaluando mi reacción. Era un momento clave que no podía dejar escapar. Me enderecé, exhibiendo toda mi estatura, la cual, como hijo de Mitrídates, no era nada desdeñable.

—He presenciado todas las batallas que mi padre ha librado en los últimos quince años, tribuno —respondí en voz alta, con la mirada clavada en el romano—. Maté a mi primer enemigo en Queronea. ¿Hay algún hombre aquí que pueda decir eso mismo? ¿Hay algún hombre aquí que sobreviviera siquiera a la batalla de Queronea?

Se hizo el silencio.

—¿Hay algún hombre aquí que se haya criado desde niño en campamentos militares, que haya tenido como juguetes los marcadores de los mapas de los campos de batalla y como leche materna el vino agrio de un odre?

Los hombres evitaron mi severa mirada.

—No os obligaré a seguirme —proseguí con voz serena, fijando la vista en Marcelo. Los soldados se inclinaron hacia delante para escuchar más atentamente—. Tal vez entre vosotros haya hombres más experimentados y capaces que yo. Si es así, que parta ahora mismo a Sínope para obtener el nombramiento del rey. Ignoro si será recompensado o ejecutado por no aceptar mi autoridad, pero es un riesgo que tendrá que correr, yo, por mi parte, seguiré adelante con nuestra misión y ese será mi riesgo. Quienes estén conmigo, que se preparen para partir.

—Es joven pero también príncipe, hijo del mismísimo rey —dijo un hombre.

—No reclamo el mando por mi linaje —respondí secamente, apagando su entusiasmo—. No pienso mandar sobre vuestras vidas y vuestras familias como haría un príncipe. Seguidme libremente, como seguíais a Gordios, o regresad a Sínope para explicar al rey por qué os negasteis a continuar.

Dicho esto, hasta el tribuno Marcelo asintió bruscamente con la cabeza y subió a su caballo. No hubo más objeciones.

Después de una semana de difícil cabalgada, casi siempre de noche, por los vagos senderos de las montañas que solo los jinetes póntricos del interior podían distinguir a la luz de la luna, dimos alcance a la retaguardia romana en el momento en que emergía de los severos montes Trocmes y se preparaba para cruzar el caudaloso

Halis. Sabíamos que, conseguido eso, las legiones tendrían vía libre para descender por el valle de la margen izquierda, cruzar las llanuras de Paflagonia y ascender hasta las mismísimas puertas de Sínope. Nuestra misión era entretenerlas y demorar su avance el máximo de tiempo posible.

Mis jinetes pónticos eran maestros en ese campo. Las órdenes, para ellos, estaban de más, y a partir de ese momento fueron ellos los que me guiaron y no al revés. Nacidos y criados para el combate a caballo, descendieron por las pronunciadas paredes del desfiladero iluminadas por la luna dividiéndose espontáneamente en pelotones de treinta jinetes que rodearon el campamento, alejado del ejército principal de Murena por varias millas. Irrumpiendo entre los adormecidos legionarios, dimos muerte a cuantos hombres encontramos, perseguimos a los que huían al bosque e incluso desmontamos de nuestras monturas para dar caza a los que echaban a correr por los desfiladeros o intentaban trepar las paredes de pizarra. En un abrir y cerrar de ojos habían muerto quinientos legionarios sin conocer siquiera la identidad de la caballería fantasma que, en plena noche, los había sorprendido por detrás.

Nuestra misión, sin embargo, no había concluido. Por la mañana, nuestros exploradores se acercaron furtivamente al contingente principal de Murena y prendieron fuego a los bosques que se extendían a sus espaldas, confinándolo de ese modo a la pedregosa orilla del río mientras, detrás de ellos, las llamas ardían furiosamente. La táctica impidió a los romanos obtener madera para construir el puente y los obligó a enviar río arriba cuadrillas armadas de taladores para conseguir el material, que luego tenían que transportar corriente abajo en forma de balsas. Eso supuso un retraso de varios días y exigió el esfuerzo de centenares de hombres, y mientras los romanos construían el puente, yo enviaba bandas de jinetes para hostigar a las columnas de abastecimiento romanas que llegaban diariamente por tierra desde Cilicia. El truco para ganar una guerra de pequeña escala con un contingente reducido, descubrí, era luchar únicamente de noche, cuando las tropas romanas se sentían más vulnerables en medio de un territorio desconocido, y prometer a mis hombres que podían quedarse con todo lo que capturaran. Durante esas semanas que estuvimos rondando las crestas y cordilleras por encima del ejército de Murena y las rutas de abastecimiento, disfrutamos de las provisiones y los alimentos destinados a tres legiones romanas.

Aunque exasperado al principio por tales contratiempos, Murena reforzó la retaguardia y, finalmente, optó por no prestarnos atención, pues sus exploradores le habían informado de que el tamaño de nuestro contingente era una tercio del suyo.

—Para él no sois más que una mosca en el culo —espetó despectivamente un prisionero romano cuando le interrogué—. Solo habéis conseguido retrasar unos días la destrucción de vuestro patético reino.

Reí y ordené la liberación del prisionero por su coraje. «Unos días». Cuanto necesitábamos.

Cuando padre recibió la noticia, a través de mensajeros y señales de humo, de que habíamos logrado nuestro objetivo, puso manos a la obra y partió de Sínope con cincuenta mil soldados que aguardaban impacientes la oportunidad de combatir. Un ejército romano bien entrenado tarda cinco días en recorrer, a marcha forzada, ochocientos estadios. Los hombres de padre solo tardaron tres, y la noche del tercer día, cuando llegaron al río Halis, estaban ansiosos por entablar combate.

Padre estacionó su ejército en un bosque frondoso, detrás de una cadena de montañas de baja altura, invisible para los romanos acampados al otro lado del río. Dos días antes, mis hombres y yo habíamos sido informados de su inminente llegada mediante cautas señales de humo y habíamos detenido el hostigamiento de nuestra caballería, permitiendo a los romanos proseguir con la construcción del puente, que terminaron la mañana siguiente a la llegada de padre. El toque de las cornetas romanas despertaron antes del alba a los pónticos de ambos lados —mi caballería, apostada en lo alto de la garganta del río, y la infantería de padre, estacionada en las estribaciones de la margen opuesta— y en menos de una hora la primera columna de legionarios ya había cruzado la corriente sin contratiempos y formado una cabeza de puente para proteger el cruce de las demás tropas y provisiones.

Ocultos tras una estribación situada no más lejos de lo que tardaría un caballo al galope en quedarse sin aliento, los cincuenta mil hombres de padre observaban con impaciencia cómo una cohorte tras otra cruzaban cautelosamente el puente. La caballería y yo permanecíamos inmóviles en lo alto del cañón, con el sol reflejándose en nuestros escudos y armaduras, observando igualmente la operación. Padre, sin embargo, esperó a que la mitad de las legiones hubieran cruzado el río y el propio Murena se dispusiera a atravesarlo para dar finalmente la señal de atacar. Desde donde estábamos gozábamos de una vista de la batalla únicamente permitida, por lo general, a los buitres merodeadores.

El caos entre las legiones fue instantáneo. Los romanos habían desplegado sus principales defensas y arqueros en la dirección equivocada, ante nosotros. El violento ataque de la infantería pesada del rey los pilló totalmente desprevenidos. Con un fragor de tambores que lanzó atronadoras ondas contra las rocosas escarpaduras, cincuenta mil hombres se abalanzaron ordenadamente sobre las legiones, donde tan solo medio ejército de Murena defendía la cabeza de puente. Entretanto, el resto de las legiones corrían a abandonar su posición de retaguardia y cruzar el río para ayudar a las tropas de la vanguardia.

Tras invertir rápidamente su posición, los romanos descubrieron, atónitos, que estaban rodeados por un ejército pónico de columnas organizadas en centurias y cohortes, al estilo romano, hábilmente desplegadas en un semicírculo frente al río. No

tenían otra escapatoria que las agitadas aguas a sus espaldas.

Los romanos lucharon valientemente, aunque poco podían hacer frente a las fuerzas abrumadoras de padre. Su principal problema, no obstante, era la ausencia de un jefe, pues Murena, su general, estaba atrapado en medio del puente porque las tropas que tenía delante se resistían a adentrarse en el caos que reinaba en la otra orilla. Tampoco podía retroceder, pues en ese momento di la señal de atacar y mis soldados, lanzando sus gritos tribales de guerra, descendieron por las resbaladizas paredes del cañón para arremeter contra las columnas de provisiones y los soldados de la retaguardia que aguardaban para cruzar el río.

La carnicería fue indescriptible. Los romanos afrontaron con firmeza nuestra ofensiva, pero su posición era desesperada. Nada podía detener la carga mortífera de nuestros jinetes por la retaguardia, y tampoco el avance ordenado pero vehemente de los cincuenta mil soldados de infantería de padre hacia la vanguardia. Nuestros hombres arrollaban sistemáticamente a los desesperados romanos, a los que mataban o bien empujaban, con armadura y todo, a la corriente. Cuando las fuerzas de padre y las mías se encontraron en mitad del puente y empezaron a darse palmadas de felicitación, ni un solo romano de los quince mil que habían despertado esa mañana con el toque de corneta permanecía con vida.

Después de la matanza, mientras los hombres amontonaban las armas y corazas enemigas para su reparto, el tribuno Marcelo se acercó a lomos de su caballo. Me miró en silencio y yo, fingiendo no verle, seguí dirigiendo las labores de limpieza del campo de batalla. Finalmente, habló.

—Señor —dijo en su tosco latín de campamento—, soy lo bastante hombre para reconocer cuándo me he equivocado. En la batalla de hoy has demostrado tus dotes de mando. Te pido disculpas por haber dudado de ti.

Contemplé durante un rato la orilla pedregosa, sembrada de miles de cadáveres romanos. Perros y jabalíes habían empezado a emerger de la maleza para hurgar en los cuerpos y reclamar su parte del botín. Grité la orden de amontonar los cadáveres en una fosa común para incinerarlos. Era una cuestión de honor; ni siquiera los romanos merecen ser devorados por los jabalíes. Luego me volví hacia Marcelo.

—Tus dudas eran comprensibles, tribuno, y tu prudencia, loable. De haber estado en tu lugar, yo habría formulado las mismas preguntas. Confío, sin embargo, en que no habrá más dudas sobre mí en el futuro. Podría interpretarlas como deslealtad, algo que no estoy dispuesto a tolerar.

—No habrá más dudas, señor —respondió Marcelo.

El tribuno giró con su caballo y partió a dirigir personalmente la operación de limpieza.

—Ya eres mayor de edad —dijo una voz profunda. Me volví y encontré a padre sentado sobre su caballo. Había escuchado mi conversación con Marcelo—. Ahora

diriges una unidad al completo de caballería pónica, con tribunos romanos veteranos —prosiguió. Sus palabras eran desenfadadas, pero no su rostro. Sus ojos, de hecho, echaban fuego.

—Alejandro era más joven que yo cuando dirigió un ejército entero —respondí.

Padre no sonrió.

—Y como un comandante sensato debería hacer —dijo—, has exigido lealtad absoluta a tus subordinados. Has recibido de ellos obediencia y, a juzgar por el botín que llevan en sus bolsas, los has recompensado con creces.

—Así es.

—¿Y cuál debería ser tu recompensa por asumir el mando sin mi autorización?

Su tono sarcástico me enfureció.

—La muerte de Gordios fue trágica, pero alguien tenía que dirigir la unidad. No había tiempo para esperar tus órdenes.

Padre se golpeó el muslo con el puño, sobresaltando al caballo.

—Algunos llamarían rebelión a lo que hiciste —replicó con el rostro tenso.

—¡Rebelión! —estallé—. ¡Salvé tu plan y tu ataque salvó al Ponto! ¿Me acusas de rebelión?

—No te acuso de nada —contestó, controlando el tono—. De hecho, te felicito, pues hiciste precisamente lo que yo habría hecho en tu lugar.

Asentí con la cabeza y me dispuse a partir cuando padre agarró mis riendas y tiró de mi caballo hasta pegarlo al suyo. Al partir antes de que él me hubiese despedido, le había tratado como a un igual. Grave error.

—Farnaces —prosiguió con voz queda y severidad en la mirada—. Confío en que estuvieras pensando en lo que era mejor para tu rey cuando asumiste el mando de la caballería. También yo exijo lealtad y obediencia absolutas a mis subordinados, y escucha bien esto: no hago excepciones. —Me miró fijamente con sus ojos grises e inescrutables y luego se alejó. Enfadado y agitado, le seguí con la mirada.

La historia, según dicen, la escriben los vencedores; por eso los historiadores romanos tienen poco que decir sobre la destrucción del ejército de Murena en la batalla del Halis. Pues de los quince mil soldados romanos que habían partido de Cilicia para su tercera incursión en el interior pónico, solo Murena llegó, aturdido y medio muerto, a Frigia varias semanas después. Había sobrevivido arrancándose la armadura, lanzándose al agua desde el puente y nadando varios estadios río abajo. Mediante la manipulación de ciertos hechos, consiguió incluso un triunfo en Roma, basado en el éxito de sus anteriores asaltos.

Lo que demuestra que una gran derrota puede ser tan efectiva como una victoria a la hora de obtener alabanzas, siempre y cuando no hayan sobrevivido testigos para contar la verdad.



DEL TODO A LA NADA

Ya no hay honor, la lealtad es débil y pálida.
El pecado prevalece sobre la virtud, la anarquía sobre la ley,
y perdida está la causa común de los mortales
de disuadir a los dioses de que los alcancen con su celo.

EURÍPIDES



I

A LOS CINCUENTA Y OCHO AÑOS DE EDAD, la mayoría de los hombres privilegiados, si no han muerto, llevan largo tiempo retirados, dedicándose a atender sus fincas y recoger copiosas cosechas de uvas y nietos. Padre no pertenecía ni a un caso ni a otro. De no ser por los documentos que daban fe de sus treinta y siete años como soberano del Ponto, cualquier persona habría pensado que tenía dos décadas menos, que había descubierto la fuente de la eterna juventud. Lejos de perder estatura, de encorvarse y anquilosarse con los años, padre mantenía la espalda tan recta como un soldado. Los músculos conservaban toda su firmeza, al igual que los hombros y la espalda su fuerza y empaque. Lucía la melena castaña de siempre, y ni siquiera los luchadores profesionales itinerantes le superaban en rapidez y agilidad. Su dominio del caballo y el arco seguía siendo legendario y como orador no tenía rival: era capaz tanto de debatir conceptos sutiles de filosofía como de arengar a los soldados en el campo de batalla, y no digamos de contar chistes picantes en todas las lenguas de Asia, que era donde realmente uno ponía a prueba su fluidez en un idioma. Tan solo sus manos indicaban que era humano y no divino, pues no eran las manos de un dios, y tampoco de un rey, sino de un soldado corriente, con los nudillos cubiertos de cicatrices de cortes y rozaduras, las palmas ásperas y duras como el roble curado de manejar armas y herramientas, llenas de callos, con mugre incrustada en las grietas, imposible de extraer. Sus manos formaban un mapa de los viajes, las victorias y las pérdidas vividas.

Padre era un hombre eternamente joven, inmortal por efecto de los antídotos de Papias. También el herborista se mantenía fuerte y dinámico, con ciento cinco años de edad perpetuos, o eso me parecía a mí, pero vivaz como un hombre muchas décadas menor. Se tomaba sus responsabilidades con la misma seriedad que el poder de dar la vida o la muerte que tenían sus manos, con la misma seriedad con que yo ocupaba mi cargo, que se había ampliado súbita y enormemente, pues padre me había ascendido, pese a mi corta edad, a general de campo en reconocimiento a mi actuación, cinco años atrás, en la batalla del río Halis. Actualmente dirigía toda la caballería pónica, la fuerza más poderosa del ejército.

En ese quincuagésimo octavo año de vida de padre también el reino vivía prósperamente después de su segunda guerra con Roma. Se había recuperado el botín robado por Murena y ratificado las condiciones originales del tratado de Dárdano,

esta vez formalizado por el Senado romano. Mi hermanastro, el príncipe Makarios, estaba dando muestras de ser un soberano competente, aunque poco belicoso, en el lejano reino del Bósforo, y las flotas piratas, aunque semiindependientes, todavía obedecían las órdenes de Padre con el rigor suficiente para que todos las viéramos como su armada privada. Controlaban no solo el Helesponto y el Bósforo, sino todo el Mediterráneo, desde Hispania hasta Siria. Ni un solo barco podía pasar, ni un solo senador romano podía viajar, sin que la noticia llegara a algún comandante de escuadra a través de banderas de señales o torres de vigilancia, y este diera la orden de hundir y saquear o de no interceptar. Los dominios de Roma eran extensos, pero si uno tenía en cuenta el control que padre ejercía en los mares, su imperio era aún mayor.

El situación de Roma era incierta, pues todavía se desconocían las consecuencias reales de las Guerras Sociales, y como nunca se había vengado de la Noche de Vísperas, su recuerdo seguía siendo en el Senado fuente constante de indignación y petición de represalias. De hecho, todos los problemas que acosaban a Roma en cualquiera de sus dominios eran atribuidos a Mitrídates. ¿Los tracios se habían rebelado en el Alto Danubio? Seguro que estaban a sueldo de Mitrídates, gritaban los senadores, exigiendo la sangre de padre. ¿Escaseaba el grano en Egipto? No había duda de que los piratas de Mitrídates habían desviado la mercancía, y los alborotadores gritaban el nombre de padre. Detrás de cada revés veían una maniobra pónica. Para Roma, padre era un castigo, un demonio tanto para niños como para adultos, una amenaza invisible cuyos asesinos y venenos estaban en todas partes pero era imposible apresarlos. Mitrídates constituía una amenaza para la autoridad de Roma, de hecho para su propia existencia. La sola mención de su nombre podía provocar un alboroto en toda la ciudad. La mayoría de las acusaciones eran descaradamente falsas, mas algunas poseían fundamento suficiente para hacer creíble el resto. Padre estaba encantado con su papel.

Así y todo, había nubes en el horizonte, pues ese quincuagésimo octavo año no fue un año tranquilo. Ese año sucedió algo que iba marcar el resto de la vida de padre, de hecho, el resto de la existencia del Ponto.

Ese invierno falleció un hombre que había sido durante mucho tiempo una espina para padre, el rey Nicomedes de Bitinia. Normalmente, la muerte de un enemigo debería ser causa de celebración, y la noticia, de hecho, llenó de alegría a padre, pero la satisfacción le duró poco. Nicomedes, perdida la esperanza de que su endeble país conservara la independencia, decidió en su lecho de muerte no legar su reino a sus disolutos hijos. Su última medida como rey antes de pasar a mejor vida fue ceder todo su reino a Roma.

Las implicaciones eran enormes. Una flota romana con base en Heraclea, el principal puerto bitinio del Ponto Euxino, sería capaz de amenazar a las valiosas rutas

marítimas del Helesponto controladas actualmente por el Ponto. Eso permitiría a Roma navegar sin restricciones entre el Ponto Euxino y el Mediterráneo, con fines tanto comerciales como militares, y expondría todo nuestro territorio del norte a la expansión romana. Las legiones romanas acuarteladas en Bitinia gozarían de fácil acceso al Ponto por su llano litoral, amenazando de ese modo el rico corazón de nuestro reino, que llevaba décadas sin sufrir un solo saqueo. Gracias a Nicomedes, no tardaríamos en tener a los romanos en nuestras fronteras.

Era preciso reconquistar Bitinia antes de la llegada de la flota romana o toda esperanza de crear un imperio se esfumaría.

Se trataba de una medida desesperada. Si ganábamos, únicamente obtendríamos Bitinia, un reino que padre ya había conquistado en el pasado y del que sabía que quedaba poco que saquear. Pero si perdíamos, ya no habría esperanzas de regresar al tratado de Dárdano o de obtener otro similar. El Senado romano no descansaría hasta conseguir la destrucción total del Ponto y la cabeza de padre. El riesgo era grande, los beneficios potenciales escasos, pero cualquier cosa era preferible a aguardar a que los romanos tomaran posesión de su nuevo territorio y, seguidamente, invadieran el Ponto.

Padre pasó el invierno preparando a su ejército. Reclutó otros dieciséis mil soldados de caballería de los clanes persas del interior, capaces, cada uno de ellos, de combatir contra diez de los torpes mercenarios montados que los romanos utilizaban en los combates. Los exiliados romanos adiestraron a ciento cuarenta mil soldados de infantería para luchar en las manejables formaciones que convertían a las legiones romanas en armas tan formidables. Además, padre tenía docenas de tribus aliadas que le proporcionaban constructores de caminos, porteadores, cantineros, herreros, reparadores y demás hombres que requería un ejército. Para suavizar el impacto que la ausencia temporal de estos individuos sanos producía en las tierras de las tribus, padre repartió dos millones de *medimni* de trigo —cantidad ciertamente asombrosa—, procedentes de los almacenes reales de Sínope, entre las ciudades del litoral.

Mario y su legión romana formaban todavía el núcleo central del vasto ejército, y padre incluso trasladó cien carros falcados al Campo de Ares para que entrenaran y levantaran la moral de los hombres con el zumbido aterrador de sus cuchillas, si bien se negó a utilizarlos en la batalla. Esa primavera, el ejército se adentró en las montañas para ampliar su adiestramiento y ofrecer otro sacrificio a Zeus Stratios, jefe de los Ejércitos.



II

EL EJÉRCITO MARCHÓ hacia el sur y el oeste a lo largo de la costa y cruzó la frontera de Bitina sin tropezar siquiera con una pandilla de golfillos que les lanzaran piedras, y aún menos un ejército romano. Paralela al litoral, la flota pirata seguía nuestro progreso con una flota de navíos rápidos que entraban y salían de la armada, manteniendo la comunicación con Sínope, el príncipe Makarios al norte y las guarniciones costeras. El día previo a nuestra llegada a Heraclea, la guarnición y los ciudadanos influyentes abandonaron la ciudad y los barcos de guerra romanos que habían sido enviados para tomar el arsenal naval bitinio huyeron hasta la ciudad fortificada de Calcedonia, situada en el Bósforo. Aunque el puerto calcedonio no era tan extenso como el excelente puerto de Heraclea, permitía a los romanos bloquear el paso entre el Ponto Euxino y el Mediterráneo. Tras dejar que las tropas saquearan Heraclea, proseguimos la marcha.

El siguiente objetivo era Nicomedia, la capital bitinia, que aunque guarnecida por romanos, apenas opuso resistencia. Nuestras tropas estuvieron a punto de tropezar con las fuerzas romanas, pues el procónsul romano, Cayo Aurelio Cotta, se había quedado hasta el último momento tratando de organizar una retirada ordenada. Consiguió atravesar nuestras líneas justo antes de que cercáramos la ciudad. Como en el caso de Heraclea, todos los ciudadanos influyentes habían huido a Calcedonia dejando atrás las riquezas de la capital, entre ellas el tesoro del último rey, tesoro que, para nuestra gran sorpresa, era enorme. Probablemente el viejo Nicomedes se había pasado décadas acumulándolo en secreto mientras aseguraba hallarse en la más absoluta pobreza cuando sus señores romanos le interrogaban. Gracias a los saqueos, los fondos de padre se multiplicaron en cuestión de semanas a pesar de no haber entablado aún combate.

Nuestro objetivo estaba ahora claro. Todos los caminos conducían a Calcedonia.

Cuando, días más tarde, llegamos a los alrededores de Calcedonia, instalamos el cuartel general en lo alto de una elevada colina situada en el lado este, con vistas a las murallas de la ciudad y a todo el estrecho del Bósforo, con la Propóntide al sur y, al norte, el Ponto Euxino. La flota romana, dirigida por el comandante Nudo, abarrotaba el interior del puerto, pero capturar los barcos desde el mar no iba a ser tarea fácil. Los romanos habían colocado una gruesa cadena de bronce a lo largo del angosto acceso al puerto para impedir la entrada de la flota pónica, y habían instalado balistas

sobre las empinadas colinas que se elevaban por los tres lados, cuyo alcance de tiro podía abarcar todo el puerto en el caso de que nuestros marinos lograran cortar la cadena. Los trescientos barcos de guerra pόνticos, anclados fuera del alcance de las balistas, observaban detenidamente las señales de fuego que les informaban de nuestras maniobras en lo alto de la colina. Sus marinos y su artillería estaban preparados.

Desplegamos el ejército pόνtico al completo en una sorprendente demostración de opulencia y poder. Los aristócratas de la poderosa caballería de las montañas hacían cabriolas con sus sementales y exhibían sus labradas armaduras y los soldados de infantería admiraban y lanzaban ovaciones a los carros falcados que habían acompañado al ejército.

—Primero les ofreceremos un espectáculo —dijo padre a sus generales mientras observábamos la ciudad, situada a dieciséis estadios de distancia—. Cotta dispone de pocos soldados romanos, únicamente las guarniciones de Heraclea y Calcedonia. El resto de sus hombres son ciudadanos de Cízico, la mayoría artesanos y zapateros. Metedles el miedo en el cuerpo y Calcedonia caerá como un pato herido.

Asentimos con la cabeza. El plan ya estaba funcionando a la perfección. Apenas habíamos finalizado nuestra conversación cuando las puertas de la ciudad se abrieron y Cotta salió acompañado de un oficial romano ataviado con su uniforme de gala. Los seguía una pequeña guardia armada.

—¿Quién es el oficial que acompaña a Cotta? —pregunté.

—Debe de ser el almirante Nudus —respondió padre.

Reí entre dientes.

—¿Bromeas? ¿Tan faltos están los romanos de apellidos que tienen que recurrir a «Nudus»? Nos encargaremos de que haga honor a su nombre. Veremos cómo avanza *sin nada* frente a nuestros arqueros.

Padre aplaudió mi juego de palabras.

—¡Ja, de modo que todavía recuerdas tu latín! Apuesto a que ha venido a entregar la ciudad.

Pero muy pocas veces en la historia se ha rendido un ejército romano tan fácilmente. Una retirada táctica, puede, pero nunca una rendición inmediata ante un asedio. Efectivamente, detrás de Nudo y Cotta aparecieron todas las tropas armadas de Calcedonia, incluidos los reclutas de Cízico que se habían incorporado recientemente. Un total de apenas veinte mil hombres, menos de la quinta parte de nuestras fuerzas, pero, al igual que nosotros, ataviados con sus mejores galas. El ejército avanzó pausadamente, apareciendo y desapareciendo entre la miríada de edificios y muros ajardinados de los barrios residenciales, hasta alcanzar el límite de la zona habitada. Nuestros soldados detuvieron sus tareas y hasta sus conversaciones para observar la extraordinaria escena. No podía decirse que los romanos ignoraran el

tamaño de nuestro ejército; nos habíamos pasado medio día desfilando ante sus narices y una masa compacta de soldados cubría las estribaciones. Pero hasta padre abrió los ojos como platos cuando el enemigo se desplegó tranquilamente en formación de combate sobre la amplia llanura que se extendía entre los barrios residenciales y nuestras posiciones.

—Insensatos —farfulló—. Cotta espera repetir el episodio de Queronea, derrotar un ejército que le supera en número. ¡Idiotas! Tengo más romanos entre mis tropas que él en toda la costa asiática.

—No te precipites —le previne—. Tal vez se trate de una artimaña. Ignoramos cuántos soldados podrían estar ocultos dentro de los muros de la ciudad.

—Dices bien —repuso padre—, pero no les daremos tiempo de desplegar refuerzos.

Hizo una señal y de la legión de romanos exiliados que había situado en la vanguardia brotó un grito atronador. Al ritmo de los enormes tambores, las tropas emprendieron su arrogante paso romano, firme e implacable, balanceando hipnóticamente los escudos, siguiendo el ritmo pírrico que todo soldado romano, desde el recluta hasta el tribuno, aprende desde su primer día en la legión. El mensaje de padre era claro: Cotta y Nudo no se enfrentaban a un batiburrillo de reclutas traídos a punta de espada de las tribus hambrientas del interior. Tenían delante un ejército romano, un ejército integrado por romanos y adiestrado por romanos, como el suyo, y sus veinte mil soldados serían aplastados antes de que terminara el día.

Como si quisiera dar a la ofensiva su sello personal, padre dirigió un gesto de cabeza a Cratero, que sonrió, se bajó la visera y gritó a sus aurigas que se pusieran en marcha. Tras rodear velozmente el flanco izquierdo de la legión de exiliados romanos, los carros falcados se desplegaron delante de la vanguardia, serpenteando y creando un maravilloso espectáculo de precisión mientras las centelleantes cuchillas se acercaban a las tropas de Nudo con un zumbido aterrador. Pese a la distancia, pudimos advertir que el frente enemigo empezaba a titubear. La formación se estaba fragmentando a medida que la retaguardia local giraba y retrocedía hacia los muros de la ciudad con un ojo puesto en sus camaradas romanos de la vanguardia para observar su reacción.

Pero padre no había terminado su demostración. Tras emitir un poderoso silbido, cinco mil jinetes situados a ambos lados de las líneas emprendieron el galope hacia la infantería enemiga, que se hallaba ahora a cuatro estadios. Poco a poco fueron alargando su frente hasta sobrepasar los flancos del enemigo, impidiendo de ese modo que los rezagados huyeran y amenazando con envolver al ejército. Ahora hasta la vanguardia de Nudo, formada por romanos, frenó el paso y comenzó a recular hacia su columna original, preparándose para retroceder por donde habían venido con su habitual precisión y dignidad.

Mientras la caballería proseguía su carrera, padre procedió a dar el toque final a su bella exhibición. Arrebatando una antorcha a un ayudante, caminó hasta la torre de señales, subió los doce peldaños con la agilidad de un muchacho y prendió fuego a las ramas amontonadas en la plataforma. De repente, una bola de fuego emergió del ramaje impregnado de nafta y una espesa columna de humo se elevó hacia el cielo.

Instantes después nos llegó un clamor procedente de la flota pirata anclada frente al puerto. La artillería de Neoptólemo entró en acción con sus proyectiles llameantes y el fuego estalló en distintos puntos del interior del puerto, en las naves romanas allí ancladas y en los almacenes y arsenales que bordeaban la costa. Columnas de humo negro como la que teníamos a nuestra espalda brotaban cual setas venenosas en una pila de estiércol. Cuando los soldados de Nudo giraban para regresar a la ciudad, también ellos podían divisar el fuego y la destrucción que assolaba el puerto, de modo que mantener la disciplina se convirtió en una tarea imposible. Los carros falcados, la caballería pónica y un muro de escudos romanos se les estaban echando encima por detrás mientras, delante, su ciudad ardía dentro de sus muros protectores. Con un gruñido de satisfacción, padre bajó de la torre y recuperó su posición en las cercanías, los brazos cruzados delante, sus enormes músculos hinchados y apretados contra el pecho, los bombachos persas ondeando suavemente mientras el humo removido por el viento nos envolvía.

La desbandada había comenzado.

Los carros falcados se precipitaron sobre los romanos que huían. Aunque los aurigas tenían órdenes estrictas de desviarse en el último instante, las tropas de Nudo ignoraban ese detalle. Aterrorizados, los soldados se apretaban contra los camaradas de delante al tiempo que eran embestidos por detrás. Entre sus filas estallaron gritos de pánico cuando los proyectiles de nuestro ejército alcanzaron a los romanos de la vanguardia.

El angosto camino de piedra por el que ahora retrocedían los veinte mil defensores de Calcedonia quedó totalmente taponado. Ante la imposibilidad de avanzar por él, miles de ellos rompieron filas y procedieron a trepar por los muros de los jardines que flanqueaban el camino. Para facilitar su avance, se deshacían de sus corazas y cascos, de sus escudos y hasta de sus espadas, de todo lo que pudiera frenar su huida hacia las murallas de la ciudad que tenían justo delante, pero con muchos obstáculos todavía que salvar. Los romanos saltaban los muros y aterrizaban en las pequeñas terrazas y parcelas privadas, después de lo cual se levantaban a toda prisa y atravesaban desesperadamente las casas y cobertizos hasta el siguiente muro, que volvían a saltar, propinando patadas y empujones a los camaradas de delante que huían igualmente aterrorizados.

Se habían convertido en blanco fácil para nuestros expertos arqueros. Adelanté rápidamente a dos mil de ellos para que dispararan contra los romanos que corrían

enloquecidos por cenadores y huertos. Los armenios, los mejores arqueros del ejército, se colocaron en la linde de la llanura, protegidos por el primer muro de piedra. Los defensores formaban una masa tan compacta que los arqueros ni siquiera se molestaban en apuntar. Solo tenían que colocar la flecha y dirigirla hacia los muros para acertar. Un grupo de arqueros de la Cólquida se había situado algo más lejos para disparar a la multitud que todavía huía por el camino, dibujando arcos elevados con sus flechas, que se precipitaban directamente sobre las cabezas de los romanos, ganando velocidad durante la caída y aumentando su poder letal.

Las tropas de Nudo quedaron reducidas, en pocos instantes, a un sangriento caos. Los cuerpos de los muertos y heridos dificultaban la huida de los compañeros, convirtiéndolos a su vez en víctimas de la mortífera nube de flechas. Nuestra legión romana había recibido la orden de alto, al igual que los carros falcados y la caballería. No tenía sentido desperdiciar sangre pónica cuando el enemigo se estaba autodestruyendo con tanta eficacia.

Nudo se mantuvo valerosamente en la retaguardia de sus fuerzas en retirada, haciendo lo posible por organizarlas pese a la flecha que le sobresalía del hombro. El pánico, sin embargo, se había apoderado de Cotta nada más comenzar el ataque. El procónsul había conseguido de algún modo abrirse paso entre los legionarios que huían y fue uno de los primeros en alcanzar las puertas de la ciudad. Desde nuestro puesto de mando en lo alto de la colina vimos cómo era arrastrado por la corriente de hombres que le seguía. Una vez dentro de los muros, descubrió que igual pánico reinaba entre los habitantes de la ciudad, que estaban siendo atacados desde el mar por nuestra artillería. Los feroces proyectiles de las catapultas y las balistas caían en tal cantidad que los defensores de las murallas abandonaban sus propias máquinas para ponerse a salvo. Mientras los legionarios de Nudo seguían entrando en tropel por las puertas entornadas, Cotta decidió que no podía soportarlo más y, como autoridad suprema, dio la orden de cerrarlas.

Y así se hizo.

Los soldados que quedaron fuera, la mitad del ejército de Calcedonia, protestaron al verse atrapados entre los muros de la ciudad y las fuerzas pónicas que se les venían encima. Gritaron y suplicaron a la guarnición que abriera las puertas, pero Cotta se mantuvo firme. Cuando Nudo y sus oficiales llegaron agitando las cimeras de sus cascos y gritando a los defensores de las murallas que abrieran las puertas, no obtuvieron más respuesta que unas cuerdas lanzadas tímidamente desde las atalayas. Docenas de hombres aterrorizados corrieron hacia ellas, pero la guardia de Nudo los alejó con sus espadas, despejando el lugar para que el general pudiera ser aupado hasta las almenas.

Una vez arriba, no pudo hacer nada salvo contemplar el terrible sino de sus hombres, y nosotros no necesitamos hacer nada para instar a nuestras tropas a poner

fin a la batalla. Tras aguardar pacientemente a que el camino se despejara, nuestra legión de exiliados romanos procedió a avanzar por él en perfecta formación, pasando por encima de los muertos y heridos que los camaradas supervivientes habían dejado abandonados. Los escuadrones de arqueros póntricos proseguían con sus descargas mortíferas. Al llegar a los muros, nuestros hombres encontraron a los defensores de Calcedonia acorralados cual corderos asustados. Casi todos ellos, desprendiéndose de sus armas y corazas, se arrojaban de bruces al suelo en señal de rendición. Los soldados póntricos los levantaban violentamente del pelo o los hombros y los pasaban a las filas póntricas como prisioneros de Mitrídates. Otros, principalmente los romanos de las guarniciones, conservaban sus armas e intentaban defenderse o escapar, pero eran interceptados mientras Nudo y Cotta contemplaban la escena desde arriba. Tres mil soldados de la guarnición romana murieron ante la mirada del procónsul. Los demás cayeron prisioneros.

Mas no terminó ahí la batalla, pues la flota pirata seguía lanzando proyectiles sobre la ciudad. Al mismo tiempo, un equipo de herreros, protegido por nuestros barcos, fue trasladado cautelosamente hasta la cadena del puerto y, tras un trabajo febril, cortó la barrera. Cuando los cabos de la cadena desaparecieron bajo el oleaje, los navíos y trirremes, cargados de soldados, entraron en el fondeadero y lanzaron una lluvia de flechas a los marinos calcedonios, que corrieron a refugiarse bajo las cubiertas o, si estaban amarrados en el muelle, saltaban por encima de las cintas y huía a la ciudad. Así pues, la flota romana traída con tanto esmero desde Heraclea para proteger Calcedonia quedó prácticamente desguarnecida.

Nuestros barcos piratas avanzaron triunfalmente, pero por muy variopintos que fueran los marineros, ante todo eran veteranos y sabían reconocer el valor de las cosas. En lugar de lanzarse a la destrucción y el saqueo iniciados por el ejército de tierra, cada capitán pirata eligió un barco romano y se arrimó para descargar en la cubierta a sus hombres, que bajaron a las bodegas para dar muerte a los enemigos que todavía quedaban escondidos y, a renglón seguido, tomaron los remos y se alejaron tranquilamente del puerto. La suya fue una proeza extraordinaria, una proeza que arrancó de quienes los observábamos desde la colina, incluidos los generales, entusiastas ovaciones cual niños en los asientos baratos de un hipódromo. La armada apresó sesenta barcos de guerra romanos intactos, todos ellos superiores a los nuestros, y destruyó otros seis cuyos defensores se habían resistido con excesiva firmeza. En todo el enfrentamiento perdimos menos de dos docenas de hombres.

Aunque no fue una venganza completa por la derrota de Queronea, sí constituyó una gran victoria para los póntricos, una victoria que demostraba el genio de padre como comandante. Volvía a sumar a sus dominios toda Bitinia y recuperaba la conexión, a través de la Propóntide, del Ponto Euxino con el Mediterráneo. De todos los rincones de Asia y el mundo griego llegaron voluntarios en tropel para

incorporarse a su ejército, como había sucedido años atrás, antes del cerco de Atenas. El camino volvía a estar despejado. Avanzaríamos hacia el sur, hacia las ciudades griegas de Jonia, Pérgamo y Éfeso, y las rutas marítimas clave del Egeo. Después de haber conquistado Bitinia y derrotado a las guarniciones romanas, nada podía detenernos.



III

A LOS POCOS DÍAS de nuestra gran victoria en Calcedonia se nos informó de la llegada de otro ejército romano, esta vez dirigido por Lúculo, el antiguo teniente de Sila. Lúculo había sido elegido cónsul no hacía mucho, lo cual, por lo general, habría constituido razón suficiente para que permaneciera en Roma. No obstante, sus relaciones con Pompeyo, encargado de sofocar la rebelión de Sertorio en Hispania, eran tensas, lo que, unido a ciertos escándalos de alcoba en los que se mencionaba su nombre, le había llevado a creer que una campaña en Asia podía ser lo que necesitaba para limpiar su reputación.

Lúculo llegó a Cilicia poco después de nuestra entrada en Bitinia al mando de cinco legiones romanas que sumaban treinta mil hombres. Si queríamos que nuestro sueño de restablecer el imperio se hiciera realidad, si queríamos, de hecho, conservar la recién conquistada Bitinia, teníamos que plantar cara a este nuevo ejército.

Padre estuvo indeciso durante un tiempo. Ningún comandante experimentado provocaría a la ligera una batalla campal contra legiones romanas, aunque las superara por cinco hombres a uno. Le señalé el hecho de que Lúculo dirigía exactamente el mismo número de hombres que Sila tenía cuando derrotó a nuestro contingente en Queronea. Padre replicó que en aquel entonces había combatido con mercenarios sin formación, bajo el mando del traidor de Arquelao, empleando carros falcados y una falange griega. Ahora teníamos una legión romana completa y soldados pónticos que habían aprendido de los oficiales de Sertorio las tácticas de combate romanas. También disponíamos de una línea de avituallamiento segura con base en Sínope y materias primas en todo el Ponto Euxino, y al igual que Sila en el pasado, Lúculo estaba falto de caballería. Pese a reconocer cada uno de esos puntos, me resistía a aceptar que tuviéramos una victoria clara ante nosotros.

Lúculo, sin embargo, también titubeaba, pues sabía que Mitrídates ya no era el mismo hombre y que su ejército era muy diferente del que había derrotado Sila. Con sus cinco legiones, atravesó pausadamente Frigia hasta la frontera con Bitinia, donde, en un pequeño cruce fluvial llamado Otryae, se encontró con nuestro ejército.

Nosotros habíamos tenido la suerte de llegar antes, de modo que elegimos el campo de batalla y reforzamos nuestras posiciones a la manera romana, detrás de una serie de trincheras rellenas con clavos, palizadas y otras barreras. Lúculo pasó varios días intentando entablar combate, enviando heraldos con mensajes provocadores,

organizando escaramuzas contra nuestras partidas de leñadores, fingiendo incluso una retirada nocturna con la esperanza de tentar a nuestro ejército a saquear el campamento romano mientras sus hombres aguardaban emboscados. Padre, sin embargo, no estaba dispuesto a dejarse provocar. Había aprendido bien la lección y prefirió aguardar detrás de sus defensas, observando detenidamente a su enemigo, analizando sus puntos fuertes y débiles, esperando forzar a Lúculo a dar un paso impaciente o arrogante sobre el que poder abalanzarse.

Finalmente Mario decidió que la espera ya no les aportaba nada bueno y se ofreció a dirigir nuestra legión romana, con el respaldo de la mitad de las tropas auxiliares pónicas, contra el flanco de Lúculo defendido por las dos legiones veteranas. Mario calculaba no solo que su contingente militar era más fuerte, sino que los populares veteranos de Lúculo se negarían a combatir contra exiliados romanos de su propio partido político, y hasta que, quizá, cedieran el campo sin una batalla en toda regla. Padre estuvo de acuerdo. Al día siguiente las puertas de nuestras fortificaciones se abrieron y la legión de Mario, respaldada por sesenta mil soldados pónicos bajo el mando de padre, avanzó hacia el flanco izquierdo del ejército romano.

En un primer momento, la disposición de los pónicos a combatir sorprendió a las tropas de Lúculo, pero la llanura que separaba ambos ejércitos era vasta y tenían tiempo de sobra para desplegarse. Lúculo era un profesional consumado y no hubiera permitido que le pillaran desprevenido, algo que Mario sabía. Se avecinaba una batalla campal, sobre una planicie ancha y llana, idónea tanto para nuestra caballería como para las tácticas de lucha en campo abierto de las legiones romanas. Ganaría el bando más fuerte, y yo no dudaba de cuál era, pues todavía teníamos ochenta mil hombres de reserva dentro de nuestras defensas.

No obstante, justo en el momento en que nuestras cornetas anunciaban el ataque, un ruido ensordecedor, procedente del cielo, desgarró el aire con la fuerza de diez truenos. El estruendo sacudió el cerebro de nuestros hombres y asustó a los caballos. Presas del pánico, ambos ejércitos se arrojaron al suelo, seguros de que era la llegada de los mismísimos dioses, mientras el terrible rugido aumentaba, mezclándose con un aullido cada vez más intenso que parecía provenir de los cielos pero también de los alrededores, cercándonos e impidiéndonos huir. Postrados, los dos ejércitos esperaron el golpe de gracia de los dioses, y hasta padre, que estaba a mi lado, saltó de su caballo, hincó una rodilla en el suelo y se apoyó en las yemas de los dedos, como un velocista a punto de echar a correr, listo para ser derribado o para levantarse y recibir a las deidades.

El propio aire se dividió ante nuestros ojos y un destello cegador, como el propio sol, estalló en medio del cielo. Una bola de fuego atravesó el éter y se estrelló contra el suelo, entre ambos ejércitos, lanzando una lluvia de detritos candentes y partículas

de metal fundido que estuvo acribillándonos durante un largo rato, cubriendo ambos ejércitos con una gruesa capa de polvo y residuos. Los hombres gritaban y los animales aullaban, hasta que finalmente se hizo el silencio, un silencio sobrenatural, roto únicamente por el eco débil de la explosión contra las montañas que lindaban con la llanura. Todos yacían inmóviles, como muertos, cada hombre preguntándose si estaba en el Averno. A nuestro alrededor caía turba y metal caliente, como una nieve letal.

Cuando la lluvia hubo amainado y pudimos mirar en derredor, cuanto vimos fue un enorme cráter de veinte brazos de diámetro abierto en la tierra, justo en medio de los dos ejércitos. Del centro todavía salían penachos de humo. Padre se levantó trabajosamente, constreñido por su armadura, y se abrió paso entre los cuerpos tendidos de sus hombres. Muchos no habían levantado siquiera la vista y yacían cubiertos por una capa de detritos, yo caminaba a su lado, y pronto se unieron a nosotros Mario y otros oficiales. Avanzamos hacia el cráter en silencio, escuchando únicamente el sonido de nuestras sandalias sobre la tierra recién removida.

Algunos oficiales del bando romano hicieron otro tanto, entre ellos un hombre en el que enseguida reconocí a Lúculo. Al rato estábamos todos en el borde del cráter, contemplando el foso, los romanos a un lado, los pόνticos al otro. Nadie pronunció una palabra, nadie lanzó una flecha, nadie arrojó una lanza. Mitrídates y Lúculo, enemigos acérrimos, se hallaban separados por una distancia no superior al salto de un caballo, contemplando una masa de metal fundido, de hierro quizá, todavía candente, que crepitaba al contacto con la humedad de la tierra pero empezaba a enfriarse con rapidez a medida que los detritos la cubrían. Los dos hombres alzaron la vista y sostuvieron una mirada larga y fría, escrutadora, tratando de adivinar si su rival había recibido algún mensaje divino. Finalmente, padre negó lentamente con la cabeza y Lúculo respondió con idéntico gesto.

Los dioses habían hablado y los comandantes habían comprendido. Hoy, en este lugar, en Otryae, no iba a librarse ninguna batalla. Zeus había enviado a ambos bandos una señal, una terrible advertencia, y sería tenida en cuenta. Los dos ejércitos se retirarían. Ninguno de los dos quedaría deshonrado. Ambos respetarían la voluntad de los dioses.

Levantamos el campamento y las defensas, seguros de que el enemigo se abstendría de atacarnos. Los romanos observaban nuestra actividad desde lejos, sin hacer nada por entorpecerla. A renglón seguido, pusimos rumbo a la costa para iniciar el cerco de Cízico, reuniendo provisiones por el camino y prendiendo fuego a los campos que dejábamos atrás.

Lúculo nos seguía a una distancia prudente, irritado por la devastación que encontraba a su paso, procurando alargar las líneas de abastecimiento hasta Cilicia. Doscientos mil hombres se habían encontrado en el campo de batalla. No obstante, ni

una sola flecha había sido arrojada, ni una sola espada desenvainada. Las cuentas seguían pendientes.



IV

CÍZICO DESCANSABA en el extremo de una larga península rodeada de mar por tres lados, con un puerto en la punta protegido por una entrada angosta. Mientras el puerto permaneciera a salvo, la ciudad podría ser abastecida por mar. Por tierra, el acceso a la ciudad se hacía por una estrecha franja de tierra que una fuerza militar reducida podía defender con facilidad. La península descansaba a la sombra de los montes Adrastea, una pequeña cadena de precipicios y afloramientos rocosos que con poco esfuerzo era posible volver inexpugnables contra un ejército invasor. La ciudad, por tanto, gozaba de una serie de barreras que intimidaban hasta al invasor más poderoso: la cadena montañosa, el cuello de embudo de la península y las sólidas murallas de Cízico, defendidas por ciudadanos bien alimentados y armados, respaldados por aliados marítimos.

Teníamos que tomar la ciudad, pues era el único reducto romano que quedaba a lo largo de la Propóntide, el estrecho que separaba el Mediterráneo del Ponto Euxino. El puerto, bajo el control de Roma, podía lanzar ataques de represalia contra los barcos mercantes del Ponto y servir incluso de base para atacar el reino. No obstante, si tomábamos Cízico, el Ponto y nuestros aliados volverían a gozar del control incontestable de esa importante ruta marítima.

El asedio, con todo, no era nuestra única arma contra las defensas de Cízico. Durante algunas semanas, los agentes pónicos se habían dedicado a repartir sobornos por los montes Adrastea, donde los defensores de Cízico habían construido fortificaciones, cavado trincheras y creado líneas de abastecimiento a la ciudad. Cuando nos vieron avanzar con nuestros ciento sesenta mil soldados frescos e ilesos tras el enfrentamiento con Lúculo, la mitad de la avanzadilla de Cízico, diez mil hombres en total, se rindió inmediatamente a mi caballería, tras lo cual les permitimos dispersarse pacíficamente entre las líneas pónicas hasta la campiña, con un estipendio para el camino.

Los demás defensores, desalentados por la desertión de sus camaradas y el vasto tamaño de nuestro ejército, abandonaron rápidamente sus posiciones. Ni siquiera tuvieron tiempo de recular hasta la posición intermedia que habían previsto, las trincheras que cruzaban la estrecha península. La veloz avanzadilla de la caballería pónica ocupó la posición poco antes de que los defensores llegaran y obligó a estos a retroceder precipitadamente hasta la ciudad.

Nuestro ejército avanzó lentamente a lo largo de la península y estableció el cerco bajo los muros de la ciudad, fuera del alcance de los proyectiles enemigos. Entretanto, la armada echó anclas frente al puerto fuertemente defendido, y los barcos de transporte empezaron a desplegarse para abastecer a nuestro ejército por mar. Nos hallábamos prácticamente en la misma situación que habíamos afrontado y superado en Calcedonia unas semanas antes.

Nuestro despliegue, sin embargo, me tenía inquieto. El ejército pónico ocupaba una posición segura en la península, tan solo con un lado que atacar y un lado que defender. Pero los montes Adrastea a nuestra espalda constituían tanto una ventaja como una desventaja. Si no lo protegíamos debidamente de los romanos, nuestro ejército podría verse atrapado en este pequeño espacio sin otra posibilidad de escapar que una difícil retirada por mar.

Padre tomó a broma mi nerviosismo.

—Mario y la legión de exiliados se hallan estacionados en los montes Adrastea, junto con dos legiones de tropas auxiliares. Podrán mantener a raya a Lúculo.

—Mario no tiene ni la mitad de hombres que Lúculo y sus tropas auxiliares están verdes. ¿Cuánto tiempo podrá defender nuestra retaguardia, incluso con la protección de las fortificaciones?

Padre se encogió de hombros.

—El suficiente. No toda la fuerza de un ejército depende del número de soldados. Mario y sus exiliados son populares, al igual que la mitad de las legiones de Lúculo. No lucharán contra un dirigente de su propio partido. ¡Mario es senador! Los populares están alzándose de nuevo en el Senado, y cualquier hombre que luche contra Mario en el campo de batalla estará arrojando su futuro por la borda. La mitad de los hombres de Lúculo desertarán y se unirán a nuestro bando en menos de una semana.

Le miré con escepticismo.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Mario? Todo exiliado cree que su prestigio entre sus antiguos conciudadanos permanece intacto, pero las cosas cambian. Mario lleva muchos años fuera de Roma. La gente se olvida de los exiliados en cuanto estos abandonan el país.

—Si eso fuera cierto —replicó padre—, yo habría sido olvidado muchas veces.

Acepté su razonamiento pero seguí dudando.

—A las legiones les trae sin cuidado la política. Puede que en su momento apoyaran a los populares, pero de eso hace muchos años. Están mayores. Algunos veteranos de Lúculo llevan hasta dos décadas sin ver Roma, y la mayoría finalizará su servicio dentro de un año. Lo único que les preocupa es conservar la vida para poder jubilarse.

Padre sonrió.

—He ahí otra razón por la que no lucharán. Tomarán el camino fácil a la primera oportunidad. Se volverán contra Lúculo en cuanto Mario les dé la orden o, como mínimo, depondrán las armas y permitirán que Mario penetre en sus líneas. Entretanto, nosotros tomaremos Cízico, y cuanto más deprisa mejor. Eso silenciará a los escépticos y hará tambalear su lealtad a Roma. El poder romano se vendrá abajo.

En pocos días padre había reparado y reforzado la trinchera que atravesaba el cuello de la península, erigido elevaciones alrededor de la ciudad para instalar máquinas de guerra y construido un doble malecón que bloqueaba por completo el acceso al puerto e impedía que la ciudad fuera abastecida por mar. Padre trabajaba metódica e ininterrumpidamente, pues sus tropas no eran las únicas que se habían vuelto romanas de formación. También él había adoptado la mentalidad de un ingeniero militar romano y calculaba las probabilidades de victoria tanto por la pendiente del terreno y las trayectorias de las catapultas como por el número de soldados y las tácticas de caballería. Se construyeron torres de asedio, unas diez o doce, entre ellas una de cien codos de altura con capacidad en su interior para doscientos soldados, listos para tomar las murallas una vez que el artefacto fuera empujado hasta una distancia que permitiera el abordaje. El terrible vehículo, pintado de negro, tenía dos ojos verdes y brillantes en la torre superior y unos dientes prominentes a los lados del puente que debía descender sobre las murallas. De día, la figura tenía un aspecto ridículo, pero de noche, a la luz de las antorchas, el brillo inquietante de sus ojos esmaltados ponía de manifiesto el talento de los artistas del campamento. El gigantesco dragón atemorizaba a todos, y durante nuestros preparativos los defensores de la ciudad ponían especial interés en apuntarle con los tarros de alquitrán que lanzaban periódicamente desde sus catapultas.

Mientras en tierra los ingenieros se dedicaban a construir artefactos de asedio, la flota no permanecía ociosa. Terminado el malecón, concentraron todos sus recursos en crear el arma más compleja: una máquina de asedio marítima, una *sambuca*, una torre gigantesca construida con fuertes vigas de madera y recubierta de cueros mojados, algas, barro y otros materiales incombustibles. Medía seis plantas, una altura cuidadosamente calculada para que superara la de las murallas de la ciudad. Un pelotón de arqueros armados con flechas llameantes y tarros de hollín controlaba la planta superior mientras, justo debajo, descansaba una rampa suspendida de cadenas que debía descender sobre las almenas en cuanto alcanzara la cercanía adecuada.

El artefacto flotaba sobre dos *quinquerremes*, la embarcación más grande de la flota, dotado cada uno de doscientos setenta remeros repartidos en tres hileras. Cada barco disponía, a su vez, de sólidos pontones amarrados a los costados, como los faluchos de entrenamiento que utilizan los niños, para frenar el balanceo. Los *quinquerremes* eran embarcaciones lo bastante estables para arrastrar la enorme estructura, cuya altura permitía mirar por las ventanas de los encumbrados palacios

de los magistrados de Cízico. Estaba claro que los urbanistas no habían previsto la presencia de la sambuca pónica.

Bombardeamos la ciudad durante todo el verano. Los defensores sobrevivían al asedio como mejor podían, remendando los boquetes de los muros y reparando las almenas derribadas. Los desertores nos contaban que la situación era cada vez más difícil, pues las provisiones menguaban y los pozos de la ciudad se estaban tornando salobres. Así y todo, el asedio estaba durando mucho más de lo previsto y las tropas pónicas empezaban a impacientarse, dado que poco podían hacer salvo permanecer listas para el combate. Era esta una guerra de desgaste, de ingenieros e intendentes, los cuales, hasta el momento, habían trabajado competentemente. Pero los soldados habían sido adiestrados como romanos, para luchar como romanos y atrincherarse como romanos, y los romanos no estaban acostumbrados a aguardar en una playa.

Los romanos de Lúculo, cuando menos, no lo hicieron. Un día de principios de agosto, padre y yo dirigimos la mirada hacia la retaguardia de nuestro ejército, estacionada en lo alto de los montes Adrastea, y vimos algo desconcertante: Mario y sus hombres estaban cediendo gustosamente su ventajosa posición a las fuerzas de Lúculo, y todo a la vista de las tropas apostadas en la península que se extendía a sus pies. Padre contempló la escena estupefacto, pero luego la expresión de su rostro se tornó inescrutable. Subimos a nuestros caballos y emprendimos el galope para ir al encuentro de la legión de Mario, que avanzaba por el camino.

Tropezamos con la vanguardia en el momento en que marchaba sobre la península. Padre ordenó el alto y pidió la instalación de una tienda para celebrar una reunión. Mario llegó una hora más tarde y fue acompañado a la tienda mientras sus hombres recibían la orden de detenerse y descansar el resto del día.

Cuando entró en la tienda donde padre, Bituito y yo aguardábamos, se inclinó ante el rey, nos saludó afablemente con un gesto de cabeza y tomó asiento sin invitación. Estaba claro que conocía la pregunta que teníamos en mente.

—La estrategia va bien —dijo Mario sin más preámbulo—. Tal como esperábamos, los comandantes de Lúculo apoyan plenamente nuestra actuación y no desean desafiar a nuestra legión de populares. La situación está en buenas manos, señor.

Padre le miró largo rato antes de levantarse y, con paso pausado, caminar por la alfombra hasta la silla donde descansaba Mario. Se detuvo con toda su estatura frente al romano, cuyo rostro no desvelaba inquietud alguna, si bien sus ojos viajaban de un lado a otro, como si de repente hubiera caído en la cuenta del error que había cometido al entrar en la tienda del rey sin su guardia. Era el único romano presente.

Padre se inclinó, colocó su enorme mano sobre la cabeza del romano y lo levantó como si de un muñeco de trapo se tratara. Mientras Mario hacía una mueca de dolor, padre le soltó y colocó su cara justo delante de la del romano.

—Nadie te invitó a sentarte —gruñó con queda furia— y la situación no está en buenas manos. Está en las manos de Lúculo. Tus tácticas son tan pésimas como tus modales.

—¡Por todos los dioses! —farfulló Mario. Su rostro reflejaba enfado y humillación—. ¡Las tácticas están funcionando! Te habría consultado si hubiese tenido tiempo...

Padre se volvió bruscamente hacia la entrada de la tienda y señaló el bastión de las montañas, ocupado ahora por tropas romanas.

—Te llamaría traidor si no supiera lo estúpido que eres. ¡Has entregado nuestras defensas a los romanos!

—¡Maldita sea! —protestó Mario. Luego, tras reparar en los rostros coléricos que le observaban, adoptó un tono más conciliador—. Alteza, las negociaciones exigen concesiones por ambas partes. —Hizo una pausa para buscar la forma de explicar con pocas palabras los complejos acuerdos que había estado negociando con los comandantes de Lúculo—. Permite que me explique. Lúculo ya duda de la lealtad de los populares de sus legiones y teme que se rindan a nosotros, pues conoce la influencia que ejerzo sobre ellos. Ha estacionado legiones de optimates veteranos justo detrás de los populares para tenerlos vigilados. Era imposible que pudieran atacar a Lúculo, tal como habíamos planeado.

—En ese caso, ¿por qué controlan ahora tu posición en los montes Adretea? —preguntó padre entre dientes.

Mario enrojeció pero mantuvo la calma.

—Tenía que arrojar un hueso a los populares —respondió lentamente—, hacer ver que nos habíamos rendido, disipar las sospechas de Lúculo para que confíe en que sus populares lucharán contra nosotros. De lo contrario, no tendrán la oportunidad de abandonar a Lúculo en la batalla y darnos la victoria. Era la única forma de... —Hasta Mario se dio cuenta de la pobreza de su razonamiento y su voz se apagó quejumbrosamente.

Padre le miró, primero con incredulidad, luego con desprecio. Caminó hasta la entrada de la tienda y asomó la cabeza para observar a sus tropas pónicas, a los exiliados romanos que estaban acampando delante, y las laderas de los montes Adretea, ocupadas ahora por las cinco legiones de Lúculo, populares y optimates, indistinguibles unos de otros.

—Ojalá existiera una marca —dijo con voz queda, como para sí—, una marca clara que permitiera reconocer la valía de un hombre. El ingenio y la estupidez están en todas partes y pasan de una generación a otra al azar. He visto hijos virtuosos de padres despreciables. Por Zeus que yo soy hijo de un padre despreciable. Y ahora he visto el caso contrario: este hijo de noble padre, portador de la sangre del más grande general y senador de Roma, ha demostrado ser un traidor. No, retiro lo de traidor.

Para ser traidor hace falta reflexión e inteligencia. Este de aquí no es más que un... idiota.

Bituito rompió el silencio que siguió.

—Señor —dijo con su acento galo, acariciando su espada y mirando desapasionadamente a Mario—. ¿Me deshago de él?

Los ojos de Mario titilaron consternados y advertí que una de sus rótulas empezaba a temblar. El hombre apenas conseguía ocultar su miedo. Padre permaneció callado, mirando por la puerta de la tienda. Di un paso al frente.

—Aguarda, Bituito. Los oficiales de Mario no tardarán en necesitar órdenes y preguntar por él. ¿Qué les diremos entonces?

—Nada —gruñó Bituito— o, si no hay más remedio, que Mario ha enfermado y no puede dirigirlos.

—Deja que vuelva con sus hombres. —Las palabras de padre fueron afiladas y amargas.

Bituito y yo miramos a padre y luego a Mario, que no había osado respirar en toda la conversación. Quizá era la primera vez que había visto su vida pendiente de un hilo. Había sido juzgado, hallado culpable por el jurado y liberado por el juez, algo que no se olvida fácilmente, y padre contaba con ese detalle.

Una vez que Mario hubo abandonado a toda prisa la tienda, miré a padre inquisitivamente.

—Sus hombres le vieron entrar en la tienda —me dijo, respondiendo a mi tácita pregunta—. Nunca habrían creído que Mario había enfermado de repente. Los romanos de Mario son más leales a él que a mí y se habrían rebelado. Además, para bien o para mal, Mario es el mejor oficial romano que tengo.

—No volverá a poner a prueba tu paciencia con su estupidez —dije, comprendiendo al fin la necesidad de perdonarle.

Padre me miró con dureza.

—Así es —convino con una furia a duras penas controlada—. No obstante, debemos vivir con su error.

Tal como había imaginado, Lúculo siguió desconfiando de las legiones populares incluso después de que tomaron los montes Adrastea, y unos días más tarde las reemplazó por sus propias tropas, más jóvenes y fiables, bloqueando así nuestra vía de salida de la península por tierra. Los sitiadores éramos ahora los sitiados. Mario regresó junto a sus hombres y padre no volvió a mencionar el incidente.

Pero a partir de ahí la situación no hizo más que empeorar.



V

AUNQUE LOS ROMANOS DOMINABAN los montes Adrastea, eran demasiado inferiores en número para poder atacarnos, del mismo modo que nosotros carecíamos del poder necesario para tomar por asalto Cízico. La situación, por tanto, desembocó en un punto muerto por las tres bandas. El ejército pónico cortó las líneas de abastecimiento a la ciudad, los romanos apostados en los montes Adrastea cortaron las comunicaciones terrestres del ejército pónico, y la larga línea romana de abastecimiento desde Cilicia sufría constantes ataques de las guerrillas que apoyaban al Ponto. El sitio se estaba convirtiendo en una prueba de resistencia.

A fin de acelerar la situación, padre recurrió a los lazos familiares y tribales para presionar a los ciudadanos. Ató a tres mil prisioneros de Cízico capturados en la batalla de Calcedonia unas semanas atrás y los subió a diez barcos piratas que había introducido en el puerto. Hacía un día horrible. Aunque estábamos a principios de otoño, el frío era gélido, soplaba un viento afilado y el mar golpeaba con furia los cascos de los barcos. Mientras la escuadra, cargada de prisioneros, se acercaba a las murallas, el negro cielo se abrió y liberó una lluvia torrencial sobre el puerto y la ciudad. Cortinas de agua caían sobre los desdichados prisioneros apiñados en las cubiertas. Guardias pónicos bien armados, bajo mantas ya empapadas, vigilaban estoicamente a los prisioneros y sujetaban las cadenas que los ligaban para evitar que saltaran por la borda. Los arqueros, repartidos por penoles y jarcias, les apuntaban con sus flechas para impedir cualquier contratiempo durante la peligrosa maniobra. Los defensores de Cízico observaban embobados el desfile de sus compatriotas, evitando disparar a la espera de conocer las intenciones de Mitrídates. Del interior de los muros emergían gritos y lamentos de mujeres que reconocían a sus maridos e hijos entre los prisioneros concentrados en las cubiertas de los navíos.

Padre aguardó en el barco insignia pónico a que la lluvia amainara, pero en vista de que las nubes iban en aumento y el viento se filtraba en nuestras empapadas capas de lana, finalmente dio la orden de comenzar. Su barco avanzó hasta el frente de la escuadra, situándose en un punto donde la muchedumbre congregada en lo alto de las murallas pudiera oírle, y un guardia apareció con un cuerno de toro a modo de altavoz. Los centinelas hicieron avanzar a un hombre, un heraldo pónico al que habían despeinado y cubierto de mugre para darle el aspecto de soldado apresado y enseñado un cuidado guión que, como «prisionero», debía recitar en representación

de sus camaradas.

—¡Aliados y amigos! —gritó a través del cuerno en un griego jónico pasable. La multitud guardó silencio—. He aquí nuestra desdichada situación, destino que merecemos por la traición cometida al apoyar a Roma. Hemos matado a camaradas griegos y asiáticos y respaldado a los bárbaros romanos. El noble rey Mitrídates descargó su venganza arrasando Heraclea y Calcedonia, sitiando Cízico y haciéndonos prisioneros.

El hombre calló mientras los guardias fingían azotar con sus látigos a los prisioneros, arrancando gritos de angustia de los ciudadanos. El «prisionero» alzó nuevamente el cuerno.

—Ciudadanos de Cízico, sois nuestra última esperanza, nuestra última oportunidad de recibir clemencia. El rey ha aceptado liberarnos y perdonar a nuestras familias y hogares si Cízico se rinde. Nos incluirá en su gran imperio, la Nueva Grecia, y perdonará nuestras agresiones. Hay tres mil compatriotas en estos barcos y más en el campamento. Todos podremos volver si aceptáis. Pero si os negáis...

Los guardias volvieron a chasquear los látigos. La multitud congregada en los muros emitió un gemido colectivo.

—Si os negáis —gritó el heraldo—, nos traicionaréis no solo a nosotros, sino a nuestra tradición griega. Hasta los espartanos, conocidos por preferir la muerte a la rendición, pactaron con los atenienses para recuperar a los prisioneros capturados en Esfacteria durante la gran guerra. ¿Pasaríais incluso por encima del honor de los espartanos? ¡Rendíos ahora, amigos, salvadnos la vida!

En los muros estallaron nuevos gritos y lamentos, pero esta vez no como respuesta a las palabras del «prisionero», sino a los golpes de los guardias de Cízico, que ahora apartaban a los ciudadanos de los muros para que no pudieran ver la flota, insultándolos y azotando con la cara de sus espadas las espaldas de mujeres y ancianos. El viento ganó fuerza y los barcos luchaban por mantener su alineamiento, hasta que finalmente volvieron a sus anclajes. Solo nuestro barco insignia permaneció donde estaba para escuchar la respuesta de Cízico.

Si afinábamos la mirada a través de la violenta lluvia, podíamos ver el destacamento de guardias apostado a lo largo de la muralla con los escudos en alto y la mirada encendida bajo la visera del casco. La armadura y la piel de cada hombre brillaba con el agua procedente del cielo y de las olas que rompían contra la muralla. El destacamento se abrió y por la brecha avanzó un anciano con la armadura abollada y el escudo deslustrado. A pesar de la distancia que nos separaba de él, reparamos en las cicatrices blancas que le cubrían los bronceados brazos.

—Pisístrato —espetó padre—. Luchó por mí en una ocasión. Es un excelente veterano, pero me conoce mejor que nadie, y yo le conozco a él. —Suspiró y procedió a darse la vuelta—. No hay nada que hacer.

—¡Cerdo Mitrídates!

La voz del hombre viajó por encima del oleaje. Padre se detuvo y le miró a través de la espesa lluvia.

—Nos amenazas suplicando a nuestras mujeres y niños —aulló el anciano con una voz potente que contrastaba con su edad—. Apelas a nuestra cobardía para tomar nuestra ciudad. Mas tú eres el cobarde. Tú, que exhibes a prisioneros impotentes en tus cubiertas cual baratijas que intercambiar.

—¡Son tus hombres, Pisítrato! —bramó padre, molesto—. No apelo a más emociones que las que vosotros mismos queráis suscitar. Ofrezco piedad para vuestra gente. Tómala o déjala. Me trae sin cuidado lo que elijas, pues conquistaré tu maldita ciudad de todos modos. La única diferencia está en si querrás conservar la vida o morir cuando eso ocurra.

—¡Canalla! —gritó el anciano, enfurecido por la indiferencia de padre—. No te corresponde a ti apelar al honor griego sino a mí otorgarlo. Te presentas ante mí con prisioneros que se rindieron bajo los muros de Calcedonia. Los soldados que se rinden pierden el derecho a influir en los que todavía pelean. Dales muerte o véndelos, me trae sin cuidado. Para los valientes guerreros de Cízico, tus prisioneros ya están muertos.

Padre miró fijamente al encolerizado guerrero y luego se volvió, apartándose el pelo mojado de los ojos. Los bombachos, fríos y empapados, se le adherían al cuerpo como una segunda piel, y no llevaba puesta camisa o armadura que le protegiera del diluvio. Parecía inmune a los elementos, un hombre hecho de madera, de hierro, de un hierro que no se oxidaba ni envejecía. Pero hasta al rey a quien la lluvia y el frío no afectan, los insultos de un soldado valeroso le hieren, le perforan la piel, le alteran el corazón. Padre sacudió la cabeza y Neoptólemo ordenó al práctico que regresara al fondeadero. Los prisioneros fueron trasladados a las bodegas, medio muertos por la exposición a los elementos, perdidas las esperanzas tras las palabras del general Pisítrato.

Mientras retrocedíamos por el puerto, fuimos reemplazados por los barcos de guerra y la sambuca, la poderosa sambuca construida para soportar las duras condiciones a las que ahora se enfrentaba. Nos trasladamos a uno de los barcos de guerra. Las balistas de fuego estaban preparadas. Por encima del viento podíamos oír los sollozos de las mujeres de Cízico, que lamentaban la negativa de su dirigente a aceptar nuestra oferta.

El asalto coordinado comenzó primero en tierra. Desde el barco divisábamos el vuelo de los proyectiles —balas impregnadas de nafta, flechas de fuego, piedras candentes, barriles llenos de alquitrán— lanzados por las máquinas de asedio dispuestas frente a las murallas. Un estruendo sobrecogedor llegó a nuestros oídos cuando los arietes procedieron a embestir las puertas de la ciudad. En las colinas, las

legiones pónicas aguardaban estoicamente bajo la lluvia, en perfecta formación de combate, contemplando el asalto, esperando la orden de atacar, el momento en que las puertas se abrieran o algún tramo de las murallas cediera. Los oficiales de Cízico apostados en las almenas corrían de un lado a otro tapando brechas, ordenando a sus hombres que apilaran piedras en los boquetes, dirigiendo a los arqueros e incluso obligando a las aterrorizadas mujeres a apagar fuegos, transportar agua y llevarse a los heridos.

La descomunal sambuca avanzaba, tambaleante, con la torre abarrotada de tropas de asalto protegidas por una pared de escudos. El resto de la estructura, abierta por detrás, acogía otros doscientos soldados listos para subir los cinco tramos de peldaños en cuanto la sambuca hiciera contacto con el muro y las tablas de abordaje cayeran sobre las almenas. El aterrador artefacto, quizá la estructura de madera más grande vista por el hombre, horadaba lentamente las cortinas de agua y el agitado oleaje, y al verla, los soldados apostados en la sección de muralla hacia donde apuntaba empezaron a retroceder. Los oficiales les ordenaban que ahuyentaran al monstruo, pero las almenas eran estrechas, con cabida para dos o tres hombres como mucho. Resultaba aterrador para tan pocos hombres cargar contra los dientes de la máquina mientras los pónicos, con el rostro ennegrecido, los miraban amenazadoramente por encima de sus escudos.

La sambuca alcanzó el muro y las tablas de abordaje cayeron sobre las almenas, justo en la esquina de una atalaya. Con un rugido sobrecogedor, las tropas procedieron a saltar sobre las almenas y abalanzarse, en columnas de dos, sobre la estrecha fila de soldados enemigos que los aguardaba. Tras derribar a los dos primeros defensores, pasaban por encima de sus cuerpos y acuchillaban a los dos siguientes. Nuestros hombres eran superiores en formación y fuerza, pero sus adversarios, en lugar de huir, seguían bloqueando las estrechas almenas, aunque fuese con sus cadáveres, mientras los pónicos se apiñaban en las tablas, incapaces de seguir avanzando. Los remeros se esforzaban por mantener firmes las embarcaciones frente al creciente azote del oleaje contra la popa y la proa, pues las olas, al rebotar en el muro, embestían de nuevo los espolones. Estaban resistiendo bien. Faltaba poco para que nuestras tropas de asalto arrollaran a los defensores que hacían cola en la muralla para encontrar la muerte...

Entonces, horrorizados, vimos cómo un barril de madera del tamaño de un cubo, lleno de brea y encendido con una pequeña mecha, volaba por encima de la atalaya y aterrizaba en la cubierta del quinquerre más próximo. Cuando el barril se abrió por el impacto, las llamas oleosas se extendieron por la cubierta como un gran charco, filtrándose en el proceso por las grietas de los tablones y cayendo sobre la hilera superior de remeros. Gritos de dolor estallaron en los bancos y algunos hombres soltaron sus remos, haciendo que se enredaran con los de sus vecinos. No era un

ataque letal, ni siquiera un ataque imprevisible, pero fue suficiente. Los defensores de la atalaya se sumaron a esta pequeña proeza y empezaron a lanzar docenas de barriles de brea y proyectiles de mano a los ahora tambaleantes quinquerrems.

El viento había ganado en intensidad y aunque la sambuca permanecía firme, los remeros no podían controlar su enorme peso. Por mucho que lo intentaban, no lograban mantener estables las embarcaciones contra el viento huracanado y el embate de las olas, y ahora los soldados enemigos les estaban lanzando fuego y flechas casi a quemarropa. Con el viento, el fuego se extendía rápidamente, engullendo tablonas y barandillas y filtrándose por las rendijas hasta caer sobre los desafortunados remeros. Desde donde estábamos advertimos que toda la hilera superior de remeros había abandonado su puesto, huyendo de las gotas de fuego que se precipitaban sobre sus cabezas. También la segunda hilera de remeros empezaba a titubear, pues vimos varios remos abandonados.

De repente nos percatamos de algo espantoso.

—¡Retirad la sambuca! —bramó padre, pero con el fuerte viento fue como si hubiera gritado en un boquete abierto en el suelo.

Con la pérdida de los remeros, el barco de babor no podía mantener la estabilidad y empezó a retroceder, girando en el proceso contra su gemelo y alejando toda la estructura —sambuca, puente y embarcaciones— de las almenas. Los hombres que se hallaban en la tabla de abordaje a la espera de saltar sobre los muros cayeron de repente al mar. Los que se hallaban justo en el borde de la torre se tambalearon peligrosamente hasta que sus camaradas tiraron de ellos. Los héroes que habían conseguido saltar sobre los muros se vieron de repente abandonados, separados de sus camaradas, incluso de los disparos protectores de los arqueros de la sambuca, que se aferraban a las paredes del oscilante artefacto para no caer.

Los capitanes de las naves dieron la orden de retroceder y los marineros procedieron a remar con vehemencia para alejarse de los barriles de brea al tiempo que pedían, en vano, cubos de arena para extinguir el fuego. La presión del oleaje, sin embargo, fue excesiva para la descomunal máquina. Con un rechinar de madera, seguido de un sonoro crujido, las vigas que soportaban el peso se quebraron y el artefacto se desplomó sobre el agua. El quinquerrema de estribor volcó, el otro perdió el control y doscientos hombres cayeron al agua. Era preciso abandonar el asalto.

Ahuyentada la sambuca, los defensores de Cízico se dirigieron al otro lado de la ciudad para repeler la feroz ofensiva terrestre del ejército pónico. La lucha era desesperada. Nuestro ariete había abierto una brecha en las puertas, hasta que los defensores subieron un montón de albardillas —piezas triangulares, de punta afilada, empleadas en la construcción para edificar esquinas y arcos— y las arrojaron sobre el techo de madera del ariete, haciéndolo añicos y obligando a nuestros hombres a retroceder. A otros arietes los aferraban con sogas o con «lobos», unos garfios de

hierro enormes que bajaban con grúas. Los ciudadanos cubrían las secciones de muro todavía intactas con cestas de lana y cedazos de lino de sus hogares para amortiguar el impacto de las flechas de hierro y las piedras que lanzaban las catapultas y balistas.

En un lugar clave del muro, los barriles de brea inflamada arrojados por nuestras tropas de asalto habían salpicado la superficie de llamas pegajosas que los violentos vientos alimentaban. El mortero se deshizo con el calor y las almenas se desmoronaron. No obstante, cuando los soldados pónticos corrieron a escalar la brecha, advirtieron que las piedras estaban al rojo vivo, y la precaución con que se abrieron paso por los candentes escombros permitió a una compañía de arqueros enemiga ahuyentarlos. Cuando las piedras finalmente se enfriaron, descubrimos que los ciudadanos de Cízico habían tapado aprisa y corriendo el boquete con una pared de detritos.

Varamos nuestro barco en la playa, fuera del puerto, y nos dirigimos a caballo tierra adentro para que padre pudiera dirigir el asalto desde allí. Al anoecer, no obstante, el viento aumentó, hasta el punto de impedir que un hombre pudiera permanecer erguido con un escudo de cinco pies que hacía el efecto de una vela. Acribillados por una lluvia constante de proyectiles candentes lanzados desde los muros, nuestros agotados soldados pónticos se vieron obligados a abandonar sus máquinas de asedio y retroceder. Pese a la lluvia torrencial, las llamas se extendían en todas direcciones, alimentadas por la brea y la nafta, y envolvían rápidamente los valiosos artefactos. Torres de fuego iluminaban las maltratadas murallas de la ciudad por un lado, y a los empapados pónticos acurrucados entre sí, sin un techo y sin el consuelo de la victoria, por el otro.

Cuentan que en ese preciso instante la diosa Atenea apareció costa arriba, en la antigua ciudad de Troya. Tenía la mirada desesperada, la respiración agitada y el vestido desgarrado y empapado de agua, como si acabara de pasar por una terrible prueba. Los atónitos sacerdotes recordaron que la rebelde ciudad de Cízico estaba dedicada a esa diosa. La escena conmovió tanto a los habitantes de Troya que erigieron un monumento en su honor, el cual hoy día sigue en pie.

Los veleidosos favores de los dioses ocuparon esa noche nuestros pensamientos mientras padre contemplaba, encolerizado, sus máquinas incendiadas. Maldijo entre dientes los inútiles meses de trabajo y espera. Sus ojos, sin embargo, no se detuvieron mucho tiempo en las murallas, pues la ciudad ya no se hallaba entre sus principales preocupaciones, y tampoco sus tropas, que se recuperarían para reanudar el asedio al día siguiente.

Sus ojos se elevaron hacia los montes de Adrastea, donde las diez mil hogueras romanas del ejército de Lúculo, dispuestas en una cuadrícula perfecta, brillaban bajo la fuerte tormenta.



VI

CON EL COMIENZO DEL INVIERNO se hizo difícil determinar quién estaba más desesperado, si la ciudad de Cízico, nuestro ejército sitiador y sitiado, o los romanos, inquietos y hambrientos, de Lúculo. Estábamos alimentando más de trescientas mil bocas en nuestra árida península, de las cuales solo una tercera parte correspondía a combatientes; el resto eran auxiliares del campamento, esclavos y mujeres que habíamos adquirido insensatamente el último verano, durante nuestra marcha a Cízico. A ello había que añadir los innumerables caballos, una enorme carga para nuestras provisiones. Para colmo, las tempestades invernales impedían a la flota desembarcar provisiones en la playa. El vasto ejército, que no había podido hacer acopio de alimentos, pasó bruscamente de la abundancia a la inanición. Las enfermedades proliferaban en el campamento. Trescientas mil personas, mal alimentadas y peor cobijadas, vivían hacinadas en una superficie limitada donde se habían descuidado hasta las más mínimas medidas de higiene, creyendo que la situación iba a ser temporal. Algo tenía que suceder.

Los primeros en desaparecer fueron los animales de carga, concretamente los rebaños de camellos bactrianos y mulas, que fueron sacrificados para alimentar a las tropas. La medida enfureció a padre, pues sabía cuál iba a ser el siguiente paso. Cuando le informaron de que cien caballos pónicos habían sido sacrificados para alimentar a los hombres hambrientos, estalló en cólera.

—¡Los caballos no! —bramó, sabedor de que la excelente caballería pónica era su única baza segura contra los romanos—. ¡Es preferible que se coman a los auxiliares del campamento que nuestra caballería!

Y no sonrió cuando lo dijo.

Dentro de la ciudad las cosas no iban mejor. Los ciudadanos estaban desesperados, y los desertores y prisioneros hablaban de casos de canibalismo. La peste había estallado y amenazaba con sobrepasar los muros, de modo que di instrucciones a las tropas pónicas de que dispararan a todo habitante de Cízico que intentara huir de la ciudad. Unas semanas antes había habido indicios de una rebelión dentro de los muros contra el severo gobierno de Pisítrato, y padre confiaba en que la ciudad capitulara antes de que nuestra situación se deteriorara en exceso. Pero sucedió lo inevitable: Lúculo consiguió finalmente comunicar a los hambrientos ciudadanos, mediante palomas mensajeras, que el ejército acampado en los montes

Adrastea era una fuerza de liberación romana y no un contingente de Mitrídates. De repente, la noticia devolvió el temple y la determinación a los ciudadanos, que decidieron esperar a que nos diéramos por vencidos, sabedores de que también nosotros estábamos cercados y hambrientos.

La situación de Lúculo, con todo, no era menos grave. Los aliados pónticos de los territorios circundantes habían intensificado su hostigamiento y aumentado sus ataques contra la endeble línea de abastecimiento que Lúculo mantenía con su base en Cilicia. Hacía largo tiempo que las cosechas habían sido recogidas o destruidas, de modo que poco podía obtenerse del terreno, y los soldados, que como todo combatiente bien adiestrado, tenían poca paciencia con la inactividad y los asedios, estaban cada vez más inquietos por la indecisión de Lúculo.

Ver qué bando se desmoronaba primero era solo cuestión de tiempo.

Bien entrado el invierno, una intensa nevada sepultó a los soldados en sus cuarteles, ahogó el interminable lamento procedente de la ciudad e incluso sofocó el humo de las hogueras romanas, que nuestros soldados, sin leña desde hacía largo tiempo, contemplaban casi con el mismo anhelo que las patas famélicas de los ociosos caballos. Con la nieve, nuestras esperanzas se congelaron y se hicieron añicos. Temiendo la pérdida de nuestros hombres a manos del hambre y la enfermedad, padre decidió abandonar el sitio de Cízico.

Por orden de Neoptólemo, seis barcos de guerra, cada uno dotado de una tripulación completa, abandonaron precipitadamente sus puertos seguros de las islas adyacentes. Navegando pegados a la costa para protegerse de los fuertes vientos y las enormes olas, llegaron a la playa donde se acurrucaba el ejército. Padre, de pie en la arena con el agua helada lamiéndole las sandalias, contempló tristemente la flota, diminuta en comparación con los cientos de miles de hombres, seguidores y bestias de los que era responsable. Tomó una decisión.

—Farnaces, sube los fondos de guerra y los rehenes a los barcos. Navega hasta los puertos de la Propóntide, donde está repartida la flota, y ordena a los marineros que se reúnan en Lampasco. Llévate a Bituito y exhíbelo como si fuera yo. Cuando los romanos lo vean a bordo, pensarán que he huido. Mario y yo rodearemos los montes Adrastea con la legión y la caballería y nos reuniremos contigo en Lampasco. —No mencionó cómo pensaba abrirse paso entre las líneas romanas, ni qué suerte correrían los auxiliares del campamento.

Sus palabras produjeron sonoras protestas. Las mejillas de padre se encendieron pese al viento afilado que se filtraba por la capa de lana que vestía sobre la armadura.

—¡No tenemos elección! —gritó a los soldados que empezaban a congregarse en la playa, intrigados por la llegada de los seis barcos y contemplando el tempestuoso mar en busca de más—. Ni con la ayuda de toda la flota podría transportar más de una cuarta parte de nuestra gente. Se necesitarían convoyes y varios viajes, lo cual es

imposible con este tiempo.

—No gritan por eso —dije, elevando mi voz por encima del temporal y las protestas de los soldados—. Se quejan de que tú no embarques para ponerte a salvo. Mario puede conducir las tropas por tierra hasta Lampasco, si así ha de hacerse. Perderemos muchos hombres, pero otros lo conseguirán. En cambio, si te matan, todo estará perdido. Los hombres ya no estarán motivados para luchar y los romanos acabarán con ellos. No, será mejor para ellos saber que has escapado y los aguardas en otro lugar. Debes subir al barco.

Me miró fijamente.

—¿Y abandonar a mis hombres? ¿Me estás pidiendo que abandone a mis hombres? ¿Que me vaya solo, con los fondos de guerra transportados por una escuadra de piratas? ¿Estás loco?

Reí con amargura.

—Has confiado tu vida a los piratas otras veces. ¿Por qué no también los fondos? Mejor que caigan en sus manos, mejor que tú caigas en sus manos, que en manos romanas.

—¡Ja! Ahora resulta que soy un viejo que necesita cuidados y es incapaz de burlar a los romanos.

Me puse serio.

—Padre, no puedes esconderte. Los romanos conocen hasta el último de tus movimientos. En un campamento de hombres hambrientos, hay espías y traidores por todos lados. Una parte del ejército podría burlar a Lúculo y salvarse si no los acompaña. Pero si diriges a los hombres, todos los romanos lo sabrán. Te reconocerán por el manto morado, y si vistes una capa discreta, te reconocerán por tu estatura. Lúculo ha ofrecido el salario de veinte años al hombre que acabe contigo. Serás hombre muerto en cuanto pongas un pie fuera del campamento. El ejército no tendrá posibilidades de salvarse si le acompaña, pero puede que algunos hombres sobrevivan si los diriges... por mar.

Padre se mordió el labio al tiempo que contemplaba el balanceo de los barcos en el agua. Los marineros nos hacían señas impacientes, reacios a permanecer más tiempo del necesario alejados de la protección de sus puertos.

—De acuerdo —dijo con calma, y los hombres que le rodeaban bajaron inmediatamente la voz—. Pero no iré todavía a Lampasco. Los piratas me llevarán hasta la isla de Pario, que está a medio día remando. Allí podré mantenerme en contacto con el ejército y regresar rápidamente si es necesario. ¡Ja! Hasta podría volver a nado si hiciera falta.

—He estado pensando —intervino Bituito. Todo el mundo guardó silencio y le miró sorprendido, pues el galo raras veces intervenía en las discusiones sobre estrategias. Tenía el semblante frío y la mirada perdida en la distancia. Estaba dando

vueltas a una idea—. Todavía podrías utilizarme como tu doble. Envíame con Mario y las tropas y dame tu manto morado. Eso desviará la atención romana de nuestros barcos y de los seguidores del campamento. Tal vez eso les proporcione uno o dos días más para escapar.

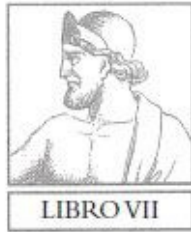
Padre enrojeció de furia y empezó a protestar, pero la expresión decidida de Bituito le silenció. Aceptó el plan a regañadientes y subió al barco. Siguiendo sus pasos, casi oculto entre los guardias de la escuadra que le acompañaba, iba el inmortal Papias, cargado con un saco de raíces y plantas. El viejo herborista, advertí, parecía especialmente frágil y menudo, y de pronto me sorprendió que hubiera sobrevivido a las duras condiciones en las que habíamos vivido los últimos meses. No obstante, cuando levantó la vista hacia la cubierta, donde yo me encontraba ya, vi en sus ojos un fuego comparable al de padre.

Esa noche, Mario y el ejército, sin los auxiliares del campamento, abandonaron la península en medio de la oscuridad y rodearon a las legiones romanas. Por la mañana se descubrió la estratagema y corrió la voz de que «Mitrídates» había sido visto. Lúculo fue tras él con sus legiones, dejando en la península un reducido contingente de tropas auxiliares para vigilar a los auxiliares del campamento hasta su regreso. Los romanos dieron alcance a Mario y sus hombres en el momento en que estos cruzaban el río Gránico, y debido al frío y al agotamiento que padecían, los pónicos combatieron de forma mediocre y más de veinte mil cayeron muertos o prisioneros, entre ellos muchos soldados de caballería. La mitad de los supervivientes perecieron congelados en las montañas antes de que Mario pudiera finalmente reagruparlos y conducirlos hasta Lampasco, donde fueron acogidos dentro de los muros de la aterrorizada ciudad.

Entretanto, el ejército de Lúculo regresó rápidamente a la península para saquear el campamento pónico, y allí asesinaron a todo el grueso de auxiliares, hasta la última mujer y el último niño, doscientas mil personas o más. Más que una venganza por la Noche de Vísperas, fue un acto generado por la frustración y la ira de comprobar que Mitrídates se les había escurrido de las manos una vez más.

Lúculo entró triunfalmente en Cízico mientras las legiones partían para sitiar la ciudad de Lampasco.

¿Y padre? Separado de su atribulado ejército, hervía de furia en los muelles de Pario, atrapado en el diminuto puerto por los feroces vientos invernales.



EL ÚLTIMO REY DE LOS GRIEGOS

Es imposible, incluso para un dios, burlar los dictados del destino.

LA PITIA DE DELFOS



I

OTO, VIEJO DOMADOR, ¿eres tú?

Era la primera vez desde hacía varias semanas que yo veía sonreír a padre. Ningún hombre dado a las apuestas que observara su situación, y todos los hombres racionales gustan de apostar, encontraría buenas razones para hacerlo por Mitrídates. Nuestros aliados griegos nos habían abandonado. Los escitas se negaban a enviar más mercenarios. El viejo rey Tigranes de Armenia, yerno de padre, hacía oídos sordos a las cartas de su suegro. Los agentes enviados a reclutar soldados entre las feroces tribus del norte se pasaban al bando romano o se quedaban a vivir con las mencionadas tribus, y los dominios de padre habían quedado nuevamente reducidos al diminuto reino original del Ponto que heredó más de cuarenta años atrás, cuarenta años de planificación, lucha, derramamiento de sangre y muerte que le habían traído únicamente destrucción y un ejército romano que no cesaba de golpear su puerta.

Los piratas habían hecho gala de un gran valor al evacuar a los supervivientes del ejército pónico del cerco de Lampasco, incluidos Bituito y Marcelo, el tribuno de la caballería que en una ocasión había puesto en duda mis dotes de mando. Pero Lúculo no había perdido el tiempo. Se sentía inspirado, sentía el favor de los dioses. Apresó el barco donde viajaba Mario y ejecutó al general, mas no de forma rápida y honrosa. Parodiando una ceremonia triunfal, a la vista de todos los marineros de su flota y de los exiliados romanos capturados, ordenó colocar a Mario en una cruz para someterlo a esa práctica cruel que los romanos llaman crucifixión, y luego hizo que le cortaran las manos, los pies, la nariz y las orejas, podándolo como una higuera en invierno. El mensaje pretendía ser brutal y no pasó inadvertido, pues hizo que la mayoría de los demás exiliados romanos que luchaban por el Ponto se dispersaran, presas del desaliento.

Mas Roma no tenía suficiente con eso. Su objetivo era destruir el Ponto para siempre, y cual sabueso, era capaz olfatear a su presa cuando la tenía cerca. La flota de Lúculo recorrió sistemáticamente la costa norte del reino, ajustándose al paso de sus legiones en tierra, y nuestras ciudades del litoral cayeron una a una. Hasta Sínope se hallaba ahora sitiada, y eran miles los habitantes que, aterrorizados, habían recogido sus pertenencias y estaban huyendo a las montañas. Padre, Marcelo y yo, al mando de un escuadrón de caballería y de infantería pesada, llevábamos horas abriéndonos paso por los caminos atestados de refugiados, en dirección a las

montañas del interior. Cuando no eran las legiones de Lúculo las que bloqueaban el paso de nuestra caballería, eran caravanas de carretas de hasta cinco parasangas de largo.

Padre, montado sobre su caballo de batalla, se detuvo junto a un carromato pintado de vivos colores y cubierto por una lona que representaba escenas de gladiadores y bestias salvajes. El diminuto conductor, sentado sobre una plataforma protegida por un pequeño toldo, miró alarmado al gigantesco jinete, sucio por el polvo del camino pero armado con un sable, una daga en cada muslo y, colgado a la espalda, el enorme arco de asta y fresno, ya no había nada de regio en el rey, salvo su porte autoritario. Dormía en el suelo, comía galletas y carne asada sin sal, y apenas se bañaba o dormía. A sus sesenta y dos años poseía la fuerza y la resistencia de un hombre de treinta. Las preocupaciones del último año, no obstante, habían hecho mella y su rostro denotaba tensión. El carretero enano, parcialmente oculto bajo la sombra del toldo, nos miró con detenimiento.

—¡Sí, soy yo, Majestad! —exclamó una voz ronca—. Acabo de regresar de mis actuaciones triunfales en los palacios de los faraones de Egipto, a quienes fui enviado con honores por la maravillada corte del Rey de Reyes persa, después de...

—¡Basta! —le interrumpió padre, riendo pero mirando al conductor con cara de pasmo—. ¿Quién es el que habla, Oto, y por qué permaneces callado? Vosotros, los enanos, me desconcertáis. Vivís décadas pero no envejecéis ni un año...

Interrumpido a su vez por una carcajada áspera, en ese momento la lona se abrió y por ella asomó un hombrecillo marchito, con una sonrisa desdentada que le arrugaba la cara como una fruta madura, la viva imagen del moreno conductor bien que treinta años más vieja. Si alguna vez fui capaz de ver el futuro, fue en esa ocasión, pues cuando contemplé al anciano supe con certeza el aspecto que el joven tendría de mayor. Esta diminuta pareja de armenios itinerantes había descubierto el secreto de la inmortalidad, pues si el alma del padre no había pasado al hijo, no había duda de que el cuerpo sí lo había hecho, y quizá también la memoria y el ingenio. ¿Acaso no es esa una clase de inmortalidad como cualquier otra?

—Me alegro de verte, buen rey —dijo el viejo Oto— y de encontrarte con tan buena salud. Permite que te presente a mi hijo Oto. —El joven esbozó una sonrisa tan amplia y desdentada como la de su padre, se irguió sobre sus cortas piernas, conservando prudentemente una mano sobre las riendas de las mulas, e hizo una reverencia—, y a mi nieto...

Una cabecita morena y huesuda asomó por detrás del anciano, me miró con los ojos muy abiertos y una sonrisa no desdentada pero negra —poco le faltaba para lucir unas encías tan desnudas como sus mayores— y desapareció de nuevo tras la lona. Del interior llegaron extraños gruñidos y resoplidos.

—Déjame adivinar —dije, mirando con curiosidad al anciano—. El muchacho se

llama... Oto.

—¡Por la labia de Apolo! —rió el hombre—. ¡Tienes futuro como adivino!... Príncipe Farnaces, supongo. Te recuerdo bien de otra visita que hice a tu extraordinario reino. Entonces eras un principito que se aferraba a la rodilla de su padre. El mono tenía mejor caligrafía que tú, ¿recuerdas?

Padre soltó una carcajada al recordar ese detalle, pero en ese instante Marcelo se inclinó para susurrarle algo al oído. No era momento de intercambiar recuerdos con viejos conocidos. La guarnición de Temiscira estaba esperando a las tropas que llevábamos para defender el paso montañoso que conducía a la estratégica ciudad de Cabira, a tan solo tres días de marcha de dicho paso. La vanguardia de las legiones romanas llegarían en pocas horas y si antes de eso la fortaleza no recibía refuerzos, la tomarían y nuestras propias defensas montañosas se volverían contra nosotros. Padre rechazó con irritación el apremio de Marcelo.

—¡Por todos los dioses! ¡Vosotros los romanos habéis elevado hasta el rezongo a un arte militar! ¿Cuántas oportunidades tengo de hablar con hombres libres de temores y responsabilidades? Oto, tú viajas cuando quieres, dices lo que quieres, cagas donde quieres y al que no le guste que se aguante. Los reyes envidian a los de tu clase.

El viejo Oto se miró los pies descalzos y escamosos.

—Puede, señor, pero yo diría que somos nosotros los que os tenemos envidia, nosotros los que debemos preocuparnos de lo que llevamos cada día a la boca, de cómo llenar nuestros estómagos. La gloria recae en los reyes, no en ancianos humildes...

Padre le interrumpió con un bufido.

—Ah, pero es justamente esa gloria la causa de mi pesar. También yo debo preocuparme de lo que otros ponen en mi boca en forma de palabras y alimento y de cómo llenar los estómagos de cincuenta mil hombres además del mío, yo soporto cincuenta mil veces tu sufrimiento.

Oto le miró desconcertado.

—¿Son esas las palabras de un rey? Bromeas, señor. No naciste para llevar una vida tranquila, pero tampoco pobre como la mía. Los dioses te han obsequiado con la autoridad sobre los hombres, y al menospreciar ese obsequio te burlas de los dioses. Señor, hemos elegido mal tema. Te ruego que hablemos de otras cosas.

—De acuerdo. Pero dime, Oto, ¿de dónde vienes realmente?

El hombrecillo puso cara de decepción al comprender que el rey no había creído su historia sobre los faraones, pero enseguida recuperó el ánimo.

—Acabo de volver de Italia, de donde, lamento informarte, nos obligaron a... retroceder. Por tu causa.

—¡Retroceder! —exclamó desdeñosamente Oto el Joven—. ¡Tuvimos que salir

por piernas porque tú, viejo charlatán, metiste la pata!

—Bueno, eso también es cierto —reconoció, compungido, Oto el Viejo.

—¿Por mi causa, dices? —preguntó, desconcertado, padre.

—A la hora de presentar el espectáculo —explicó Oto Segundo—, este viejo chiflado se equivocó y dijo que habíamos sido aclamados por la corte del gran rey Mitrídates en lugar de los faraones de Egipto. En tu vida habrás oído tantos gritos de indignación. Si la fruta podrida fuera comestible, habríamos tenido alimento para un mes solo con lo que arrancamos de las paredes de nuestro carromato. Ni que hubiera dicho que éramos los heraldos del Hades, a juzgar por la forma en que las madres escondían a sus hijos y los hombres adultos se refugiaban ante la sola mención de tu nombre, Majestad, y perdona la franqueza. La noticia corrió más que nosotros y ya no se nos permitió entrar en ninguna población a lo largo y ancho de la península itálica. Finalmente decidimos que si nos quedábamos en Europa corríamos el riesgo de ser crucificados. El único lugar seguro para nosotros es el Ponto. Hemos pasado el último año atravesando Grecia y Macedonia y llegamos al Ponto en primavera. Los romanos todavía nos persiguen. Te pido disculpas por haber arrastrado con nosotros a las legiones.

El viejo Oto se limitó a asentir.

Padre contempló boquiabierto a los enanos y el variopinto carromato, sin saber qué responder, hasta que Marcelo volvió a tocarle el hombro y yo mismo le insté a proseguir la marcha. Tras despedirse de los Otos con un rápido gesto de cabeza, padre espoleó su caballo para dar alcance a los soldados, que seguían echando maldiciones y abriéndose paso a la fuerza entre la desorganizada muchedumbre de refugiados.

Temiscira no era una ciudad sino una fortaleza, un castillo, un bastión junto a las negras aguas del río Termidón del que se contaba que había sido habitado por las antiguas Amazonas. Descansaba sobre un promontorio que dominaba el único paso practicable a las montañas del interior pónico a lo largo de varios estadios en ambas direcciones. El camino que atravesaba el paso era ancho y trillado. De hecho, no había duda de que los romanos podrían cruzarlo a la fuerza si así lo decidían, con su característica testarudez, simplemente penetrando en masa y saliendo victoriosos por el otro lado. Así y todo, el número de bajas que sufrirían a manos de las formidables máquinas de artillería instaladas en lo alto de los muros del castillo que se elevaba sobre sus cabezas sería atroz. Además, adentrarse en el interior pónico sin haber tomado primero el castillo era impensable, pues nuestro ejército podría rodearlos, cortar sus líneas de abastecimiento y obligarlos a retroceder o a morir de hambre. No, los romanos tenían que tomar forzosamente Temiscira, y sabíamos que Lúculo era capaz de hacerlo. Ninguna fortaleza en el mundo podía resistirse a la astucia y la determinación de los romanos.

Nosotros, no obstante, haríamos pagar a Lúculo un alto precio por su conquista. Cada día que la fortaleza consiguiera resistir sería un día más que padre tendría para consolidar su ejército. Los romanos estaban lejos de su territorio, con líneas de abastecimiento largas y deficientes. El tiempo era nuestro aliado.

Al día siguiente de nuestra llegada con nuevas tropas para reforzar la guarnición, divisamos la vanguardia del ejército de Lúculo, seguida poco después por el cuerpo principal de legionarios. Sin detenerse a admirar el lugar, los legionarios se pusieron a trabajar con esa presteza que hace romanos a los romanos, y a los demás soldados, simples mortales.

Mario nos había enseñado, mucho tiempo atrás, que el legionario posee un arma que es la pesadilla del mundo civilizado, un arma más extraordinaria aún que la espada romana de doble filo, más efectiva que la jabalina de bronce, un arma con mayor poder defensivo que los escudos cóncavos de bronce. Se trata de un arma que el legionario aprende a manejar desde su primer día en el ejército y que emplea a diario, en tiempos de paz y de guerra, tanto en la marcha como acampado bajo el asedio de proyectiles enemigos. Y nada más llegar a Temiscira, cada romano sano procedió enseguida a blandir dicha arma, la más temida entre todas las armas:

La pala del legionario.

Antes de detenerse a descansar o de salir en busca de provisiones, los soldados romanos ya habían extraído sus palas y comenzado a cavar, y la tierra voló y el polvo se elevó. En una tarde construyeron un campamento para treinta mil hombres, fuera del alcance de nuestras catapultas. Antes de que anocheciera, una trinchera de doce pies de profundidad por tres pies de ancho ya rodeaba el campamento. Dentro del anillo, los legionarios habían construido, con la tierra excavada, un terraplén de diez pies de altura coronado por una gruesa empalizada de afiladas estacas. En el interior habían levantado cuatro muros fabricados con árboles caídos, protegidos, cada cincuenta pies, por una atalaya de veinte pies de altura hecha de troncos y provista de una catapulta para flechas en lo alto. Entre el muro y la línea donde comenzaban las tiendas habían dejado un espacio de doscientos pies, calculado para impedir que nuestros proyectiles y flechas candentes alcanzaran las tiendas. Dicho espacio estaba destinado a prisioneros, ganado, botín y provisiones. Por tanto, en pocas horas los romanos habían construido un fortín inexpugnable, comparable a la obra de toda una vida de muchas civilizaciones más pobres que ellos.

No se trataba, sin embargo, de un fortín permanente. Era la forma en que los romanos acampaban a diario. El legionario cavaba trincheras, construía terraplenes y palizadas y tallaba árboles todos los días, y a todo ello se prendía fuego al día siguiente, cuando las legiones ponían rumbo a un nuevo campamento. Las jabalinas podían no dar en el blanco. Los escudos podían ceder ante el impacto de un hacha escita, y las espadas, aunque fiables de cerca, podían, con todo, embotarse, quebrarse

al chocar contra unas costillas o vibrar al embestir una armadura. Pero la pala, la pala era la mejor amiga del legionario, su protectora más fiel, la única arma que le permitía dormir de noche a pierna suelta, detrás de sus magníficos fosos y terraplenes. La pala podía detener en seco una carga de caballería, frenar hordas enteras de bárbaros. Roma no conquistaba con la brutalidad de sus generales, ni con la fuerza de sus soldados, ni con el ingenio de sus armas, sino con la herramienta más rústica, cabeza, ignominiosa y terrenal de todas: la pala.

Y a ella debió Temiscira su caída. La fortaleza estaba bien abastecida y las cisternas se encontraban llenas, pues la guarnición se había preparado para el asedio con mucha antelación. Los refugiados de las tierras circundantes disponían de un buen alojamiento dentro de los muros y hasta los animales de Oto recibían comida y hacían ejercicio, para gran consternación de los hombres de la guarnición cuando vieron por primera vez al león, el lobo y el oso. Los centinelas pónticos habían prohibido en un principio la entrada de tales criaturas a pesar de que Oto les había asegurado que estaban debidamente sedadas y desdentadas. Fue la intervención de padre, que aseguró personalmente que no causarían daño alguno, la que permitió su acceso al interior de los muros. La fortaleza era segura. La comida y el agua no eran un problema, los muros no eran escalables y los escarpados accesos no convenían a los arietes y las máquinas de asedio romanos.

Pero los legionarios procedieron a atacarnos obstinadamente con sus aterradoras palas. En menos de una semana, un tramo de treinta pies del muro principal de Temiscira se había venido abajo, debilitado por un túnel que los romanos habían abierto desde su campamento. Los legionarios habían apuntalado la tierra arenosa con fuertes vigas y llenado el túnel con paja, yesca y madera embadurnada de brea. Nuestros centinelas dieron la alarma al atardecer, cuando vieron salir un humo negro de una serie de respiraderos abiertos en el techo del túnel hasta el suelo. A los pocos instantes, uno de los muros de piedra de la fortaleza se vino abajo con un estruendo sordo, enterrando a varios guardias que se hallaban en lo alto mientras el resto observábamos la escena estupefactos.

Al mismo tiempo, escuchamos la corneta romana llamar al ataque, y una legión completa, dirigida por el propio Lúculo, inició el avance bajo la protección de una lluvia de flechas y pequeños proyectiles lanzados por balistas portátiles que habían arrastrado desde el campamento.

Por fortuna, no nos pillaron enteramente desprevenidos, pues en ese preciso instante padre se encontraba dirigiendo la instrucción en la pequeña plaza de armas, junto a la brecha del muro, y un gran número de soldados armados se encontraba en las proximidades. Tras la sorpresa inicial, la guarnición pónica trepó hasta lo alto del muro derribado y buscó protección tras los escombros tambaleantes de almenas y torres. Desde allí procedieron a lanzar cascotes a los legionarios, que ya tenían

problemas para escalar la estructura en la tenue luz, impedidos además por el casco y el escudo. Finalmente fueron repelidos tras sufrir numerosas bajas, mientras que nosotros no perdimos un solo hombre, exceptuando los desdichados guardias aplastados por el desmoronamiento del muro. El boquete, sin embargo, estaba hecho y la guarnición invirtió toda la noche en taparlo, cargando en tan solo tres turnos la piedra de dos semanas. El muro de escombros alcanzó al fin la altura de las secciones colindantes y hasta conseguimos alojar varios centenares de estacas en las grietas exteriores para frenar cualquier nuevo intento de los romanos de escalar el debilitado muro.

Pero los romanos seguían en posesión de sus palas.

Al día siguiente, mientras miraba por encima de los muros, padre pudo adivinar la trayectoria del siguiente ataque, pues los afloramientos rocosos entre la fortaleza y el campamento romano limitaban los recorridos que los zapadores podían seguir, a menos que estuvieran dispuestos a perforar la roca. Bien que hasta eso podía esperarse de los romanos. Tras determinar la dirección más probable que iba a tomar el siguiente túnel, reunió en ese tramo del muro a un grupo de mineros y pidió un cuenco.

—¿Un cuenco? —repetí extrañado, una vez que nuestros soldados se hubieron congregado con sus palas y equipos de apuntalamiento.

Un sacerdote del cercano templo de Artemis apareció con un cuenco de bronce, una cratera empleada para añadir agua al vino antes de servirlo, y se lo tendió al rey.

—¡He aquí nuestros nuevos oídos! —anunció, y tras solicitar silencio con señas, colocó el cuenco, boca abajo, en el suelo junto al muro, se arrodilló y puso encima la oreja. Con una sonrisa, me indicó que me acercara.

En medio de la agitación de pies de los hombres que me rodeaban, pude escuchar claramente a través del cuenco el sonido de herramientas golpeando y rascando la tierra. Los romanos estaban debajo de nosotros, no muy lejos. Treinta hombres se turnaron para escuchar, y cuando oían los misteriosos ruidos que brotaban de las profundidades de la tierra, sus ojos se abrían como platos. No necesitaron oír más para poner manos a la obra.

Esa noche entramos en contacto con la galería romana, situada a cinco brazos de profundidad, y el minero pónico en cabeza se sorprendió de encontrarla abandonada. En realidad, había entrado justo en el cambio de turno de los zapadores romanos y dispuso de tiempo suficiente para examinar el túnel enemigo, que era grande en comparación con el nuestro. Apuntalado con sólidas vigas, era lo bastante alto para que un hombre pudiera caminar encorvado y lo bastante ancho para acoger un frente de tres hombres, o dos hombres con armas y coraza. Después de recular apresuradamente y tapar el boquete que acababa de abrir, el minero pónico regresó

para informar de su hallazgo.

Frotándose las manos, padre reunió a veinte voluntarios entusiastas y los armó con dagas y espadas, cuanto necesitaban para un enfrentamiento en las angostas profundidades del túnel con zapadores romanos desarmados. Las corazas y los escudos constituían un estorbo. Al alba, los hombres bajaron en cueros, de uno en uno, exhibiendo blancas sonrisas en sus rostros pintados de negro.

Entretanto, un centenar de hombres yacían en el suelo de la plaza de armas, como si estuvieran muertos o heridos, cada uno con la oreja pegada a un cuenco o a un escudo cóncavo, a la espera de escuchar los sonidos propios de una confrontación. No se llevaron una decepción. De la tierra les llegaron ruidos sordos de metal contra metal cuando los desventurados mineros romanos tropezaron con el ataque pónico. Más gritos e incluso gruñidos, y luego el silencio.

Padre caminó hasta la entrada del túnel para recibir a sus guerreros, pero no apareció ninguno.

De repente, el centinela apostado en lo alto del muro gritó:

—¡Los romanos están saliendo!

Subí de tres en tres los peldaños hasta la posición del centinela.

—¿Por dónde, soldado? —pregunté.

Mas no hizo falta que me lo indicara. En ese momento, un pelotón de legionarios, con armadura y cubiertos de arcilla roja de los pies a la cabeza, salía del campamento romano tirando de una larga cuerda. Amarrados a ella, a intervalos regulares, iban los veinte voluntarios pónicos que habían bajado al túnel apenas una hora antes. Tenían el cuerpo cubierto de sangre, el torso y la cabeza, desprotegidos ambos, destrozados por las contundentes armas que los romanos les habían arrojado en la emboscada. El enemigo tendió los cuerpos en el suelo, uno o dos todavía retorciéndose con vida, en fila y boca arriba, lo bastante lejos de la trinchera romana para no ofender a Lúculo con su hedor pero lo bastante cerca para que no pudiéramos recuperarlos. Allí los dejaron para que se asaran al sol, a la vista de nuestros centinelas, como testimonio de la astucia romana. Esa noche, los sonidos de excavación continuaron desde lo que parecían tres puntos diferentes. Era imposible detenerlos. No podíamos determinar el lugar exacto donde se encontraban ni qué hacer en el caso de averiguarlo.

Esa noche, en el cuartel de la guarnición, padre sacudió la cabeza con resignación al escuchar el informe de que los romanos se estaban concentrando detrás de sus puertas para otro ataque.

—Estamos perdiendo la fortaleza —dije.

Me miró.

—Nunca dudamos de que eso iba a ocurrir. Las batallas hay que elegir las. Algunas sabes que puedes ganarlas, aunque quizá solo creas que lo sabes. Otras sabes que las perderás. Pero, a veces, las que sabes que perderás pueden ser las más

gravosas para el enemigo. Esto es lo que esperaba conseguir en Temiscira. No necesitamos esta fortaleza, lo que necesitamos es tiempo, al menos una noche más. El ejército todavía está reagrupándose en las montañas.

De súbito oímos unos gritos procedentes del campamento romano.

—El ataque ha comenzado —dijo padre, levantándose con rapidez.

Me extrañó, porque no había oído el desmoronamiento de ninguna muralla, ni escuchado informes sobre columnas de humo que brotaran del suelo. Salimos apresuradamente del cuartel y encontramos a toda la guarnición pónica repartida a lo largo del muro que dominaba el lado romano, observando con curiosidad el caos que acababa de estallar en el campamento legionario. Las filas de infantería preparadas para embestir nuestros muros se habían roto y los pelotones de la caballería romana corrían por el campamento sin orden ni concierto, blandiendo antorchas y lanzando flechas a sombras que pasaban corriendo por su lado. Se oían rugidos y gritos, y un grupo de zapadores, desnudos y cubiertos de tierra, salieron corriendo del fortín romano, pasaron frente a los atónitos centinelas y se arrojaron a la trinchera, en cuyo barro procedieron a revolcarse. Padre observaba boquiabierto el espectáculo, pues hasta el propio Lúculo tenía problemas para restaurar el orden entre las legiones, las cuales habían perdido su inquebrantable disciplina. Cuando finalmente lo consiguió, empezaba a anochecer, por lo que resultaba ya imposible lanzar una ofensiva efectiva contra nuestros muros.

Del fortín romano salieron varios soldados, cada uno tirando del ronzal de una mula que arrastraba, a su vez, un fardo pesado. La tenue luz impedía distinguir los cinco bultos negros que surcaban el polvo, tres figuras enormes y dos mucho más pequeñas. No fue hasta que alcanzaron la hilera de cuerpos enconados del anterior ataque que reconocimos los cadáveres de un oso, un león, un lobo, un mono... y un enano.

Padre se volvió horrorizado hacia la fortaleza.

—¡Oto! —gritó—. Por el escroto de Neptuno, ¿dónde está esa vieja reliquia? ¡Oto!

Al instante, Oto el Joven llegó corriendo y se detuvo delante de nosotros. Apenas le llegaba a padre por encima de la rodilla.

—Majestad —dijo quedamente, mirando al rey con las mejillas cubiertas de lágrimas.

—¡Oto, Oto! —bramó padre—. ¡Imbécil! ¿Qué has hecho? ¿Qué ha hecho tu padre?

—Era un hombre enfermo, señor, y fue su deseo. Te ha conseguido otra noche.

—¿Otra noche? —dijo padre—. Pero... esos animales... ¡no tenían colmillos! ¡Eran dóciles como corderos! ¿Cómo...?

—Estaban siempre sedados, señor. Cada día ingerían su veneno, como haces tú.

—El enano se permitió una tenue sonrisa—. Pero hace dos días se nos terminaron las hierbas y era imposible encontrar otras dentro de la fortaleza. Las bestias estaban despabilando por primera vez desde que fueran cachorros. Habrían representado un verdadero peligro para la gente, de modo que Oto, mi padre, decidió actuar. Entró en el túnel subido al lobo, y dimos a las bestias un pequeño estímulo para que no se amedrentaran ante los romanos.

—¿Un estímulo? —repetí—. ¿Qué clase de estímulo?

Oto sonrió de nuevo.

—Introducimos avisperos en el túnel, detrás de las bestias, para que solo pudieran correr hacia delante.

Entonces me acordé de los zapadores romanos que habían salido despavoridos del campamento para revolcarse en el barro.

Esa noche, con toda la guarnición y el viejo Papias, salimos por una puerta secreta situada en la cara posterior del castillo y avanzamos en fila por un sendero angosto que atravesaba las terrazas de una antigua cantera. Bloques de caliza aparecían abandonados en el mismo lugar donde habían sido erigidos un siglo antes, cual centinelas enfurruñados, con las caras manchadas y ensombrecidas por el liquen, amenazadoras bajo la luz plateada de las estrellas. Acuchillamos sigilosamente a los guardias romanos apostados en el viejo horno situado a los pies de la cantera, cruzamos el río Termidón y nos adentramos en las montañas a través de cañadas que padre conocía desde que, siendo un muchacho, vivió allí con sus amigos. Termiscira y los refugiados civiles se entregaron a los romanos al día siguiente.



II

DESPUÉS DE DOS DÍAS de dura cabalgada por los pronunciados y pedregosos cañones del interior del Ponto, llegamos al recóndito valle de Cabira, donde nos esperaba nuestro ejército de cuarenta mil hombres. Mario llevaba mucho tiempo muerto y casi todos los oficiales romanos bajo su mando se habían dispersado por la Propóntide con las tempestades invernales. Una salvedad importante era Marcelo, a quien padre había nombrado comandante de los pocos exiliados romanos que quedaban. Pero aparte de ellos, nuestro ejército era ahora estrictamente nativo, reclutado exclusivamente entre los poderosos jefes del interior, jinetes todos, leales a la familia real durante las últimas seis generaciones, conocidos de padre y de sus compañeros desde que rondara estos parajes medio siglo atrás. Los métodos de estos hombres eran célebres y su capacidad de lucha había quedado demostrada. Padre saludó a centenares de ellos por el nombre, preguntándoles por sus familias, recordando a sus parientes difuntos, bromeando en sus dialectos. Eran hombres en los que podía confiar, hombres que, debido a su aislamiento o a sus riquezas, se habían mantenido al margen de las guerras pónicas. Pero ahora que el reino estaba sitiado, habían decidido reunir a sus vasallos y esclavos en este valle secreto. Lúculo se enfrentaría a su rival aquí, en Cabira, en la última batalla de Mitrídates.

El general romano no perdió el tiempo. Después de tomar Temiscira sin encontrar resistencia, apresó a varios pastores, los torturó para sacarles información y marchó directamente sobre nosotros. Padre y yo, en lugar de permanecer ocultos en nuestra fortaleza, partimos con diez mil jinetes para recibir a la vanguardia romana, que hallamos en un barranco angosto situado a medio día de marcha rápida del lugar donde esperaban encontrarnos. Tras un feroz enfrentamiento, los legionarios romanos se dispersaron por las escarpaduras y los bosques de maleza. Nuestros jinetes romanos fueron tras ellos y les cortaron la cabeza con sus espadas curvas como si fueran melones o, sencillamente, los arrollaron con sus veloces caballos, mientras padre, Bituito y yo observábamos la escena desde lo alto de una elevación, a lomos de nuestras monturas. De los quinientos soldados de la vanguardia romana, ni uno solo quedó vivo, con excepción de un tribuno llamado Pomponio que resultó ser el comandante de la caballería de Lúculo. Los hombres lo arrastraron hasta nosotros, sangrando de una terrible herida de espada, con el casco dividido y la frente casi partida en dos. Aunque apenas podía mantenerse en pie, Pomponio miró fijamente a

padre, carraspeó y le lanzó un pegote de flema a los pies.

Indignados, los capitanes póntricos procedieron a apalearlo al soldado, pero padre lo detuvo abriéndose paso entre ellos, hasta que se encontró frente al tribuno y le colocó su enorme mano en la garganta.

—*Salve, tribunus Pomponius* —le saludó en un latín afectado e intimidatorio—. Tu cohorte ha sido aniquilada y tu vida pende de mis cinco dedos. No me venderé con rodeos. Necesito que le lleves un mensaje a Lúculo. Dile que abandone el Ponto y que si lo hace dejaré que su ejército se marche en paz. De lo contrario, destruiré sus legiones, tal como hice hoy con tu desgraciada cohorte. Hazlo, tribuno, y serás mi amigo, yo trato bien a mis amigos. Niégate, y... —Apretó los dedos hasta que los ojos del romano se hincharon.

Pomponio cayó de rodillas, agarrándose la dolorida garganta, en tanto que los capitanes póntricos se apiñaban a su alrededor, comentando su despecho.

—¡Atrás! —bramó padre—. Dejad que el hombre respire. ¡Tiene una misión que cumplir!

Pomponio se levantó, esforzándose por respirar, y enderezó la espalda. La sangre de la cabeza y la cara se había solidificado, cubriéndole un ojo por completo y dificultándole la visión. La expresión de su cara, no obstante, conservaba toda su dureza cuando miró a padre.

—¡Tu amigo! —espetó con voz ronca—. ¡Tu amigo! ¡Por todos los dioses! Seré tu amigo cuando te entregues a Lúculo, no antes. De lo contrario, mátame si quieres, porque siempre seré tu enemigo. —Y comenzó a escupir de nuevo en los pies de padre.

Bituito se acercó y clavó su enorme puño en el estómago del hombre, que dobló el torso y cayó de rodillas.

—Inmundo romano —gruñó el galo—. Eres demasiado fiel a tu señor.

Pomponio levantó la vista, vidriosa a causa de las arcadas.

—Tu insulto me halaga, galo.

Bituito desenvainó su espada y apuntó hacia la cabeza del romano al tiempo que los jefes póntricos le alentaban a seguir y se alejaban prudentemente de la hoja.

—Perro —siseó Bituito—. Sangrarás por esto. Tu cabeza adornará el poste de mi tienda.

El romano sonrió a través de sus labios partidos y sangrantes.

—*Pedicabo te.* —Que te jodan.

Bituito enrojeció de ira y echó la espada hacia atrás para asestar el golpe, pero padre se interpuso entre los dos hombres.

—Aguarda, Bituito. Por Zeus, ojalá tu ingenio fuera tan afilado como tu espada. Este hombre es fuerte y no se rebajará, yo no esperaré otra cosa de ti si Lúculo te capturara.

Bituito bajó lentamente la espada, pero los capitanes pónicos, que no entendían nada salvo el hecho de que este hombre había insultado a su rey, se indignaron al escuchar las palabras de padre.

—¡Pensad! —gritó padre—. Estamos pidiendo a este hombre que traicione a su país y a su general, que se convierta en un traidor. ¿Y vamos a recompensarle por eso? ¿Esperaríais indulgencia de Lúculo si me traicionarais? El colmo de la traición es salvar la propia vida a cambio de la de vuestro país. Este hombre es leal. Él, de todos los romanos, merece regresar a su patria. Dadle un caballo y devolvedlo a Lúculo. Le convirtamos o no en nuestro amigo, transmitirá el mensaje.

Entre murmullos de desacuerdo, los guardias aparecieron con un caballo y ataron al ensangrentado Pomponio al animal para impedir que cayera a causa de su debilidad. Acto seguido, un explorador pónico lo condujo hasta el camino por el que las legiones no iban a tardar en aparecer.

Los romanos se hallaban ahora en una situación desesperada: lejos de su base y en pleno corazón del país enemigo. Lúculo sería aniquilado si decidía atravesar los valles o las escasas planicies de la región, donde los jinetes pónicos podrían interceptarle a voluntad; las montañas, por otro lado, eran demasiado escarpadas y el riesgo de sufrir emboscadas demasiado alto para confinarse allí. Tras conocer la suerte de su vanguardia, mucho antes de llegar a Cabira, marchó hasta lo alto de una pequeña colina, algo separada de las demás elevaciones, y estableció un campamento sólido, un campamento romano inexpugnable, donde permaneció oculto mientras decidía qué hacer a continuación.

Durante tres días nuestros hombres desfilaron frente al campamento romano y nuestros jinetes galoparon al alcance de tiro de las catapultas de los impasibles legionarios con la esperanza de instarles a entablar combate en la planicie que se extendía a sus pies. Y durante tres días Lúculo se negó siquiera a disparar desde sus atalayas a la caballería pónica, digiriendo todos nuestros insultos y burlas en silencio, con la paciencia de un ermitaño, en tanto que sus guardias observaban desde las empalizadas nuestras audaces maniobras. El tiempo estaba de nuestro lado. Si era necesario, aguardaríamos a que el hambre obligara a los romanos a salir de su fortín.

Al cuarto día, nuestros espías nos informaron de que una caravana con provisiones procedente de Capadocia avanzaba hacia el norte para abastecer al campamento romano. Padre no dejó escapar esta oportunidad de asestar un golpe mortal a su enemigo. Envío una unidad completa de caballería, cerca de veinte mil jinetes, a interceptar la caravana mientras él se quedaba para mantener con su infantería el cerco del campamento romano, yo también me quedé, cojo a causa de una herida.

Lúculo se percató del peligro y, adelantándose a nuestra caballería, envió diez cohortes de infantería, una legión entera, a escoltar la caravana. No tuvimos noticias

de lo acontecido hasta dos noches después, cuando cuatrocientos jinetes pónicos regresaron desordenadamente al campamento.

—Señor —dijo el oficial al mando del escuadrón de caballería, un capitán leal de Farnacia llamado Mirón que llevaba muchos años con nosotros, antes de caer de su debilitado caballo a los pies de padre—. Todo está perdido.

Padre le miró helado, incapaz de pronunciar siquiera las palabras necesarias para exigir una explicación.

—Los romanos nos tendieron una emboscada —prosiguió Mirón—. Nos atrajeron hasta un barranco donde nos era imposible maniobrar con los caballos y nos interceptaron.

—¿A los veinte mil? —susurró el rey, estupefacto—. Los romanos solo sumaban una legión...

—No a todos, señor —farfulló Mirón, como avergonzado, a pesar de que él había luchado valientemente—. A muchos, pero no a todos. Cuatro mil, tal vez cinco mil.

—¿Y el resto? Solo han regresado cuatrocientos. ¿Dónde está el resto?

—Huyeron a sus hogares, señor. Cuando vieron que la batalla estaba perdida, creyeron imposible el regreso al valle y empezaron a temer por sus familias, ahora que los romanos controlan los territorios del sur. Tu caballería se ha desintegrado.

Mirón estaba equivocado, aunque no en exceso. A lo largo de la noche fueron llegando al campamento otros mil o dos mil supervivientes. Padre apenas lograba asimilar lo ocurrido. Su infantería no podía hacer frente, sola, a los legionarios romanos, y sin la caballería, nuestra única ventaja sobre el enemigo se desvanecía, y también nuestros ojos y oídos, pues eran los exploradores de la caballería los que nos mantenían informados de los movimientos de los romanos y las condiciones circundantes. Sin caballería, debíamos abandonar el valle donde habíamos tenido sitiado el campamento romano. Debíamos adentrarnos de nuevo en las montañas.

Por primera vez en mi vida vi a padre al borde de la desesperación. Su único golpe de suerte había sido que los jinetes supervivientes hubieran regresado más deprisa de lo que podía avanzar la infantería romana. El cuerpo principal del ejército romano se hallaba todavía a varias horas de camino, de modo que Lúculo tardaría un tiempo en enterarse de su victoria. Si los dioses nos acompañaban, si actuábamos con rapidez, estábamos a tiempo de retroceder a las montañas antes de que el ejército romano pudiera reagrupar sus fuerzas para lanzarnos una ofensiva.

Normalmente, la sección más lenta de un ejército es el tren de equipaje. En una emergencia, gran parte del equipaje puede dejarse atrás si es necesario, pero no todo. Una parte que debe conservarse a toda costa son los fondos bélicos, así como los archivos militares, mapas y documentos que los acompañan, las vestiduras reales, los ahorros personales de los oficiales superiores y otros elementos voluminosos y difíciles de transportar. Las mulas y las carretas constituyen los medios de transporte

preferidos. Cabira llevaba más de un año siendo capital del Ponto *de facto*, desde que comenzara el sitio de Sínope, de modo que los archivos oficiales de todo el país, así como la mayor parte del tesoro real, estaban allí. Este equipaje no consistía simplemente en armaduras y herramientas de repuesto. Era de vital importancia salvarlo, impedir que cayera en manos romanas.

Padre tomó una decisión precipitada. Para no asustar a las tropas, ordenó que se preparara discretamente una caravana de mulas para la evacuación inmediata del equipaje antes de anunciar al ejército la retirada general.

Pero en un ejército tan endogámico como el pónico no existen secretos. Antes incluso de que se hubiera dado la orden de cargar los objetos de valor, entre las filas corrió el falso rumor de que el rey y su estado mayor tenían intención de huir por la noche con sus pertenencias y dejar que las tropas se las arreglaran solas. La idea, naturalmente, era absurda —padre había pasado por muchos apuros en su vida y jamás había abandonado a sus hombres—, mas era un rumor que los soldados rasos, inquietos por la derrota de la caballería, estaban dispuestos a creer sin más. Cada hombre llegó a la conclusión de que si los oficiales huían, también él debía hacerlo, y cuando las puertas traseras del campamento pónico se abrieron para dejar salir las mulas de carga, estas fueron atropelladas por una avalancha de hombres desesperados. Los dioses del Caos y la Desbandada entraron en acción.

El revuelo y la confusión que se adueñaron del campamento eran indescriptibles. Los hombres perseguían y asesinaban a los oficiales. Los capitanes que siempre habían gozado del respeto de sus tropas eran acuchillados como ladrones, sus cuerpos sostenidos en alto, lanzando rojos destellos de sangre bajo la luz de las antorchas. Hasta Hermeo, el sacerdote supremo, fue pisoteado y asfixiado junto a la puerta del campamento, señal del pánico absoluto que reinaba entre las tropas, pues ningún hombre en su sano juicio habría osado maltratar a un sacerdote, ni por miedo ni por dinero. Juro por los dioses vengadores de las alturas que fue la peor noche de mi vida.

Y Lúculo, en lo alto de la colina, lo estaba viendo todo.

Sin esperar a que amaneciera o siquiera la llegada de sus diez cohortes, organizó a sus soldados y lo apostó todo a una única ofensiva en masa. Nuestros puestos de avanzada nos habían abandonado al estallar el disturbio, de modo que los romanos descendieron sobre nuestro campamento sin previo aviso. Antes de que supiéramos qué estaba sucediendo, las cornetas romanas estallaron en nuestros oídos y su eco aún no había amainado cuando el infierno se cernió sobre nosotros.

Sin seguir táctica alguna ni tomar precauciones, los romanos irrumpieron como un huracán en el campamento, arrollando cuanto encontraban a su paso, tiendas, letrinas, hombres ya muertos o moribundos a causa del caos que había estallado. Pisoteaban las hogueras y apagaban las antorchas, hasta que la oscuridad lo envolvió todo salvo el reflejo malévolos de las estrellas en las espadas de los romanos. Los

oficiales póntricos gritaban órdenes destinadas a reagrupar a sus soldados y organizar una línea de defensa, mas todo en vano. Apenas las palabras habían salido de sus bocas, eran acuchillados, por romanos o por sus propios soldados. Era todos los hombres contra los oficiales póntricos, todos los romanos contra los soldados póntricos y ningún hombre contra los romanos. Cada soldado póntrico buscaba su propia huida, dando traspiés en la oscuridad, sangrando a causa de heridas infligidas por camaradas y enemigos por igual, tropezando con cuerpos que se retorcían de dolor y obstruían el camino. Los hombres corrían en todas direcciones, buscando el camino que tuviera menos obstáculos, un lugar donde refugiarse, una zanja o un montículo o un bosquecillo. La escena era sobrecogedora.

Al principio padre y yo intentamos cohesionar las tropas, perdiendo un tiempo de oro antes de comprender la causa del pánico, el malentendido que había provocado el motín, y durante ese tiempo estuvimos a punto de morir a manos de nuestros propios hombres. Una docena de alborotados reconoció a padre y rodeó a su caballo para atacarle con sus dagas. Padre espoleó al animal y echó a correr, pero los agresores se colgaron del cuello de la bestia y consiguieron derribarla. Tras levantarse de un salto, desenvainó su espada y se abrió paso a cuchilladas en medio de la oscuridad, hacia el lugar donde divisaba, contra el cielo estrellado, mi silueta y la de Bituito, que estábamos siendo igualmente agredidos. Atravesó el tumulto lanzando gritos de rabia a sus propios hombres, pero antes de darnos alcance nuestros caballos fueron derribados y caímos en medio de la refriega. Únicamente la oscuridad, la confusión y el ansia de los soldados de hacerse con los caballos y las riquezas que pudieran transportar nos salvaron de una muerte segura.

A trompicones, Bituito y yo logramos finalmente salir de debajo de los amotinados y los cascos enloquecidos de los animales. Me apoyé en el hombro del galo, pues la pierna me dolía atrozmente a causa de la caída. Finalmente llegamos junto a padre, que para entonces había comprendido la situación, arrojado el manto morado y cesado los bramidos con su inconfundible voz. La destrucción provocada por sus hombres lo tenía enfurecido, mas no había nada que pudiéramos hacer. Privados de casco y armadura, arrebatamos los escudos a los cadáveres que yacían en el suelo, desenvainamos nuestras espadas y nos sumamos a la caótica huida por las puertas traseras del campamento.

Zarandeados desde todos los costados por hombres enloquecidos de miedo, corrimos a ciegas por el abarrotado y negro camino, como balsas descendiendo por un río enfurecido. Los hombres gritaban y nos daban empujones cada vez que tropezaban con una piedra o un camarada. La idea de luchar estaba descartada. Necesitábamos concentrar todos nuestros sentidos y nuestra fuerza en, sencillamente, mantenernos erguidos, pues tropezar y caer bajo esa turba enloquecida significaba una muerte segura. Nuestros esfuerzos, sin embargo, no bastaron, pues de repente

escuchamos el toque de corneta casi sobre nuestros oídos, acompañado del galope atronador de una caballería. Los romanos, que habían cabalgado hasta la parte trasera del campamento, estaban ahora dando caza y muerte a los supervivientes pónticos y buscando a Mitrídates, el trofeo por excelencia.

No había posibilidad de escapar. Los cascos retumbaban a ambos lados del camino y por delante el avance se había detenido, pues la caballería bloqueaba también ese lado. Los hombres corrían de un lado a otro, confiando en la oscuridad de la noche para huir entre las patas de los caballos. Ahora todos los hombres se evitaban, conscientes, instintivamente, de que agruparse suponía destacar en la penumbra y atraer a la caballería romana. Cada hombre huía como un conejo, arrojándose al suelo cuando se le venían encima unos cascos, confiando en ser atropellados en lugar de acuchillados, y de repente nos encontramos solos en medio del camino, envueltos por el pánico y el caos.

Mantuvimos la calma y, finalmente, los dioses se apiadaron de nosotros y nos enviaron un poco de buena fortuna. A través de la penumbra y el polvo levantado por la caballería, divisamos una de las mulas que habían sido enviadas por delante con el tesoro, la auténtica causa del motín. La bestia avanzaba pesadamente por el camino, en medio del caos, sin jinete ni guía, tan impasible como si estuviera girando en un molino. Hacía tiempo que sus compañeras habían huido o caído muertas. Pensando en emplear al animal para escapar, echamos a correr hacia él, pero un pelotón de caballería romano detectó nuestro movimiento. La tenue luz no les permitía distinguir si éramos o no oficiales, mas poco importaba eso. Virando hacia nosotros, emprendieron el galope con sus espadas desenvainadas.

No teníamos tiempo de huir, ni lugar adonde huir, pues la caballería enemiga rondaba por todo el campamento. Al llegar junto a la mula, padre desenfundó su espada y con un amplio gesto la dejó caer sobre una de las bolsas de oro amarradas a los costados del animal.

El saco se abrió y una lluvia de estateros de oro brotó en todas direcciones, formando una pila a los pies del animal y dibujando luego una larga estela dorada cuando la mula echó a trotar, espoleada por el impacto de la espada. Padre alzó nuevamente su espada y la dejó caer sobre la otra bolsa, de la que empezaron a salir tetradracmas de plata. Esta vez la mula, como protesta por tan humillante trato, se tumbó en el suelo. Padre tuvo tiempo de levantar la espada una vez más y propinar a la estúpida bestia un poderoso azote en el lomo para que se pusiera en pie y echara a correr, pero no lo consiguió y finalmente desistió. Los dioses habían sido benévolos hasta el momento y no estaba bien venirse con exigencias. Más nos valía no desafiar a la suerte.

Al ver el oro, los soldados de caballería se detuvieron en seco. Como Atalanta con las manzanas doradas que Hipomenes le arroja durante la carrera pedestre, se

olvidaron de su objetivo inicial. Saltando de sus monturas, se abalanzaron sobre la mula para arrancarle los sacos medios vacíos, recoger las monedas con las manos y verterlas en los cascos. Sin tiempo que perder, tomamos tres de los caballos romanos y emprendimos el galope, sorteando los pelotones de caballería romana que acudían hacia el oro caído como moscas al estiércol. No se dignaron siquiera mirarnos. Tampoco nos persiguieron, pues, pese a su abrumadora victoria, prefirieron permanecer en el campamento para saquearlo a la luz del día.

Ningún hombre en la historia, estoy seguro, ha reunido tantos ejércitos como padre durante sus tres guerras contra Roma. Y sin embargo, me atrevo a decir que nadie ha perdido un ejército con tanta rapidez como él lo había perdido esa noche. De los hombres que se dispersaron, tan solo un pequeño cuerpo de, quizá, dos mil soldados, muy diferentes por el estado de su armadura y condición física, siguió nuestros pasos y se reunió con nosotros en los cañones secos del Alto Lico durante los días que siguieron. El resto, sencillamente, desapareció, ya fuera porque murió a manos de los romanos o porque huyó vergonzosamente a sus hogares. En el tiempo que transcurre entre un atardecer y un amanecer, lo que quedaba del último ejército pónico, los cuarenta mil hombres, había desaparecido de la faz de la tierra.



III

DURANTE SEIS MESES huimos como ladrones por el interior del Ponto, eludiendo los castillos y enfrentándonos en pequeñas escaramuzas con partidas de exploradores de Lúculo. Las primeras semanas que siguieron al colapso de Cabira la caballería romana nos persiguió con ahínco, impaciente por capturar el trofeo máximo que durante décadas les había sido esquivo. Evitábamos incluso la hospitalidad de los viejos vasallos de padre, pues Lúculo tiraba de los hilos políticos con la misma habilidad que los militares. Torturaba y mataba a toda persona que nos ofrecía ayuda cuando pasábamos por sus tierras y recompensaba con oro o con cargos políticos a quienes desatendían nuestra petición de provisiones o, peor aún, reunían sus propias milicias y nos perseguían como sabuesos hambrientos. Sínope, nuestra hermosa capital, finalmente cayó ante los romanos, desmoralizada, hambrienta y abandonada por su último frente marítimo de defensa, los piratas, que habían partido en busca de aguas más lucrativas. Las llamas engulleron la ciudad hasta la misma costa y los habitantes se dispersaron. Amisos corrió igual suerte poco después y no había duda de que Farnacia sería la siguiente, pues los romanos avanzaban implacables hacia el este, estrechando el cerco.

Por el sur, Capadocia se hallaba ocupada; por el norte, el acceso al mar estaba cortado, y el ejército romano marchaba con paso lento y seguro desde el oeste. Todavía teníamos fortalezas en las montañas que nos proporcionaban cobijo temporal, pero estaban cayendo con rapidez y cada derrota abría otra grieta en la lealtad de quienes aguantaban, lo que ponía cada vez más en peligro nuestra seguridad y anonimato. Un rey raras veces consigue viajar en el anonimato, incluso entre aliados incondicionales. En cada ciudad que entrábamos, padre era aclamado por el pueblo por resistir frente a los romanos y vilipendiado secretamente por quienes creían que traíamos la destrucción, como la peste. Hasta pasar la noche dentro de los muros de un castillo se convirtió en un riesgo excesivo. Había habido demasiadas emboscadas e incursiones de cuadrillas romanas asesinas.

Nuestra banda entraba en los pueblos los días de mercado para obtener víveres y luego partía con la misma velocidad con que había llegado, rechazando cualquier acto ceremonioso o escolta. Acampábamos en enclaves recónditos de los que podíamos huir con rapidez, evitando encender hogueras durante el día para no alertar al enemigo con el humo, y apresábamos y ejecutábamos con garrote a los romanos que

cometían la negligencia de acercarse demasiado. Hacíamos todo eso con la esperanza de que los rumores sobre nuestro paradero se desvanecieran. Mas era en vano. Por cada explorador que matábamos aparecían otros tres en el horizonte. Por cada jefe que proclamaba su lealtad eterna al rey, diez pastores o campesinos estaban dispuestos a desvelar nuestro paradero a cambio de uno o dos tetradracmas de plata.

Era imposible reagruparse en esas circunstancias. No podíamos reclutar ni adiestrar a nuevos soldados. Apenas teníamos suficiente comida para alimentarnos a nosotros, y en poco tiempo de los dos mil hombres reagrupados tras la caída de Cabira, apenas quedaba la mitad. Padre ni siquiera se molestaba en dar caza a los desertores. En otros tiempos habría tratado a estos con más dureza aún que a los prisioneros enemigos, pues, en su opinión, el enemigo, cuando menos, se mantenía leal aunque fuera a la causa equivocada, y eso en cierto modo le disculpaba. Ahora, sin embargo, las deserciones apenas arrancaban de él un encogimiento de hombros.

El brillo de sus ojos había sido reemplazado por una mirada entornada y cansina. Su larga melena, que lucía siempre suelta como Alejandro, había pasado del castaño al gris acerado en cuestión de semanas. El cuerpo, aunque todavía grande y fuerte, aparecía más delgado debido a las raciones irregulares y a las muchas horas que pasaba sobre la silla de montar. Había perdido incluso el caminar brioso que yo siempre había intentado emular, y ahora andaba con paso preocupado, un ligero encorvamiento y el desasosiego dibujado en la cara. Desde la caída de Cabira, padre había envejecido, como si después de pasarse años bebiendo diariamente el elixir de la vida, de repente hubiera perdido la fórmula y sus sesenta y dos años le estuvieran dando rápido alcance. En toda la región un único soberano le superaba en edad, su propio yerno Tigranes de Armenia, probablemente veinte años mayor que él y, según contaban, decrépito y al borde de la demencia. Armenia estaba hacia el este y constituía nuestra única vía de escape frente al avance de las legiones romanas. Así pues, era al rey Tigranes al que pediríamos asilo.

Mientras avanzábamos por los estrechos desfiladeros del interior, la mente de padre no estaba concentrada en cómo salvar sus posesiones y su reino, pues la oportunidad para eso ya había pasado, sino en cómo privar a los romanos del uso de tales posesiones. Ahora eran nuestras manos las que prendían fuego a los castillos por los que pasábamos y las que empaquetaban sus tesoros y archivos para llevárnoslos o enterrarlos en lugares secretos. Muchos jefes aceptaban lealmente la terrible medida y unían sus guarniciones a las nuestras. También los castillos y fortalezas que se hallaban fuera de nuestra ruta eran destruidos, pues padre enviaba oficiales de confianza en todas direcciones con despachos que ordenaban a los vasallos recoger todos los objetos de valor y unirse a él al otro lado de la frontera, en Armenia. La mayoría obedecía, y los romanos, a lo largo de su marcha hacia el este, encontraban las fortalezas en ruinas, los valiosos archivos sobre las campañas de padre destruidos

y los informantes romanos pasados a cuchillo.

Pero la misión más delicada de todas fue la que yo mismo tuve que llevar a cabo en Farnacia, la ciudad costera donde moraban las mujeres de los harenes reales, enviadas allí años atrás para su protección. Mis órdenes eran llevarme a las mujeres que Lúculo pudiera considerar dignas de ocupar un lugar en su triunfo en Roma. Entré en Farnacia con un pequeño escuadrón de soldados póntricos y un viejo eunuco llamado Baquides, en quien podía confiar para que identificara a las grandes damas, algunas de las cuales habían sido enviadas a Farnacia cuando yo aún no había nacido. Al día siguiente de nuestra llegada, la flota romana cercó el puerto y dos legiones de Lúculo cerraron las vías de salida de la ciudad. Por tanto, el rescate seguro de las delicadas mujeres, algunas de ellas ya mayores, no iba a ser factible. Los romanos las capturarían, probablemente las violarían y se las llevarían a Roma, la peor vergüenza que podían padecer, y también padre. Solo existía una solución.

Las dos hermanas mayores del rey, mis tías Roxana y Estatira, a las que no había visto desde niño y, por consiguiente, no reconocí, fueron las primeras. Roxana, la vieja arpía, llegó forcejeando y maldiciendo a padre en nombre de los hades por haberla destinado a una vida de amarga virginidad, sin haber podido casarse con su hermano tras la desastrosa unión de este con Laodice pero tampoco con un hombre de menor rango. Apuré con resentimiento la copa de leche de yegua con arsénico que le ofrecí y se tendió en su lecho. En medio de sus últimas convulsiones la mujer reunió suficiente energía para agarrarme de la manga, tirar de mí y escupirme en la cara. Murió con una sonrisa de satisfacción.

Estatira, aunque unos años menor que Roxana, había llevado una vida prácticamente idéntica a la de su hermana. No obstante, a diferencia de esta, casi recibió su sino con alegría. Tomó la copa y la alzó pausadamente para inspeccionarla, adoptando una pose aristocrática, como una reina de las tragedias griegas. Mientras bebía, hizo una mueca involuntaria al sentir el ardor en la garganta pero, a diferencia de su hermana, recuperó la compostura, se tumbó y dio gracias a su hermano por darle la oportunidad de tener una muerte noble y libre, y no como esclava de los romanos.

Aunque yo apenas conocía a estas dos mujeres, la experiencia me afectó profundamente. He librado batallas, matado hombres, vendado mis propias heridas. Sin embargo, la muerte de estas mujeres me dejó tremendamente turbado. Todavía quedaban docenas por morir, un palacio entero, las parientas lejanas de estas grandes damas, oscuros miembros de la familia real de cuya existencia apenas era consciente, multitud de doncellas, concubinas que el rey había recibido a lo largo de los años como obsequios de Estado pero a las que apenas había conocido o había conocido solo brevemente antes de guardarlas con las otras. Peor aún, quedaba Monime. Pese a lo mucho que lo deseaba, no podía eludir esa tarea, no podía asignársela a Baquides.

Padre exigiría un relato de primera mano. Me armé de valor con ayuda de una copa de vino sin aguar y me dirigí a sus aposentos. Aunque llegué sin previo aviso, me estaba esperando.

Monime fue la más lastimosa de todas las criaturas, la más reacia a aceptar su sino, quizá porque, a diferencia de las hermanas del rey, el suyo era un destino que ella se había creado, no un destino determinado por los dioses o el accidente del nacimiento. Cuando padre la eligió entre el gentío dos décadas atrás, le ofreció una fortuna en oro por el alquiler de sus encantos. Monime pudo haber aceptado y servir alegremente como cortesana durante el tiempo que sus favores hubieran sido del agrado del rey y luego partir libre y acaudalada. No obstante, al aferrarse a la diadema de concubina real, había aceptado no solo esa condición sino el destino que la acompañaba, pues ser concubina significa ser esclava del lecho real de por vida. Cuando la concubina real deja de ser la favorita, debe retirarse al establo, como un caballo de carreras gastado, con las demás concubinas deslucidas. A sus hermosos diecisiete años, ni por un momento había pensado Monime que su gloria sería precedera. Con su destierro a Farnacia años más tarde, sin embargo, empezó a asimilar su destino. Ahora, con mi llegada, ese destino adquiriría la forma de una realidad mortal.

Cuando el imperturbable Baquides y yo aparecimos en sus aposentos, Monime se puso furiosa. Hacía muchos años que no la veía, pero su expresión de enojo, las palabras despectivas que atravesaron sus labios, me trajeron de nuevo todas las emociones dolorosas que experimentara de niño, durante los años que viví con ella en Pérgamo. Cuando clavó su altiva mirada en mí, quedé momentáneamente paralizado.

—¿No tienes palabras de bienvenida para tu madrastra? —espetó—. ¿No tienes un beso para mi mejilla? ¿O quizá los asesinos como tú no son capaces de mostrar el debido respeto y afecto a sus mayores?

—No eres mi madrastra —respondí fríamente—. Padre nunca te desposó, e hizo bien.

Monime se arrancó la diadema que había seguido luciendo cada día como una reina y la arrojó al suelo, esparciendo las perlas y pequeñas gemas por toda la habitación. Luego comenzó a pasearse por las estancias lamentando su suerte y rogando a todos los dioses del cielo que derribaran a Mitrídates, que me infestaran con alguna enfermedad repugnante, para así aplacar su rabia. Baquides la observaba con paciencia.

—Señora —dijo finalmente—, ya no compartes el lecho del rey, pero conservas toda la belleza de la juventud. —Monime titubeó ante el inesperado cumplido del eunuco—. De hecho, tu hermosura ha aumentado y se ha dulcificado con el paso del tiempo.

Monime se serenó lentamente y se alisó las ropas, como si estuviera aguardando a

un pretendiente. El corazón se me llenó de desprecio al ver la facilidad con que saltaba de una emoción a otra, como una actriz en una obra de teatro subida de tono.

—Como es lógico —prosiguió Baquides—, cualquier hombre se sentiría afortunado de estar en presencia de un espécimen tan encantador.

Yo no daba crédito a mis ojos. La mujer había empezado incluso a acicalarse, a ahuecarse el pelo mientras se contemplaba con coquetería en un espejo de pared. ¿Qué pretendía el eunuco al hablarle así? Mordiéndome la lengua, escuché la respuesta de Monime.

—Gracias, Baquides. No son muchos los hombres que reparan en los numerosos esfuerzos que hace una mujer para mantenerse atractiva, sobre todo viviendo en condiciones tan abominables. Naturalmente, no me cabe duda de que todo esto es, sencillamente, un error...

—Ciertamente —prosiguió el eunuco con una tenue sonrisa en los labios—, el rey no ha olvidado tu excepcional belleza. —Monime se ruborizó como una virgen—. Está tremendamente preocupado. Piensa en cuál sería tu suerte si los romanos te capturaran. ¿Crees que saldrías del palacio con el honor intacto? El primer legionario mugriento que escalara los muros iría directamente al harén...

Monime se puso pálida y retrocedió.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esas atrocidades? —siseó—. Aunque los romanos me capturaran, soy una concubina real. Ninguno sería digno de mí, ninguno se hallaría a mi nivel, exceptuando, quizá, el propio Lúculo... —Se detuvo y miró rápidamente a Baquides y luego a mí, comprendiendo, con creciente horror, que acababa de pronunciar las palabras que sellarían su muerte.

—Justamente —dijo el eunuco, tomando la leche y mezclándola con el mortífero jarabe—. Es justamente eso, que Lúculo se apodere de las posesiones más valiosas del rey, lo que debemos evitar. Por el bien del rey y por el vuestro. —Le tendió la copa.

Monime retrocedió y, en un golpe de inspiración, me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Farnaces, ¿no tienes nada que decir? ¿Es que nada conmueve tu corazón? ¿Acaso no guardas recuerdos de Pérgamo que no sean odiosos, que no estén envenenados por la amargura? En aquel entonces eras solo un niño. Todos los niños padecen angustias, no deberías culparme de tu ira...

Desvié la mirada, decidido a mantener el semblante impertérrito, a no dejarme conmover por sus ruegos. Mi mente se remontó a un pasado lejano, al momento en que Bituito se acercó por primera vez a ella en medio de la multitud para pedir que fuera trasladada al lecho del rey y le produjo aversión el significado griego del nombre Monime, «toda sola». Ahora comprendía lo perspicaz que había sido en su interpretación.

—¿Farnaces? —prosiguió, acercándose con cautela y posando una mano en mi hombro, sin apartar la vista de la copa que sostenía Baquides—. ¿Realmente te envié tu padre a hacerme esto? No tienes por qué hacerlo. Él es un hombre viejo, Farnaces, pero yo todavía soy joven, como tú. Tú eres su heredero, no estás obligado a obedecer órdenes que podrías lamentar después de su muerte.

—No soy yo su heredero, sino Makarios, yo no soy más que un soldado.

El rostro de Monime se endureció durante unos instantes y luego recuperó su expresión suplicante.

—Te equivocas. Tu padre no valora a Makarios, para él no es más que un perro faldero. Tú eres su verdadero favorito. Todo lo que hagas te será perdonado, como hasta ahora. ¡Ni siquiera tendría que saberlo! Podría huir por la puerta de atrás y luego podrías decirle que cumpliste con tu deber...

La mente me daba vueltas. «Lealtad, el aspecto que padre más valoraba en un hombre. Perdonaría incluso a un romano si este fuera leal a su señor. Así y todo, ¿merecía realmente Monime este sino? Era una mujer de recursos, probablemente sobreviviría a la invasión romana. Pero no, ¿cómo podía pensarlo siquiera? ¿Cómo podía desobedecer? Si un hombre traiciona a su padre, se traiciona a sí mismo». Contemplé a Monime, el maquillaje corrido, la patética mueca suplicante de su boca mientras las palabras seguían brotando, suaves y melifluas, de sus labios. Entonces reparé en sus ojos, unos ojos que, pese a los talentos de su dueña, no podían ocultar sus verdaderos sentimientos, pues me miraban con un odio y una malevolencia que no había visto hasta ese momento, ni siquiera en los enemigos con los que había lidiado. Sus ojos me perforaron, pero hacía mucho que me había vuelto inmune a su veneno, y mi propia mirada glacial se burló de las lágrimas y lisonjas con que Monime intentaba ablandarme. Tan solo sentía asco. Me di la vuelta e indiqué a Baquides que le entregara la copa.

Monime empezó a gritar. Tras arrancarse el largo pañuelo que utilizaba para recogerse el pelo, corrió hasta el aplique de una antorcha. Colgó el tocado de un clavo que sobresalía, introdujo la cabeza en el lazo y se arrojó al suelo, trasladando todo el peso de su cuerpo al cuello.

La tela no aguantó y se desgarró al instante, pero el impulso de la embestida estrelló a Monime contra la pared con un crujido escalofriante. Mientras Baquides corría a su lado, cayó lentamente al suelo con la cabeza torcida en un ángulo espeluznante.

Monime seguía viva, pero el cuello se le había partido como una pequeña rama. No podía mover el cuerpo, ni tan siquiera ingerir el preparado que Baquides le ofrecía. Lleno de desprecio por las últimas palabras de Monime, incapaz de permanecer en la estancia un minuto más, me marché. Baquides satisfizo el último deseo de Monime de forma rápida e indolora y me trajo el cuchillo todavía

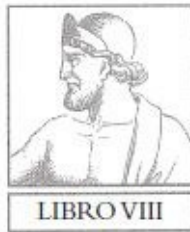
ensangrentado como prueba del sacrificio.

Una semana después padre y su séquito cruzamos el Éufrates en barcos arrendados y pasamos a Armenia, lejos del control romano. En la orilla nos esperaba una comisión de Tigranes. Para nuestro estupor, un pelotón de su guardia personal, apodada los Inmortales, nos rodeó nada más desembarcar. Los guardias desarmaron a nuestros soldados y, acto seguido, nos trasladaron a padre, a Bituito y a mí no al palacio del gran rey en Tigranocerta, sino a una pabellón de caza que Tigranes tenía en las montañas, cerca de la frontera.

Estábamos bajo arresto y teníamos prohibido salir del rústico castillo so pena de muerte. Tigranes desoyó las protestas de padre, sus cartas y peticiones. Incluso me negó el permiso de penetrar en los bosques circundantes para recoger la sangre de pato y las hierbas que necesitaba para preparar la pócima diaria de padre, hasta que se nos agotaron las existencias y padre empezó a sufrir ataques y convulsiones. Solo entonces nos permitieron contar con los servicios de un boticario del lugar, que nos proporcionaba los ingredientes que necesitábamos a precios exorbitantes.

Ese invierno, las últimas fortalezas del interior del Ponto se rindieron a Lúculo y los romanos retrocedieron a sus bastiones de la costa. Padre envió numerosos emisarios al viejo rey Tigranes para exigir su liberación e insistir en que fuera tratado como correspondía a un rey del Ponto y un enemigo acérrimo de los romanos. Estos emisarios se cruzaban a menudo con otros heraldos que portaban estandartes romanos y mensajes de Lúculo para Tigranes exigiendo exactamente lo mismo, que liberara a padre de su cautiverio y lo entregara a Roma. Lo que Roma había sido incapaz de obtener por la fuerza pretendía conseguirlo ahora mediante la presión diplomática.

Y Tigranes todavía tenía que dar una respuesta.



EXILIO

No sé si declararte humano o divino, aunque creo que eres un dios...

LA PITIA DE DELFOS



I

TIGRANES ERA UN REY con poco cerebro, pero dotado de una buena dosis de malévolas astucia. Cualquier rey capaz de sobrevivir tantos años, pese a las traiciones y conspiraciones que conlleva el pertenecer a una dinastía real en Oriente, ha de poseer cierto instinto para la intriga política. La buena fortuna de Tigranes, no obstante, estaba en que en sus sesenta años de reinado y sus ochenta años de vida jamás había sufrido una amenaza importante, y no porque Armenia fuera un reino especialmente poderoso. Ciertamente tenía su buena cuota de oro y recursos humanos, que en un buen año podía competir con cualquier reino de Asia, pero Partia, su vecina por el este, con un territorio que abarcaba desde Siria hasta India y atravesaba el gran desierto de Arabia, era mucho más rica. En Egipto, la dinastía ptolemaica gobernaba sobre una población mucho más concentrada, dotada de rápidas vías de comunicación a lo largo de su gran río que permitían reunir un enorme ejército y una armada en el tiempo que los mensajeros de Tigranes tardaban en encontrar los mejores puertos de montaña para atravesar el reino. Roma, por supuesto, era la potencia más agresiva del Mediterráneo, poseedora de los ejércitos mejor adiestrados y los mandos más profesionales; y el Ponto, por el oeste, era poderoso, ambicioso y rico.

Tigranes había resistido durante años a tales amenazas y, debido a ese logro, poseía una elevadísima opinión de sí mismo, tan elevada, de hecho, que recientemente se había otorgado el título de Gran Rey, Rey de Reyes, y se había hecho construir una capital en las montañas armenias, Tigranocerta, cuya opulencia no tenía nada que envidiar a las ciudades de otros reyes. El tesoro de Tigranes rebosaba de oro y plata, metales preciosos, estatuas, muebles y valiosas obras de arte. Los enormes muros de su capital, de cincuenta codos de altura, estaban rodeados de establos que acogían las vastas manadas de camellos, elefantes y purasangres del rey. Y en los bosques circundantes había construido un magnífico palacio con amplios jardines, cazaderos y lagos artificiales.

Pero que Tigranes se atribuyera personalmente aquel logro era, sin embargo, innecesario. Partia llevaba años desgarrada por luchas internas que minaban el poder de sus soberanos. Egipto sufría el reinado endogámico y despechado de sus «faraones» macedonios, una raza en vías de extinción ahora que Roma estaba consolidando su control sobre la región. Roma nunca había mostrado interés por Armenia, pues le parecía un territorio demasiado remoto para poder conquistarlo y

administrarlo eficazmente, y en fin, Tigranes era amigo del Ponto, o eso creía padre; fue a Tigranes a quien, muchos años atrás, padre había entregado a su hija en matrimonio.

Padre había confiado en ganarse el favor del rey armenio, en obtener su apoyo para recuperar su reino, para que apoyara sus sueños o cuando menos para protegerle de las legiones de Lúculo. En lugar de eso, había sido arrestado apenas una hora después de cruzar la frontera. El desaprensivo Tigranes no sabía realmente a quién deseaba apoyar en esta lucha y quería mantener a padre en una situación que le permitiera entregarlo a los romanos si la ocasión lo exigía.

Tigranes se negaba incluso a permitir que padre defendiera su caso personalmente, pues las tropas de Lúculo se iban aproximando en su implacable conquista del territorio pónico. Finalmente, con todo, se dignó conceder una audiencia a un embajador elegido por padre, a la que también debía asistir un representante de Lúculo. Sería un juicio donde los embajadores harían de abogados del demandante y el acusado y el viejo Tigranes de juez. El cuñado de Lúculo, Claudio Pulquer, defendería la posición de Roma, que era obtener la entrega del rey pónico, y yo sería el abogado defensor de padre. Viajé rápidamente al palacio de Antioquía, donde Tigranes estaba residiendo entonces con su corte.

En opinión del Gran Rey, como abogado de un prisionero eran pocos mis derechos y aún menos mi prestigio. De hecho, ni siquiera me permitieron elaborar una defensa convincente. Cuando llegué al palacio a la hora convenida, me acompañaron hasta la sala de audiencias. El aire era tan denso, debido al incienso y los perfumes de los cortesanos y pajes, que apenas podía respirar. Aunque lucía la túnica morada y la armadura labrada propias de mi rango de general de caballería y príncipe, los guardias me obligaron a arrodillarme y, seguidamente, a estirarme frente a los pies arrugados y nudosos del monarca. Únicamente cuando hube accedido a semejante humillación me fue permitido ponerme en pie para defender a padre ante un hombre al que no había visto antes pero que era, de hecho, mi cuñado.

Jamás he conocido a nadie igual, y espero no volver a hacerlo. Pese a lo fuerte y robusto que Tigranes había sido en otros tiempos, pues había escuchado relatos acerca de su gallardía y vigor juveniles, ahora era la criatura más arrugada y marchita que había visto en mi vida, si bien no habría esperado otra cosa de alguien que se hallaba en su novena década de vida. Calvo como un bebé, sin un solo pelo o mechón, su cabecita parecía hundirse en el cuello del elaborado peto que lucía sobre el tronco, peto que quizá le había encajado bien seis décadas atrás pero que ahora lo empequeñecía, dominando como a una tortuga su concha. Por ambos costados asomaban dos brazos morenos y flacuchos, cuyos dedos martilleaban impacientemente las pezuñas leoninas que adornaban los brazos del trono, y por debajo de la larga túnica ceremonial emergían dos canillas, con un pie colocado

ligeramente delante del otro y los dedos apuntando en mi dirección. Se me ocurrió entonces que quizá hubiera debido besárselos, de acuerdo con la costumbre. La mueca de irritación de Tigranes revelaba claramente que no gozaba de su aceptación.

—¿Farnaces, el hermanastro de mi esposa? —preguntó ásperamente al viejo eunuco que se hallaba a su lado con un pergamino en las manos, anunciando cada una de las llegadas al duro oído del rey.

El eunuco no había tenido tiempo de hablar, pues el rey le había interrumpido cuando se aclaraba la garganta para anunciarme formalmente.

Mirándome con ojos legañosos, se inclinó en la medida de lo posible. La cabeza hizo una ligera reverencia, acompañada sin duda de los hombros y el pecho, pero la pesada armadura permaneció inmóvil.

—No necesitas presentación —dijo, tosiendo—. Eres la viva imagen de tu padre, al que vi por última vez cuando tenía probablemente tu edad... —Al oír el cumplido, enderecé deliberadamente la espalda y alcé el mentón en tanto que Tigranes proseguía—... aunque debo decir que pareces mucho más pequeño. —Me despidió con un gesto seco de los dedos—. Estoy al corriente de las actuales circunstancias de tu padre.

Sin permitirme pronunciar palabra, un guardia me agarró del codo y me llevó hasta una fila de reyes vasallos y jefes que habían asistido a la audiencia con la esperanza de resolver sus propias disputas. La voz clara e infantil del eunuco resonó por encima del quedo murmullo.

—El tribuno Apio Claudio Pulquer, embajador del general romano Lucio Licinio Lúculo.

Un hombre de unos treinta años se acercó a Tigranes con grandes zancadas, luciendo el uniforme de gala romano, una espada corta con incrustaciones en la cadera izquierda y un casco bajo el brazo derecho con la crin roja claramente visible. El rostro, apuesto y bronceado, expresaba su desdén por las ceremonias orientales, y su arrogancia podía leerse en la mandíbula y el porte. Le atravesé con la mirada, tan intenso era el odio que sentía en ese momento, mas él me desdeñó por completo, gesto que me perturbó aún más que si me hubiese mirado igualmente con odio. Después de todo, no hay peor insulto que la indiferencia.

—Rey Tigranes —dijo cuando se detuvo frente al trono, con el tono que emplea un padre con un hijo pequeño.

Tuve la impresión de que había omitido el título de «Rey de Reyes» a propósito, lo que constituía una violación del protocolo sutil pero grave. Aunque advertí que el guardia ejercía en su codo la misma presión que había ejercido en el mío para obligarle a postrarse, Pulquer se lo quitó de encima con visible irritación y permaneció erguido. Entre los cortesanos corrió un murmullo de estupefacción por esta falta de deferencia con su rey.

—Rey Tigranes —repitió Pulquer al percatarse de que tenía encima todas las miradas—, te doy las gracias por los magníficos presentes con que me obsequiaste ayer, a mi llegada a Antioquía. Lamento decirte que no puedo aceptarlos, pues no he venido a negociar ni a parlamentar, sino a traerte un ultimátum de mi general.

Los ojos de Tigranes saltaron de la huesuda cabeza y una vena azul empezó a martillearle la sien. Si alguno de sus súbditos le hubiera hablado en ese tono tan perentorio, tan irrespetuoso, esas habrían sido sus últimas palabras. De hecho, advertí que las manos de los guardias viajaban hasta las empuñaduras de sus espadas curvas. Pero el rey, fingiendo que tosía, no dijo nada y el tribuno continuó.

—El general Lúculo te envía un cordial saludo. También pide que le entregues de inmediato al rey Mitridates Eupátor VI del Ponto, encadenado, para ser juzgado por sus crímenes ante un tribunal romano.

Tigranes se removi6 algo más dentro de su armadura, aunque para entonces sus dedos habían detenido el tenso martilleo. Era evidente que estaba esforzándose por controlar la rabia que le producían la arrogancia y la osadía del tribuno, pues la corte armenia veía como una vergüenza, como una falta de educación y de autodomnio, mostrar la ira en público. Respirando profundamente, se obligó a esbozar una tenue sonrisa sardónica, la cual asomaba justo por encima del cuello dorado de la coraza.

—Has hablado de un ultimátum, tribuno —resolló—. ¿Qué propone hacer tu general si no accedo a su petición?

—Si no accedes, rey Tigranes —declaró Pulquer en un tono tan firme y seguro como en su saludo inicial—, Roma combatirá contigo hasta que le entregues al rey criminal para ser llevado ante la justicia. Armenia será destruida.

Se detuvo para dar mayor dramatismo a sus palabras, mas no era necesario. La audacia del tribuno había dejado a la corte estupefacta.

—Partiré por la mañana —continuó Pulquer—. Te ruego que antes de eso me des una respuesta. —Dicho esto, asintió con la cabeza, giró bruscamente sobre sus talones y se marchó por donde había venido, abriéndose paso a empujones entre la multitud de eunucos y cortesanos mudos que se había acercado para escuchar el extraordinario intercambio de palabras.

La respuesta era previsible, y tanto si Lúculo deseaba la guerra con Armenia como si no, el claro desafío de Pulquer no dejaba a Tigranes más que una opción si deseaba conservar su autoridad. Ordenó la concentración del gran ejército de Armenia y envió exploradores para controlar los movimientos de las legiones romanas. Padre, finalmente, fue llamado a la presencia del Gran Rey, no para recibir castigo sino para aconsejarle sobre los puntos fuertes y las tácticas de este nuevo invasor. Mientras sus mil exiliados pónticos se quedaban aguardando con impaciencia, padre partió para reunirse con Tigranes en el lugar donde se estaba reagrupando el ejército, una fortaleza secreta en los montes Taurus.

—¿Tigranes no se cree que los romanos invadirán su reino? —me preguntó padre con incredulidad.

—Confía en lo que le dicen sus cortesanos —respondí—. Aseguran que Lúculo no defendería ni Éfeso si Tigranes decidiera plantarle batalla.

—¿Cómo explica entonces las dos legiones que acaban de entrar en territorio armenio desde el Ponto?

—Exactamente como eso, como dos meras legiones. Tigranes asegura que Lúculo lo hace para tener distraído al Senado. Ha sometido al Ponto, pero desea conservar su mando. Para ello, sin embargo, tiene que demostrar que aún se halla en campaña. Sus otras tres legiones están todavía reduciendo al Ponto, de modo que solo le quedan dos legiones libres, lo que suma diez mil hombres y dos mil mercenarios montados. Tigranes cree que Lúculo saqueará algunas poblaciones fronterizas, te buscará y retrocederá en cuanto los armenios se impongan.

Padre reflexionó en silencio.

—En ese caso, ¿a qué viene tanta concentración? Tigranes está concentrando el Gran Ejército.

Carecía de respuesta para esa pregunta, pero había pasado las últimas semanas en el entorno de Tigranes, observando la llegada de las tropas. La caballería armenia, en concreto, era formidable. Estaba formada por catafractos, guerreros profesionales vestidos de los pies a la cabeza con armadura, al igual que sus imponentes caballos. Una caballería tan pesada era inexpugnable. Una sola carga de estos jinetes, que como sus hermanos de infantería luchaban en formación de falange, bastaba para destruir al enemigo o, cuando menos, debilitarlo lo suficiente para que un rápido barrido de la infantería pudiera acabar con él.

Me encogí de hombros.

—La decisión de reagrupar al Gran Ejército no es enteramente suya. Tigranes preferiría hacer caso omiso de Lúculo hasta que este se marchara. Lo llama grano en el culo. Pero sus jóvenes jefes están pidiendo sangre romana. Hace años que no combaten y tienen ganas de luchar. Son ellos los que han agrupado el ejército. Tigranes se limita a observar divertido.

Padre sacudió la cabeza con indignación.

—Durante años pedí a Tigranes que se uniera a mí para luchar contra los romanos, pero el muy patán siempre se negó. Hasta le entregué una hija casadera. Ahora comprendo que lo acertado habría sido hablar con los jefes.

—Tendrás oportunidad de hacer ambas cosas esta tarde. Tigranes quiere que asistas a una reunión con su estado mayor.

Padre se echó la melena gris hacia atrás y se ajustó la daga que llevaba atada al cinto.

—Pues me va a oír ese viejo ladrón de caballos. Ten por seguro que me va a oír.

En la espaciosa tienda de Tigranes, padre, yo y el general pónico Taxiles, que se había unido recientemente a nosotros, explicamos la situación al viejo rey, hicimos hincapié en nuestra experiencia bélica con los romanos y expusimos nuestro plan. Taxiles era nuestro representante, pues, al desempeñar un rango menor, era más diplomático que él hablara primero para, de ese modo, permitir que el rey Tigranes respondiera libremente, sin temor a ofendernos si creía necesario criticar el plan.

No porque a Tigranes le preocupara ofendernos.

—Señor —declaró confidencialmente Taxiles—, Lúculo ha avanzado hasta tu capital, Tigranocerta, sin encontrar resistencia de...

—Es solo una finta, general —le interrumpió Tigranes en tono de regañina—. Sus legiones se dispersarán en cuanto aparezca el Gran Ejército. Cuanto más le permitamos adentrarse en nuestro territorio, más fácil nos será aplastarlo. Dejad que entre.

Taxiles observó detenidamente al rey.

—Nuestra experiencia, señor, es que los romanos, hasta cuando pierden, son capaces de causar numerosas bajas a su enemigo. Tu ejército es, sin duda, imponente. No obstante, ¿por qué correr el riesgo de perder a algunos de tus magníficos guerreros, por pocos que sean?

Tigranes le clavó una mirada torva.

—Me desagrada tu tono, soldado —declaró—. Estás insinuando que mis fuerzas son inferiores a esos itálicos de plaza de armas. Quizá sean capaces de hacer daño a guerreros inferiores —y miró a padre, que escuchaba impasible con los dedos de las manos unidos por las yemas y los párpados entornados—, pero no al Gran Ejército, y aún menos en su propio territorio. Estamos hablando de las legiones veteranas de Lúculo, si no me equivoco. Deben de estar a punto de jubilarse. Probablemente se trate de una pandilla de viejos, y encima solo suman dos legiones. Me tiemblan las rodillas. ¿Has terminado, general?

—No, Majestad. Soy plenamente consciente de las elevadas aptitudes y cifras de tu ejército, pero creo que debemos intentar destruir al enemigo con el mínimo número de bajas posible. Permite que Lúculo se acerque a tu ciudad, incluso que la cerque y cave sus infernales trincheras. Tu verdadero punto fuerte, señor, es la caballería, tanto los catafractos como la caballería ligera. Controla el campo abierto alrededor de las líneas romanas. Impide que el enemigo se abastezca. Tigranocerta está fuertemente guarnecida. Los muros podrían aguantar varios meses. Podrías hacer que el hambre empujara a Lúculo a rendirse sin el riesgo de una batalla campal. La victoria puede ser tuya sin disparar una sola flecha.

Tigranes miró malévolamente a Taxiles y luego se dirigió a padre.

—Huelga decir que esa es precisamente la táctica que Lúculo empleó contra ti en Cízico hace tres años, ¿no es cierto? ¿No estará este plan teñido de una sed de venganza que te nubla el juicio?

Taxiles abrió la boca para hablar, pero padre se levantó e indicó a su general que callara.

—Por supuesto que no, hermano rey —repuso con paciencia—. Es una estrategia sólida que busca sacar partido a tus puntos fuertes y aprovecharse de los puntos débiles de los romanos.

Resoplando, Tigranes se levantó con la expresión desafiante de un niño y los ojos rojos de ira, mirando a Taxiles y luego a padre, y concentrándose finalmente en Taxiles, que estaba más cerca de su línea de visión.

—¿Insinúas, general, que mi ejército podría no ser capaz de derrotar a los romanos en una batalla campal? ¿Que debemos merodear por sus flancos y negarles la galleta para conseguir la victoria? ¿Son esas las tácticas valientes que han utilizado los pónticos, con abrumador éxito debería añadir, en sus guerras contra los romanos?

Taxiles miró a padre de soslayo en busca de apoyo y de nuevo al encolerizado Tigranes, sin perder ni un instante su porte militar.

—No, Alteza, es un plan cuidadosamente...

—¡Un insulto es lo que es! —gritó el rey—. ¡Me estás insultando y eres un traidor por proponer semejante estrategia! ¡Te haré ejecutar por tu impertinencia! ¡Guardias!

Taxiles miró con estupor a los dos guardias que en ese momento procedieron a flanquearlo, pero padre reaccionó con rapidez. Colocándose delante de Taxiles, se enfrentó al viejo rey con voz tranquila pero autoritaria.

—Con mis respetos, hermano rey, yo también soy soberano y Taxiles es mi súbdito, yo le daré el castigo que merece. Su destino no te compete.

Tigranes miró fijamente a padre, tratando de distinguirlo a través de la neblina generada por las cataratas y la rabia. Finalmente respiró hondo y se dejó caer pesadamente en su butaca, sostenido de ambas axilas por dos cortesanos. Los guardias situados a los lados de Taxiles se relajaron.

—De acuerdo, Mitrídates. Tú y tus hombres regresaréis a vuestro cuartel general en la frontera pónica para aguardar mis instrucciones. Tu consejo ha sido inútil y no pienso seguirlo. Tu incompetente asesor, Taxiles, y tu hijo, general Farnaces, se quedarán conmigo como garantía de tu obediencia, y ahora, fuera de aquí. Me ponéis enfermo.

Con la mandíbula apretada de ira, padre se dio la vuelta y salió de la tienda junto conmigo, seguido de Taxiles. Sin apenas pronunciar palabra, recogió sus escasas pertenencias, reunió su contingente de exiliados pónticos y guardias armenios y emprendió el regreso al pabellón de caza cuando aún no había atardecido. Su cabeza

gris tenía el porte desafiante de siempre, y en sus anchos hombros, cargados con el arco y la aljaba que nunca le abandonaban, no se apreciaba el menor indicio del desaliento o la desesperación que por fuerza tenía que haberle provocado el repudio. Había jurado que jamás sería vencido, ni por los dioses, ni por los romanos, ni por sus aliados, por muy duramente que le tratara el destino.

No obstante, mientras padre se adentraba al galope en las montañas, me pregunté qué probabilidades teníamos de no ser vencidos. Dioses, romanos y aliados parecían haberse confabulado para hacer justamente eso.



II

TIGRANES TARDÓ CUATRO MESES en concentrar a sus tropas. El vasto ejército sumaba un total de trescientos mil hombres y necesitó otros dos meses para realizar la pesada marcha hasta Tigranocerta, ciudad que las dos legiones de Lúculo tenían cercada desde mediados de verano.

El cerco, no obstante, era tan poroso como un cedazo. Con tan solo diez mil soldados y un puñado de caballos, poco podían hacer los romanos para asfixiar a una población treinta veces mayor, protegida por una guarnición de considerable tamaño. Lógicamente, habían bloqueado las principales vías de entrada a la ciudad, pero docenas de senderos, cañadas y túneles fuera y alrededor de los muros permitían comerciar prácticamente con la misma asiduidad, incluso entre ciudadanos y soldados romanos. Tigranes sabía que no había prisa, pues la ciudad no iba a rendirse a causa del hambre. Para tomarla, los romanos tendrían que atacar, posibilidad impensable dado el tamaño de su contingente. Lo único que el rey armenio no alcanzaba a comprender era por qué los romanos permanecían en sus trincheras, arriesgándose a ser rodeados por la guarnición de la ciudad por un lado y por el Gran Ejército por el otro. Como Tigranes nunca se cansaba de repetir para que yo le oyera, Lúculo debía de ser aún más estúpido que Mitrídates.

El primer día de octubre las fuerzas de Tigranes se estacionaron en medio de una cadena de lomas que dominaban un pequeño río. Al otro lado teníamos las trincheras romanas y, más allá, los muros de la ciudad. La estrategia de Lúculo resultaba ciertamente desconcertante. Era imposible creer que pretendiera entablar combate teniendo todas las de perder, pero ahuyentaba a todos los heraldos que le enviábamos para proponerle una negociación o una retirada pacífica de sus legiones. El general romano permanecía atrincherado, soportando el calor y el polvo, y hambriento, pues nuestros exploradores veían a soldados romanos sacrificar valiosos caballos para alimentar a las tropas.

La paciencia de Tigranes estaba empezando a agotarse. Los jefes pedían sangre y algunos hasta suplicaban al Gran Rey que les concediera el honor de atacar y destruir a las legiones con sus propios hombres. Tigranes les daba largas a la espera de que Lúculo actuara. En una de las escasas conversaciones que mantuve con él, le insté a que atrincherara al ejército para no correr el riesgo de tener que enviar unidades individuales, incluso de catafractos, contra los romanos; debía tener a todos sus

hombres preparados para una acción conjunta. Tigranes se puso furioso, me llamó cobarde y traidor y me amenazó con crucificarme junto con los generales romanos si osaba insultarle de nuevo con un consejo tan pérfido. Desde ese día, mantuve la boca cerrada y me limité a observar.

Inopinadamente, el 6 de octubre el enemigo se puso en movimiento. Al toque de corneta, los romanos salieron de sus trincheras y empezaron a formar en una zona llana junto a la orilla, en la otra margen del río con respecto a nosotros. Los armenios, viendo finalmente que el enemigo reaccionaba, empezaron a lanzar burlas y abucheos, rebuznos y cacareos a los romanos por su cobardía. Pelotones de jinetes se separaron de las líneas armenias y bajaron hasta el río, del que regresaron rápidamente después de arrojar, bravuconeando como niños, alguna lanza o flecha que los romanos desdeñaron. Conscientes del reducido tamaño del contingente romano, tres generales armenios procedieron entre risas a jugarse a los dados el botín que apresarían ese día. Incluso yo empezaba a creer que Lúculo había cometido un error fatídico.

Los romanos comenzaron a marchar hacia el oeste, paralelamente al río, al trote. Era una retirada en toda regla, y Tigranes convocó rápidamente a sus generales para ordenar que desplegaran el ejército a fin de acabar con los romanos de una vez por todas. Entre gritos y clamores, los hombres se apresuraron a obedecer y la llanura se cubrió de polvo. Los impacientes caballos de los catafractos piafaban y mordisqueaban el cuello y la grupa de sus hermanos, nerviosos por la larga espera y la excitación palpable de los hombres.

Bamboleándose sobre su desproporcionado caballo, Tigranes se acercó a nosotros con una sonrisa.

—¿Te das cuenta, general Taxiles? Lúculo, el gran conquistador, huye con el rabo entre las piernas. ¿Qué me aconsejas ahora?

Taxiles permaneció callado, con la mirada fija en la retirada de la columna romana.

—Observo, señor, que cuando los romanos emprenden una larga marcha, transportan el peto y el escudo a la espalda con el resto del equipo. Estos hombres, sin embargo, llevan puesta toda la armadura. Incluso han quitado el guardapolvos a los escudos. Te aconsejo precaución.

Rojo de ira, el rey se alejó torpemente a lomos de su caballo. Los soldados que teníamos detrás rieron y corrieron hasta sus puestos, pero, de repente, los mensajeros que iban y venían del estado mayor guardaron silencio y dirigieron nuestra atención a la trayectoria de la columna romana. A una milla río abajo, las legiones habían llegado a la altura de un esguazo y, en lugar de seguir su camino, habían procedido a vadear las aguas hasta nuestra orilla. La vanguardia de la columna, los hombres que los romanos llaman *aquiliferi* y que portaban las insignias del águila de ambas

legiones, emergieron del agua y reanudaron el paciente trote que yo tantas veces había visto, siguiendo la margen del río, pero esta vez en dirección a nosotros. Encabezando una de las columnas iba un soldado alto, con una capa morada, que avanzaba a pie rodeado de una fastuosa escolta. Una vez que estuvo cerca, su porte y hasta la expresión de su cara resultaron inconfundibles: era Lúculo en persona. Llevaba la espada desenvainada y colocada delante del cuerpo, un gesto que todo general romano haría por una única razón: como señal de ataque.

Los soldados a nuestra espalda guardaron silencio. Solo se escuchaba la voz del viejo Tigranes, situado a unos pies de mí, entre inquisitiva y quejosa:

—¡Taxiles, si estos hombres vienen a negociar, son demasiados, pero si vienen a combatir, son demasiado pocos!

El general y los hombres que le rodeaban soltaron una risa nerviosa. Taxiles, en cambio, siguió observando a los romanos con expresión grave.

—Señor —dijo, elevando la voz—, ¡los romanos no vienen a negociar!

Tigranes se volvió rápidamente hacia nosotros. Por primera vez parecía nervioso y confundido. Todas las miradas estaban ahora clavadas en él, y los hombres a nuestra espalda seguían empujándose y tropezando en su esfuerzo por dar con sus respectivas unidades mientras el polvo que nos envolvía hacía cada vez más difícil respirar y ver con claridad.

—¿Cómo? —resolló Tigranes—. ¿Se atreven a atacar?

Sin aguardar órdenes del rey, los generales y jefes giraron con sus monturas y se abrieron paso entre los hombres, llamando en medio del polvo y la confusión a sus unidades para que formaran. Había estallado el caos. Los soldados de la retaguardia, que todavía no habían visto la aproximación de los romanos, sí habían escuchado, con todo, la confusión y los gritos de la vanguardia. Pensando que el asalto a las legiones había empezado sin ellos e iban a perderse la oportunidad de saquearlas, decenas de miles de hombres corrieron hacia la vanguardia, tropezando por el camino con los soldados de infantería y caballería que trataban de formar en el centro y aumentando el desconcierto. El griterío que emergía de las filas era ensordecedor; la confusión, indescriptible. Los armenios trataban de organizarse, pero estaban demasiado apelotonados y no podían maniobrar, solo propinar empujones. Reparé en que la boca de Tigranes se abría para gritar órdenes, pero sus palabras se desvanecían como el polvo.

Los romanos continuaban su avance al trote, siguiendo con precisión el ritmo marcado por los tambores. Diez mil hombres subían y bajaban al unísono, acortando poco a poco la distancia que los separaba de nosotros. Las insignias de los estandartes se hicieron visibles a través de la diminuta nube de polvo romana, y a continuación las insignias de los propios escudos.

Súbitamente, estallaron gritos en nuestro flanco más próximo al campamento

romano. Un escuadrón de mercenarios gálatas al servicio de los romanos, quinientos o quizá mil, se habían quedado tras las empalizadas cuando las legiones emprendieron la marcha. Mientras todas las miradas permanecían clavadas en la temeraria maniobra de Lúculo, estos jinetes de las llanuras habían cruzado el río anado con sus monturas, se habían organizado en una formación compacta y habían cargado contra el flanco de los catafractos de Tigranes.

Los gritos de guerra de los gálatas tribales nos horadaron los oídos. Ignorando la identidad de los asaltantes e incluso su número, los jinetes armenios se dispersaron por la planicie como una bandada de pájaros apedreada por un niño, sin orden ni concierto, en dirección al tropel que los había atacado por la espalda. Los gálatas, barbudos y medio desnudos, arremetieron contra las líneas armenias blandiendo violentamente sus armas, gritando a todo pulmón y sembrando el pánico en los corazones de un cuerpo de caballería treinta veces más numeroso. Pero con la misma rapidez con que habían aparecido retrocedieron colina abajo, hasta la margen del río, donde se reagruparon entre vítores y aullidos. Durante su demente incursión habían matado a pocos hombres de los nuestros y perdido aún menos entre los suyos, pero el momento había sido perfecto, y el efecto, mortal.

Justo cuando los gálatas reculaban, justo cuando el caos entre las filas armenias alcanzaba su punto álgido, Lúculo, a la cabeza de una guardia de quizá dos cohortes, mil hombres en total, penetró en la vanguardia armenia y abrió una amplia brecha en los ahora aterrorizados soldados de infantería, que apenas habían tenido tiempo de desenvainar sus espadas. En pocos instantes atravesó el cogollo del ejército y alcanzó una loma situada detrás de la retaguardia. Una vez allí, sus hombres se volvieron y procedieron a lanzar jabalinas a los atónitos armenios que momentos antes se habían creído tan lejos del frente.

Las tropas de Tigranes echaron a correr para escapar del ataque mortífero de Lúculo y al hacerlo chocaron de lleno con las ocho cohortes romanas que, entretanto, habían formado tranquilamente frente a la vanguardia. El pánico y el caos eran absolutos. Para entonces los catafractos se habían serenado y estaban regresando a la nube de polvo para intentar recuperar su formación y organizar una resistencia contra el enemigo, mas ya era tarde. Por el camino tropezaban con los soldados de infantería que huían, a los que aplastaban bajo los cascos de sus caballos o empujaban de nuevo hacia las espadas y jabalinas de los legionarios romanos, que se mantenían firmes en el creciente estercolero de sangre y orina cual dioses vengadores. La infantería armenia giraba para escapar, pero se veía bloqueada por las densas filas de la reserva que huían de las cohortes de Lúculo en la retaguardia y de la enloquecida caballería armenia. En medio de la desbandada, los legionarios seguían avanzando implacables para rematar la carnicería.

Tal era la disciplina de los romanos que no se detenían siquiera a saquear o

arrancar las valiosas armaduras a los cadáveres. Muy al contrario, mientras los armenios conseguían atravesar las delgadas líneas romanas simplemente por el hecho de ser muchos más, las cohortes conservaron la calma y se dividieron en unidades más pequeñas para perseguir mejor a las turbas que huían hacia las colinas. Durante parasanga y media continuaron su trote infernal, arrollando a rezagados y desertores, matando a los armenios que apresaban, desdeñando a los ya caídos, hasta que, al anochecer, emprendieron el regreso.

El ejército armenio estaba severamente diezmado. No teníamos forma de saber cuántos hombres habían caído o cuántos habían huido y regresado vergonzosamente a sus hogares. Pero en los despachos que Lúculo publicó y envió triunfalmente a los gobernantes, comandantes y campamentos de todo el mundo, se aseguraba que habían muerto cien mil armenios y solo cinco romanos. Tal vez los futuros historiadores se burlen de tales cifras. Personalmente, me maravilla su comedimiento. Nunca Roma había obtenido una victoria tan arrolladora frente a un enemigo.

Tigranes, el muy bellaco, fue de los primeros en darse a la fuga, junto con la mayor parte de su estado mayor, y como tenía un excelente caballo y no estaba impedido por la pesada armadura de los catafractos, consiguió escabullirse fácilmente entre las líneas y poner una buena distancia entre su persona y la columna de infantería romana. No me avergüenza confesar que Taxiles y yo le acompañábamos, pues Tigranes nos había desarmado desde el principio y no habríamos podido defendernos. Así y todo, la conducta del rey armenio fue abominable. Mientras se alejaba de la destrucción de su ejército, la cabeza y las manos le temblaban de miedo y no era capaz siquiera de hablar con coherencia. Al divisar a uno de los hijos que le acompañaban, un joven príncipe que servía como paje del estado mayor, Tigranes se arrancó de la cabeza la corona de oro, gesto que un rey solo hace cuando se dispone a tumbarse, y se la puso en la mano. Tal vez Tigranes esperara, de ese modo, trasladar la responsabilidad de su derrota o desviar de él la atención de los romanos en el caso de ser capturado. Dicho sea en su honor, el joven príncipe se negó en redondo a aceptar la situación, aunque no osó rechazar la corona ni devolverla a su padre. Huyendo a todo galope por la llanura, tomó la corona que le tendía Tigranes, retrocedió hasta la retaguardia y se la pasó a uno de sus esclavos, que aterrado al verse con semejante carbón ardiente, la arrojó al suelo. Según me contaron después, los romanos la encontraron y se la entregaron a Lúculo, que la exhibió, en medio de sonoras ovaciones, en su entrada triunfal en Roma.

Según los supervivientes que luego nos dieron alcance, la ciudad de Tigranocerta, dada la aplastante derrota del Gran Ejército, capituló al instante. Los habitantes, muchos de ellos griegos y extranjeros importados como esclavos de otras partes del imperio de Tigranes, se impusieron a la guarnición armenia. Fue tal el botín que obtuvieron los romanos que, por una vez, los hambrientos legionarios perdonaron la

vida a los ciudadanos.

Como ya era inmensamente rico, Lúculo no aceptó botín alguno, pero se divirtió a su manera decadente. La construcción del magnífico teatro de Tigranocerta había terminado justo antes de que comenzara el asedio y una célebre compañía de actores griegos había quedado atrapada dentro de la ciudad. Tras la rapiña y el saqueo iniciales, los legionarios se acomodaron para presenciar un ciclo completo de dramas griegos auspiciado por Lúculo. Para muchos soldados romanos, nacidos y criados en el campo, este constituía su primer encuentro con las artes, y disfrutaron tanto de la representación que donaron una gran parte de su botín a los sorprendidos actores. Después de eso, por orden de Lúculo, los romanos dismantelaron piedra por piedra la ciudad de Tigranocerta —palacio, teatro, ágora y demás—, dispersaron por el desierto a su habitantes y dejaron el lugar abandonado, tal como sigue hoy día.



III

LOS PRISIONEROS ROMANOS nos contaron una historia asombrosa.

Tras la conquista de Tigranocerta, empezó a correr el rumor de que Lúculo iba camino de convertirse en el nuevo Alejandro. De hecho, habría sido imposible que un general romano que acababa de obtener tan aplastante victoria en Oriente no abrigara tales aspiraciones. Su lejanía de Roma, el caos constante de esa ciudad y sus éxitos personales reforzaron sus ambiciones. Para Lúculo, la vasta riqueza de Partia, al otro lado del desierto sirio, estaba allí para ser tomada cual fruta madura de un árbol. No suponía excesivo esfuerzo. De hecho, no hacía mucho un ejército romano había invadido el territorio, si bien poco preparado y contra un enemigo robusto. Craso, el triunviro, había muerto en el intento. Ahora, no obstante, los partos estaban debilitados y Roma se había creado una reputación que hacía temblar al mundo entero. Así pues, Lúculo ordenó a las legiones romanas destinadas en el Ponto que se trasladaran a Armenia para sumarse a su magnífica campaña.

Los legionarios veteranos, sin embargo, veían las cosas de otro modo. De hecho, los hombres de dos legiones enteras, todos ellos reclutados simultáneamente veinte años atrás, habían finalizado su servicio y aguardaban impacientes su jubilación. Se encontraban a gusto en Asia y Cilicia, donde estaban destinados como guarnición, de modo que partieron hacia la escabrosa Armenia a regañadientes. No estaban dispuestos a arriesgar la vida en una marcha por el desierto hacia tierras desconocidas para luchar contra un enemigo poderoso y numeroso, cuando cada veterano tenía derecho ya a recibir una prima y 32 *heredia*^[3] de tierra baja donde retirarse. Por tanto, antes incluso de llegar a Armenia, estas legiones respondieron al llamamiento de Lúculo con el siguiente mensaje: no marcharían con él hasta Partia.

Lúculo no era estúpido. Que sus hombres se amotinaran constituía para un general una deshonra aún mayor que perder ante el enemigo. No podía arriesgarse a invadir Oriente con la lealtad de sus tropas en duda. Así pues, cedió con toda la elegancia de que fue capaz y se dirigió con el ejército al completo al sur, a las tierras bajas de Siria, donde el clima era más cálido y el saqueo más fácil.

Padre exigió una recompensa a Tigranes por darle refugio en el pabellón de caza durante el invierno de su derrota y por reagrupar a los perplejos oficiales del Gran Ejército de Armenia.

No, no fue oro lo que pidió, pues de eso quedaban generosas sumas ocultas en

bosques y cuevas del Ponto. Tampoco tierras y una satrapía, a pesar de que Tigranes se la ofreció, con intención, sin duda alguna, de tenerlo cerca por si Lúculo decidía regresar a Armenia.

La recompensa que padre pidió fue doble: la primera, una esclava que Tigranes había comprado recientemente a un comerciante griego. De nombre Hipsicratia, era una muchacha escita increíblemente fuerte y hermosa, casi tan alta como padre, con una espesa melena del color del grosellero dorado y hombros y muslos de una musculatura que seguro despertaría la envidia de un gladiador romano. Era tan brava y poseía una fuerza tan feroz que durante el breve período que Tigranes la había poseído la tuvo encadenada por miedo a que atacara a su séquito. Los hombres la miraban con temor y respeto, como a una descendiente de las míticas amazonas. La primera vez que padre la vio, no tuvo la menor duda de que tenía que ser suya.

Tigranes no se la vendió barata, aunque poco uso podría haber hecho de la blanca muchacha, que le escupía y gruñía cada vez que intentaba acercarse. Diez magníficos caballos de guerra pónticos fue el precio, que padre pagó gustosamente. En cuanto se hubo completado la transacción, caminó hasta la criatura y ordenó que le quitaran las cadenas. Hipsicratia se frotó las muñecas y, con la rapidez de un gato, golpeó al guardia armenio que la flanqueaba, le arrebató la daga del cinto y se alejó de un salto. Luego se agachó mientras maldecía furiosamente en su lengua bárbara, dispuesta a enfrentarse a todo el que quisiera retarla.

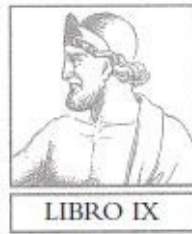
Los hombres soltaron un grito y Bituito y los guardias dieron un paso al frente, mas ninguno parecía impaciente por desarmar a la tigresa. Padre, por su parte, observaba la escena con calma. Tras abrirse paso entre los agitados hombres, se acercó a la muchacha hablándole dulcemente en su lengua escita. Parecía un domador tranquilizando a una potra salvaje. Los hombres callaron, maravillados por la asombrosa belleza de la muchacha y la serenidad del rey. Cuando se detuvo frente a ella, al alcance de su daga, padre también calló y se limitó a mirar fijamente el rostro de la joven, cuyos ojos ardían y sus fosas nasales resoplaban. Satisfecho al parecer con lo que vio, pronunció unas palabras más, giró sobre sus talones y se alejó.

Bituito y yo nos llevamos la mano a la espada, dispuestos a saltar para dar muerte a la guerrera en el caso de que atacara. Para nuestro asombro, no obstante, la muchacha relajó ligeramente la mandíbula y los hombros. Se levantó despacio, elevándose por encima de los hombres que la rodeaban y observando ferozmente sus rostros. Luego, con un movimiento ágil, introdujo el cuchillo en el cinto de su túnica raída y fue en pos de padre, caminando a su mismo ritmo. Padre no miró atrás ni una sola vez mientras ella le seguía hasta el interior de la tienda, para pasmo y envidia de todos.

La otra recompensa que padre exigió a Tigranes fue hombres. Recibió cuatro mil competentes soldados de infantería concentrados en los campamentos de las

montañas durante la última primavera. A ellos sumó otros cuatro mil exiliados póntricos y romanos que habían sobrevivido a las derrotas del Ponto y se habían reunido con padre en Armenia a lo largo del año. Así pues, a la edad de sesenta y cuatro años, el feroz, terco e indómito rey Mitrídates recorrió con ocho mil combatientes y una guerrera de rubia melena los desfiladeros del Ponto hasta el valle del Lico, y un gélido día de invierno apareció en Conama como un fantasma del Averno, para sorpresa y alegría de sus ciudadanos. En el caso de que Lúculo ignorara el movimiento de padre, iba a ser por poco tiempo: capturamos la guarnición romana de la ciudad, la subimos a burros y la enviamos al sur, a los puertos de Cilicia. En pocas semanas la noticia llegaría a Roma, donde volvería a estallar el pánico y la indignación.

Mitrídates el Grande había vuelto.



EL ÚLTIMO EN RESISTIR

Tampoco son esos dioses, que reciben el nombre de sabios, menos falsos que los sueños fugaces. En los asuntos divinos, y en los asuntos humanos, reina una gran confusión.

EURÍPIDES



I

QUÉ INMENSA IRONÍA. Pese al gran desprecio que padre sentía por Roma, su trayectoria dependía del estado de la política interna romana. Hasta el momento, había tenido mala suerte. Había reunido miles de hombres en diferentes ejércitos a lo largo de los años y ganado y perdido grandes y decisivas batallas, pero no había conseguido resquebrajar decisivamente la resistente coraza romana, pues había tenido la mala fortuna de enfrentarse a dos de los más grandes generales que había engendrado Roma: Sila y Lúculo. Su destino, como el de Sila, estaba ligado a Roma. No obstante, a padre le unía el desafío y el odio, mientras que a Sila le unía... ¿igualmente el odio? ¿No había sido Sila expulsado también de su tierra natal, por lo menos durante un tiempo, por acontecimientos que escapaban a su control, por adversarios más poderosos que él? ¿No estaba Lúculo retrasando su inevitable regreso a Roma porque temía, después de todos estos años, lo que pudiera esperarle allí? Un hombre no duda en regresar junto a la mujer que adora ni a la ciudad que ama. Tal vez padre tuviera mucho en común con los hombres contra los que luchaba, pero se resistía a especular sobre ese aspecto. Era más fácil limitarse a luchar contra ellos, trazar las marcadas diferencias entre esos hombres y nosotros, descargar sobre ellos su ira, llenar la vida y la mente de suficiente rabia como para eliminar la necesidad de algo más profundo, de algo más perturbador. Aborrecerlos con el alma y las entrañas, con cada fibra de tu cuerpo; aborrecer el trato que daban a los pueblos conquistados y la violación de tus tierras ancestrales; aborrecerlos con una vehemencia nacida de la derrota y las injusticias padecidas.

Mas no examines con excesivo detenimiento las similitudes entre ellos y tú. Eso solo debilitaría tu perseverancia.

Lúculo había sido desposeído de su cargo. Su período como cónsul se había agotado, sus planes de conquistar Oriente se habían desvanecido, sus legiones exigían la jubilación, y la noticia del regreso de padre al Ponto y su intención de crear otro ejército había sido el remate a su ignominia. Los políticos a quienes Lúculo despreciaba pedían su regreso. El Senado, naturalmente, le otorgaría un triunfo por sus conquistas militares a lo largo de los años, pero sería una ceremonia poco lucida, con las condecoraciones y los escoltas justos. Un pequeño consuelo para una ilustre carrera.

Padre, por su parte, tenía muchas razones para estar contento. Había durado más y

mostrado más habilidad que sus dos viejas pesadillas. Ciertamente que había perdido batallas, pero había regresado ileso a su reino ancestral, que encontró intacto salvo por la presencia de algunas guarniciones romanas en las principales ciudades, las cuales podría eliminar sin grandes esfuerzos. Pese a sus derrotas, su padre era el único que resistía y el que, por tanto, había ganado la guerra. Su resurrección, su regreso al poder, causó estupor en el mundo romano. La incapacidad de las legiones para destruirnos tenía exasperado al Senado, y el pueblo romano, indignado por el hecho de que los informes de la derrota de Mitrídates hubieran resultado ser falsos, viendo frustrados sus deseos de venganza amenazaba con descargar su ira sobre sus dirigentes. No solo la reputación y el prestigio de Roma estaban en juego, sino también su supervivencia.

Pero el Senado tenía una última solución que ofrecer:

Cneo Pompeyo Magno, conocido por todos como Pompeyo el Grande.

Este romano era el favorito de Sila. Con apenas treinta y cuatro años, Pompeyo acababa de conseguir una gran victoria sobre los rebeldes de Sertorio en Hispania, era comandante del mayor cuerpo de soldados de Roma y terror del Senado, ahora que había cambiado astutamente su afiliación política para colocarse a la cabeza de los resucitados populares. Pompeyo estaba buscando una misión que estuviera a la altura de su ambición y poder. Mitrídates era el único desafío digno de un hombre como él.

El Senado, no sabiendo cómo manejar la nueva amenaza del Ponto, nombró a Pompeyo general en jefe. Eso significaba que gozaba de un poder casi ilimitado para llevar a cabo su empresa. De hecho, las especificaciones referentes a su autoridad eran tan extensas que podía incluso reclutar cualquier soldado o barco que se hallara dentro de los dominios de Roma. Pompeyo adquiría la misma categoría que un gobernador o procónsul romano nombrado constitucionalmente, pero todos los aliados y clientes de Roma debían dar prioridad a la tarea de apoyarle y satisfacer todos sus requisitos. Le armaron quinientos barcos con ciento veinte mil soldados de infantería y cinco mil de caballería. Veinticuatro senadores, exgenerales todos ellos, fueron nombrados sus tenientes. Más importante aún, el cargo de Pompeyo era de tres años en lugar del año habitual. Así pues, si competía por recursos con un gobernador nombrado para un período menor, estaba claro a quién obedecerían el pueblo y los oficiales locales.

Consiguientemente, ese año, el sexagésimo quinto de su padre, el Senado romano nos lanzó a nuestro adversario más temido hasta el momento. Si los planes del general se cumplían, en un futuro Pompeyo estaría marchando sobre nosotros con un ejército todavía más poderoso que el que sitiara Atenas dos décadas atrás. Por otro lado, las actividades de Lúculo habían quedado suspendidas, de modo que las operaciones romanas en Oriente se hallaban temporalmente paralizadas. La burocracia romana nos había dado un respiro —de un año como máximo—, durante

el cual podíamos consolidar nuestra reconquista del Ponto. Si Pompeyo, una vez terminados los preparativos, encontraba a padre nuevamente aposentado en su trono, en posesión de sus puertos estratégicos y sus fortalezas del interior, tal vez se pensaría dos veces la posibilidad de arrebatarlos. Teníamos un año para establecer firmemente nuestro control. No había tiempo que perder.

La primera ciudad que habíamos recuperado a nuestro regreso de Armenia, Conama, se convirtió en la nueva capital del reino. A diferencia de Sínope y Amisos, estaba prácticamente intacta; la rapiña romana no había dañado los edificios públicos y la población se encontraba ilesa, bien que hambrienta y desmoralizada. Para asombro de sus habitantes, padre invirtió todos sus recursos en hacer de Conama la nueva sede del imperio. Inyectó cantidades ingentes de dinero —tesoros que había guardado durante años en cuevas secretas repartidas por el interior pónico, viejas ofrendas a dioses olvidados que padre reclamaba ahora para sí y decomisos de terratenientes que habían colaborado con los romanos— para reconstruir el esplendor perdido del viejo Ponto.

Y cosas maravillosas empezaron a ocurrir. La oferta de remuneraciones dobles generó un goteo de obreros hambrientos, al que luego se sumaron varios centenares, y en pocas semanas eran miles los trabajadores cualificados que llegaban a la ciudad procedentes de todo el Mediterráneo oriental. Padre importó ingenieros de Grecia y Siria que traían planos de grandes maravillas estructurales y mecánicas. Los arquitectos y escultores llegaron en tales cantidades que fue preciso alojarlos y alimentarlos en un complejo de tiendas improvisado en los alrededores, que los habitantes de Conama apodaron la Ciudad de los Soñadores. Músicos, actores y poetas llenaban los teatros, abarrotaban calles y tabernas y mantenían la Ciudad de los Soñadores despierta hasta bien entrada la noche. Las academias brotaban cual champiñones después de un aguacero, representando todos los ámbitos de estudio y filosofías, desde lo sublime hasta lo ridículo, atrayendo a instructores y curiosos de todo el mundo conocido. Un enorme acueducto empezó a tomar forma. Los delgados andamios se aferraban precarios a los arcos de caliza que dominaban, elegantes y etéreos, el nuevo empedrado del ágora y las fachadas recién enlucidas de los edificios públicos. Se construyeron baños y gimnasios y se presentó a concurso un nuevo coliseo.

Y en todo el interior pónico, en las ciudades pequeñas que las legiones romanas no se habían molestado en ocupar durante su marcha hacia Armenia, sucedió otro tanto. Padre invirtió más fondos en esas poblaciones en un año que en toda su anterior existencia. Suprimió los impuestos, construyó nuevos templos, emancipó a los esclavos y pagó a los amos el doble de su precio en el momento. Padre era aclamado como un héroe cuando entraba en esas poblaciones polvorrientas, y la noticia de su llegada hacía que los campos se vaciaran, que hombres y mujeres

abandonaran sus granjas y comercios para arrojarse a sus pies. Jamás había visto tanta adulación, tanta adoración como la recibida por padre en ese año dorado tras su regreso del exilio.

Únicamente a sus consejeros más cercanos parecía preocupar el ritmo frenético de la reconstrucción y los gastos ruinosos en que padre estaba incurriendo. Todos sabíamos, naturalmente, que había puesto a buen recaudo miles de talentos en años anteriores, cuando el Ponto nadaba en tributos piratas y botines romanos. No obstante, los proyectos de padre nos tenían pasmados.

—¡Es una locura! —exclamé al examinar los libros de contabilidad—. No puedes mantener este ritmo de edificación. ¡Te arruinarás en cuestión de meses!

Padre sonrió con calma.

—Solo te pido un año —dijo—. Deja correr el dinero durante un año. Un año para crear una nueva edad de oro, para consolidar la lealtad del pueblo, para que los romanos vean que el Ponto nunca será destruido. Un año, y Roma comprenderá que nuestra Nueva Grecia no puede morir, que somos nosotros, no Roma, los inmortales. Dentro de un año Pompeyo llamará a nuestra puerta, y sea cual sea el resultado, ya no necesitaremos nuestros viejos ahorros. O el tesoro de Pompeyo será nuestro... o viceversa. ¡Gasta, Farnaces, gasta! ¡Que el mundo vea la belleza y el esplendor que Roma pretende destruir!

Pero aunque Roma había suspendido sus agresiones, la amenaza de las guarniciones romanas en territorio pónico todavía le corroía por dentro. Tras confirmar la buena marcha de su vasto programa arquitectónico, pasó la responsabilidad a sus consejeros civiles y retomó... los asuntos militares.

Con un ejército de ocho mil soldados, padre apuntó primero a una legión romana dirigida por un general llamado Fabio, estacionada en el valle de Cabira, el lugar donde dos años atrás había estallado el pánico que derivó en nuestra terrible derrota. Fabio, con su característica arrogancia romana, creía que ningún ejército osaría atacarle a menos que fuera muy superior en número y que las tropas del Ponto, concretamente, estaban demasiado ocupadas construyendo balnearios y gimnasios en las ciudades para constituir una amenaza. Padre explotó astutamente esta creencia. Dejando señuelos en Conama en forma de mercaderes y obreros vestidos de soldados pónicos, introdujo en plena noche a sus tropas en las montañas, repartidas en pequeñas cuadrillas que de día descansaban y planificaban, y de noche agarrotaban a los exploradores romanos antes de que estos pudieran dar la alarma. Sin una sola traición, en completo secreto, nuestro ejército se congregó, en medio de la oscuridad, en un punto situado a tres tiros de arco del campamento de Fabio. Habíamos descendido sobre el enemigo como caídos del cielo, como avispones congregados ante su nido amenazado, como sombras agitadas llegadas del Averno para atormentar a los vivos.

Como un Mitrídates resucitado.



II

PERFILADA SU SILUETA contra el cielo crepuscular de esa fría mañana, a la cabeza de sus sigilosas tropas, padre, más que un mortal, semejaba un titán salido de su negra guarida en la montaña de hierro. La espesa melena sobre los hombros brillaba como el acero pulido y los meses de viaje le habían quemado la piel hasta conferirle la pátina del duramen o el brillo de los rescoldos de la fragua de Hefesto. Sus ojos aparecían nublados bajo la pesada frente, pero los labios delataban una tenue sonrisa, la confianza plena que sentía cuando observaba a sus hombres. El caballo no iba acorazado como el de un héroe griego, sino pintado con vivas espirales, a la manera de los jinetes persas del Ponto, diseños bárbaros pensados para infundir miedo en el corazón del enemigo por lo extraños que eran. La fuerza de padre nacía en las profundidades de su ser y se abría paso a través de los tensos músculos de la espalda y los hombros, de las venas de las manos que apretaban la jabalina de fresno. En la calma y el silencio previos a la batalla los hombres parecían obtener coraje de su fuerza, irguiendo los hombros y creciendo ante mis ojos, mientras padre recorría las primeras filas, aguardando el momento óptimo para lanzar la ofensiva.

Justo en el instante en que los primeros rayos de sol asomaban por el horizonte a nuestra espalda, iluminando con una luz cegadora a los centinelas romanos apostados en la empalizada, hizo un asentimiento de cabeza. Dejando escapar un grito feroz, los hombres emergieron del bosquecillo donde habían permanecido agazapados, con padre en cabeza a lomos de su imponente corcel.

Desconcertados, los romanos abandonaron apresuradamente sus mantas para ocupar sus posiciones de combate, olvidando en las tiendas la coraza y la mitad de sus armas. Fabio, pese a su asombro, no ordenó a los legionarios que se escondieran como cobardes tras las infernales trincheras y empalizadas, sino que los condujo hasta el frente de su campamento en formación romana, animado, sin duda alguna, por el hecho de que nuestros hombres apenas superaran en número a los suyos. Mas los dioses, ese día, apoyaron a los justos.

La batalla duró un día entero. Padre perdió dos monturas por sendos disparos y finalmente optó por combatir a pie, bramando con su voz diabólica y desafiando al enemigo a luchar cuerpo a cuerpo. Los póntricos y armenios lidiaban inspirados por la vasta silueta de padre visible a través del polvo. Poco a poco, los romanos fueron retrocediendo. Al caer la noche Fabio comprendió que había sido vencido.

Entretanto, la noticia sobre la campaña de Mitrídates se había propagado como el fuego por toda la región y miles de voluntarios llegaron de las montañas para ayudarnos. Fabio ordenó a sus hombres que retrocedieran hasta las fortificaciones.

Cuando los exploradores armenios procedieron a recorrer los bosquecillos y campos para reducir a los rezagados romanos que se habían separado del cuerpo principal, la situación de Fabio se hizo desesperada. Su campamento era sólido, pero estaba cercado y los prisioneros nos contaron que disponía de pocas provisiones para soportar un sitio. Fabio tendría que atacar, intentar abrir una brecha en nuestras líneas antes de que nuestro ejército recibiera más refuerzos, y tendría que hacerlo, con sus hombres exhaustos y heridos, al día siguiente.

Pero al día siguiente, para nuestro estupor, las líneas romanas se habían duplicado. Llevado por la desesperación, Fabio había recurrido a una medida sin precedentes en la historia romana: había liberado a los esclavos de su campamento y los había armado y repartido por las líneas de combate, entre sus expertos legionarios. Cuando padre vio a los romanos blandir sus espadas y jabalinas como si fueran garrotes pensó que los legionarios habían ahogado sus penas en demasiado vino la noche anterior, pero al comprender que eran cocineros y mozos, estalló en carcajadas.

—¡Caramba, Fabio! —gritó burlonamente cuando las líneas romanas se encontraban con nuestros soldados armenios y pónticos—. ¿Qué clase de soldados me traes? ¿Acaso son ya los saturnales?

Pese al fragor de la batalla, en las filas pónicas pudo oírse un estallido de risotadas provocado por la burlona referencia al festival romano en que los esclavos se ponen las ropas de sus amos y se invierten los papeles. Al otro lado del campo, Fabio se tensó visiblemente pero rehusó mirarnos.

Una vez más, los romanos se vieron obligados a retroceder. La formación se rompió y la batalla degeneró en una desbandada. Marmitones y mozos trepaban aterrorizados por los terraplenes para refugiarse detrás de las empalizadas, seguidos desde no muy lejos de los legionarios, que corrían dando trompicones y tropezando entre sí. Durante nuestra ofensiva, el caballo de Bituito, herido en un ojo por una flecha enemiga, rodó sobre el lomo y arrojó a su jinete al suelo. Mientras el galo se ponía en pie, un enorme legionario se le echó encima y le asestó un golpe con la espada que le partió el escudo en dos y le tiró al suelo. No había duda de que el hombre era un campeón dentro de su cohorte. Bituito, no obstante, saltó como un gato antes de que el romano recuperara el equilibrio y le clavó la espada, hasta la empuñadura, en la ingle, justo por debajo de la malla. El hombre, destripado, se puso rígido y luego se dobló de dolor, agarrando la cuchilla de Bituito como si quisiera arrancarla de su cuerpo con sus propias manos. Bituito le colocó un pie en el muslo y extrajo la espada, empujando desdeñosamente al hombre contra el suelo fangoso y blasfemando al comprobar que la hoja se había quebrado y había quedado incrustada

en el cuerpo del romano.

Cabalgué hasta él, derribando por el camino a otro agresor que había saltado sobre mi caballo.

—¡Buen trabajo, Bituito! —grité por encima del fragor de la batalla mientras le lanzaba mi espada curva y él se agachaba para recoger el escudo del romano—. ¿Cómo perdiste el dedo, viejo hombre?

Bituito sonrió a través del barro y la sangre que le cubrían la cara y me saludó con la mano mutilada que me había fascinado desde niño.

—¡Se me resbaló el cuchillo cuando le arrancaba la cabellera a un romano! —gritó a su vez.

Padre dirigió la última carga pónica a pie, empuñando un escudo romano que también él había recogido del suelo, blandiendo una espada ensangrentada y rodeado de su escolta de exiliados romanos, yo, todavía sobre mi montura, me disponía a regresar a los flancos para dirigir una carga de la caballería armenia cuando vi algo que me dejó paralizado.

Justo en el instante en que padre y sus hombres llegaban a las empalizadas, cuyas puertas estaban abiertas para dejar pasar a los legionarios, los defensores empezaron a lanzar piedras y flechas desde las atalayas. Las tropas pónicas alzaron sus escudos y siguieron avanzando, interceptando a los romanos antes de que llegaran al fortín. Padre levantó su escudo para protegerse el rostro de los proyectiles, pero, dado su gran tamaño, el escudo romano no conseguía cubrirle los hombros o la mitad inferior del cuerpo, yo le estaba observando cuando un afilado proyectil como los que empleaban los cretenses, largo y ancho como un pulgar, aterrizó en su escudo, dentándolo seriamente, y otro le remachó la hombrera, pero padre se sacudió el proyectil como si se tratara de un insecto. Siguió avanzando con la espada en alto y lanzando gritos de ánimo a sus hombres. Las piedras, entretanto, volaban a su alrededor, evitando su cara, como si contara con la protección de los dioses. Con el reflejo cegador del sol crepuscular sobre el baño dorado de su armadura, parecía enteramente un dios, el mismísimo Apolo, ¡el dios del Sol! Su avance hacia las fauces de la mortífera descarga era fascinante, pero no podía durar mucho más. Los lanzadores habían reconocido al rey pónico y ahora todos los defensores del fortín estaban dirigiendo sus proyectiles a un solo hombre y al desvencijado escudo que se esforzaba por sostener frente a la cara.

De repente, un proyectil de plomo lanzado por una honda bien empuñada le horadó la rodilla con una explosión de sangre. La pierna flaqueó y padre, contraído el rostro por el dolor, cayó al suelo y rodó sobre su espalda para poder agarrarse la rodilla con una mano mientras con la otra alzaba los restos de su escudo a fin de protegerse de los feroces proyectiles.

Giré con mi montura y corrí a socorrerle. Llevados por el impulso, los hombres

que seguían a su rey saltaban sobre él, sin percatarse de su situación hasta que ya lo tenían prácticamente debajo. Los romanos de la atalaya, no obstante, le habían visto caer, habían visto las vastas dimensiones del hombre al que habían derribado, y no dudaron ni un solo instante de su identidad. A partir de ese momento, concentraron todos sus lanzamientos en ese cuerpo que se retorció de dolor. Docenas de piedras, flechas y lanzas le acribillaban el escudo, partiéndolo y desintegrándolo mientras padre rodaba y trataba de levantarse. La escolta romana del rey había reparado para entonces en su caída y acudió en su ayuda. Mientras tres soldados le protegían con sus escudos, el resto procedió a arrojar sus lanzas contra los defensores de la atalaya. Los romanos titubearon ante el violento ataque y se refugiaron detrás de sus escudos, y el ritmo de la lucha decayó bruscamente. Tendido en el fango, presa de un dolor atroz, padre se apartó los pedazos de roble del que fuera su escudo romano y, en ese momento, la jabalina le golpeó.

No vi quién la había lanzado, aunque estaba seguro de que había sido uno de los resueltos defensores de la atalaya. Bituito me contó después que fue un fornido veterano al que él luego horadó la garganta con un poderoso lanzamiento de su propia lanza que lo aplastó contra la pared de la atalaya. Mas poco importa eso ahora. La jabalina romana atravesó el aire silbando por su repentina liberación de los dedos del lanzador, dando la impresión de que sorteaba a los escoltas de padre. Zumbando como un avispón a través de los diminutos huecos que estos habían dejado entre sus escudos, el proyectil, de cuatro pies de largo y con una punta de hierro lanzado desde una distancia corta, se clavó en la boca de padre. La cabeza golpeó fuertemente el suelo y salpicó de sangre y tejido los pies de los horrorizados guardias que le rodeaban.

En ese momento estalló un clamor simultáneo, arriba los vítores de los defensores de la atalaya, abajo los gritos de rabia de los guardias de padre. Las tropas de asalto pónicas, ajenas en su mayoría a lo ocurrido, oyeron, sin embargo, el alboroto, e intuyendo que había problemas, que se trataba de una emboscada o quizá de una derrota localizada, aflojaron su ofensiva. Los hombres dejaron de correr y se detuvieron frente a las puertas romanas mirando a los lados y por encima de sus hombros lo que hacían sus camaradas, a la espera de recibir órdenes. Los gritos de batalla de los asaltantes cesaron bruscamente, y fue ese silencio repentino lo que, al parecer, devolvió el conocimiento al rey.

Semiinconsciente, ahuyentó a los guardias que le atendían, se alzó sobre una rodilla y gritó a pleno pulmón:

—¡Continuad el asalto! ¡Cargad contra esos perros romanos! ¡Cargad! —Su voz se ahogó en la sangre que le llenaba la garganta y, desmoronándose, desapareció de nuevo bajo los escudos de sus mercenarios, pero no sin que antes todas las tropas de asalto, y la mayor parte del ejército enemigo, hubiera reparado en su cara.

Tenía un aspecto espantoso. La mitad del lado derecho del rostro, donde la jabalina se había abierto paso, estaba desgarrada. La sangre le caía a borbotones por el cuello, cubriéndole las hombreras y la armadura. Padre tenía la cara retorcida de ira y dolor, y los ojos se le pusieron en blanco cuando cayó hacia atrás y las espaldas y hombros de sus guardias se apresuraron a ocultarlo. El sueño, el terrible sueño que yo solía tener —padre apareciendo y desapareciendo de mi vista mientras los hombres se movían delante de él, pálido como la muerte, con actitud de estar buscándome— lo estaba viviendo. Pero esto no era un sueño. Estaba rodeado de oficiales de expresión lúgubre, con los residuos de la batalla pegados a mi armadura y extremidades, el gusto de la tierra y la sangre en mi boca, jabalinas y flechas pasando velozmente junto a mi cara.

Fustigué con vehemencia a mi caballo, pisoteando a los caídos y gritando para que los hombres que tenía delante, pónticos y romanos, me dejaran pasar. El corazón me dio un vuelco cuando vi a padre bramar, con el rostro destrozado, que atacáramos, pero muriendo mientras lo hacía. Le grité que aguantara, que aguantara, pero las palabras se negaban a traspasar mis labios. Como en mi sueño, la terrible escena me había dejado mudo. La fuerza pónica al completo detuvo su persecución y guardó silencio, defendiéndose con los escudos de los proyectiles, pero con un ojo puesto en el lugar donde había caído el rey. Nada, después de eso, habría conseguido que los hombres continuaran la ofensiva.

Las tropas de Fabio se esforzaban penosamente por refugiarse tras la empalizada y cerrar las puertas mientras seis de nuestros hombres, dirigidos por Bituito, transportaban a padre, que se retorcía de dolor y bramaba que le soltaran para seguir guerreando.

—¡Cobardes! —gritaba, escupiendo sangre—. ¡Rezagados! ¡Soltadme!

—¡Túmbate, señor! —imploró Bituito cuando padre trató de escurrírsele.

—¡Ni lo sueñes! ¡Esos bastardos romanos están huyendo! ¡Bituito, estúpido... galo con cerebro de asno... suéltame!

Bituito había tenido suficiente. Alzó un brazo y propinó al enloquecido rey un bofetón en la sien que lo silenció al instante. El galo era, sin duda, el único hombre de Asia lo bastante fuerte para conseguir eso y lo bastante valiente para hacerlo. Nadie protestó. Padre se desplomó nuevamente en los brazos de los hombres, que medio lo transportaron, medio lo arrastraron, hasta una pequeña hondonada, fuera del alcance de las flechas romanas.

Cuatro días estuvo debatiéndose padre entre el campo de batalla y el barquero, entre la vida y la muerte. Su hermoso rostro estaba destrozado. La pesada jabalina había entrado por la boca al sesgo, quebrándole los dientes a la altura de la encía, y salido por la mejilla derecha, cerca de la oreja, abriendo un boquete por el que asomaban los

restos despedazados de la mandíbula. El asta de madera se había quebrado con el impacto, tal como habían previsto los astutos armeros romanos, para impedir que el enemigo recogiera el arma intacta y la arrojara a su vez. Así pues, el hierro había entrado limpiamente. Los cirujanos del ejército observaron consternados la tremenda herida y menearon la cabeza. Ni siquiera se molestaron en examinar la destrozada rodilla.

Todos creían que no había nada que hacer. Todos, claro está, salvo el viejo Papias. Cuando los cirujanos alzaron desesperados las manos, el astuto hechicero los echó a patadas de la estancia y se puso a trabajar con una determinación tan solo igualada por la peculiaridad de sus cantos y gruñidos. Únicamente le observábamos Bituito y yo, y la ferozmente fiel Hipsicratia, que permanecía junto a padre día y noche, pálida como la muerte, rugiendo como un tigre cuando alguien intentaba alejarla.

Papias sedó a padre con un destilado de azafrán caucásico colorado como la carne recién cortada. Rellenó las desgarradas encías con lino y pelusas de lana y cosió el boquete de la mejilla con hilo de intestino, pero dada la gran cantidad de piel arrancada, tuvo que estirar tanto la que quedaba que esta tiraba del rabillo del ojo hacia abajo. Eso impedía a padre cerrar del todo el párpado, lo que hizo que la cuenca del ojo se le secara y atrofiara. Papias aplicó bálsamos y vulnerarios en los puntos para favorecer la cicatrización y cataplasmas febrífugas en el pecho para ahuyentar la feroz fiebre y la congestión que sin duda se instalarían en el cuerpo. Le insertó cuidadosamente un junco hueco por la boca, hasta los pulmones, para extraer la sangre que padre había inhalado y que le generaba una respiración áspera y preocupante. Papias escupió lo extraído de los pulmones en un cuenco de plata que yo sostenía junto al lecho. Acto seguido, envolvió la cabeza y la mandíbula con tiras de lino limpias.

Más importante aún, mediante otro junco introducido hasta el esófago, le administraba el antídoto para evitar las convulsiones y ataques que, de lo contrario, padre habría padecido. De hecho, el viejo Papias le administraba diariamente una dosis doble mientras el paciente se revolvía y gemía en su cama, atontado por el dolor y las drogas.

Al quinto día padre se incorporó. Tenía el ojo sano inyectado de sangre pero liberado de la bruma en que su mente había estado errando, y señaló el agua, que bebió de un cazo a través de las fracturada dentadura. Ingirió una generosa cantidad de vino contundente y un caldo medicinal, suave pero nutritivo, hecho a base de hígados de ratones silvestres y sazonado con cebolla. Luego alzó la vista hacia mi preocupado rostro.

—Supongo que ahora sí eres Alejandro —dijo con voz ronca.

—¿Alejandro? —pregunté sin comprender.

—¿Recuerdas Frigia? —repuso.

Rememoré la conversación que habíamos tenido mucho tiempo atrás, cuando me tocó dormir en la habitación del gran conquistador, y sonreí.

—¿Por qué lo dices?

—Porque con un solo ojo y la cara de una Gorgona, ¡ahora sí me parezco a su padre Filippo! —Padre rio dolorosamente, sin atreverse a sonreír, y luego recuperó la seriedad—. Ayúdame a salir para ver a las tropas.

Nunca, creo, se ha celebrado tanto el regreso de un comandante de la tierra de los muertos como el de padre. Los vítores resonaron en las montañas circundantes hasta alcanzar el campamento de los romanos, que seguían atendiendo sus propias heridas tras sus empalizadas, acorralados y sitiados por las cuadrillas errantes de tropas montadas que yo había apostado en todos los flancos. Desde la última batalla no habían dejado de llegar a nuestro campamento nuevos combatientes, y el ejército sumaba ahora más de veinte mil hombres. La aparición ante ellos del viejo Mitrídates, sin voz y con solo media cara, pero incorporado y con un cuerpo como el de Hércules, les hizo estallar de alegría.

Los hombres se agolpaban a su alrededor, cubriéndole con los mechones de pelo que se habían cortado en señal de duelo ante lo que preveían como una muerte segura y dando las gracias a los dioses por su salvación. Para las tropas, Mitrídates era un dios: ningún mortal habría sobrevivido a una herida de esa índole; ningún hombre habría sido capaz de seguir instando a guerrear mientras sufría un dolor tan atroz. Ningún ser humano tan malherido podía dirigir a estos hombres hasta la victoria final contra los romanos salvo él.

Y mientras padre animaba a los hombres con su mera presencia, él a su vez se sintió fortalecido por las ovaciones, que hicieron más aún que los cuidados de Papias para sanar su quebrado cuerpo.



III

AUNQUE PADRE SE RECUPERÓ con rapidez, los romanos aprovecharon este respiro y en menos de dos semanas el general Triario, comandante de las fuerzas de Roma en Asia, ya había recibido noticias del apuro en que se encontraba Fabio y acudido en su ayuda con dos legiones. Después de atravesar nuestro cerco mientras padre permanecía débil e incapaz de cohesionar sus tropas, Triario unió sus hombres a los de Fabio y asumió el mando de todo el ejército. Los romanos eran ahora lo bastante fuertes para abrirse paso entre nuestras líneas y avanzar por campo abierto hasta la costa y la salvación, lo que comenzaron a hacer en dirección sudoeste.

Mientras los romanos retrocedían, padre los siguió a una distancia prudente con nuestro ejército, que no paraba de crecer. No confiaba demasiado en la capacidad de este para lanzar una ofensiva en masa, pero, así y todo, buscaba la oportunidad de hacerlo. Insistía en cabalgar sin ayuda, lo que prefería a caminar, pues la rodilla lesa le dolía terriblemente. Se paseaba a caballo entre sus soldados, alineando sus posiciones, implicándolos en ejercicios y prácticas durante la marcha e intercambiando bromas.

Con los días fue recuperando fuerzas y adquiriendo, al mismo tiempo, un aspecto cada vez más espantoso. Cuando miraba a los hombres con su ojo sano desde lo alto de su enorme corcel de batalla, la imagen aterraba a quienes no le habían conocido antes, la melena ahora blanca como la nieve, con una espesa barba entrecana que le cubría casi toda la cara, salvo la larga cicatriz que descendía desde la oreja hasta el mentón por la mandíbula derecha que atravesara la jabalina. La rosada línea, que aunque todavía fresca estaba cicatrizando con rapidez gracias a los ungüentos de Papias, brillaba como un gusano. Aunque padre todavía semejava un dios, ahora recordaba más al viejo Zeus o a Poseidón que a Apolo. No había criado la papada ni los carrillos flácidos de los romanos. Conservaba su mandíbula firme, su nariz aguileña y su mirada penetrante e inteligente. Por el lado izquierdo, era un monarca regio y majestuoso. Por el derecho, los hombres se estremecían de aversión al contemplar la mueca contrahecha que había adoptado el rostro, una caricatura horripilante de lo que había sido, más perturbadora aún por pertenecer a la misma persona del bello perfil izquierdo. Su rostro se había convertido en una máscara inquietante, en comedia y tragedia, una cara sonriente, la otra retorcida. Pero en padre, la comedia y la tragedia eran visibles simultáneamente, su vida entera se

reflejaba ostensiblemente en su rostro para que el mundo la viera.

Triario retrocedía y Mitrídates avanzaba, jugando al gato y el ratón sin que ni uno ni otro realizara una maniobra decisiva, hasta que la política romana volvió a jugar a nuestro favor.

Un capitán de caballería romano, herido de muerte por una flecha clavada en la espina dorsal en una escaramuza contra una pequeña compañía de exploradores pónicos, fue trasladado al campamento para ser interrogado antes de que pereciera. Cuando le preguntamos por las intenciones de Triario, el hombre se rio en nuestra cara.

—El general Triario os destruirá antes de que Lucio Lúculo lo consiga, algo que hubiera debido hacer cinco años atrás.

Al escuchar las sorprendentes palabras, los interrogadores me convocaron rápidamente junto al lecho del soldado.

—¿Lúculo? —pregunté—. ¿Qué hay de Lúculo?

El romano, semilúcido, no juzgó necesario ocultar la estrategia de su general.

—Lúculo ha emprendido regreso a Roma. Llegará con sus tropas al Ponto dentro de dos semanas y Triario le hará entrega de la cabeza de tu patético rey antes de que el mismo Lúculo la consiga.

No pudimos sonsacarle más información, de modo que ordené que acabaran con su sufrimiento y trasladé la extraña noticia al rey.

Extraña, digo, porque con nuestra red de espías entre los jefes, mercaderes y pastores, no hay duda de que habríamos estado al corriente, con varias semanas de antelación, de cualquier incursión de un ejército del tamaño del de Lúculo. Tigranes no habría permitido que los romanos atravesaran Armenia sin habernos informado de ello, aunque solo fuera para solicitar nuestra ayuda. Los piratas habrían reparado en cualquier desembarco de una flota romana que se hubiera producido en Cilicia y nos lo habrían comunicado, y aunque Lúculo pretendiera realmente desembarcar con sus legiones de veteranos rebeldes a la espera de su prima de jubilación, no estaba en condiciones de realizar una arriesgada marcha por el interior pónico. Después de que padre y sus consejeros debatieran el asunto hasta la madrugada, llegamos a la conclusión lógica de que Lúculo y su ejército no se hallaban en las inmediaciones.

Padre se permitió una sonrisa con sus contrahechos labios.

—Habría sido mejor noticia —concluyó— que Lúculo hubiera estado cerca.

Río, mas nadie le secundó, pues no entendíamos de qué estaba hablando.

—¡Piensa como un romano! —me espetó, la voz todavía áspera por los juncos de Papias—. Te enseñé latín para que pudieras comprender su habla. Te enseñé a combatir para que pudieras entender sus armas y tácticas. Pero te perdiste la lección más importante. ¡Si no puedes meterte en su cerebro, no podrás vencerlos!

—¿Meterme en su cerebro? —pregunté—. ¿Qué debo encontrar en él? Triario

creo que pronto recibirá refuerzos, de modo que lo único que tiene que hacer es mantenerse agazapado y esperar. Nosotros, entretanto, podemos cortar sus líneas de comunicación y abastecimiento hasta que el hambre...

—¡No! —bramó padre, y advertí que, si bien había recuperado la salud, había perdido la paciencia, como si la herida hubiese sido para él la primera señal de su mortalidad y tuviera prisa por conseguir el máximo posible mientras todavía estuviera a tiempo. Mi estupidez, por tanto, era un obstáculo para sus planes.

—Piensa como un comandante romano. ¡Piensa, Farnaces! Si Triario ansía la oportunidad de alcanzar la gloria, de obtener un ascenso o un triunfo en Roma, tiene que derrotarme aquí y ahora, antes de que llegue Lúculo. En cuanto Lúculo esté aquí, Triario pasará a ser un mero subordinado. No puede agazaparse y esperar. ¡Debe atacar ya!

—Pero Lúculo no viene hacia aquí... —repuse.

—Cierto, pero eso Triario no lo sabe. Está actuando guiado por una información falsa. O quizá sepa que Lúculo no ronda por la región pero desea que yo sí lo crea, de modo que infiltró ese bulo entre sus hombres, sabedor de que el rumor llegaría a mis oídos, y así ha sido.

La cabeza me daba vueltas.

—¿Por qué iba a querer que pienses que Lúculo está en camino? O si realmente está en camino, ¿por qué querría Triario que lo supieras?

Padre lanzó un hondo suspiro.

—Ahora debes salir del cerebro del romano, si es que en algún momento te metiste, e introducirte en el mío, en la cabeza del comandante del ejército pónico. Si yo creyera que Lúculo viene hacia aquí, lo cual no creo, ¿qué haría?

—Dividir tu ejército, naturalmente. Enviar un escuadrón de caballería pesada para hostigar a Lúculo durante su avance y dejar el resto aquí, para asediar a Triario.

—Exacto. No eres tan duro de entendederas como parece a veces.

—Entonces —empezaba a ver las cosas claras—, entonces Triario vería que nuestro ejército había quedado reducido a la mitad y aprovecharía la oportunidad para atacarnos. Independientemente de que Lúculo esté o no en camino y de que Triario lo crea o no, ¡quiere que tú lo creas para que dividas tu ejército y pueda derrotarnos!

—Lo has comprendido, general —dijo padre, y volvió hacia mí el lado izquierdo de su rostro, riendo con la mitad buena de su boca y con el ojo sano, mientras el resto de la cara permanecía en la sombra—, y le daremos la satisfacción de saber que su rumor sobre Lúculo alcanzó nuestros oídos.

Al día siguiente, padre separó cinco mil soldados de caballería y partí con ellos hacia el sudeste, aparentemente para interceptar el avance de Lúculo. Triario aguardó un día entero para asegurarse de que se creaba una buena distancia entre el rey y sus

jinetes póntricos. Luego, en una llanura dominada por una escarpada fortaleza conocida como Zela, lugar que yo conocería bien años más tarde, Triario se dio la vuelta como un perro acorralado y atacó.

Habiendo previsto justamente eso, padre estuvo a la altura de las circunstancias e hizo que sus hombres avanzaran por el camino, con la armadura puesta y las armas a punto, de forma ordenada y uniforme en lugar de atropellada e irregular, como era su costumbre. Cuando él y la infantería salieron del profundo valle a la árida planicie de Zela, los exploradores ya le habían informado de las trincheras que los romanos habían cavado aprisa y corriendo una o dos horas antes, mientras aguardaban nuestra llegada. Marcelo se puso al mando de la media legión de exiliados romanos y de lo que quedaba de la caballería al tiempo que padre dirigía personalmente la cohorte de veteranos armenios hacia la vanguardia del ejército. Sin detenerse siquiera a agrupar las tropas o a negociar el lugar con los heraldos del enemigo, lanzó el grito de guerra y se abalanzó sobre las legiones de Triario.

Padre luchó todo el día en primera línea, a lomos de su corcel, mientras la cohorte bajo su mando encabezaba las tentativas de hacer retroceder a Triario hacia el fortín que los romanos habían construido en el otro extremo de la llanura. El enemigo resistió valientemente, hasta que del cañón que se extendía a los pies de la fortaleza, por el flanco derecho romano, sonó una corneta y aparecí con los cinco mil soldados de caballería que habíamos separado el día anterior del resto del ejército y los conduje por el terreno desguarnecido hacia el ala derecha romana. Los legionarios estaban demasiado atónitos incluso para huir, y centenares de ellos fueron simplemente pisoteados por los cascos de los jinetes tribales o sus cráneos fueron partidos por las violentas espadas curvas. Los supervivientes finalmente recuperaron cierto orden y retrocedieron hacia su campamento, tropezando con las enlodadas trincheras que ellos mismos habían cavado, convertidas ahora en su mayor obstáculo para ponerse a salvo del ejército póntrico.

Durante la desbandada, reparé en la satisfacción que le producía a padre ver a legionarios romanos regulares, no tropas auxiliares bitinias ni mercenarios calcedonios, sino auténticos soldados romanos con sus uniformes de gala, arrojando sus escudos y huyendo sin orden ni concierto. Padre saboreó la escena mientras cabalgaba entre sus soldados de infantería en dirección a los muros desguarnecidos del campamento romano.

Cumplida mi misión y teniendo a mi caballería arrollando a los legionarios rezagados, me separé de ella y fui en pos de padre para felicitarle. Lo encontré erguido en su silla de montar, sin otra señal de sus heridas casi mortales que la extraña forma del casco, del que había extraído la protección derecha para dar cabida a la hinchazón que todavía sufría en esa mejilla. Trotando a su lado iba su guardia personal de exiliados romanos, con el uniforme y la panoplia que todavía

conservaban después de tantos años de servicio al rey.

De pronto advertí que un centurión enemigo trataba de levantarse después de que padre y sus guardias le hubieran arrollado creyéndole muerto. El hombre estaba muy malherido, pues tenía problemas para ponerse en pie, pero finalmente lo consiguió, mostrando un uniforme y una armadura casi idénticas a las de los escoltas exiliados de padre. Tras el desconcierto inicial, cayó en la cuenta de que el rey pónico acababa de pasarle por encima y que ahora él se hallaba, de hecho, detrás de las líneas enemigas, separado de su unidad, que había huido hasta las empalizadas o perecido.

Me disponía a darle de lado y encomendar su captura a las tropas auxiliares y los que vivían del campamento que habían quedado atrás cuando advertí que el hombre clavaba la mirada en la espalda de padre, encorbaba los hombros y echaba a correr hacia la escolta de exiliados.

De repente, cruzando mi mente como un relámpago, caí en la cuenta del inminente peligro. Con un poderoso grito, hundí los talones en los flancos de mi montura y emprendí el galope en dirección al rey, luchando por abrirme paso entre el caos y la turba de hombres que tenía delante y que al verme se apresuraba a huir de mi fusta y de los cascos de mi caballo.

Era demasiado tarde. Sin apartar la vista del centurión malherido, observé horrorizado cómo daba alcance a los escoltas romanos, se acomodaba a su ritmo y llegaba hasta la montura de padre, tratando de disimular su cojera y dejando una estela de sangre a su paso.

—¡Apresad al centurión! —grité cuando finalmente llegué a una distancia desde la que padre y los guardias podían oírme—. ¡Apresad al romano!

Padre me miró con una mezcla de orgullo y desconcierto. También sus hombres se volvieron, sorprendidos por mi repentina aparición gritando que apresaran a uno de los suyos. Únicamente un hombre comprendía mis palabras, únicamente un hombre conocía sus malvadas intenciones. Al ver que me disponía a darle caza, el centurión desenvainó rápidamente su espada corta, la alzó por encima de su cabeza y embistió con toda la fuerza que le quedaba la parte más cercana que tenía de padre desde su posición: el enorme y desprotegido muslo.

Padre aulló de dolor y su caballo, asustado y aturdido, se alzó sobre las patas traseras y pateó frenéticamente el aire con las delanteras antes de volver al suelo. Sorteé a los guardias que todavía ignoraban lo ocurrido y, con un único golpe de espada, rebané el cuello del centurión, del que brotó un chorro de sangre caliente que roció la grupa del caballo de padre. La cabeza rodó bajo los pies de la infantería mientras el cuerpo caía al suelo, el puño todavía aferrado a la espada.

La herida de padre era terrible, un tajo que le atravesaba la fibra y el músculo del muslo hasta el hueso. Durante un instante permaneció abierta, el blanco fémur expuesto entre dos paredes de carne roja, tan parecido a un buey sacrificado que sentí

un escalofrío. Durante un instante la herida se negó incluso a sangrar, y padre la contempló consternado, hasta que de la arteria cercenada empezó a brotar sangre a borbotones, y se puso pálido. Ahuyenté a mi montura y eché a correr en medio del lodo y el estiércol que cubría el campo de batalla. También padre desmontó, tambaleándose sobre su pierna ilesa o, mejor dicho, sobre la pierna con la herida menos reciente, y cuando depositó todo el peso de su cuerpo en la rodilla todavía entablillada que tanto se había esmerado en proteger, su rostro se retorció de dolor. Una docena de hombres corrió a socorrerle y contener la sangre. Padre se quitó el casco, puso los ojos en blanco y perdió el conocimiento.

Tal como había ocurrido con anterioridad, en cuanto el rey cayó la noticia se extendió rápidamente por todo el ejército y la ofensiva se detuvo, permitiendo a los rezagados romanos arrastrarse sin problemas hasta las empalizadas.

Un escolta de padre improvisó un torniquete para frenar la hemorragia y a los pocos instantes padre despertó de su desvanecimiento. Al principio estaba atontado, pero cuando recuperó todos sus sentidos y reconoció las caras inquietas que le observaban desde arriba, se puso furioso.

—Levantadme —gruñó—, levantadme para que los hombres vean que estoy vivo.

Bituito protestó enérgicamente, mas yo comprendí de inmediato lo que padre pretendía. Del mismo modo que Alejandro, tras caer herido en India, se mostró ante sus tropas para aplacar sus miedos, padre quiso impedir que sus hombres sabotearan una victoria segura al temer por su vida.

—¡Levantadle! —ordené, agarrando a padre por un hombro. Bituito, tras un breve titubeo, procedió a ayudarme.

La cabeza de padre cayó hacia atrás como consecuencia de otro desvanecimiento, y soporté su peso sobre mi hombro hasta que despertó.

—¡Reanuda el ataque! —carraspeó, débil por la pérdida de tanta sangre, una cantidad que seguro habría matado a un hombre normal, y quizá a un caballo o a un oso—. ¡Están huyendo! ¡Destruid a los romanos!

Marcelo llegó velozmente a lomos de su caballo, el rostro encendido por la vehemencia de la carga que acababa de dirigir y por la rabia de ver al rey herido.

—¡Príncipe! ¡Príncipe Farnaces! —gritó.

Me volví, irritado, hacia él.

—¡Ahora no, tribuno! ¿No ves que el rey está malherido?

Saltó de su caballo, corrió hasta nosotros y me agarró del hombro. Me dispuse a golpearle con el brazo que me quedaba libre, pero la seriedad de su rostro me detuvo.

—Príncipe Farnaces, ¿estás loco? ¡El ejército no puede detenerse ahora! ¡Perderemos todo lo que hemos ganado! Deja al rey en manos de los médicos. ¡Debes tomar el mando de inmediato o la caída del rey habrá sido en vano!

Le miré fijamente, muy quieto, como en trance. ¿Tomar el mando del ejército?

¿Con padre todavía vivo? ¿Cómo iba a traicionarle...?

—¡Reacciona, príncipe Farnaces! ¡Los hombres esperan!

Saliendo bruscamente de mi ensimismamiento, asentí y dejé a padre a cargo de los guardias. Salté sobre el caballo que tenía más cerca y blandí la espada por encima de mi cabeza en un amplio círculo, como un banderín, para atraer la atención de los centuriones y comandantes que se habían acercado al lugar del intento de asesinato.

—¡El rey vive y gobierna! —grité, y cuando la noticia alcanzó a las preocupadas tropas que se iban congregando, estalló una ovación—. ¡El rey vive y gobierna! —repetí, y esta vez el clamor provocado por mis palabras estuvo a punto de derribarme, tal fue el impacto que la noticia tuvo en los hombres.

Atónito ante tanto fervor, proseguí con la arenga.

—¡El rey vive y su deseo es que los romanos sean destruidos hoy! —bramé—. ¡Eliminaremos a los romanos de la faz de Asia! ¡Reanuda el ataque!

Con un rugido sobrecogedor, los hombres regresaron rápidamente a sus unidades para formar de nuevo y avanzaron hacia las empalizadas que se elevaban a tan solo doscientos pasos de nosotros. Al volverme para buscar a Marcelo y ordenarle que reanudara la carga con los exiliados romanos, divisé a padre de nuevo sobre un caballo, pálido y demacrado. Me clavó una mirada severa y penetrante. De repente me vino a la memoria mi enfrentamiento con él tras la batalla del Halis, cuando asumí por primera vez el mando del escuadrón de caballería de Gordios.

—Ordené a las tropas que reanudara la ofensiva —le dije con naturalidad, ignorando cuánto había escuchado de mi arenga y si estaba completamente lúcido.

Asintió secamente.

—Lo sé —repuso, tambaleándose sobre la montura—, y has vuelto a asumir el mando sin mi autorización.

¡Seguía dudando! Aquello fue el colmo. Estallé de ira a pesar de que el viejo apenas podía sostenerse del dolor y la pérdida de sangre.

—¡Sin tu autorización! ¡Tú mismo, ya malherido, ordenaste a los hombres que continuaran el ataque! —grité—. ¿Qué quieres de mí? ¿Soy un general o solo tu portavoz? ¿Vas a acusarme de amotinamiento cada vez que aplico una táctica? ¿Acaso eres un dios inmortal que lo sabe y lo ve todo?

Me miró fijamente, exhausto, y guardé silencio. Un cirujano militar, Timoteo, corrió hasta nosotros, horrorizado de que padre hubiera conseguido subir a su caballo, y agarró las riendas. Padre lo ahuyentó.

—Hiciste bien, Farnaces —dijo, su voz apenas un susurro a causa de la fatiga, mas la mirada todavía encendida—. Pero no olvides cuál es tu puesto. ¡No lo olvides! Todavía no estoy muerto.

Suspiré y sacudí la cabeza, harto de que después de tantos años de leal servicio todavía dudara de mis intenciones.

—Y yo celebro que así sea —repliqué con solemnidad.

Me observó detenidamente.

—Lo dices como si realmente lo sintieras.

—Porque lo siento. Pero Triario tampoco está muerto aún y debemos ocuparnos de ello.

—Triario no sobrevivirá esta noche —contestó padre—, ni Roma este año.

Mas Roma sí sobrevivió el año y Triario la noche, aunque solo su conciencia, si la tiene, sabe si fue capaz de vivir consigo mismo tras su conducta, pues al ver que sus hombres huían en desbandada, reunió a sus soldados ilesos y huyó a refugiarse a la Capadocia controlada por los romanos. Al hacer eso, cometió un acto impensable, imperdonable: dejó atrás siete mil cadáveres romanos con sus espíritus rondando infelizmente entre las mandíbulas de los cráneos no sepultados. El pérfido comportamiento de Triario nos repugnó y hasta empañó la alegría que nos producía la captura del equipaje, el tesoro y las provisiones romanas que el pánico les había hecho dejar atrás. Únicamente lamentábamos no haber destruido por completo al ejército romano, lo que habríamos conseguido si no hubiéramos vacilado, preocupados por las heridas del rey. Entre los muertos había veinticuatro tribunos y ciento cincuenta centuriones, una elevada proporción del mando del ejército romano y prueba de que la desmoralización de las legiones era total, pues los soldados habían huido del campo de batalla dejando a sus oficiales luchando y pereciendo.

Poco después de la batalla recibimos de los mercaderes griegos la noticia de que Lúculo había regresado finalmente a Roma y recibido su triunfo. Su escolta ceremonial fue escasa, mil quinientos legionarios enfermos y heridos, los únicos que no habían partido a sus tierras, obtenidas con la jubilación, o no se habían incorporado a las fuerzas de Pompeyo. Así y todo, Lúculo compensaba con creces la falta de hombres con su sorprendente riqueza, toda ella saqueada al Ponto y Armenia.

Además de miles y miles de armaduras vacías de catafractos armenios fallecidos, que Lúculo colocó en fantasmagóricas hileras en medio del Circo Flaminio, su tesoro comprendía los espolones de cien barcos de guerra pónicos apresados; diez carros falcados; una estatua de oro macizo, tamaño natural, del rey Mitrídates; veinte literas repletas de objetos chapados en plata, cada una transportada por ocho esclavos, y otras treinta y dos con objetos chapados en oro; cincuenta y seis mulas cargadas con lingotes de plata y otras ciento siete con monedas de igual metal. Todo ello fue depositado frente a la escalinata del Capitolio, como donación al pueblo romano y a las deidades guardianas Júpiter, Juno y Minerva. Cada soldado de las campañas del este recibió la extraordinaria suma de novecientos cincuenta dracmas de plata. Tras el desfile triunfal, Lúculo auspició una espléndida celebración con la que agasajó a toda la ciudad y a los pueblos y aldeas circundantes.

Así finalizó su carrera, como una de esas antiguas comedias baratas que tienen un comienzo tedioso pero terminan con una gran carcajada, pues su vida, en sus comienzos, había estado marcada por pertinaces campañas y el ejercicio de la autoridad, y sus últimos años, por festines y banquetes, obras de teatro y danzas con antorchas, y otras frivolidades. Lúculo había pasado de su categoría de soldado raso en la legión a ser el hombre más rico y popular de Roma.

Al parecer, durante la celebración triunfal un senador tuvo la osadía de señalar públicamente que un año antes Lúculo había enviado un despacho oficial a Roma donde alardeaba de haber conquistado para siempre el Ponto y neutralizado a Mitrídates. Cuentan que, ante esta acusación, Lúculo simplemente se encogió de hombros y dijo que, en aquel entonces, había sido verdad.

Pero ahora Roma tenía que reconquistar el Ponto desde cero.



IV

POMPEYO ERA FIEL a su fama de invencible. En menos de tres meses había eliminado la amenaza pirata en todo el Mediterráneo. Envió escuadras romanas al norte de África, Sicilia y Córcega, hizo salir a los bribones de sus guaridas y los trasladó a la enorme base pirata de la costa de Cilicia. Aquí estalló algo parecido a un batalla, pero el entusiasmo de los piratas se vino abajo cuando Pompeyo capturó unas noventa galeras, docenas de barcos de transporte y veinte mil hombres. Así y todo, en lugar de granjearse la enemistad de los piratas, sembró entre sus filas la confusión y la disensión al proponer la concesión, no autorizada por el Senado pero respetada, de terrenos en Grecia o Asia a todo pirata que aceptara entregar sus riquezas mal habidas y someterse a Roma. La fuerza pirata se disolvió como un témpano del Caspio en un día de verano.

Mi mayor sorpresa, no obstante, fue comprobar que a padre no le sorprendía lo más mínimo el suceso.

—Aprendí la lección con Arquelao —rio—. Los piratas son meros mercenarios. No ven beneficio alguno en luchar contra una flota romana a menos que aspiren a gobernar Roma. No tengo nada que ofrecerles en este momento, de modo que hasta un palmo de grava en Beocia para cultivar lentejas es mejor que una vida como esclavo en una galera romana si se niegan.

Escupió por la comisura derecha de la boca, hábito que había adquirido, desde que sufriera la herida, para evitar el inevitable babeo. Pero escupiera o babeara, un desagradable hilo le surcaba constantemente las barbas, perturbando al observador que no estaba acostumbrado a esa imagen.

—No importa —dije—. Controlas el interior del Ponto. Treinta mil soldados de infantería y tres mil de caballería, un ejército sólido. Puedes prescindir de las ciudades costeras de Sínope y Amisos. El hecho de conservarlas te haría estar en deuda con los piratas.

Padre resolló, encogió sus grandes hombros y se puso en pie. Las cosas podrían ir peor, me dije, pero no mucho peor. El más grande general de Roma estaba acampado ahora en la costa de Cilicia. Tenía un ejército poderoso, una mezcla de legiones leales traídas de Hispania e Italia y el resto de las tropas de Lúculo, que conocían bien la región. Padre, por otro lado, tenía sesenta y seis años y todavía padecía el dolor de tres heridas recientes, ninguna de las cuales daba muestras de querer cicatrizar del

todo. Su vasto proyecto de construcciones civiles y reformas financieras no tardaría en agotar los fondos disponibles. Dirigía un ejército numeroso pero mal adiestrado, de hombres de las tribus en las montañas y los cañones del interior, pero cada vez resultaba más difícil abastecerlos de alimentos y provisiones, pues los ejércitos romanos habían ocupado y saqueado la región hasta tal punto que los pocos agricultores que quedaban apenas se molestaban en cultivar por temor a que sus cosechas fueran incendiadas o expoliadas antes de llevarlas al mercado.

Nuestros asesores aconsejaban parlamentar con el general romano. Intermediarios de Pompeyo habían insinuado que existía la posibilidad de llegar a un acuerdo pacífico. Pompeyo ansiaba regresar a Roma para asumir los cargos a los que se creía merecedor. Padre simplemente deseaba que las legiones le dejaran tranquilo, afianzarse como soberano de sus dominios heredados y poder continuar con su reconstrucción del Ponto. Pompeyo exigiría que el rey se declarara amigo y aliado del pueblo romano. Padre no podía aceptar eso, pero insinuó que todavía conservaba una última reserva de oro en una fortaleza remota, que podría ofrecer al general si este aceptaba la paz. Los romanos hicieron una contraoferta y padre cedió un poco. Se había conseguido un ligero avance.

Parecía que las cosas marchaban lentamente hacia un punto intermedio cuando Pompeyo lanzó una exigencia que padre rechazó rotundamente. No solo la rechazó, sino que cerró la puerta a posibles negociaciones futuras por el insulto que representaba. Pompeyo exigía, antes de acordar una reunión cara a cara, que como señal de buena voluntad Mitrídates entregara a todos los exiliados romanos que tenía en su campamento, unos tres mil.

Fiel a los hombres que habían permanecido a su lado a lo largo de los años, padre se negó en redondo, aun sabiendo que se enfrentaba a una derrota segura en el caso de que Pompeyo le declarara la guerra. La lealtad de un vasallo a su señor, dijo, era, de todas las virtudes, la más admirable. Padre no torturaba a los prisioneros enemigos que permanecían leales a sus comandantes, ni castigaba a los esclavos que seguían a sus señores cuando estos le traicionaban. ¿Cómo podría seguir llamándose hombre si entregaba a los soldados que le habían sido leales durante dos décadas, que habían combatido a su lado, que le habían salvado la vida cuando había caído malherido? Habría preferido, decía, haber perdido ambas piernas en Zela. Habría preferido, decía, que la jabalina le hubiera arrancado toda la cabeza y no solo la mandíbula derecha. Con los heraldos romanos que le trajeron la fatídica propuesta de Pompeyo se mostró mucho menos expresivo, o quizá más, según se mire. Sus palabras fueron breves, pero sumamente elocuentes.

—A la mierda con Pompeyo.

Los escandalizados heraldos regresaron a Cilicia. En menos de un mes, Pompeyo atacó.

El general romano se adentró con sus legiones en el Ponto después de atravesar pesadamente las llanuras de Capadocia. Pompeyo era un soldado experto y un gran estratega, incluso para los elevados parámetros de Roma. Pero donde más destacaba era en la administración. Mientras nuestro ejército vivía precariamente, dedicando la mitad del día a buscar alimento, regateando con los campesinos por unos granos de trigo enmohecido o cazando trabajosamente ciervos y antílopes en las montañas, los hombres de Pompeyo marchaban con los estómagos llenos. Cruzaron el Ponto seguidos de una enorme línea de abastecimiento que se extendía hasta su base en Cilicia y transportaba no solo la consabida galleta y el vino con el que los legionarios podrían sobrevivir varias semanas, sino agua, carretas con centenares de toneles y odres de agua obtenida de fuentes seguras, lo que los volvía inmunes a nuestras tentativas de perjudicarlos envenenando pozos o desviando arroyos. Era imposible romper su tren de abastecimiento, pues no podíamos concentrar suficientes hombres detrás de las líneas romanas para provocar una ruptura permanente. Peor aún, Pompeyo tenía la habilidad de absorber a nuestros aliados en su ejército sobornándolos o prometiéndoles seguridad, como había hecho con los piratas. Lenta y sistemáticamente, con una paciencia infinita, nos hacía retroceder por las montañas del interior en dirección a la flota romana concentrada en la costa del Ponto Euxino, o en dirección a Armenia, donde padre se resistía a abandonarse a la merced de Tigranes por segunda vez. Nuestras opciones menguaban día a día, y Pompeyo lo sabía. También nuestros soldados.

Oh, señor Aion, dios esquivo del tiempo infinito: *lento* no es el adjetivo que mejor describe el avance de Pompeyo. Su avance era *desesperante*. Jugaba con nosotros mientras retrocedíamos, reacio a correr el más mínimo riesgo, a entablar combate con nuestra infantería. Por mucho que lo intentábamos, no conseguíamos atraerlo hacia las emboscadas que planeábamos, pues sus legiones se negaban a salir de los campamentos fortificados hasta que retrocedíamos a la siguiente cadena de estribaciones. Su ejército cruzaba los ríos protegido por pelotones de infantería pesada, mientras que jinetes y arqueros mercenarios se desplegaban por las colinas que dominaban los vados para proteger el importantísimo tren de intendencia. En un momento dado tomamos una fortaleza de montaña inexpugnable, desde donde podíamos destruirlos con piedras y proyectiles lanzados desde los muros. Los romanos, en lugar de atacar, nos cercaron con trincheras, lejos del alcance de nuestras flechas, buscando nuestra rendición no a fuerza de matarnos de hambre, sino de aburrimiento con su sepulcral silencio, su absoluta inacción.

En dos ocasiones, en menos de dos semanas, envió Pompeyo heraldos bajo bandera blanca con la vieja propuesta de que padre entregara a los exiliados romanos y se declarara amigo de Roma, a cambio de lo cual se le permitiría gobernar su

devastado reino en paz. En dos ocasiones despidió padre a los emisarios con una firme negativa. Al tercer intento, padre los hizo ejecutar. Cuando critiqué su decisión, respondió que era preferible violar la ley diplomática ejecutando a unos emisarios que la ley natural traicionando a hombres leales.

Resistimos cuarenta y cinco días agazapados en esa fortaleza pestilente. Nos veíamos obligados a comernos a nuestros animales de carga, e incluso perros y gatos que vivían en madrigueras debajo de los muros, pero padre nos prohibió sacrificar a los caballos. Entretanto, desde lo alto de los muros divisábamos la llegada incesante del tren de intendencia de Pompeyo, de rebaños de cabras y ganado para su sacrificio, de carretas repletas de vino. Un día, mientras observaba a mis tropas, reparé en rostros descarnados y labios agrietados por las diminutas raciones de agua fétida, por la carne de mula rancia y las galletas de trigo agusanado. Hasta Bituito, el enorme, musculoso e inmortal Bituito, empezaba a ofrecer un aspecto débil y envejecido, una vaga evocación de lo que había sido. Entonces supe que no podríamos aguantar mucho más.

La siguiente noche sin luna tomamos la funesta decisión. Levanté la vista hacia el cielo, con Papias y padre a mi lado.

—¿Qué estrella es esa que viaja por el cielo? —pregunté.

El viejo del lago Meotis habló sin vacilar.

—Sirio, próxima a las siete Pléyades. Todavía está alta.

—¿Las circunstancias son adecuadas para el sacrificio, viejo Papias? —preguntó padre con voz lúgubre.

El anciano contempló largo rato el cielo antes de contestar.

—Lo son, señor.

Padre cruzó el césped que rodeaba la torre del homenaje de la fortaleza, en la que nuestros soldados enfermos y heridos, mil doscientos en total, yacían pegados unos a otros en formación militar, como dos cohortes completas, como un ejército horizontal, dolorido y quejumbroso. Padre se detuvo delante del primer herido, contempló su cuerpo postrado y, a renglón seguido, se apoyó lentamente en una rodilla y retiró la manta que lo cubría. Un hedor dulzón, el olor de la muerte, nos abofeteó la cara. Al hombre le faltaba una pierna de rodilla para abajo como consecuencia de un flechazo romano en la espinilla dos semanas antes y de la sierra del cirujano del campamento. El tejido en torno a la herida se estaba descomponiendo y ofrecía el aspecto escamado y morado de la gangrena.

—Le quedan dos días de vida —musitó Papias, acercándose para examinar la pierna del soldado a la luz de una antorcha.

El herido contemplaba inexpresivo el cielo, aparentemente ajeno a nuestra presencia. Con un hondo suspiro, padre asintió brevemente con la cabeza, extrajo su

daga y sin más preámbulo la deslizó rápida y eficazmente por la garganta del hombre. La cabeza cayó silenciosamente hacia un lado, los ojos todavía clavados en el cielo. Padre saltó por encima del cuerpo hasta el siguiente hombre, un pónico en el que reconocí a un explorador veterano. No le cubría manta alguna, pues el peso de la misma resultaba demasiado doloroso para la carne carbonizada del torso y los muslos, el resultado de un proyectil llameante lanzado desde una balista enemiga que había matado a varios de nuestros hombres. Este soldado había observado detenidamente nuestro proceder con el camarada tendido a su lado. Ahora, mientras padre se acercaba, cerró los ojos y alzó el mentón hacia las estrellas, exponiendo su garganta a la cuchilla en señal de aceptación de su sino. Padre posó una mano suave en el hombro del soldado, murmuró unas palabras de agradecimiento y lo envió a los dioses.

Establecida la pauta, veinte exiliados romanos elegidos a suertes procedieron, junto con padre, a rebanar rápida y sigilosamente las gargantas de los demás soldados postrados. Los que estaban conscientes y comprendían lo que estaba ocurriendo aguardaban su sino en silencio. Los soldados sanos, de pie, observaban la escena con resignación. No hubo protestas. No se hicieron comparaciones con el abandono por parte de Triario de sus muertos y heridos en Zela. La muerte rápida y silenciosa de nuestros mil doscientos heridos era preferible a la suerte que habrían corrido de haber sido capturados con vida por los romanos.

Una vez que padre hubo despachado al último herido, caminó hasta las gigantescas puertas que protegían la entrada de la fortaleza para unirse al pequeño grupo de oficiales pónicos y exiliados romanos que habían estado contemplando la lúgubre medida. Tenía el semblante serio, inexpresivo, pero la luz de las antorchas suspendidas de la piedra a nuestra espalda desvelaron gruesas lágrimas que caían por sus mejillas y se filtraban en la enmarañada barba. Padre se volvió hacia la muchedumbre de hombres que permanecía congregada detrás de él, aceptando sus acciones pero preguntándose por qué.

—«Es preferible morir como soldado —dijo suavemente, traduciendo el elegante griego de Eurípides al pónico de sus hombres—, pues morir debemos, y aunque el hombre que muere padece, a toda su familia cubre de orgullo y alabanzas».

Sin dar tiempo a que se generaran opiniones o recelos, miró a los soldados apostados en lo alto de los muros y asintió con la cabeza. Los hombres hicieron girar los cabestrantes y las puertas se abrieron con suavidad y sigilo sobre las bisagras cuidadosamente engrasadas.

Los dos mil soldados de la caballería pónica que quedaban cruzaron las puertas, seguidos en estrecha formación por los variopintos pero ferozmente resueltos soldados de infantería, con los exiliados romanos en cabeza. Todo el equipaje, todo el tesoro, todas las provisiones y armas de reserva quedaron atrás. Solo tendríamos una

oportunidad de penetrar en las defensas enemigas y solo podíamos hacerlo si cada uno de nuestros hombres estaba en condiciones de luchar. Hasta el viejo Papias se armó animosamente con una espada y una daga. No podíamos prescindir de un solo hombre destinándolo a transportar material. Si nos derrotaban, esa carga carecería, en cualquier caso, de utilidad.

Pero por una vez Pompeyo, el meticuloso, el siempre vigilante Pompeyo, fue pillado con el taparrabos en los tobillos. Nuestra caballería atravesó la adormilada línea de centinelas romanos en un punto endeble que habíamos reconocido con antelación. La infantería cruzó las zanjas y trepó por las empalizadas que los romanos habían construido para evitar justamente eso, y antes de que la alarma llegara al cuartel general del estado mayor situado a cuatro estadios de distancia, Mitrídates y treinta mil soldados escuálidos habían desaparecido en la oscuridad, sembrando el desconcierto entre las legiones romanas y, a renglón seguido, el frenesí cuando echaron a correr no en pos de nosotros, sino hacia la fortaleza para incautarse del equipaje y el tesoro que habíamos dejado atrás. Mientras galopábamos en medio de la oscuridad, los vítores de las legiones nos siguieron durante estadios, y advertí que padre meneaba la cabeza al pensar en la estupidez y la avaricia de su enemigo, y quizá en sus propias perspectivas.

Habíamos llegado al final. Ante nosotros yacía el extenso río Éufrates que separaba el reino del Ponto de Armenia, donde terminaban los dominios de padre. Aquí, el río transcurre por un profundo desfiladero, con acantilados a ambos lados, y alrededor de una curva cerrada donde un largo afloramiento rocoso, como una península, desvía su curso. No existe un solo vado en docenas de estadios y hasta los barcos tendrían problemas para cruzar la rápida corriente. No fue una casualidad, sino un acto deliberado, llevar al ejército hasta el final de la estrecha península que se adentraba varios estadios en la curva del río. Desde aquí el ejército ya no tenía escapatoria. El desfiladero lo rodeaba por tres flancos, mientras que en el cuarto estaba el angosto y empinado camino por el que acabábamos de subir. En pocas horas esta última vía hacia la salvación quedó bloqueada por las resueltas legiones de Pompeyo, que acamparon justamente en su extremo. Solo un ejército podía salir victorioso de esta posición.

Esa noche padre destacó cuatro cohortes en la parte más estrecha de la península, bajo el mando de sus centuriones romanos, para bloquear el avance de Pompeyo. Al día siguiente, las tropas de asalto romanas lanzaron un feroz ataque. Al principio fueron repelidas, pero a medida que el día avanzaba y el calor y la tensión empezaban a hacer mella en nuestras hambrientas y debilitadas tropas, más difícil les resultaba a estas defender sus trincheras. Por la tarde comenzaron a llegar mensajes cada vez más apremiantes de nuestros asediados soldados, en los que pedían refuerzos. Padre no

sabía qué hacer, pues, debido a la configuración del terreno, el frente de batalla era corto y compacto. No había espacio para desplegar un amplio contingente de tropas que apoyara a los dos mil hombres ya apostados allí.

—Debemos compensar con calidad la falta de espacio —dije.

Padre rechazó mi propuesta.

—Nuestros mejores soldados son los de caballería, pero el terreno es demasiado accidentado y el desfiladero demasiado estrecho para los caballos. No pueden maniobrar.

—Tienes razón, nuestros mejores soldados son los de caballería. Me los llevaré como refuerzo... sin los caballos.

Padre me miró fijamente y por primera vez en muchos días vi una chispa de esperanza en sus ojos. Nuestra caballería tenía los mejores arqueros y espadachines del ejército. Eran, sin duda alguna, los que podían hacer más daño con la fuerza más compacta.

—Llévate la caballería —gruñó—. Desmontada.

Con la llegada a pie de nuestros soldados de caballería el frente pónico logró resistir e incluso avanzar ligeramente desde su posición original mientras los romanos luchaban con igual dificultad, incapaces de superarnos en número a causa del accidentado terreno. Nuestros arqueros lograron incluso repeler a su excelente caballería gálata. Al caer el día los dos ejércitos llegaron a un empate y con el crepúsculo padre regresó cansinamente a su catre y los consuelos de su brava concubina Hipsicratia. Con la tensión sufrida durante el último cerco y la huida, sumada a las persistentes heridas, padre había estado pasando más tiempo a solas con su blanco y hermoso trofeo. Esta noche estaba agotado y concilió el sueño junto a ella casi al instante.

El desastre llegó poco después de anochecer, cuando la mano dirigente de padre no se hallaba en el lugar. Por lo que fui capaz de reconstruir mucho después, he aquí lo que sucedió:

La caballería mercenaria de los romanos detuvo finalmente su implacable carga en nuestra línea de defensa y utilizó lo que quedaba de luz para regresar por el accidentado terreno a su campamento. Nuestra caballería pónica desmontada, que había defendido ferozmente la posición durante toda la tarde, vio este repliegue como una oportunidad única para lanzar un golpe mortal a los gálatas. Nuestros jinetes, como es lógico, no podían atacar sin sus monturas. Así pues, deseoso de lanzar la ofensiva antes de que los confiados gálatas se hubieran puesto a salvo tras las líneas romanas, ordené a los pónicos que salieran de sus trincheras y regresaran a nuestro campamento para recoger los caballos.

En la creciente oscuridad, sin embargo, nuestros centinelas pónicos malinterpretaron esta acción. Al ver a nuestra caballería desmontada correr hacia el

campamento sin orden ni concierto, y en la tensión del momento, solo pudieron suponer lo peor: que los romanos nos estaban pisando los talones. Los centinelas arrojaron sus armas y echaron a correr hacia el campamento como si la vida les fuera en ello.

En ese momento, los jinetes gálatas miraron atrás y se percataron de que algo extraño pasaba, pues las trincheras y terraplenes que habían estado atacando todo el día aparecían ahora desiertos. Regresaron de inmediato y al escuchar la agitación en nuestro campamento enviaron un mensaje urgente a Pompeyo. Incluso sin mensaje, el fragor del alboroto probablemente ya había alcanzado sus oídos. De hecho, los gritos de pánico y el revuelo del campamento pónico tenía que haber llegado por fuerza hasta Armenia. El cauto y pausado general romano no vaciló esta vez y las legiones formaron para lanzar una extraordinaria ofensiva nocturna.

No solo nos perjudicó nuestra estupidez, sino también los propios dioses. Cuando las legiones romanas alcanzaron nuestra empalizada, una luna llena se alzó justamente detrás de ellos, en el horizonte. La luna proyectaba luz suficiente para distinguir la silueta de un hombre, pero al estar tan baja, las sombras de las legiones romanas se alargaban y llegaban casi hasta nuestros muros. Eso dificultaba la tarea de los pocos arqueros pónicos que todavía permanecían en sus puestos de guardia, que no podían medir con precisión la distancia entre ellos y el enemigo. Haciendo mal sus cálculos, los arqueros dispararon sus flechas demasiado pronto y fallaron. Los romanos atravesaron nuestras trincheras y entraron en el campamento pónico, sin abandonar su acostumbrada parsimonia. Para cuando padre fue alertado, toda la resistencia pónica se había venido abajo. Tal como había ocurrido en Cabira, los romanos no estaban combatiendo con defensores sino con el caos de hombres en desbandada.

En medio de la carnicería y la devastación, en medio de la confusión y el pasmo, fuimos incapaces de reagrupar las tropas para crear una defensa. Saltando sobre su montura, padre gritó a quienes tenía cerca que le siguieran. Entre las sombras vi a otras figuras hacerse con un caballo, entre ellas un intrépido jinete pónico que saltó con toda su armadura sobre el lomo de un resplandeciente corcel blanco de la caballería romana, derribó al sorprendido tribuno de la silla y agarró las riendas para seguir al rey.

Formando una columna irregular de ochocientos jinetes, atravesamos al galope la frenética multitud de romanos y pónicos que combatían acuchillándose unos a otros. Salimos del campamento por donde acababan de entrar las tropas de Pompeyo, en dirección al pie de la península, el único camino que permitía salir a territorio abierto. Era una tarea imposible, y solo puedo creer que fue la confusión y el pánico del momento lo que nos instó a tenerla en cuenta. Tropezamos de lleno con el cuerpo principal de la infantería romana que llegaba de su propio campamento, y una lluvia

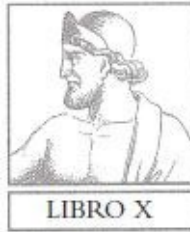
de flechas diezmó nuestro exiguo contingente, matando a docenas de hombres y caballos y dispersándonos en todas direcciones. En el caos, padre y yo, junto con el escolta pónico, Bituito y otros, abandonamos el camino y nos alejamos de las legiones en la única dirección en que podíamos hacerlo: hacia el precipicio del desfiladero. Sin tiempo de pronunciar una oración o un grito, dirigimos los caballos hasta el precipicio y nos lanzamos al vacío.

¿De cuánto fue la caída? ¿De veinte brazos? ¿Cincuenta? ¿Cien? Quizá menos, pero pareció una eternidad y el impacto mató a varios jinetes de nuestro grupo, pues más tarde encontramos sus cuerpos, magullados y sin vida, cuatro estadios corriente abajo, en la misma playa de grava a la que nosotros llegamos resollando y escupiendo agua. Quienes habían conseguido aferrarse a sus caballos dentro del agua se salvaron. Los que se habían separado de sus monturas zozobraron bajo el peso de la armadura, así de sencillo. Al final, solo cuatro miembros de nuestro grupo más inmediato sobrevivieron: padre, Bituito, yo y el fiero soldado pónico que había robado el corcel romano. No fue hasta transcurrido un rato, cuando el soldado decidió que la coraza de bronce era demasiado incómoda y se la quitó para cabalgar con el torso al descubierto, que reparé en su identidad: la doncella de hielo Hipsicratia, la de la larga melena y los hombros de amazona. Al parecer, padre no lo había perdido todo.

De los treinta mil hombres del ejército pónico, los romanos mataron a una tercera parte durante el ataque al campamento. Los demás fueron capturados para ser vendidos como esclavos o se dispersaron en la oscuridad y fueron alcanzados por los resueltos jinetes gálatas. Algunos supervivientes llegaron a la fortaleza de Sinora, a tres días de marcha en dirección norte. Nuestro reducido grupo también se refugió allí, para asombro del anciano jefe y la diminuta guarnición pónica que defendía la fortaleza. Los romanos, creyendo probablemente que habíamos perecido al caer por el precipicio, no fueron tras nosotros, de modo que pudimos recuperarnos y evaluar la situación durante un tiempo. A lo largo de las siguientes dos semanas fueron llegando otros supervivientes e incluso algunos escuadrones de caballería, además de una cohorte y media de exiliados romanos dirigida por el ingenioso tribuno Marcelo. Eso sumaba tres mil hombres, la mayoría malheridos y hambrientos.

Padre, exhausto y dolorido, me ordenó cruzar la frontera con Armenia para evaluar la buena voluntad del rey Tigranes y determinar si estaba dispuesto a darnos nuevamente refugio, como había hecho cinco años atrás. No tuve que viajar mucho para conocer la respuesta. En cuanto desembarqué del transbordador que cruzaba el Éufrates, fui recibido por una delegación de patriarcas armenios. Al parecer, los agentes de Pompeyo habían hecho una visita al Gran Rey, por si acaso Mitrídates había sobrevivido y tenía la tentación de solicitar asilo en Armenia. Desgraciadamente, dijeron los patriarcas, los armenios no podían ofrecernos su hospitalidad. De hecho, lo mejor sería que yo abandonara el territorio cuanto antes.

Tigranes había puesto un precio de mil talentos a la cabeza de Mitrídates.
Armenia no iba a ser nuestro refugio.



EL REGALO DE PROMETEO

A través de mí, los mortales dejaron de prever su muerte e hice que en sus
pechos abrigaran esperanzas ciegas.

ESQUILO



I

NUESTRA SITUACIÓN NO ERA PROMETEDORA: tres mil soldados de infantería hambrientos, varios centenares de soldados de caballería, una pequeña fortaleza en el interior pónico junto a la frontera con Armenia a la que un general romano enojado y ambicioso llegaría en cuestión de días y un enorme precio por la cabeza de padre.

No obstante, cuando me condujo a la bodega de la fortaleza de Sinora, sonrió enigmáticamente.

—Todo es posible —dijo— si hay oro suficiente.

Y oro tenía en cantidades. Pilas de oro, arcones repletos de monedas, montones de lingotes, tongas de chapas finamente labradas, cantidades ingentes de joyas, anillos, brazaletes, collares y coronas. Aunque había acompañado a este hombre a lo largo de toda mi vida, hasta yo quedé estupefacto cuando entré en la estancia y tropecé con una montaña de oro que alcanzaba el techo y se extendía por el pasillo, suficiente oro para pagar a todo su ejército durante un año o más, que era justamente lo que pretendía.

—¿Dónde...? ¿Cómo...? —tartamudeé.

Padre se encogió de hombros.

—Los romanos llevan cinco años tomando mis fortalezas. Cuando puedo, que no es a menudo, ordeno la evacuación del tesoro de la fortaleza y su traslado a un lugar seguro antes de que lleguen las legiones. Esta —señaló las paredes frías y húmedas, el suelo de tierra, el techo enmohecido— es la última cámara.

El último tesoro del Ponto, y él el último rey. Ya no había ejército, la flota se había dispersado y la población era esclava de Roma. Castillos destruidos, concubinas y hermanas asesinadas, miles de hombres enviados a la tierra de los muertos, y todo por preservar este, este... De repente, el enorme caudal amontonado ante mí me pareció triste y mísero, y me alejé de él al comprender que la riqueza, el poder y la gloria de generaciones de mis antepasados habían quedado reducidos a esas monedas y baratijas.

Padre me miró fijamente, adivinando mis pensamientos.

—Y, no obstante, dudas —dijo. Me miró incrédulo, casi indignado.

Yo ya no temía su ira y me di la vuelta para marcharme.

—¡Dudas! —continuó—. Pero con oro es posible recuperar lo que se ha perdido, la gloria de nuestros antepasados...

Mientras le escuchaba, mientras escuchaba su disposición a empezar de nuevo, a trepar una vez más el muro inexpugnable que las Parcas le habían puesto delante, sentí un profundo cansancio que me penetró hasta los huesos. Era incapaz de ver algo bueno en el oro, algo a su favor, solo podía ver cómo nos sumergía aún más en las profundidades en que nos habíamos hundido. Contemplaba el oro y solo podía ver un peso enorme, una carga que no me creía capaz de seguir soportando.

—Este oro... —dije.

Nunca lo entendería. Eterno soñador y planificador, padre nunca comprendería que había llegado la hora de aceptar lo inevitable. ¿Qué podía decir para disuadirle?

Entonces se me ocurrió algo. ¿Cómo íbamos a transportarlo? Representaba una carga abrumadora de varias toneladas. He ahí la respuesta.

—Ni siquiera tenemos carros para transportar los víveres y las armas —dije—. Debemos huir al norte ahora mismo. Pompeyo llegará dentro de pocos días, puede que dentro de unas horas. No podemos transportar este oro.

Padre me miró, decepcionado por mi lasitud, por mi desaliento, por el agotamiento que sentía, tan intenso que me impedía incluso buscar soluciones a los problemas. Posó su enorme mano sobre mi hombro como no había hecho en meses, quizá años. Instintivamente, miré hacia un lado para ver si había alguien cerca. Sería una vergüenza ser visto en semejante estado de parálisis, como un alfeñique que necesita que su padre le dé ánimos, yo era un general del ejército pónico, un príncipe del reino del Ponto. Enderecé los hombros y levanté la cabeza, y padre dejó caer la mano para iniciar su lenta y renga andadura hasta la escalera que salía de la bodega.

—El oro no supondrá una carga para el ejército —dijo—. Lo dividiremos entre todos los hombres, de acuerdo con su rango y actuación. Cada soldado cargará a la espalda el salario en oro de un año entero. Ningún hombre rechazará ese peso, y tantas manos conseguirán aligerarlo.

—¿Repartirás salarios de un año entre los soldados, siendo la mitad de ellos mercenarios y exiliados? ¿Crees que después de recibir este inesperado regalo se quedarán para luchar a tu lado?

—Hablas como si tuviera otra elección —repuso padre con calma—. Si deciden desertar con el oro, mi situación no será peor que si lo hubieran robado los romanos, y, como bien dices, no disponemos de carros para transportarlo. Pero conozco a mis hombres, Farnaces.

—Eso imagino, si estás dispuesto a confiarles toda esa riqueza.

—No me abandonarán. Conozco a mis hombres.

Durante décadas, el Ponto se había concentrado únicamente en Roma y en los territorios del sur y el oeste, de modo que no había mantenido contacto con los pueblos del este del Ponto Euxino, los iberios y sus vecinos, los albaneses. Tampoco

estas fieras y hostiles tribus habrían dado la bienvenida a nuestra influencia civilizadora. Eran nómadas robustos y bajos de estatura, de tez rubicunda por el clima pero de naturaleza poco moderada. Vivían exclusivamente de la caza, la pesca y la cría de vastos rebaños de ovejas, y muy pocos eran capaces de arañarle el sustento al suelo, si bien sus tierras, allí donde las trabajaban, eran las más fértiles que yo había visto en mi vida. Vides que habían sido plantadas tan solo dos años antes daban uvas en abundancia, y los campos de trigo proporcionaban dos y a veces tres cosechas al año. Estos hombres apenas comerciaban, ignoraban cómo utilizar el dinero e incluso los pesos y medidas, y prácticamente no sabían contar más allá de cien. Su idioma estaba dividido en multitud de dialectos y sus tribus en docenas de clanes enfrentados, mientras que su religión era una extraña mezcla de rituales supersticiosos dominados por cultos orgiásticos y sacrificios humanos. Veneraban a místicos y a locos. No obstante, pese a su falta de civilización, eran capaces de reunir ejércitos gigantescos. Los albaneses a solas podían concentrar en el campo de batalla sesenta mil soldados de infantería y doce mil de caballería, y los iberios incluso más.

No podíamos conquistar a estos pueblos con tan solo tres mil hombres, pero con Roma pisándonos los talones, tampoco podíamos invertir tiempo en intentar aplacarlos y negociar con ellos. Solo nos quedaba una opción: cruzar su territorio antes de que supieran que estábamos allí.

Ningún hombre nos abandonó, ni siquiera pese a las espantosas condiciones que les impusimos. Abandonamos Sinora y padre, Marcelo y yo dirigimos a los hombres como dementes, marchando día y noche, pillando desprevenidos a las pequeñas cuadrillas de iberios, reduciendo sus puestos de avanzada y sofocando sus señales de humo. A la semana de dejar Sinora, irrumpimos en su tosca capital, una aglomeración de chozas de barro, habiendo perdido únicamente una docena de exploradores por los ataques con jabalinas de los defensores. Nuestro avance relámpago había pillado tan de sorpresa a los iberios que ni siquiera tuvieron tiempo de cerrar las puertas de la ciudad. Atónitos ante nuestra llegada, como si hubiéramos caído del mismísimo cielo, los ciudadanos se rindieron sin alzar una sola espada.

Padre fue directo al ágora, el principal centro de reunión, acompañado de sus hombres y adoptando una expresión de intensa ferocidad, lo cual no era difícil dado el aspecto aterrador que ofrecía su rostro. Cuando los asustados ciudadanos se congregaron en el ágora, padre se identificó y anunció su misión.

—¡Aquí tenéis al gran rey Mitrídates del Ponto, conquistador de los romanos, rey de los griegos y soberano de todos los territorios! —bramó en griego, tras lo cual un sacerdote del templo tradujo con voz trémula sus palabras a la lengua local. Los murmullos atemorizados de la multitud cesaron.

—No he venido a esclavizaros ni a saquearos —prosiguió—, mas no dudaré en hacerlo si no obedecéis mis órdenes. ¡Traedme a vuestro desdichado rey!

La gente se miró desconcertada, sin saber muy bien qué hacer. Un ejército invasor había irrumpido en su fortaleza, proponía una relación pacífica y, sin embargo, exigía que le entregaran a su rey. Voces confundidas inundaron el aire.

—¿Os negáis a obedecer mi orden? —bramó padre con la mirada encendida mientras la gente callaba de nuevo. Hice una señal y las tropas adoptaron la posición de ataque, los escudos frente a los ojos, las espadas alzadas—. ¡Si no queréis que destruya vuestra penosa ciudad con todos sus habitantes dentro, traedme al rey iberio!

Esta vez no hubo titubeos. El decrepito jefe, aún más consumido que nuestros soldados y prácticamente calvo y desdentado, fue conducido hasta los pies de padre, donde se postró, dispuesto a morir por no haber obedecido de inmediato al rey del Ponto, con cuyos antepasados sus propios antecesores habían combatido a lo largo incontables generaciones.

Tras mirar ferozmente al anciano, padre se inclinó, lo levantó del brazo y le dijo unas palabras en la lengua iberia que ninguno de nosotros comprendió, salvo Hipsicratia. Por indicación de padre, la extraña guerrera caminó hasta él con el pecho al aire y el pesado casco lleno de abolladuras, el rostro semioculto bajo las defensas de los pómulos y la nariz, y la melena dorada ondeando salvajemente. Sobrepasaba en estatura a los iberos, y su feroz presencia pareció generar en ellos más temor y respeto que nosotros o nuestra variopinta colección de romanos y pónicos. Llevaba el pelo y el rostro cubierto de partículas doradas limadas de uno de los lingotes de padre, y en la mano derecha sostenía una larga lanza de centurión romano coronada por la insignia del caballo alado del Ponto. Tras una breve charla, padre despidió al viejo rey y se dirigió de nuevo a la multitud.

—¡Gracias a mi benevolencia y a vuestro cooperativo rey, vuestra ciudad no sufrirá el azote de mi ira! —clamó—. Volved a vuestros hogares, iberos, y aseguraos de que en todo lo que hagáis, mostréis vuestra veneración a los dioses y a Mitrídates el Grande.

Durante los cinco días de marcha que quedaban hasta la Cólquida, nos acompañó por ambos flancos un vasto escuadrón de hoscos guerreros iberos, que se adelantaban cada vez que nos acercábamos a un pueblo para atajar cualquier ataque espontáneo de sus habitantes y organizar un mercado para nuestras tropas. Los dos reyes habían hecho las paces y padre había asegurado al viejo monarca iberio que solo estábamos de paso y únicamente necesitábamos protección y víveres. Tampoco había hecho daño que estos sencillos hombres creyeran que gozábamos del amparo de la mismísima diosa Atenea. La gigante dorada Hipsicratia, cuya abuela, de hecho, era de esos parajes y le había enseñado la extraña y antigua lengua iberia, había interpretado bien su papel.

Al llegar a Fasis, la capital costera de la Cólquida, fuimos recibidos, hospitalaria pero

nerviosamente, por los patriarcas de la ciudad. Generaciones atrás, la Cólquida había sido un feroz pueblo guerrero, supuestamente descendiente de griegos que se habían extraviado cuando regresaban de la guerra troyana. En los últimos tiempos, no obstante, la Cólquida se había vuelto débil y temerosa, dejándose mecer, como los juncos, por los vientos políticos, apoyando primero a Mitrídates y luego a Roma. Durante un día nos agasajaron, llenaron nuestros petates y atendieron a nuestros caballos. Después, insistieron en que siguiéramos nuestro camino antes de que la flota romana recibiera la noticia de nuestra presencia y apareciera en la ciudad. Padre había previsto esa reacción. Así pues, apretó los labios estoicamente, tanto como se lo permitía su rostro contrahecho, y partimos.

Nuestro destino, a veinte días de dura marcha en dirección norte, eran las imponentes «Puertas Escitas», el estrecho paso que transcurría entre la costa rocosa del Ponto Euxino, a nuestra izquierda, y la gélida y árida cordillera del Cáucaso, a nuestra derecha. En esas montañas moraban los feroces aqueos, una tribu bárbara de escitas que nunca había sido conquistada y cuyo territorio, al parecer, nunca había sido atravesado por tierra. Estos hombres eran semibestias que habitaban en cabañas de piedra, vestían pieles de animales y vivían de los tesoros y los cuerpos de aquellos desafortunados marineros que zozobraban en las traicioneras rocas y bajíos de la costa. Se decía que los aqueos calzaban unos zapatos de cuero sin curtir con unos clavos en las suelas que les permitían trepar picos helados con más agilidad aún que las cabras, y que se deslizaban por las laderas nevadas más deprisa que las golondrinas, subidos a unas barcas diminutas hechas con pieles secas.

Cuanto más nos adentrábamos en su territorio, más espantosas eran las historias que los hombres contaban sobre ellos. Algunos decían que eran criaturas que no dominaban el hierro, que utilizaban armas hechas de sílex y piedra. Otros aseguraban que eran hábiles herreros cuyos mortales proyectiles eran una obra maestra de ingenio e inteligencia. Eran hombres que comían hombres, hombres que bebían la sangre de sus víctimas en los cráneos vaciados y que arrancaban el corazón del enemigo cuando aún le latía en el pecho. Se contaba, incluso, que gustaban de infligir las torturas más atroces a las mujeres delante de sus maridos e hijos.

De estos aterradores relatos, este último era el que menos nos preocupaba, pues la única mujer que nos acompañaba era Hipsicratia y ella, de todos nosotros, era la que menos protección necesitaba. Mientras los soldados marchaban envueltos en pieles y cueros, o con simples telas si no disponían de otra cosa, Hipsicratia permanecía fiel a su sangre y cabalgaba sin abrigo; cuando las condiciones eran extremas, se ponía una fría coraza de bronce y, echada sobre los hombros, una ligera capa de piel de lobo. Así viajaba en medio de las más violentas tempestades, la piel suave e intacta pese a los afilados vientos, solo igualada en estatura y fortaleza por el rey de sesenta y siete años, que también rechazaba las ropas de abrigo. La formidable doncella de hielo

podía defenderse contra diez enemigos. Así y todo, marchábamos cada día con creciente inquietud.

No se veía un solo ser vivo. Previendo nuestra llegada, los pueblos de la costa por los que pasábamos aparecían abandonados e incendiados. El viento gélido barría el árido suelo y las grises colinas que se alzaban por encima de nosotros, desnudas y peladas por las fuertes tormentas de invierno, no acogían vida alguna, ni siquiera un rebaño de cabras o una liebre. Hasta la propia tierra parecía inerte. Reinaba un silencio tal, salvo por el gemido del afilado viento, que el crujido de la tierra congelada bajo nuestras sandalias retumbaba y giraba a nuestro alrededor como los remolinos de polvo en las erosionadas cumbres de las colinas. Las tropas no podían distinguir el origen de los ruidos que hacían sus camaradas. Saltaban al escuchar los gritos inesperados de un oficial de caballería o de un soldado renco, los sonidos que parecían anunciar un ataque desde las montañas pero que, en realidad, no eran más que las pisadas y crujidos del ejército en marcha que rebotaban en los acantilados a nuestra derecha.

En una ocasión, cuando marchaba en la vanguardia del ejército, al doblar una curva mis hombres tropezaron con un viejo pastor escita y su esposa, tristemente acurrucados frente a un fuego hecho con estiércol mientras una docena de ovejas deambulaban por los alrededores. Eran los primeros seres vivos que veíamos desde que dejáramos atrás la Cólquida. Se diría que sus compatriotas los habían abandonado en su huida a las montañas. La anciana pareja parecía tan debilitada y sus ovejas tan hambrientas y flacuchas que, pese al hambre que padecíamos, no tuvimos el valor de arrebatarlas. Nuestros soldados se limitaron a proseguir su avance en silencio mientras la pareja los observaba pasmada.

Al pasar por su lado, saludé con un movimiento de cabeza y contemplé sus ojos, las profundas arrugas que le surcaban el rostro, y me pregunté si llegaría a vivir tantos años como para tener una cara tan marchita. ¿Una vida larga es un regalo o un castigo de los dioses? Dependerá de si vives cómodamente en un palacio o hambriento en una gélida estepa escita. Me asaltaron viejos recuerdos de los placenteros días que pasaba de niño en compañía de los pastores del Ponto, días en que semejantes penalidades habrían sido inimaginables. «*Sulai sulai lulai-o*», murmuré sin pensar. Era la llamada pastoral que gustaba pronunciar de muchacho, mi primera lengua extranjera. El anciano me miró y se tocó la frente y los labios con las yemas de los dedos, la señal de respeto escita.

—*Sulai sulai lulai-o*—contestó.

Después de tres semanas de marcha cauta y constante, llegamos al extremo noroeste de la cordillera del Cáucaso y al punto más angosto de nuestro trayecto, las temidas Puertas. Ante nuestros ojos, la playa llana por la que habíamos caminado se estrechaba en una empinada ladera que se adentraba en las montañas, cada vez más

difíciles de cruzar debido al hielo que cubría el terreno. En un momento dado, un glaciar de las montañas que se alzaban sobre nuestras cabezas sobresalía como un brazo musculoso, como un auténtico río de hielo de quince estadios de ancho que se extendía en una masa gélida, silente y agrietada hasta la corteza helada del mar.

Este peligroso campo de hielo nos bloqueaba el paso. Era imposible saber dónde terminaba la tierra y empezaba el agua, pues no existía una frontera definida entre ambos elementos. Cuevas, túneles y fosos de hielo acribillaban la vasta superficie. Allí donde el hielo parecía firme, si prestabas atención podías distinguir la marea que corría debajo. De repente, el hielo sólido daba paso a lagunas que el agua del mar había abierto en la superficie. De tanto en tanto, los caballos, con el peso concentrado en los pequeños y afilados cascos, quebraba la delgada superficie y el jinete desaparecía en las azules profundidades. Incluso aquellos a quienes conseguimos rescatar perecían a los pocos instantes si no les retirábamos rápidamente las empapadas ropas y los colocábamos delante de un fuego.

Después de un día salvando tales obstáculos, habiendo avanzado apenas ocho estadios, padre tomó una decisión. Teníamos que abandonar la «playa», si se la podía llamar así. La confrontación entre el glaciar y el mar era, sencillamente, demasiado peligrosa. Teníamos que ir tierra adentro, cruzar la cadena de montículos hasta el largo valle que se extendía a la sombra de la cordillera del Cáucaso. También allí tendríamos que cruzar el glaciar, pero al menos no tendríamos que luchar con el mar. Nos alejaríamos de la seguridad y orientación de la costa para penetrar en la tierra gélida y silenciosa de los aqueos.

Atravesar el blanco paisaje resultaba peligroso. Semanas de viento huracanado habían transformado la superficie en una pista de hielo. Un resbalón significaba caer duramente sobre la rabadilla o el hombro y resbalar a continuación por la falda hasta que conseguías hundir las uñas o las herramientas en el hielo. Si no lograbas frenar el descenso, la muerte era segura. El hielo estaba salpicado de grietas como capilares rotos sobre la piel, como resquebrajaduras en una cerámica frágil. No se divisaba el fondo y sus silenciosas fauces podían engullir a un hombre o un caballo sin dejar rastro. Si contemplabas desde lo alto las estribaciones que descendían hasta el mar, las grietas eran prácticamente invisibles, pues sus protuberantes labios ladera arriba ocultaban por completo la muerte que aguardaba dentro. Si resbalabas colina abajo, resultaba imposible evitar la grieta que pudieras tener delante. La única defensa, por tanto, era permanecer de pie.

Las jabalinas y lanzas se convirtieron en bastones y las hachas se transportaban en la mano para poder clavarlas en el suelo y frenar los resbalones. Los hombres se amarraban el escudo al pecho, pues caer de espaldas sobre la superficie lisa de un escudo significaba deslizarse por la colina como una piedra sobre el agua. Hacían tiras con las capas de pelo y se envolvían los pies con ellas, no en busca de calor sino

por la adherencia que el cuero proporcionaba a la suela de las sandalias. Siguiendo órdenes de padre, los hombres se ataron entre sí en grupos de cinco o seis. De ese modo, si un hombre resbalaba sus compañeros podrían reunir la fuerza suficiente para detenerle. La técnica funcionaba la mayoría de las veces, salvo en los casos en que el hombre que caía arrastraba consigo a su vecino y el peso y el impulso de ambos acababan por resultar excesivos para los tres compañeros que permanecían en pie. Durante los primeros cuatro estadios vi dos ristas completas de hombres resbalar y precipitarse sobre el labio de una grieta. En ambas ocasiones, el resto del ejército contempló horrorizado el lugar por donde habían desaparecido sus compañeros y luego prosiguió su camino en silencio, colocando un pie cauto detrás de otro.

Anduvimos durante todo el día, atados unos a otros como prisioneros o dementes, todos iguales ahora en rango y carga, pues ya fueras rey, general o esclavo capturado, tu progreso dependía de tu fuerza y de tu equilibrio sobre tus dos pies. Los oficiales y los soldados de caballería caminaban junto a sus inquietas monturas, colocándose en el lado de la cuesta para evitar que el caballo los arrollara si resbalaba y, al mismo tiempo, utilizándolo como freno en el caso de que fueran ellos quienes perdieran el equilibrio.

Aproximadamente a ocho estadios de distancia se elevaban las Puertas Escitas. A la derecha, las abruptas montañas del Caspio formaban una pared de hielo puro, como si el glaciarse precipitara desde las alturas en un denso río gris, que formara una cascada de hielo; a la izquierda, los repliegues de la costa creaban una pared igualmente pronunciada, pero esta de granito helado. Era un paso, una auténtica puerta, de tan solo treinta brazos de ancho, que el ejército tendría que cruzar. Hasta el momento no habíamos visto a uno solo de los terribles aqueos, y los hombres llevaban tanto tiempo conteniendo el aliento, tantas semanas aguardando el temido ataque, que casi sería un alivio que llegara, si es que llegaba. Dependiendo de cuál fuera nuestro despliegue, una batalla en las Puertas podría hasta sernos ventajosa. Era muy probable que dentro del angosto paso no hubiera grietas, y las paredes a ambos lados impedirían que resbaláramos involuntariamente. La amenaza, con todo, era real, y si debíamos sufrir una emboscada, ese iba a ser el lugar. Los hombres estaban visiblemente tensos y más callados de lo habitual, aunque todavía faltaba una hora para alcanzar la entrada. Me preparé para el inminente ataque.

La actuación del comandante aqueo fue brillante. Consciente de que estaríamos totalmente vigilantes en cuanto llegáramos a las Puertas, con las tropas veteranas y los oficiales más experimentados en la vanguardia, decidió sacar partido a su punto fuerte y a nuestro punto débil. La emboscada no se produjo en los estrechos confines de las Puertas, sino antes, en esa pendiente helada a ocho estadios de distancia, cuando nuestras tropas todavía luchaban simplemente por mantenerse erguidas, por poner un pie delante del otro.

Con un aterrador grito de guerra que resonó en los precipicios circundantes, un ejército de extrañas criaturas cubiertas de pieles emergieron por el labio inferior de una larga grieta abierta en la ladera que se extendía por encima de nosotros, donde habían construido una cornisa interior sobre la que esperar nuestra llegada. Eran seres peludos y rollizos, de aspecto más simiesco que humano, con espesas barbas castañas y ojos penetrantes que miraban por debajo de ajustados tocados de lana. Los jubones de pelo, aunque de aspecto blando y desgarrado, los protegían de las flechas casi con tanta eficacia como una armadura de bronce. A los pies llevaban amarradas unas suelas con clavos que les permitían adherirse al hielo como si caminaran sobre arena fina. Eran bárbaros en el más puro sentido de la palabra, semianimales que pedían nuestra sangre cual manada de monos, carentes de formación y disciplina, pero que sumaban diez mil hombres, el triple que nosotros, diez mil hombres fuertes y bien alimentados.

Corrimos a formar, pues no habíamos esperado que la emboscada se produjera tan pronto. Por primera vez en casi dos décadas padre recurrió a las viejas tácticas de guerra griegas y hasta el comandante romano Marcelo apoyó la propuesta.

Formamos la tradicional falange griega.

El ejército ya constituía una unidad compacta con los grupos de hombres atados por seguridad. Con el ataque de los escandalosos aqueos, se limitaron a consolidar sus posiciones. Los del lado de la cuesta elevaron los escudos al frente y unieron los cantos para protegerse y proteger a los hombres que todavía estaban formando detrás de ellos. Los bárbaros nos acribillaban con sus pesadas flechas de punta de obsidiana, las cuales se quebraban como el vidrio al chocar con el escudo o la armadura pero abrían enormes y profundos boquetes en los tejidos blandos. Flanqueado por Bituito e Hipsicratia, padre corrió hasta el frente de batalla que yo estaba formando precipitadamente. Tras bramar algunas órdenes, colocó rápidamente una flecha en su propio arco, ajeno a su seguridad, mientras los bárbaros reparaban en él y los proyectiles de obsidiana golpeaban los escudos vecinos.

Aunque medio rengo por las heridas, el rey seguía siendo el soldado más fuerte del ejército, el mejor arquero; apartando el pesado escudo de Bituito, apareció ante el enemigo, apuntó cuidadosamente con su enorme arco y lanzó un potente disparo. La flecha, certera e infalible, entró en la garganta de un guerrero bárbaro, una especie de cabecilla, levantándolo del suelo. El hombre cayó boca arriba retorciéndose de dolor, con la flecha sobresaliendo tres pies frente a sus ojos, e inició un lento descenso por la pendiente en dirección a nuestras tropas, dejando en el hielo un largo rastro encarnado.

Los bárbaros bramaron enfurecidos por la muerte de su jefe, y nuestras tropas respondieron con un grito de triunfo. La falange ya estaba desplegada. Formábamos una masa compacta de doscientos hombres de ancho, los escudos firmemente unidos,

y una pared de bronce de quince filas de fondo, cada una respaldando a la de delante, los escudos apretados contra las espaldas, las pantorrillas y los pies esforzándose por adherirse al suelo helado. Con un aullido de padre que resonó por encima del clamor de las tropas, el ejército pónico inició su avance cauto pero inexorable. Cada hombre tenía la atención puesta en su escudo, concentrando toda su voluntad en deslizar los pies hasta el siguiente punto de apoyo marcado en el suelo, liberando la mente de todo pensamiento que no fuera la inminente carnicería.

Cuando los bárbaros vieron que su primera descarga de flechas solo había conseguido acelerar nuestro despliegue, su furia aumentó. Arrojando jabalinas a nuestras filas, empezaron a descender por la ladera, con paso seguro gracias a las sandalias con clavos y a toda una vida de ejercicio sobre el hielo. Nuestros arqueros de la retaguardia lanzaron una lluvia de proyectiles mortíferos que detuvo el avance del enemigo, pero solo durante unos instantes; los aqueos muertos y heridos caían sobre sus espaldas y reanudaban su descenso hasta dar alcance a sus camaradas. Mientras los arqueros pónicos continuaban con sus enérgicas descargas, el frente empezó a titubear: se nos estaba echando encima una avalancha de cadáveres enemigos que descendían por el hielo ensangrentado seguidos de cerca por los camaradas vivos.

En cuestión de instantes el primer alud de muertos golpeó nuestras filas. Los hombres en cabeza los sortearon como si de una carrera de obstáculos se tratara, y se prepararon para el impacto, más peligroso, de los guerreros que permanecían con vida. Las filas del centro y del fondo de la falange, incapaces de ver más allá de sus escudos, corrieron peor suerte. Los cadáveres las derribaron con la misma contundencia que si se tratara de troncos arrojados desde lo alto de la ladera. Lanzando gritos y maldiciones, los hombres de las filas intermedias cayeron hacia atrás, sobre los escudos de sus compañeros, y estos, a su vez, sobre los de los soldados a su espalda, hasta que las filas del fondo comprendieron lo que estaba ocurriendo y se prepararon para absorber el impacto. Los espeluznantes obstáculos derribaron columnas enteras de soldados pónicos. Los hombres caían en los brazos de los cadáveres y rodaban con ellos. Para quienes seguían atados a sus camaradas existía una pequeña posibilidad de salvación, pues estos podían clavar la punta de la lanza o el canto del escudo en el hielo. Docenas de otros, sin embargo, habiendo cortado las cuerdas para maniobrar mejor dentro de la falange, resbalaban desesperadamente por la ladera, cada vez con mayor velocidad, en dirección a las grietas.

El principal cuerpo del enemigo golpeó nuestras filas en cabeza con la violencia de un ariete. Ambos ejércitos se detuvieron en el momento fugaz del impacto, y luego el enemigo rebotó, nuevamente como un ariete, incapaz de penetrar en el bronce engranado de nuestros escudos. Detenido su ímpetu, los aqueos empezaron a blandir

furiosamente sus grandes hachas de bronce, volcando en ellas su rabia, intentando con absurda determinación hacernos perder el equilibrio.

Aunque la falange no funciona contra un ejército romano bien adiestrado, es una táctica sumamente eficaz frente a una turba. Arremeter contra nuestras filas era como golpearse la cabeza contra una puerta de bronce. Tras el choque inicial de los dos ejércitos, grité «¡Adelante, Ponto!», y las tropas estallaron en un gran clamor. Paso a paso, el sólido bloque de escudos reanudó su implacable marcha, cada hombre llenando el hueco que dejaba el camarada caído, absteniéndose de empuñar la espada o la jabalina para concentrar todos sus esfuerzos en sostener el pesado escudo delante de los ojos y mantener la alineación con sus compañeros a derecha e izquierda, en avanzar lenta y regularmente, con una disciplina y una precisión mortíferas, hacia las mismísimas fauces de las desesperadas hachas bárbaras.

El enemigo se detuvo, consternado y estupefacto, pues a pesar de triplicarnos en número, habían tenido sobre nuestras líneas el mismo efecto que si hubieran atacado la roca de los precipicios. Blandiendo furiosamente sus armas, iniciaron un lento repliegue, sin orden alguno, pues carecían de disciplina y formación, pero sin muestras de pánico.

Hasta que Hipsicratia entró en acción.

Con un penetrante grito de guerra en un lenguaje desconocido para mis oídos, se apartó de padre, al que había estado protegiendo con su propio escudo mientras él gritaba órdenes a sus oficiales, y se abalanzó sobre el corazón del enemigo. Destacando por encima de bárbaros y pónticos por igual, blandiendo violentamente su escudo y su sable, procedió a aplastar cascos y cráneos y a rebanar cuellos y costillas. Bárbaros y pónticos se alejaron de la enloquecida guerrera, abriendo un espacio a su alrededor. Tenía los ojos rojos de ira y por sus fosas nasales salía vapor, como un caballo de batalla. La rubia melena ondeaba bajo el casco y los magníficos y tersos pechos asomaban bajo la capa de piel de lobo, palpitando por el esfuerzo.

Con un grito de guerra desgarrador, arremetió contra los bárbaros que huían despavoridos de esa inesperada arma. Cuando entre los aqueos corrió la voz de que había aparecido una diosa, estalló el pánico. Nadie se atrevía a enfrentarse a la ira de esa tigresa, de esa Furia a quien ni siquiera el gélido viento afectaba, a quien las flechas no alcanzaban. Primero solos, luego en grupos de seis o diez, los aqueos se dieron la vuelta y huyeron. Las fuerzas pónicas lanzaron un grito de celebración y reanudaron el avance, pero la distancia con el enemigo, provisto de sus sandalias de clavos, era cada vez mayor. Corrían ladera arriba saltando por encima del hielo, de las grietas estrechas, y rodeando las más anchas, cuya ubicación solo ellos conocían. Consciente de que no podíamos darles alcance, ordené el alto a nuestras extenuadas fuerzas, y todas obedecieron gustosamente, todas menos Hipsicratia.

Como arrastrada por un raptó de locura, continuó su embestida ladera arriba,

resbalando y peleando con el hielo, persiguiendo ella sola a toda la turba de aqueos. Nosotros observábamos maravillados mientras ella aullaba y aterrorizaba a los rezagados que se cruzaban en su camino, abriéndoles de arriba abajo como si fueran cerdos.

—¡Hipsicratia, detente! —le gritaba padre, pero su propia rabia y los alaridos del enemigo le impedían escucharle.

Manchada de sangre helada, acompañada de los vítores de los soldados pόνticos y los gritos de indignación de padre, siguió avanzando, hasta que de repente dio un enorme salto, blandiendo su espada, para rematar a un bárbaro tambaleante. En el momento de caer, se excedió del blanco y desapareció por una grieta en el abismo. Su grito de guerra derivó en un gemido lejano, y luego todo fue silencio.

Horrorizado, contemplé el espacio que Hipsicratia había ocupado. Del hielo había venido a nosotros esta extraña diosa hiperbórea, y al hielo había vuelto.

El ejército pόνtico miró en silencio el tajo azulado de la grieta, al otro lado del ensangrentado glaciar, y, a renglón seguido, la expresión de horror del rey, que observaba boquiabierto el lugar donde Hipsicratia había desaparecido. Padre se volvió lentamente hacia sus hombres y permaneció quieto un largo instante, moviendo los labios como si quisiera decir algo. Luego endureció la mandíbula, se ajustó el arco a la espalda y reanudó su marcha por el hielo. Aunque los hombres le siguieron de buen grado hacia las Puertas y la salvación, por la caída de los hombros de padre supe que, para él, la batalla no había sido una victoria.

En una ocasión había preguntado a padre si amaba algo. Ahora sabía que había amado profundamente a la esclava Hipsicratia.



II

DURANTE LOS ÚLTIMOS VEINTICINCO AÑOS, el reino del Bósforo, situado en el norte del Ponto Euxino, había estado gobernado por Makarios, el hijo de padre nacido de su infortunado matrimonio con Laodice y el heredero del reino del Ponto, yo no había visto a mi hermanastro desde que padre le nombró rey de ese frío territorio azotado por los vientos. Seis años atrás, no obstante, cuando Lúculo conquistó por primera vez el Ponto, padre me envió al reino del Bósforo con la orden para Makarios de que reuniera un ejército de escitas para ayudarnos en nuestra reconquista, yo estaba impaciente por reavivar nuestra vieja amistad.

Makarios, sin embargo, me recibió más como a un leproso que como a un hermanastro al que no había visto desde hacía largo tiempo. Cuando, a mi llegada, hice mi entrada en el modesto salón de recepción del palacio de Panticapeo, la capital, atravesé la estancia con paso animoso para darle un abrazo, creyendo que él se alegraba de verme tanto como yo a él. Makarios permaneció en su trono de alto respaldo, mirándome fríamente, mientras dos guardias escitas me cortaban el paso para impedir que me acercara a él. Sin dejarme intimidar, me detuve en seco y saludé a mi hermanastro.

—¡Makarios, viejo perro, rey desde hace veinticinco años mientras yo sigo cargando con la jarra de agua de padre en el ejército! ¡Llevas tanto tiempo gobernando este lugar dejado de la mano de los dioses que ya no te acuerdas de mí! Acércate y abraza a tu hermano. Brindemos por nuestro reencuentro y por la reconquista del Ponto de padre.

Makarios siguió sentado y le observé detenidamente para ver si padecía algún impedimento físico. Había envejecido como yo, naturalmente, pero se conservaba fuerte y sano, todavía en la flor de la vida. La expresión de su rostro, sin embargo, era mucho más triste y preocupada de lo habitual en un rey, sobre todo un rey que había gobernado un reino en completa paz durante el último cuarto de siglo, sin una sola amenaza a su soberanía.

—No tengo buenas noticias para ti, hermano —dijo—, y tampoco puedo brindar por la nueva empresa de padre.

Le miré boquiabierto.

—¿Rechazas su petición? ¿Sabes siquiera de qué trata?

—Conociendo a padre, seguro que quiere soldados. Ha reclutado a hombres de mi

reino numerosas veces en el pasado. De hecho, esa fue una de las razones por las que me sentó en este trono, para asegurarse un suministro de escitas para sus ejércitos.

—¿Y...? ¿No tienes hombres para él? ¿Los ha matado la peste?

Makarios rio sin ganas.

—La peste. En cierto modo, sí, pero no los ha matado.

—¿De qué estás hablando?

—No eres el primero que viene a hablar de las necesidades de padre. La semana pasada me visitó una delegación romana.

—¿Qué importa eso? Las delegaciones romanas están por todas partes. Confío en que dieras a esos canallas vino avinagrado para beber y prostitutas infectadas para pasar la noche, y que los devolvieras a Italia en la siguiente chalana.

Makarios me miró con expresión grave.

—No exactamente, hermano. De hecho, es a ti, me temo, a quien debo echar de Panticapeo en el siguiente barco. He firmado una alianza con Roma.

Mi mente se llenó de pensamientos y acusaciones, de preguntas y exigencias, pero al final no pude pronunciar palabra. Ninguna explicación que Makarios me diera podría satisfacerme. Ni siquiera tenía sentido fingir. Enfurecido, me volví y eché a andar, pero Makarios me frenó.

—¡Farnaces, espera!

Me detuve.

—No puedes endulzar esta noticia a padre —dijo—, y tampoco deberías.

—Por supuesto que no —repuse fríamente.

—¿Qué sentido tiene, no obstante, volver? ¿No ves que el viejo está librando una batalla perdida? Lleva años haciéndolo. ¡Ningún hombre puede derrotar a Roma! Ningún hombre puede ir toda su vida contra la marea. Quizá esta se aleje de él durante un tiempo, pero no saldrá airoso, porque la marea supera con creces lo que él puede hacer, y al final vuelve, más fuerte que antes, y todo el que intenta desafiarla es un ingenuo. Lo mismo ocurre con Roma, Farnaces. Padre está viejo, no puede ver las cosas con objetividad, está tan amargado que no es capaz de reconocer la derrota ni siquiera cuando la tiene delante. ¿Por qué debería poner en peligro mi reino, enviar a mis hombres a una causa perdida? Una «Nueva Grecia», qué sueño absurdo e imposible. Pero tú y yo podemos mantenernos al margen, examinar ambos bandos como hombres razonables, apostar por el caballo ganador. ¿No es cierto, Farnaces? ¿Puedes negar lo que acabo de decir?

Casi me estaba suplicando, buscando que le tranquilizara. Siempre el estudioso, el pensador racional, el que rechazaba las historias frente al fuego del campamento, prefiriendo el escepticismo de sus filósofos. Ahora, sin embargo, Makarios buscaba en mí y no en Platón la confirmación de que lo que había hecho estaba bien y era lo más conveniente.

Quizá lo fuera. Quizá existan razones que pueden más que la lealtad y la fe.

Pero esa no era una de ellas. Me di la vuelta para irme y esta vez no miré atrás.

He ahí el que fue mi último encuentro con Makarios, seis años atrás, en un momento en que nuestra situación era crítica, pero menos crítica que ahora. Creyendo que el reinado de padre en el Ponto, y de hecho su vida, habían llegado al final del camino, Makarios había declarado su lealtad a Roma. El muy necio hasta había enviado a Lúculo una corona de oro de mil estateros de peso, como prueba de esa lealtad. Lúculo respondió a ese gesto con altivez, declarando que siempre y cuando Makarios pagara el acostumbrado tributo anual a Roma, tendría permitido gobernar pacíficamente y sin interferencias su remoto reino de la estepa.

Fue una conquista barata para Lúculo, pues seguramente jamás había tenido intención de conducir sus tropas a tierras tan remotas para tan escaso beneficio; y un seguro barato para Makarios, que ahora tenía garantizado el control indiscutible de su remoto dominio, en su pequeña capital de fango de la costa norte del Ponto Euxino. Todo iba bien para el mezquino príncipe, hasta esa primavera, cuando el Viejo Hombre apareció, inopinadamente, ante las puertas de su ciudad. Estábamos desaliñados y malolientes por varias semanas sin aseo, manchados de sangre pero vivos después de tres meses de marcha por territorios inexplorados que la gente creía infranqueables, y padre estaba decidido a arreglar cuentas con el hijo que le había traicionado declarando su lealtad a Roma.

Cuando todavía nos hallábamos a varios días de Panticapeo, un grupo de emisarios de Makarios llegó para explicar la conducta del príncipe en el pasado. Los emisarios tropezaron con el silencio y el rechazo de padre, de modo que Makarios envió un segundo grupo para solicitar su perdón. Tras ser expulsados del campamento pónico, el ejército reanudó su camino hacia Panticapeo como tiburones tras un rastro de sangre. La última cuadrilla de heraldos apareció el día que llegábamos a Fanagoria, ciudad situada en el estrecho que separaba el continente asiático de la península. Estos hombres se arrojaron a los pies de padre y, recogiendo del suelo puñados de polvo, se lo echaron por la cabeza, suplicando piedad, gimiendo y llorando como eunucos en nombre de Makarios.

Padre contempló con desprecio a los tres hombres y reconoció entre ellos a Eutradoro, un antiguo sirviente que había cedido a Makarios en calidad de consejero. Los otros dos eran asesores adquiridos por el propio Makarios, desconocidos para el rey.

Tras ordenar que se levantaran, se paseó en silencio delante de ellos, observando sus caras, casi satisfecho de verlos encogerse ante su enorme figura y su melena blanca y salvaje, pero, sobre todo, ante su rostro contrahecho, muy diferente de los rasgos apuestos y regios que habían esperado encontrar. De repente, padre desenvainó su espada curva y, saltando como un gato, con una agilidad sorprendente para un

hombre de su edad y dimensiones, rebanó limpiamente el cuello de Eutradoro. La perpleja cabeza del emisario, con los ojos abiertos de par en par, cayó a los pies de los horrorizados embajadores, seguida poco después del cuerpo, que flaqueó suavemente desde las rodillas y rodó sobre el hombro, como si todavía tuviera vida dentro para suavizar la caída.

Padre envainó de nuevo la espada, sin detenerse a limpiar la sangre. Acto seguido, se arrancó el medallón que lucía en el cuello como símbolo de su rango, la acuñación de oro de un estatero pónico con la figura de un caballo alado en una cara y su retrato en la otra, y lo colocó sobre la cabeza del primer embajador. Luego se quitó el aro de oro que le colgaba del lóbulo izquierdo y lo depositó en las manos del segundo.

—Decidle a vuestro señor lo siguiente —bramó, alzándose de forma intimidatoria sobre los dos hombrecillos—. Así trato —y propinó un puntapié a la cabeza de Eutradoro— a los que me traicionan, a los que califican de absurdo mi sueño, y así —señaló los magníficos obsequios que había entregado a los aterrorizados supervivientes— trato a los que están dispuestos a sufrir una humillación aún mayor por su señor. Conocía y apreciaba a Eutradoro; me pertenecía y me traicionó. A vosotros dos no os conozco y os desprecio, pero vuestra lealtad es correcta. Ahora, desapareced de mi vista.

Makarios no necesitaba un adivino del lago Meotis para comprender cuál sería su sino si caía en manos de padre. Presa del pánico, quemó todos los barcos de su pequeña armada, todos los botes de pesca amarrados en los muelles y todas las embarcaciones mercantes que habían tenido la mala fortuna de atracar en su puerto, para impedir que el ejército pónico cruzara el estrecho hasta Panticapeo. Mas para un ejército que acababa de realizar una marcha más ardua aún que la emprendida por Jenofonte tres siglos antes, ese obstáculo era fácil de superar. Conseguimos otros barcos, fabricamos balsas, requisamos embarcaciones de tribus del este y el sur y preparamos el asalto a la capital. La víspera de nuestra invasión, Makarios, viéndose acorralado, solucionó su dilema a la manera típicamente pónica, ingiriendo una dosis mortal de veneno. La guerra entre padre e hijo se había evitado.

Padre entró triunfalmente en la aliviada ciudad, aclamado con igual entusiasmo que cuando llegó a Sínope casi cinco décadas antes.

Lo primero que hizo tras coronarse rey del Bósforo fue enviar emisarios a Pompeyo para comunicarle su soberanía sobre un nuevo reino y ofrecerle la paz con Roma si el general le reconocía a su vez como gobernante legítimo de los territorios del norte. En segundo lugar, envió un batallón de ministros eunucos a todo lo largo y ancho de su nuevo reino con la orden de anunciar el reclutamiento del mayor ejército jamás visto en esas costas. Se diría que no dudaba de que los mástiles de los barcos de guerra romanos aparecerían pronto por el horizonte sur del Ponto Euxino.

Quizá fueran los esfuerzos de la ardua marcha invernal por los páramos aqueos, o el efecto retardado de las heridas que había recibido el año anterior a manos de los romanos, pero el caso es que, por primera vez en su larga vida, el viejo guerrero estaba delicado de salud. Hizo lo posible por ocultarlo participando enérgicamente en los actos de bienvenida que le había organizado la ciudad de Panticapeo, en las carreras de carros y las competiciones de tiro con arco, para demostrar que era un rey digno de este pueblo atrasado y supersticioso. No obstante, tras el entusiasmo inicial de haber ganado un nuevo reino, todos nos percatamos de que padre ya no era el mismo de antes.

Llorando la pérdida de Hipsicratia, de su reino y quizá, tardíamente, de otras muertes a lo largo de los años, él mismo se hundió en una suerte de muerte en vida. Únicamente ingería alimentos rojos, como los reservados a los momentos de duelo, alimentos que según la vieja tradición no deben consumirse en otras ocasiones: morcilla, langosta y cangrejo, jamón cocido y tortas de avena bañadas en zumo fermentado de bayas rojas. Durante días, a veces durante semanas enteras, se encerraba en el *gynaecium*, las dependencias de las mujeres del palacio, donde dormía durante horas, hasta mucho después del alba. Exceptuando las dos mujeres de mayor edad del harén, que poseían conocimientos médicos, no tenía tratos con el sexo femenino, pues prefería permanecer solo en la penumbra de su apartamento con la vieja colección de pergaminos y tratados de Makarios en una docena de lenguas. Lejos quedaban los festines y los debates entre hombres de letras griegos de los que tanto había disfrutado durante los años pacíficos de su anterior reinado. Los espectáculos teatrales y los sacrificios a los dioses los días festivos tenían lugar sin él, y los dignatarios extranjeros eran recibidos por sus eunucos. Padre prefería el duro diván de sus frescos y sombríos aposentos, donde permanecía enfrascado en sus estudios y recibía visitas solo en casos de extrema necesidad.

A mí me asignó la administración diaria de su reino, tarea sencilla y de mi agrado. Había heredado todos los eunucos y consejeros de Makarios, la mayoría hombres competentes, honrados y cultos. Las necesidades del reino eran tan sencillas que mis responsabilidades ascendían, de hecho, a poco más que transmitir resoluciones sobre resultados ya esperados y solucionar disputas entre caudillos tribales. Nada de eso suponía un reto, dadas las cuatro décadas que había pasado al lado de padre viéndole realizar justamente esas tareas y mi propia experiencia como general. Existía, sin embargo, una labor que padre se negaba a delegar: la creación de su nuevo gran ejército.

El corazón de su ejército lo formarían, como siempre, los veteranos exiliados romanos que seguían con nosotros, bajo el mando del tribuno Marcelo. Muchos de estos hombres habían sobrepasado la edad de la jubilación, pero, al igual que su

señor, se resistían a aceptar la victoria de Cronos, el deslucido e insulso dios del Tiempo, que mina la fuerza mediante un asedio largo y falto de inspiración, en lugar de valientes ofensivas. Estos tenaces centuriones compartían el sentir de los veteranos pónicos y armenios que nos habían acompañado en el viaje por los infiernos el invierno anterior. El ejército, con todo, apenas sumaba tres mil hombres, el equivalente a media legión romana. Necesitábamos más.

De ahí que padre enviara a los eunucos y heraldos más competentes que habían servido a Makarios a todos los puntos del reino para reclutar combatientes. A mediados de primavera empezaron a llegar a Panticapeo miles de hombres de tez clara, pintados y salvajes hasta la médula, indisciplinados como chuchos callejeros pero fieros como lobos. Eran jinetes y lanceros de la estepa, hombres que jamás habían visto más de cien personas juntas en un mismo lugar, que nunca habían luchado en grupos de más de treinta guerreros. Para ellos, el mero concepto de disciplina y estrategia bélicas era impropio de un hombre, indigno de sus vastas habilidades con la lanza y el caballo.

Marcelo blasfemó al divisar la turba sonriente, desdentada y melenuda que descendía de las colinas y entraba en el campamento que había improvisado fuera de la capital. Gruñó al escuchar la lengua bárbara, incomprensible para los romanos y apenas comprensible para padre, y se tiró de los pelos con desesperación al ver el dominio de los bárbaros con la espada y el combate cuerpo a cuerpo, las técnicas más importantes para que un ejército romano luchara como un ejército romano. Así y todo, finalizada la instrucción diaria, observaba con asombro cómo los nuevos reclutas subían a sus ponis y organizaban espontáneas carreras de caballos, juegos y exhibiciones de tiro.

—Señor —concluyó Marcelo tras presentar a padre uno de sus primeros informes sobre el progreso de los reclutas—, un escuadrón de caballería resultaría más provechoso con estos hombres que convertirlos en soldados de infantería. Por los dioses que vestirlos como soldados y hacerlos marchar es como ponerle una toga elegante a un mono.

Al escuchar eso, padre apenas esbozó una sonrisa.

—Tonterías, tribuno —replicó—. Para luchar contra legiones romanas necesitas legiones romanas. Eso significa infantería, ¿comprendes?

—No en este caso —farfulló Marcelo—. Es una pérdida de tiempo tanto para mí como para ellos, ya son los mejores jinetes que he visto en mi vida sin haber recibido adiestramiento alguno. Pero son más necios que un poste. ¿Por qué convertirlos en lo que no son cuando ya destacan en lo que son?

—Infantería, tribuno. Infantería.

Marcelo refunfuñó pero finalmente cedió, y siguieron llegando nuevos reclutas. Al finalizar el verano, treinta y seis mil hombres habían recibido un adiestramiento

básico, sesenta cohortes de seiscientos soldados cada una. El equivalente a seis legiones romanas, justamente el número con el que Pompeyo avanzaba, y organizadas exactamente del mismo modo.

Pero mientras los hombres entrenaban, padre, rumiando y lamiéndose su rostro ulceroso, atrapado en su círculo de desesperación y odio, se negaba a abandonar la oscuridad de su estudio.



III

LOS ROMANOS, en lugar de viajar directamente al reino del Bósforo, atravesaron los áridos montes ribereños del mar Caspio sometiendo sin dificultad a las tribus bárbaras que les plantaban cara. Tras poner el pie en esas aguas gélidas y declararlas súbditas de Roma, Pompeyo dio la vuelta y regresó a la Cólquida a través de las mismas tribus, que para entonces habían formado una confederación con el fin de hacerle frente, pero tampoco esta vez salieron victoriosas. Pompeyo llegó a la Cólquida cuando se aproximaba el final de la temporada de campaña, perdiendo así la oportunidad de atacarnos ese año. Reacio, quizá, a dirigir sus legiones por los territorios inexplorados de la costa oriental del Ponto Euxino, se entregó a empresas más provechosas. La ocasión se le presentó cuando el hijo de Tigranes de Armenia, cansado de esperar la corona, le propuso que le ayudara a tomar el trono a la fuerza.

Las probabilidades de saqueo en Armenia eran, sin duda, mayores que en el reino del Bósforo, y Tigranes representaba una conquista mucho más fácil que padre, a quien Roma llevaba décadas intentando aplastar. Pompeyo, con todo, se negaba a reconocer tales razonamientos en voz alta. De hecho, en un banquete que ofreció en la Cólquida a un grupo de mercaderes que abastecían a su ejército, declaró burlescamente, como respuesta a sus preguntas, que sería más provechoso invadir Armenia que cruzar sucios glaciares para perseguir a un rey decrepito que vivía en una capital compuesta por chozas de barro.

La noticia viajó rápidamente entre los mercaderes, y a los pocos días padre me convocó en sus aposentos del ala femenina. Esperando encontrarlo encantado con el hecho de que Pompeyo hubiera abandonado la campaña del norte, lo encontré, por el contrario, dando encolerizadas zancadas por la habitación.

—¡Decrepito! —bramó—. Capital de barro. ¿Un romano pretendiendo darme lecciones de estética?

—No tiene importancia —repliqué—. Dijo esas cosas para burlarse de ti, sabedor de que los mercaderes difundirían sus palabras. Lo único cierto es que los romanos se marchan. Podemos detener los preparativos bélicos y recuperar la paz. Dedicarnos a cultivar y pescar, que es lo que mejor se le da a esta gente. El combate no es lo suyo.

Padre se sentó pesadamente y me miró enfurecido.

—No haremos nada de eso —contestó. Su tono era tranquilo, pero ocultaba una ira patente.

Le miré sorprendido.

—Los romanos se han ido. Ahora mismo están marchando sobre Armenia. Los informes dicen que después de eso continuarán hacia Siria, ya no necesitamos más máquinas de asedio ni adiestramiento en tácticas de combate. Deberíamos dispersar a los reclutas.

Padre se levantó y elevó la voz.

—¡No haremos nada de eso! Mi destino, y tu destino, Farnaces, no es ser rey de un reino de chozas de barro. No es ese el destino de un descendiente de Darío, de un rey del Ponto. ¡Ese no será nuestro destino!

Le miré intrigado, ignorando si tomar en serio o no sus palabras. Habían ocurrido tantas cosas, había habido tantas muertes, tantas derrotas. ¿Podía estar pensando seriamente en recuperar su viejo trono? ¿Todavía abrigaba su sueño marchito de una Nueva Grecia?

Fuera, el sol se había hundido en el horizonte y la penumbra se adueñó de la pequeña habitación. Así y todo, no encendimos ninguna lámpara ni abrimos los postigos para recibir la luz de las antorchas. Padre se volvió hacia mí.

—¿Sabes cuál es mi principal temor?

Raras veces me había hablado de ese modo.

—¿Un hombre como tú? —pregunté—. Supongo que temes la posibilidad de morir en cualquier momento, ya sea envenenado o en combate.

Pensativo, padre guardó un breve silencio.

—¿Recuerdas la historia de Prometeo? —preguntó. Al reparar en mi expresión de desconcierto, prosiguió—. El gran titán vio que los hombres vivían como animales, como hormigas en cavernas subterráneas, sin sol, trabajando sin orden ni concierto, sin saber siquiera qué tiempo hacía. Prometeo, sin embargo, les enseñó a observar las estaciones por la salida y la disposición de las estrellas. Inventó los números y les enseñó a agrupar las letras para registrar el pasado. Puso a bueyes y caballos bajo su control, les enseñó a mezclar las insulsas hierbas para crear poderosas medicinas, a interpretar sueños, a trabajar el cobre y el hierro, a ofrecer sacrificios a los dioses. Todo arte humano fue impartido por Prometeo. Pero, ante todo, les dio el don de los dioses, el fuego, y eso convirtió a los hombres en dioses, les proporcionó comodidad y protección y les permitió ver más allá de la desesperación del momento, y al igual que los invasores romanos, que solo buscan destruir las civilizaciones superiores que les preceden, el dios Zeus castigó a Prometeo por su desafío, por su amor a la cultura y la civilización, por su dedicación a la humanidad. ¿Y cuál fue ese castigo?

Busqué en mi recuerdo infantil del relato.

—Creó a la mujer.

Divisé un destello de la sonrisa de padre en la tenue luz.

—Sí, bueno, en realidad ese fue el castigo que impuso a la humanidad. Pero el

castigo de Prometeo consistió en atarlo a una roca en lo alto de los montes escitas, donde el sol lo abrasaba y el frío lo congelaba. Cada día, un águila le roía el hígado, que por la noche se renovaba para así reanudar la tortura al día siguiente.

—Prefiero el castigo impuesto a la humanidad.

—Ah, pero nada es como parece. Los viejos mitos no son solo historias, sino la sabiduría acumulada de los antiguos. El fuego que regaló Prometeo fue algo más que eso, fue el símbolo de un regalo aún mejor hecho al hombre: la incapacidad de prever la muerte. Farnaces, ningún hombre de acción, ningún hombre de acción pensante, teme la posibilidad de morir en cualquier momento. Esa posibilidad flota sobre la cabeza de todos los hombres, no solo de los reyes. Un campesino puede fallecer al volcársele el carro o al recibir la coza de una mula. Un pastor puede perecer por la mordedura de una serpiente, un marinero puede morir ahogado en una tempestad. Pero lo temible no es la posibilidad de morir en cualquier momento, sino la certeza de que morirás después de cincuenta o sesenta años de vida. ¿Cómo puede el hombre asimilar algo así? Piénsalo. ¡Sabes que vas a morir!

—Pero yo no pienso en eso, al menos no lo hago a menudo. Casi nadie lo hace.

—¡He ahí el regalo que Prometeo hizo a la humanidad! La esperanza ciega en el futuro, la capacidad para ver más allá de la presencia de la muerte inminente. Sin esa ignorancia sobre la muerte, la humanidad viviría siempre aterrorizada. Es la muerte lo que determina la existencia de la vida, como el sufrimiento determina la dicha, y la enfermedad, la salud. Pero, ante todo, es nuestra capacidad para desdeñar cierto terror lo que nos permite tomar conciencia de la dicha potencial. Esa capacidad para olvidar es la esperanza ciega.

Le miré sin comprender.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque creo que he perdido el regalo de Prometeo.

Mi voz debió de reflejar mi escepticismo.

—¿Cómo puedes decir eso? Tú no vives aterrorizado. La mortalidad es algo terrible, tan terrible que los hombres eligen no pensar en ella, y hacen bien. El regalo de Prometeo es una gran ayuda, y tú todavía conservas tu parte. De lo contrario, ¿cómo podrías seguir arriesgando tanto, lanzarte de cabeza a la batalla, seguir luchando, después de haber sufrido tanto?

—Mi solución no está en no prestar atención a la muerte, sino en combatirla. Luchar por alcanzar la inmortalidad.

—¿Qué? ¿Con tus pócimas y antídotos? Padre, eso no garantiza la inmortalidad, solo prolonga la creencia...

—No, no. He encontrado una forma más eficaz. La manera de alcanzar la inmortalidad consiste en arrebatársela directamente a los que la poseen.

—¿De qué estás hablando?

—Escucha, y no me interrumpas, el destino de Roma, la ciudad que los hombres llaman Eterna.

Sentado en un cojín frente a padre, en medio de la oscuridad, escuché el formidable plan que su fértil mente había concebido durante los meses que había pasado a solas en sus aposentos, lamiéndose las heridas.

Había tramado la destrucción de Roma.

En su aislamiento, padre había elaborado una magnífica fantasía: la fuerza se fundamentaba en puntos débiles, tanto suyos como de los romanos.

Había sido vencido en Oriente. Roma imperaba desde Grecia hasta Partia, desde Armenia hasta Egipto. El Ponto Euxino, exceptuando una reducida superficie en torno a nuestro pequeño territorio del norte, era un lago romano. Aunque padre consiguiera rescatar a sus piratas aliados del plácido aletargamiento en el que habían caído, la falta de dinero le impediría crear una armada propia. Además, en un reino dominado por planicies sin árboles, carecía de materiales para construir los barcos. Oriente era el punto fuerte de Roma y el punto débil de Mitrídates.

Occidente, sin embargo, era otra historia. Los bárbaros de Occidente se habían rebelado y llevaban décadas atacando sin descanso, durante las que habían aniquilado ejércitos romanos enteros. ¿Existía alguna razón para creer que Roma no podía volver a sufrir un desastre igual? Occidente era el punto débil de Roma, y si todavía no era nuestro punto fuerte, padre se encargaría de que lo fuera.

Tenía el plan totalmente atado, y llevaba tiempo meditándolo, desde que empezó a reunir un ejército para hacer frente al ataque romano en el reino del Bósforo... que siempre supo que no llegaría.

Justo al oeste de nuestro reino se extendía la desembocadura del Danubio, la desguarnecida puerta a los territorios orientales de Roma. Siguiendo el poderoso río corriente arriba a lo largo de ciento cincuenta o ciento sesenta parasangas —una tarea que poco tenía de excepcional para un comandante que había dirigido media legión de hambrientos refugiados a lo largo de una distancia similar por la costa este del Ponto Euxino—, se llegaba a los Alpes, situados a poca distancia de los bajos puertos de montaña que conducían a Italia. Esas tierras estaban habitadas por tribus guerreras, ricas pero desmoralizadas, a las que Roma también había derrotado recientemente. ¿Cabía alguna duda sobre cuál sería su reacción si Mitrídates cruzaba de repente su ancho valle al mando de un poderoso ejército de escitas que clamaba a gritos venganza contra Roma, acompañado, además, de una columna de máquinas de asedio, catapultas y otras maravillas mecánicas?

La idea era imponente: una marcha desde Panticapeo hasta los Alpes, incorporando por el camino poderosas hordas de aliados bárbaros, de todos los antiguos clientes y socios de padre. A partir de un cuerpo de soldados adiestrados —

integrados por los salvajes que sus eunucos habían estado reclutando durante un año y por su contingente de veteranos romanos y pónticos—, podría reunir centenares de miles de tracios, germanos y galos, e irrumpir en la desguarnecida Italia por el norte mientras el desprevenido Pompeyo se entretenía en Oriente. Sería el mayor golpe de la historia. Padre sería aclamado como el salvador no solo de la civilización griega, sino del mundo entero, como el liberador de las naciones bárbaras y civilizadas por igual del yugo de Roma. Todos estos años no había sido capaz de ver lo que tenía delante de los ojos: la Nueva Grecia no iba a erigirse en Oriente, donde generaciones de dominación romana bloqueaban el progreso de padre, sino en Occidente, donde el control romano de las tribus bárbaras era endeble. Como Alejandro antes que él, padre había dado finalmente con la rara combinación del lugar y el momento oportunos, esa afortunada confluencia de circunstancias que finalmente llevaría su vasto proyecto a buen término.

Era el plan más audaz que había ideado en su vida, quizá el más osado de la historia, y yo enseguida me dejé absorber por él, por la inmensidad de su alcance, por la luz febril de los ojos de padre y el entusiasmo creciente de su voz. En esa habitación en penumbra, observé cómo los rasgos de padre se endurecían hasta recuperar la expresión de confianza y dominio de años atrás, y la violenta herida de la mejilla casi pareció retroceder ante mis ojos. Se levantó y empezó a pasearse por la habitación, explicando animadamente su estrategia, deteniendo y reanudando el paso, acelerándolo y frenándolo, mientras su mente improvisaba tácticas, experimentaba con arengas y conducía a sus hombres a la conquista y la victoria. Sobresaltado, advertí que su cojera había desaparecido, y también el encorvamiento adquirido desde la batalla en el glaciar. Su andar y su porte eran ahora los del guerrero conquistador de otros tiempos. Estaba rejuvenecido, fortalecido, se había vuelto inmortal, y de repente comprendí cuál era la fuente de esa inmortalidad: su fe absoluta en sí mismo y en su vida, su desprecio absoluto a la muerte. Se había convertido en un héroe griego, en un Aquiles o un Áyax, que luchaba con una luz interna, una fuerza invisible que complementaba su vigor físico y lo hacía mucho más poderoso y mortal, más imperecedero que un hombre que solo contaba con la fuerza física.

En ese momento un guardia cruzó el pasillo con una antorcha y un destello de luz se coló por la rendija de la puerta y subió como una lagartija por la pared del cuarto. Entonces, con la misma rapidez con que había creído que comprendía a padre, me di cuenta de que estaba totalmente equivocado.

El paso de la antorcha había iluminado su rostro, desvelando una expresión que padre se había permitido únicamente porque pensaba que la habitación estaba demasiado oscura para que yo pudiera verla. Era una expresión de agotamiento, de extenuación, pero, al mismo tiempo, casi de desesperación, como si apenas le

quedara tiempo para hacer lo que tenía que hacer, y con igual certeza comprendí de nuevo que el secreto de su inmortalidad no era el odio a la muerte, sino el odio a secas, un odio insatisfecho que no le dejaba descansar, que no le permitiría morir hasta que lo consumara, hasta que se liberara de sus garras. Aunque la sangre de Darío corría por mis venas como por las suyas, supe que nunca podría odiar tan profundamente como padre, pues ese odio era, para él, su sangre, su alimento y su antitoxina, lo bastante poderoso para hacerle indestructible.

Y, sin embargo, era un hombre al que no podía resistirme. Superados mis recelos por la mera fuerza de su fe, accedí a ayudarle en su campaña para conquistar el mundo.

Cuando anunciamos el plan a los oficiales pónticos y luego a los soldados, el rey fue aclamado como un héroe, como un estratega brillante que se disponía a emprender la culminación de su obra. Se aceleraron los preparativos y se intensificó la instrucción. No existía el temor de que Pompeyo fuera informado de los planes e invadiera el Bósforo por tierra o por mar para interceptarnos. Tal como yo augurara, el vanidoso general había completado su invasión de Armenia y partido hacia la libertina Siria para acuartelar allí a sus tropas y consolidar la riqueza de sus conquistas. El duro invierno llegó y emprendimos los últimos preparativos para iniciar la marcha con el primer deshielo.

A medida que se acercaba la primavera, no obstante, nacieron las dudas y la formidable marcha por el congelado Danubio empezó a desvelarse arriesgada. Los planes por los que habíamos brindado con vino en los festines del invierno, las vastas riquezas que habíamos imaginado frente a las brasas de los acogedores fuegos, parecieron menos alcanzables cuando el hielo empezó a derretirse y procedimos a preparar los animales de carga. Los hombres murmuraban lo peor: que Mitrídates no pretendía alcanzar la victoria, sino únicamente aumentar su fama; que la desdeñosa observación de Pompeyo le había escocido tanto que juró que moriría violenta pero gloriosamente antes que tener un final pacífico en el olvido; que en su terrible deseo de autodestrucción arrastraría a todo su reino hasta las mismas puertas del Hades, simplemente para pellizcar el pico del águila romana. Ni siquiera Aníbal, decían, con sus elefantes, con su gran victoria en Cannas, con sus diez años de invasión y saqueo en Italia, había sido capaz de quebrar el espíritu romano. ¿Cómo podía entonces —y aquí las voces se reducían a un susurro— cómo podía entonces un anciano, incluso un anciano tan vigoroso como el rey, vencer donde el poderoso Aníbal había fracasado? Todos los soldados comenzaron a recelar y los oficiales empezaron a escuchar comentarios de descontento de las tropas y de sus propios compañeros.

Pero los más recelosos eran los que más tenían que perder y los que más tenían que ganar con esta empresa: Marcelo y los exiliados romanos.



IV

LA VIDA COMO HIJO de una concubina me había hecho inmune a toda ambición de gobernar un reino como había hecho padre. Mis aptitudes y objetivos se concentraban en dirigir ejércitos, y en eso era sumamente competente, pero la administración de los asuntos civiles tampoco se me daba nada mal y realizaba con pericia mis tareas en Panticapeo. Lógicamente, no me habían faltado oportunidades, a lo largo de los años, de arrebatarse el poder a padre, pero mi lealtad a él y el temor a las consecuencias si fracasaba, si cometía el imperdonable crimen de la traición, me impedían dedicar atención alguna a esos pensamientos.

No era el caso, sin embargo, de algunos exiliados romanos, concretamente del inquieto Marcelo. A lo largo de los años me había arrastrado hacia conversaciones sutiles, tratando de engendrar en mí el deseo de hacerme con el poder, y en cada ocasión yo había rechazado la absurda idea. Mi único error fue no haberlo hecho ejecutar allí mismo, pero, al igual que padre, siento debilidad por los subordinados leales, y Marcelo siempre me había sido leal, además de buen soldado. De haber comprendido que su deslealtad al rey también comprendía su deslealtad a mi persona, habría actuado de otro modo. En lugar de eso, me dejé halagar por las ambiciones del oficial romano con respecto a mi causa personal, convencido de que su competencia militar y su fidelidad me eran indispensables. Me reía de sus súplicas de derrocar a padre y no hacía caso del veneno que bullía bajo la superficie de su obediencia.

Marcelo y sus compañeros, sin embargo, eran gente que no se daba fácilmente por vencida. Si yo no me mostraba dispuesto a asumir abiertamente el control de mi destino, no tendrían ningún problema en forzar la situación y ponerme el poder delante, de forma que no pudiera rechazarlo.

Esa primavera, de acuerdo con un plan cuidadosamente concebido, Marcelo divulgó entre el ejército el falso rumor de que yo planeaba derrocar al rey. Antes de que el rumor llegase siquiera a mis oídos, varias cohortes de reclutas escitas se habían alzado en armas y se presentaron al amanecer frente a mi tienda, cuando yo aún dormía, para brindarme su apoyo. Al salir medio adormilado de mis aposentos, escuché con estupor que gritaban mi nombre, proclamándome rey. Marcelo asomó entre las primeras filas y se acercó.

—Por tus traidores ojos romanos, Marcelo, ¿qué has hecho? —bramé, aunque el hombre apenas alcanzaba a oírme a causa del clamor de las tropas.

—Señor —gritó—, una vez me dijiste que nunca pusiera en duda tus aptitudes. ¡Mira a estos hombres! He ahí una prueba de su lealtad a ti, de su confianza en ti. Tu padre está loco, su plan de conquista es una locura, y si no ocupas su lugar, te arriesgarás a perderlo todo.

—¡Loco! —espeté enfurecido—. ¡Eres tú el que está loco! Podría hacerte azotar y ejecutar por tus palabras. ¡Eso es traición!

—Ejecútame si quieres, pero eso no cambiará la locura de tu padre, y tampoco cambiará esto. —Marcelo señaló la muchedumbre de soldados que cantaban a un ritmo irregular. Todas las miradas estaban clavadas en nosotros, en la discusión que tenía lugar ante ellos.

—¡Esto es obra tuya! —grité enfurecido—. No hice caso de tus insinuaciones en el pasado y ahora quieres comprometerme, obligarme a elegir entre traicionar a mi padre y traicionar a mis tropas. ¡Canalla! ¡Tal vez los desleales romanos asciendan en sus carreras mediante esas maquinaciones, pero no los pónicos!

Los hombres empezaron a arremolinarse a nuestro alrededor con expresión cada vez más amenazadora. La ira escrita en mi cara había sembrado la duda en sus mentes. Sabían que proclamarme rey era traición, y si yo no aceptaba ese honor, ellos estarían cometiendo un crimen, un crimen por el que serían castigados. Marcelo, sin embargo, permanecía imperturbable.

—No he dudado de ti desde que tomaste el mando en el río Halis, antes de derrotar a Murena. Ahora eres tú el que duda cuando te ofrezco el mando. ¡Acéptalo, príncipe, acéptalo!

Morir por intento de traición o derrocar al rey. Esa era mi elección. Marcelo esperaba que eligiera derrocar al rey para salvar mi vida y, de ese modo, ahorrar a los exiliados romanos el sufrimiento de marchar Danubio arriba para atacar su tierra natal. Había sido inteligentemente manipulado. Tan inteligentemente, de hecho, que los exiliados romanos se habían mantenido al margen de la manifestación, evitando así el compromiso en el que yo había caído. Las palabras de Marcelo, sin embargo, todavía resonaban en mis oídos. ¿Era posible que padre estuviera loco? Aparté esa idea con un reflejo casi violento.

—No es la duda lo que me detiene —dije— sino la lealtad. ¿No sientes lealtad alguna por tu rey?

Marcelo me miró atónito.

—¿Tú me acusas de deslealtad? —bramó—. ¿Tú? En una ocasión me llamaste desleal por mis dudas, ¡y ahora soy desleal por mi certidumbre!

El campamento se hallaba, para entonces, al borde del motín, y pasé un largo rato fuera de mi tienda rogando a los hombres que se dispersaran al tiempo que garabateaba rápidamente un mensaje a padre en una tablilla de cera, donde le instaba a no hacer caso de los rumores de amotinamiento infundados que pudiera recibir en el

palacio. Ahora comprendía la posición insostenible en que nuestros planes de atacar Roma habían colocado a los exiliados romanos: atacar a la propia madre patria es imposible. Sencillamente, no podíamos ordenar a los hombres que hicieran algo así, ni en nombre de la justicia ni de la gloria. Hasta los mercenarios son leales a su patria.

Pero era demasiado tarde. No había terminado aún la nota cuando una cohorte veterana de guardias pόνticos de padre dispersó a la desconcertada multitud y me arrestó. Marcelo y los soldados que me habían proclamado rey regresaron discretamente a sus cuarteles.

No me consumí mucho tiempo en prisión, ni tampoco esperaba hacerlo. A las pocas horas, padre y Bituito irrumpieron en la celda, padre con el rostro nublado por la rabia pero la voz contenida en un susurro amenazador.

—O eres un completo traidor —siseó— o un completo idiota por dejar que hombres traidores actúen bajo tu mando. En ambos casos deberías ser ejecutado.

—Mi vida es prueba de mi lealtad —dije con una calma engañosa—. En muchas ocasiones, estando tú herido o ausente, tuve la oportunidad de arrebatarte el poder y no lo hice.

—Y sin embargo ahora que estoy a punto de llevar a cabo mi plan, después de tanto trabajo y preparación, tus soldados, los que conviven contigo en tu campamento, ¡se levantan contra mí! ¿Pretendes que me crea que fue algo espontáneo, que ocurrió sin tu conocimiento? —Desenvainó su larga daga y la arrojó contra el suelo. La hoja se hundió en la tierra casi hasta la empuñadura y se quedó vibrando con un zumbido tenso—. ¿Qué clase de imbécil dirige mi ejército? ¿Y qué pretenden Marcelo y esos romanos? He pasado y protegido a esos miserables de nariz ganchuda durante veinte años. ¡Hace tiempo que estarían muertos si no los hubiera acogido!

Siguió despotricando mientras yo permanecía callado, observándole detenidamente, buscando indicios de la locura de la que hablaba Marcelo, preguntándome cuál iba a ser mi destino. Al final, fue el lento pero sereno Bituito quien convenció a padre de mi inocencia, Bituito quien rogó a padre que me perdonara la vida. Sus justificaciones fueron de lo más degradantes: que no debía ser castigado por mi estupidez, por haber permitido que los infieles romanos me pillaran desprevenido. Mi único delito, dijo, era mi poca traza en los juegos de política e intriga en los que los orientales teníamos fama de destacar. En este caso, los romanos habían sido más hábiles que su comandante, yo escuchaba en silencio mientras Bituito defendía mi caso en su tosco griego de acento galo. Sin decir palabra, observé cómo me eran retirados los grillos y las esposas y permanecí largo rato meditando en la celda después de que padre se marchara. Podía irme, pues la puerta había quedado entornada y los guardias notificaron que mi arresto había sido un error. Así y todo,

permanecí sentado durante horas, envuelto por el silencio y la penumbra, analizando los acontecimientos de ese día, las palabras pronunciadas.

De hecho, no me marché hasta que fui expulsado bruscamente por la llegada de Marcelo. Los guardias lo metieron en la misma celda, inconsciente pero todavía con vida, apaleado por haber incitado a las tropas a amotinarse. Solo entonces abandoné la estancia que había sido mi hogar durante esas pocas horas pero que ahora se convertiría en el único mundo de Marcelo durante los días que le quedaran antes de su ejecución.

Las acusaciones contra mí eran falsas y así había quedado demostrado. La paz volvió al campamento y padre regresó al palacio. No obstante, había perdido la confianza en mí debido a esta muestra ya fuera de potencial deslealtad o de maleabilidad a manos de hombres traidores. Mi buena estrella me había dado la espalda y padre me apartó de todos mis deberes. En su mente se habían plantado las semillas, las semillas de la inseguridad y de la amenaza a su soberanía, la semilla de la sospecha sobre las motivaciones de su hijo. Quizá, con el tiempo, consiguiera ganarme de nuevo su confianza, pero por el momento fui obligado a abandonar el servicio activo y entregar mi espada.

El frustrado motín, sin embargo, también había plantado semillas en otras partes, ya no eran solo los exiliados romanos quienes se resistían a emprender la marcha hacia Occidente, los que ponían en duda la viabilidad del plan. Antes de su arresto, Marcelo también había sembrado el temor entre los soldados escitas y pónicos, envenenando sus mentes con cuentos sobre la demencia de padre, asegurando que solo buscaba la gloria, que la suya era una causa perdida. Marcelo era un oficial que gozaba del respeto y la confianza de sus hombres, y en cuestión de minutos, con unas pocas insinuaciones, había deshecho las décadas de compromiso y lealtad que padre había inculcado en sus hombres y engendrado funestas dudas en sus mentes.

Mas eso no fue lo peor. Mis horas de reflexión en la celda también habían despertado la duda en mí, la duda de que padre estuviera jugando conmigo, manteniéndome con vida solo temporalmente para no alterar a las tropas, para demostrar su magnanimidad incluso con quienes se oponían a él, yo no dudaba de su cordura. Estaba tan cuerdo, o tan loco, como siempre. Pero cuerdo o loco, había perdido la confianza de sus hombres y, por tanto, su gran empresa estaba destinada a ser la empresa de un loco o, peor aún, un suicidio glorioso para todos. Incluso muerto, Marcelo había conseguido lo que se había propuesto al imponerme su motín.

Tres noches después de mi excarcelación me dirigí a las cohortes de exiliados romanos que me habían conducido hasta este callejón sin salida y me gané su apoyo incondicional, ya habían previsto mi llegada, mi cambio de lealtades, e inmediatamente enviaron agentes y mensajeros por todo el ejército con la noticia de nuestra inminente revuelta. Sería mi día de gloria o mi día de muerte, y si todo iba

bien, a padre le esperaba un largo y merecido descanso, pues pasaría el resto de su vida en un remoto pabellón de caza más allá de las estribaciones del norte. Envié una nota a los cuidadores del pabellón a fin de que se prepararan para recibir a un noble prisionero.

A la mañana siguiente envié al palacio a seis veteranos romanos de Marcelo para pedir la rendición del rey. Los gritos de entusiasmo en los campamentos que rodeaban la ciudad ya habían despertado a padre, y mi hombres, de hecho, tropezaron por el camino con varios mensajeros de palacio que padre había enviado para indagar sobre la causa del revuelo. Mis hombres no hicieron caso de los emisarios del rey y prosiguieron su camino, en formación y totalmente armados. Una vez en el palacio, se abrieron paso entre los sorprendidos eunucos y las concubinas, hasta el patio del ala femenina donde padre se había instalado un año antes, tras su llegada a Panticapeo.

Los veteranos romanos lo encontraron aguardando, vestido igualmente con su armadura, el arco colgado del hombro y la espada curva en el muslo. Estaba erguido en toda su imponente estatura, con el casco echado hacia atrás, los poderosos brazos cruzados sobre su pecho de oso, las piernas en posición de lucha, como si se dispusiera a saltar con toda la energía y el poder felinos que todavía conservaba a sus sesenta y nueve años. Le flanqueaban un Bituito de mirada amenazadora y una docena de robustos soldados pόνticos de su guardia personal, todos ellos con las manos en la empuñadura de sus respectivas espadas, paseando los dedos con nerviosismo.

Cuando los romanos entraron, padre y sus hombres permanecieron inmóviles, con el ceño fruncido, yo había elegido cuidadosamente a los legionarios con la esperanza de que sus muchos años de servicio tranquilizaran al rey y le inspiraran la confianza necesaria para acompañarlos discretamente hasta las dependencias que había preparado para él fuera de la ciudad, desde donde podría enviarle sano y salvo al agradable exilio que le había organizado. Mas no iba a ser así. Aunque los escoltas romanos se sorprendieron de la postura desafiante de padre, eran romanos y, como todos los miembros de esa ordinaria raza, carecían de la delicadeza y la cortesía que nosotros, los asiáticos, parecemos ingerir con la leche de nuestras madres. El portavoz romano pasó por alto la elocuente petición de rendición que yo había redactado la noche antes y, en una pasmosa muestra de pretensión y estupidez, procedió a pronunciar las acusaciones y rumores que habían estado circulando entre las tropas.

—Rendíos, pόνticos —bramó el grosero centurión—. El ejército se niega a obedecer a un anciano controlado por eunucos que mata a sus propios hijos y mujeres. La marcha sobre Italia es un suicidio. El príncipe Farnaces exige que

entreguéis las armas.

Al oír eso, Bituito y los guardias pónticos se abalanzaron sobre los legionarios. Fue únicamente la clemencia de padre, su agradecimiento por los servicios prestados, lo que impidió que los romanos no perecieran allí mismo. En lugar de eso, fueron apaleados hasta el borde de la muerte y se les permitió que se arrastraran hasta mi cuartel general para relatar lo ocurrido. No habría exilio agradable para Mitrídates.

Las Parcas habían hecho su sacrificio, y la armonía y la paz eran las víctimas.

Esa misma mañana reuní mi legión más poderosa, cuyo núcleo lo integraban los tres mil veteranos que habían sobrevivido a la terrible marcha por las Puertas Escitas. Tenía que actuar ahora que la determinación de los hombres se hallaba en un punto álgido. Subí a mi montura, un magnífico caballo de batalla que padre me había regalado un año atrás para celebrar mi ascenso a gobernador del reino del Bósforo, y partí a la cabeza de mis adustas tropas, decidido a tomar el palacio a la fuerza si era necesario. Únicamente di una orden a los hombres:

—Apresad al rey con vida. Ejecutaré con mis propias manos al hombre que le haga daño.

Del mismo modo que yo había emprendido mi camino, padre había emprendido el suyo. Con el casco bajado y el escudo en la mano, subió a su caballo y llegó a medio galope hasta la plaza de armas, situada frente al palacio pero, así y todo, comprendida entre los elevados muros que rodeaban el complejo palaciego. Otros guardias leales al rey habían subido a sus monturas y galopaban a su lado, sumando un grupo de caballería de unos cincuenta hombres. Una vez en la plaza de armas, el encolerizado rey desplegó a sus hombres en formación de combate y se dirigió hacia los portones de roble de los muros del complejo para parlamentar conmigo.

Mientras se acercaba, no obstante, un grupo de guardias escitas apostado en una de las atalayas empezó a lanzarle improperios.

—¡Arrojad a Mitrídates a los cuervos! ¡Salve, rey Farnaces!

Mis hombres y yo estábamos aproximándonos a los portones y maldije a los idiotas de la atalaya por su inoportuno desafío, pues sabía que solo conseguirían enfurecer todavía más a padre. Al igual que los mensajeros romanos, sufrieron por su indiscreción. Cuando padre escuchó los traidores insultos lanzados por sus propios soldados, hizo una señal a los guardias desplegados en la plaza de armas. Con la rapidez de un relámpago, cincuenta flechas salieron de sus arcos y se clavaron en la garganta de los desafortunados escitas, cuyas barricadas no los protegían de los ataques lanzados desde el interior de los muros. Mientras la legión y yo observábamos horrorizados la escena desde fuera de los muros, una docena de hombres cayó desde la atalaya a nuestros pies, ensartados por las tropas leales a padre.

El caos se apoderó del palacio. Las murallas habían sido reforzadas durante la

noche, cada atalaya estaba repleta de guardias escitas y hasta en las almenas había apostados nuevos reclutas que padre había creído, hasta ese momento, leales. Ahora, sin embargo, al ver morir a sus compañeros a manos de Mitrídates y a nuestras tropas avanzar hacia el palacio, su furia se desbordó. Doscientos o más escitas abandonaron sus puestos y descendieron precipitadamente por los escalones interiores —los había que saltaban directamente desde lo alto de los muros— hasta la plaza de armas para arremeter contra el rey al que hacía muy poco habían jurado lealtad eterna.

Cuando mi legión consiguió entrar, en el complejo había estallado una batalla campal. Aunque superado con creces por sus rivales, padre seguía en lo alto de su corcel, rodeado de sus guardias veteranos. Mientras estos descargaban flechas contra la multitud de escitas, él la embestía violentamente con su espada. Los escitas se abalanzaban sobre la refriega desde todos los rincones. Abandonaban los edificios anexos al palacio donde descansaban de su turno de guardia, corrían a ponerse la armadura y se arrojaban ciegamente a la refriega.

Los pónticos de padre se sentían abrumados al ver sus flechas diezmadas y las hojas de sus espadas partidas al clavarse en las costillas o en el casco del enemigo. Docenas de escitas encolerizados se abalanzaban sobre ellos, derribando las monturas con el simple peso de sus cuerpos y atacándolos con dagas e incluso piedras, hasta que únicamente quedaban vivos el rey, Bituito y media docena de guardias, los cuales se esforzaban por permanecer sobre sus caballos y defenderse con sus pesados escudos. Mis hombres, incapaces de entrar en el complejo del palacio a causa de la aglomeración y el caos reinantes, se apiñaban en los portones, estirando el cuello para ver por encima de sus compañeros, para comprender el origen de los terribles gritos de ira y angustia que llegaban del interior de los muros.

De repente, el corcel de padre tropezó o fue herido por una cuchilla escita, y el enorme casco desapareció bajo un enjambre de asaltantes. El corazón me dio un vuelco y grité a los hombres que retrocedieran, que no hirieran al rey, pero era como gritar a una marea rugiente. Padre apenas había caído cuando, de repente, el montón de reclutas que le había derribado se elevó y padre emergió de debajo como un fénix, como un dios embravecido. Blandiendo furiosamente una espada en cada mano, se abrió paso a cuchilladas como un campesino avanza por el trigo con su guadaña. A su alrededor, bañados de sangre, volaron miembros, cascos y armas. Profundos tajos cubrían los brazos y bíceps de padre, y el potente impacto de una espada había atravesado el lado derecho de su casco. Cuando volvió la cabeza, vi que le caía sangre por ese lado del cuello y la coraza, el lado de la herida en el rostro.

Aullando como un demente, avanzó entre los agresores como si fueran sabuesos mordisqueándole las piernas. Al llegar al pie de la torre de vigilancia de la ciudadela, salvó de un salto los peldaños de piedra y retrocedió hasta la estrecha escalera interna al tiempo que repelía a todo agresor que osaba acercarse. Bituito y el puñado de

supervivientes leales se abrieron paso a pie hasta la torre circular y entraron.

Solo entonces fui capaz de atravesar igualmente la turba de enfurecidos soldados, entre los que había docenas de muertos y heridos, para hacerlos recular. Mis tropas expulsaron a los indisciplinados escitas del patio y los empujaron hasta el perímetro. Una vez allí, los desarmaron y los obligaron a agacharse contra los muros, donde cayeron extenuados al tiempo que observaban con recelo a mis legionarios veteranos ocupar sus puestos en la plaza de armas, debajo de la torre circular donde padre se ocultaba con sus partidarios.

Mis oficiales romanos me condujeron medio aturdido hasta el banco que habían improvisado como trono. Los legionarios no estaban dispuestos a esperar más para proclamarme rey. Allí, en el patio cubierto de sangre y polvo, fui coronado con una tosca tiara de hojas arrancadas de un roble cercano. La diadema y demás joyas de la corona que se habrían empleado en otras circunstancias se hallaban a buen recaudo en la ciudadela, con padre.

Mucho tiempo atrás, cuando yo era apenas un niño, padre había combatido contra Roma como jefe de los ejércitos combinados de Grecia y Asia. Centenares de miles de hombres habían luchado, pasado hambre, invadido y muerto bajo su mando. Durante décadas había sido el enemigo más implacable de Roma, durante décadas había sobrevivido a sus más grandes generales y derrotado a sus ejércitos más poderosos, y aunque en última instancia perdiera, nunca fue vencido. Expulsado de su tierra ancestral una y otra vez, siempre regresaba triunfante. Incluso aquí, en este remoto rincón del mundo, había reunido un ejército capaz de hacer temblar de nuevo al mundo romano.

Pero de repente había dejado de ser rey. Por primera vez en cinco décadas, por primera vez en mi vida, padre ya no era soberano, y ahora la corona descansaba sobre mi cabeza.

No me embargó emoción alguna, solo un extraño vacío, una inmensa fatiga. De pie ante el improvisado trono, sosteniendo mi espada a modo de cetro, miré a mi alrededor mientras tres mil hombres entonaban al unísono mi nombre, proclamándome su señor y soberano. Mi sensación, con todo, no era de triunfo ni satisfacción. La algarabía de sus ovaciones se desvaneció, como ahogada por el rugido de un viento violento, y quedé absorto en mis pensamientos. Mirando a mi alrededor, mi campo de visión se fue estrechando y alargando, hasta que tuve la sensación de estar mirando por un largo tubo, por un pergamino enrollado. El resto no importaba, no podía ver ni oír nada salvo ese punto donde tenía concentrados todos mis sentidos. Las sensaciones —el caos y el ruido, la sangre y la muerte, padre aporreado como un león herido por chacales y emergiendo luego airoso, las consignas victoriosas y el clamor— me abrumaban en exceso y la cabeza me daba vueltas. Espanté el caos, la sangre derramada y las sacudidas, y me concentré en un solo

punto, en una sola cara de entre toda la multitud de rostros.

La cara de Bituito.

Sobresaltado, desperté de mi ensueño y el rugido de los hombres, la agitación frenética de sus banderines, el estruendo de sus escudos golpeados rítmicamente contra las rodillas, regresaron a mí como regresa una ola en la playa, y a punto estuvieron de derribarme. Mis ojos, sin embargo, permanecieron clavados en la cara del galo.

Bituito estaba de pie en la puerta de la desguarnecida ciudadela, de la que las tropas habían desviado la atención para presenciar la ceremonia de mi coronación. Estaban de espaldas a la torre y no le habían visto, pero Bituito, para mayor precaución, se mantenía en la penumbra. Su cara, ancha y familiar, me observaba con los labios apretados. En cuanto se percató de que le había visto, asintió una vez con la cabeza y desapareció rápidamente, cerrando la puerta tras de sí.

Levanté la vista hasta lo más alto de la torre circular, cinco plantas por encima del nivel del suelo, hasta el estrecho saetero desde el que se dominaba al abarrotado patio. Allí, otra cara me observaba, pálida y deformada, la boca retorcida de ira y dolor, los ojos llenos de desesperación. Estaba tan lejos que apenas podía distinguirlo, y se hallaba algo apartado de la ventana, como si quisiera ver sin ser visto. Pero le vi, le vi, y en mi mente puedo verle ahora, quizá con mayor claridad que entonces, su silueta iluminada por una lámpara encendida a su espalda, apareciendo y desapareciendo cuando los hombres pasaban por delante de la tenue luz, como en mis sueños. Se alejó un breve instante y luego regresó a su lugar frente al ventanuco, esta vez con un objeto en la mano, algo dorado, ¿un arma?, ¿una copa? Le encantaban los objetos brillantes, las cosas bellas, pero era imposible distinguirlo.

Supe de inmediato lo que debía hacer. Cuántas veces había vivido este instante, practicado este momento en mis sueños, mas nunca imaginé que se haría realidad.

Ya voy, padre.

Descendí majestuosamente de la improvisada tarima y caminé entre los hombres, que me daban palmadas en los hombros e intentaban alzarme sobre sus cabezas, hasta que repararon en mi expresión grave y en la espada que sostenía frente a mí para apartarlos, para ordenarles, sin palabras, que me abrieran paso. Así lo hicieron, y con cara de desconcierto pero todavía sonrientes crearon un estrecho pasillo por el que caminé resueltamente hasta el pie de la torre a la que había huido el rey destronado. La pesada puerta de roble constituía una barrera sencilla pero impenetrable. Gruesa como el ancho de la mano de un hombre, enmarcada con sólidas barras de hierro, asegurada por dentro con enormes cerrojos hundidos en el propio granito, era imposible echarla abajo como no fuera con un ariete o prendiéndole fuego. Los fugitivos atrapados en el interior no podían escapar y las legiones no tenían prisa por forzar la entrada.

Caminé hasta la puerta y subí los tres peldaños diseñados para impedir, precisamente, que pudiera ser derribada por un ariete. Al ser tan estrechos, solo cabía un hombre en cada escalón, lo cual no proporcionaba fuerza suficiente para levantar un ariete. Me volví para mirar a la alentadora legión y alcé un brazo. De repente se hizo el silencio y los hombres dejaron de zarandearme. Me embargó una tremenda sensación de alivio. Mirando a mi alrededor, a mis camaradas y oficiales, algunos de los cuales me conocieron cuando aún no sabía caminar y ahora no dudarían en arrojarse a una lluvia de flechas con una sola palabra mía, hice una pausa y aguardé un indicio, una señal, siquiera un consejo gritado por algún soldado de bajo rango. Nada. Todo era silencio. Di la espalda a los hombres y posé una mano en el pomo de la puerta. Tal como esperaba, se abrió fácilmente y entré.

Los hombres lanzaron gritos de consternación al ver a su nuevo rey entrar solo y pobremente armado en la ciudadela del enemigo. Tenía que darme prisa.

Subí los escalones de dos en dos, luego de tres en tres, escuchando a mi espalda las pisadas de mis guardias, los gritos de que detuviera mi ascenso. Por encima de mí todo era silencio y oscuridad.

Tras salvar los últimos peldaños más con el tacto que con la vista, irrumpí en la única estancia de la torre, donde descansaba el tesoro real del Bósforo, del que sabía que solo quedaba una cantidad irrisoria para la administración del reino, y donde encontré a padre flanqueado por su pequeño grupo de partidarios. Bituito estaba con la espada envainada y la cabeza gacha, en actitud de rendición, pero sus hombres se apresuraron a rodearme. Después de verme entrar, padre empezó a pasearse por la silenciosa habitación, encorvado y con paso torpe, yo le observaba desde el umbral mientras mis guardias, frenados por mi presencia, hacían equilibrios en los estrechos peldaños, incapaces de avanzar o adelantarme, incapaces de ver qué estaba sucediendo en la habitación. Busqué respuestas en los rostros de padre y Bituito y luego mi mirada se detuvo en la espada real que yacía en el suelo con la empuñadura quebrada. No, quebrada no, ¡destapada! Sobresaltado, reparé en el compartimento interior, el diminuto *pysix* por el que goteaban los restos del líquido que había contenido, formando en el suelo un diminuto charco marrón y viscoso como la sangre seca, oscuro como la muerte, mortal como el terrible malentendido.

Levanté la vista hacia padre y reparé en su mueca de asco mientras lamía los residuos de los labios, su mueca de dolor al agarrarse el estómago con la mano derecha.

—No —susurré, pero la voz se me quebró y no pude decir más.

Padre seguía caminando de un lado a otro. Bituito se acercó a mí.

—Tal vez no sea demasiado tarde —dijo el galo quedamente—. Se lo bebió mientras te coronaban, pero no está teniendo el efecto esperado. El estómago le arde, pero eso es todo. Es demasiado fuerte. Camina para acelerar el efecto.

—¡Padre, tumbate! —le ordené de inmediato, pero él se limitó a mirarme con una sonrisa irónica que sustituyó al instante por una mueca de dolor.

—¿Estás aquí, Farnaces? —jadeó—. ¡Ja! De modo que piensas que este problema no es solo mío. ¿Has venido a compadecerme? ¿No sería un extraño golpe de suerte encontrar a un hombre que comparta mi sino en lugar de traicionarme? —Se inclinó hacia delante dando arcadas, los ojos rojos e hinchados.

—¡Padre! —exclamé, consternado por su sufrimiento y sus palabras—. Me proclamaron rey por el bien de todos nosotros, por el bien del reino. Ven, tumbate aquí. Podemos llamar a Papias. Podrás sanar de nuevo...

Rechazó mis palabras con un gesto de la mano y se inclinó hacia delante agarrándose el estómago. Sus hombres me frenaban al tiempo que bloqueaban la estrecha escalera con sus espadas para impedir que entraran mis guardias. El dolor disminuyó y padre levantó la vista. Su único ojo me penetró ferozmente.

—Escucha bien lo que voy a decirte, Farnaces. Estás solo, solo con tu fuerza y tu suerte, para recuperar el hogar y la ciudad de tus antepasados. No confíes en ningún hombre para llevar a cabo esa tarea. No cometas el mismo error que yo.

Forcejeé en vano con los guardias para que me soltaran. Padre observaba impasible mis esfuerzos.

—Tal vez ya no dirija un reino —farfulló sin el más mínimo atisbo de autocompasión—, pero mi cuerpo sigue siendo mío para hacer con él lo que me plazca. ¡Bituito!

El galo dio un salto al frente y agarró a padre del brazo. Volvía a inclinarse de dolor. Dos guardias póntricos más se acercaron para sujetarme por los hombros.

—Como un idiota —jadeó padre—, como un idiota me protegí de todos los venenos que los hombres ingieren con su comida, mas no tomé medidas contra un veneno mucho más mortífero, un veneno que tenía dentro de mi propia casa. Bituito, me he beneficiado enormemente de tu brazo derecho contra mis enemigos. Te pido, viejo amigo, me hagas un último servicio.

Pese a lidiar con todas mis fuerzas contra las manos que me retenían, fui incapaz de detener al galo. Lentamente, con el rostro surcado de lágrimas, Bituito desenvainó su daga y con un movimiento rápido y quedo satisfizo el último deseo de su rey. Padre cayó de rodillas. Allí donde el veneno no había actuado, lo hizo la hoja experta del galo. Bituito agarró la cabeza y los enormes hombros de padre y los bajó hasta el suelo. Los guardias me soltaron y me acerqué, despejando la entrada en el proceso. La habitación se llenó inopinadamente de gritos y protestas.

Los soldados romanos apresaron a los guardias póntricos de padre sin encontrar resistencia y se los llevaron. Por un acuerdo tácito, dejaron tranquilo a Bituito, que se había arrodillado junto a su soberano. Me acerqué y tomé la espada con incrustaciones preciosas que yacía en el suelo con el tapón secreto abierto y el hueco

hablándome de muerte. Una vez más, no sentí nada, ni siquiera tristeza, solo una extraña sensación de inevitabilidad, de certeza en cuanto a lo que debía hacerse. Apretando ligeramente la punta de la hoja contra mi dedo para asegurarme de que estaba afilada, caminé lentamente hasta Bituito, que se encontraba de rodillas con los hombros hundidos y la cabeza gacha. Alcé la espada y apunté hacia él, y en ese momento un rayo de sol entró por el ventanuco y se posó en mi espalda, proyectando mi sombra sobre el galo y aumentando el temblor de la hoja que pendía sobre su cabeza.

Bituito titubeó un instante, los ojos clavados en la sombra trémula de la espada que se dibujaba en el suelo, frente a él. Entonces, sin alzar la vista para mirarme, se llevó una mano a su larga melena blanca y la retiró para ofrecerme el cuello.



V

NO VI EL ESTADO DEL CUERPO cuando llegó a manos de Pompeyo, aunque sabía que Papias y el experto equipo de embalsamadores que había reunido habían hecho su trabajo con rapidez y destreza. El día después de la muerte de padre envié un trirreme a Sínope con su enorme cuerpo, así como la media docena de romanos exiliados que habían sido los responsables de la ejecución de Manlio Aquilio veinticinco años atrás, y un pequeño grupo de rehenes que el rey había adquirido con los años durante sus diversas negociaciones con Roma. El cuerpo iba acompañado de una carta oficial que yo había redactado apresuradamente para Pompeyo y el Senado en la que me ofrecía a servir a Roma como leal aliado y amigo, siempre y cuando se me permitiera gobernar en paz el reino del Bósforo que había heredado de padre.

Se trataba, ciertamente, de una mercancía extraordinaria, una mercancía codiciada por tres generaciones de los más grandes generales romanos, y a medida que la noticia de la muerte de Mitrídates corría como el fuego por territorio romano, los gobernadores de cada ciudad y cada pueblo declaraban varios días de jubilosos festejos. Si la grandeza de un hombre se mide por la alegría que su muerte produce en sus enemigos, padre fue, sin duda alguna, uno de los hombres más grandes que ha visto el mundo.

Pompeyo se encontraba en Arabia, dirigiendo su ejército contra la fortaleza de Petra, cuando los heraldos pónicos llegaron acompañados de exploradores romanos que habían adornado sus lanzas con coronas de laurel, tal como manda la costumbre cuando se transmite la noticia de una gran victoria. Tan impaciente estaba el general por comunicar la noticia a su ejército, que no esperó a que se construyera en el campamento la tribuna tradicional para hacer un anuncio majestuoso. En lugar de eso, saltó sobre una pila de sillas de montar que el intendente había amontonado para su almacenaje y gritó la noticia a pleno pulmón mientras los hombres se acercaban corriendo para ver qué le ocurría a su comandante. Las legiones estallaron en sonoros vítores y ovaciones mientras los árabes agazapados tras las murallas de Petra se preguntaban consternados qué era eso que tenía tan alborotado al enemigo. La consternación les duró poco. En menos de un día Pompeyo había suspendido su invasión de Arabia, reunido al ejército y puesto rumbo al Ponto Euxino.

A su llegada a Sínope, el general romano se abrió paso a empujones entre los dignatarios y patriarcas que habían corrido hasta las puertas para recibirle, no tuvo en

cuenta a la multitud de aduladores y buscadores de favores que flanqueaba su camino y fue directo al trirreme, que se hallaba atracado en el muelle, fuertemente vigilado por la guarnición romana local, yo me había asegurado de llenar el barco con espléndidas ofrendas: balas de sedas y vestiduras ceremoniales, cálices de oro, valiosas obras de arte, una capa que había pertenecido a Alejandro Magno y hasta la magnífica espada con incrustaciones preciosas que padre llevó colgada del cinto durante décadas, con la empuñadura todavía abierta para mostrar el compartimento secreto destinado al veneno que había ingerido. Pompeyo, sin embargo, prestó poca atención a esos objetos y enseguida exigió ver el cadáver. Mis heraldos pόνticos se demoraron un poco más, apareciendo primero con la magnífica armadura ceremonial de padre, cien libras de sólido bronce, oro labrado y electro con una exquisita reproducción del caballo alado del Ponto de ojos enjorjados, y el descomunal casco chapado en oro, ya solo el tahalí de la espada, un magnífico trabajo de cuero persa con incrustaciones de oro y piedras preciosas, valía más de cuatrocientos talentos de plata, y la corona real pόνtica el doble de esa cifra. Los guardias de Pompeyo se tambaleaban bajo el peso de las enormes piezas, fabricadas aparentemente para un titán, aun cuando el general en persona había visto a padre lucirlas sin esfuerzo en la batalla, con la misma ligereza que el mimbre y el lino de los arqueros armenios.

Cuando abrieron el féretro, Pompeyo puso cara de decepción y procedió a despotricar contra la incompetencia de mis embalsamadores. ¡Mis competentes embalsamadores del lago Meotis, tan duchos en su arte! Pero un examen más detenido y las palabras tranquilizadoras de los heraldos le devolvieron la confianza. El cuerpo, envuelto en lino, había sido vaciado y se hallaba, de hecho, en perfecto estado de conservación, incluida la herida abierta en el pecho. Era el cuerpo de un hombre de gigantesco tamaño, de casi setenta años de edad, con una constitución musculosa pero cubierto de cicatrices de combate. Era el cuerpo de un hombre inmune a las enfermedades, tan fuerte que solo una espada podía matarle, poseedor de una estatura titánica y una simetría hercúlea, tan pesado que se precisó una docena de corpulentos soldados para transportar su féretro. Pompeyo quedó tan impresionado con la enormidad del cadáver que al final fue capaz de pasar por alto el hecho de que el rostro —quizá el rostro más celebrado de toda Asia— se hallara totalmente destrozado y en tal grado de descomposición que resultaba irreconocible. El cráneo aparecía aplastado por el balanceo del barco, podrido como un melón en el fondo de un tonel que ha pasado demasiado tiempo al sol.

Pese al estado del rostro, Pompeyo sonrió al tiempo que su mirada recorría triunfalmente el olímpico cuerpo. En toda la historia del mundo solo podía haber existido un hombre de tales dimensiones y belleza, y ese hombre lo tenía ahora delante, Mitrídates Eupátor VI, el azote de Roma y el terror de los mares. Tras ordenar el cierre y precintado del féretro, Pompeyo anunció el fin de la era de

Mitrídates y el comienzo de una nueva era de paz y amistad entre Roma y sus estados clientes del Ponto y el Bósforo. Y en un gesto magnánimo que ni siquiera yo, en mi cuidado plan, había previsto, concedió a los restos mortales de Mitrídates el más alto honor, a saber, pagar de su propio bolsillo los gastos de una ceremonia funeraria y un entierro espléndidos en el mausoleo real de Sínope, donde yacían los cuerpos de nuestros antepasados. Allí, en ese silencioso monumento de piedra a los difuntos, cada féretro de granito estaba coronado por una caja con la mandíbula y el cordón umbilical del fallecido, los cuales podían extraerse fácilmente para las ceremonias de veneración: dieciséis generaciones descendientes del gran rey Darío de Persia y ocho descendientes del primer rey de un Ponto independiente, reino que Pompeyo había extinguido.

¿Y por qué no conceder tal honor? Esos eran, sin duda, los restos de un gran hombre. Los médicos de Pompeyo habían inspeccionado detenidamente el cadáver y lo identificaron como el del viejo enemigo de Roma. Habían examinado minuciosamente el cuerpo, pulgada a pulgada, desde la longitud de la blanca melena hasta el rostro destrozado y achicado, e incluso la novedad que representaba la vaina de la daga atada al pene.

No repararon, sin embargo, en la ausencia del dedo meñique de la mano derecha.

Incluso muerto, fiel Bituito, guardaespaldas y gemelo galo del rey, realizaste un último servicio a tu señor impidiendo que su cadáver cayera en manos de aquellos a quienes detestaba, permitiéndole ser para siempre el Último Rey de los Griegos.



VI

ESTAS ÚLTIMAS PALABRAS de mi relato las dicto desde un lugar que mi padre habría aprobado, en un momento que no me cabe duda está observando como una sombra, ojeroso y hambriento, rechazado por Hades de la tierra de los muertos para inspeccionar a qué ha dado lugar su vida. Me encuentro en la tienda de mi estado mayor, una noche de luna donde reina el silencio, salvo por los quedos susurros de los guardias apostados en la entrada y el murmullo del vasto ejército que me rodea.

Sí, un ejército, pues me he convertido en rey, y no solo del Bósforo y de las chozas de barro que recibí tras la muerte de padre, sino de todos los territorios en otros tiempos heredados, ya no es el mismo reino que gobernaron mis antepasados, ni siquiera un reino que padre reconocería si volviera. Los romanos saquearon, destruyeron e incendiaron las ciudades que ellos habitaron, Sínope y Amisos, y yo las he reconstruido a mi manera. Los clanes de nobles persas del interior se han dispersado, expulsados de sus heredades ancestrales por la rapiña romana. Las familias nobles han desaparecido, junto con su riqueza, y nuevos inmigrantes han ocupado su lugar. En una ocasión me contaron que el legendario barco de Jasón, el *Argos*, sobrevivió hasta hace poco, mil años más después de su travesía, gracias a los cuidados de los sacerdotes de un antiguo santuario dedicado a Poseidón, en el istmo de Corinto. En cuanto detectaban signos de putrefacción en algún madero o aparejo, sustituían la pieza por una nueva. Así pues, si bien el barco sobrevivió durante siglos, ni uno solo de sus tablones era el original. Como dice la vieja máxima: «He aquí el hacha de mi abuelo. Aunque mi padre le puso un cotillo nuevo y yo le cambié el mango, sigue siendo el hacha de mi abuelo». Lo mismo puede decirse del reino del Ponto.

Las cosas, con todo, tampoco han permanecido estáticas para los romanos. Ahora, quince años después de la muerte de padre, el poder de Roma en Asia se ha debilitado, Pompeyo ha tenido una muerte tan atroz como padre y mucho menos noble, y yo he regresado triunfante a Sínope, a la cabeza de una armada pirata como las de antaño, para gobernar la tierra en la que nací.

¿Parece más cierta la locura vista de cerca que de lejos? Los exiliados romanos tuvieron que creer que padre estaba loco o no habrían montado aquella farsa, porque aquel motín fue una farsa, a pesar de que me convirtió en rey y en único comandante. Su conducta no tiene explicación a menos que realmente le creyeran loco, y tampoco

la tiene mi consentimiento a menos que hubiera estado de acuerdo con ellos. Sin embargo, ahora, después de muchos años de reflexión y observación, mis dudas crecen día a día.

El plan de padre de unir a los bárbaros de Occidente no tenía nada de absurdo. Eran pueblos con los que el Ponto había mantenido relaciones durante décadas y que habían aportado a nuestros ejércitos miles de mercenarios a lo largo de los años. Para ellos, el prestigio del viejo rey era legendario. Su proyecto de invadir Italia habría ocurrido en un momento en que Roma se hallaba sacudida por rebeliones y una guerra civil. En esas circunstancias, ¿quién puede asegurar que Roma no habría caído ante la aparición repentina de medio millón de galos y germanos, marchando en formación ordenada, bajo el mando de un rey civilizado y guerrero veterano? ¿Quién puede asegurar que si yo no hubiera aceptado mi corona de hojas de roble en un patio cubierto de sangre de una ciudad de barro y cañas ahora no estaría reclinado en un palacio imperial de Roma, como rey del mundo?

Y ahora, de pie frente a mi tienda, cuya puerta dejo abierta para dejar pasar la fresca brisa nocturna del verano, diviso el vasto alcance de mis tropas, dispuestas en perfecta alineación romana, con las brasas de las hogueras centelleando en la extensa planicie de Zela que tan bien conozco. Más allá de la última hilera de hogueras se extiende la sombra de nuestras trincheras, coronadas por un elevado terraplén defendido a su vez por una empalizada inexpugnable de afiladas estacas y lanzas. Pasando frente a las antorchas dispuestas en las obras de defensa distingo las siluetas de los centinelas, siempre vigilantes. Nada ha sido dejado a la suerte, ningún punto ha quedado desguarnecido. La infiltración es imposible, la traición desde el interior, impensable. Los romanos me han enseñado bien. Padre habría estado orgulloso.

Y así debería ser. Pues más allá de las barricadas, más allá de la planicie, más allá de las lomas y en lo alto de las montañas que se alzan detrás, más allá de lo que me alcanza la vista de noche, otras hogueras centellean, estas, también, dispuestas en perfecta alineación romana. En ese campamento enemigo los hombres también están firmemente atrincherados, fuertemente empalizados, los centinelas alertas y el comandante inquieto y desvelado, como yo, y como yo, puede que también él se halle delante de su tienda, escudriñando pensativamente la oscuridad, en dirección a su enemigo, con el que habrá de enfrentarse mañana.

Me imagino a un ave rapaz sobrevolando en círculos, aprovechando una corriente ascendente. ¿Un águila? ¿Un búho? No, por una cuestión de simetría supondremos que es un halcón, el pájaro con el que abrí esta narrativa, el arquetipo de la ferocidad y la muerte. En lo alto, la criatura divisa a los dos grandes ejércitos, separados por una distancia escasa. A espaldas de uno, por el sur y el oeste, las fortalezas del litoral de Cilicia, el Mediterráneo y, por último, la corrupta y pestilente ciudad de Roma. A espaldas del otro, por el norte, la costa rocosa del Ponto Euxino y la veleidosa y

encantadora ciudad de Sínope, sede del nuevo bastión de la civilización y el imperio griegos de Oriente. Si afila la mirada, el halcón divisará dos hombres, invisibles el uno para el otro, pero sensibles a su presencia, que se esfuerzan por leer el pensamiento de su adversario y miran a los dioses para penetrar en la mente de los hombres. Pero al halcón todo eso le trae sin cuidado, y descendiendo lentamente, acecha a su involuntaria presa, y la presa, un pequeño roedor o una lagartija que ha salido de su agujero para alimentarse, expuesta ahora en medio de la planicie, no tendrá tiempo de sentir miedo, ni siquiera dolor, pues el ataque del agresor será rápido, y la muerte, instantánea.

A diferencia de la lagartija, el romano que no puedo ver, el comandante de esa legión, tiene miedo. Sus soldados están agotados tras una larga y forzada marcha. Por cada uno de sus hombres hay cinco de los nuestros. Están lejos de casa, luchando en terreno extraño por un botín inexistente y rodeados de una población hostil. Tal vez se consuele diciéndose que sus hombres son la flor y nata de Roma y han librado incontables batallas, y que él es el general más aclamado de Roma. Mas eso es poco consuelo.

Pues se enfrenta al rey Farnaces, hijo de Mitrídates el Grande, y mañana —a menos que dejemos de creer en los dioses, a menos que el mal deba triunfar sobre el bien—, mañana será el último día de Roma.

EPÍLOGO DEL AUTOR

Tras la muerte de Mitrídates, Pompeyo regresó a Roma, donde fue, durante los siguientes quince años, ciudadano destacado de la República y comandante civil y militar. En el año 48 a. C. fue derrotado por Julio César en la batalla de Farsalia y asesinado en una playa de Egipto cuando intentaba huir. Curiosamente, treinta años después de que Pompeyo hubiera vencido a las flotas piratas en el Mediterráneo, su hijo Sexto Pompeyo se convertía en jefe de una escuadra pirata.

Farnaces gobernó con tranquilidad en el reino del Bósforo durante un tiempo, sin dar a los romanos motivos de preocupación. El mismo año de la derrota de Pompeyo, sin embargo, reclamó su autoridad como hijo del último rey del Ponto y cruzó el Ponto Euxino (mar Negro) con una flota para recuperar su reino. Pese a tener pocos hombres y dinero, Sínope y Amisos le abrieron las puertas y las guarniciones romanas fueron derrotadas. Farnaces pasó ese invierno creando un ejército y muy pronto el destino de Asia volvió a pender de un hilo.

Pero Julio César no se tomó la amenaza a la ligera. El verano siguiente marchó desde Egipto en dirección norte, con tres mil veteranos romanos y reuniendo refuerzos de las guarniciones de Siria por el camino. El 2 de agosto del año 47 a. C. se enfrentó al ejército pónico en Zela, el histórico campo de batalla del que Mitrídates había hecho huir a Triario veinte años atrás. La derrota del ejército de Farnaces fue tan aplastante que llevó a César a enviar al Senado el arrogante despacho: «*Veni, vidi, vici*». Vine, vi, conquisté.

Farnaces regresó vencido al Bósforo, donde tropezó con el desafío de un rebelde local. En una batalla campal librada en las estepas, sus guerreros escitas fueron derrotados y Farnaces encontró la muerte mientras combatía en primera línea con sus hombres. Tenía cincuenta y un años. De los muchos otros hijos de Mitrídates, ninguno de ellos, que se sepa, dejó su impronta en la historia.

AGRADECIMIENTOS

Como bien señala Farnaces, «la historia la escriben los vencedores». No es una observación original, naturalmente, pero es perfectamente aplicable a Mitrídates, cuya versión de los hechos, dado que, en última instancia, no se impuso en su larga lucha contra Roma, nadie ha contado realmente. Eso constituye, para el novelista histórico, un excelente forraje y gran parte del atractivo de indagar sobre un personaje tan sorprendente, pues sobrevive suficiente información sobre él para poder construir un contexto realista, pero existen suficientes lagunas históricas —sobre todo en lo relativo a las motivaciones del protagonista, sus relaciones personales y sus métodos de mando— para que el autor pueda permitirse dejar volar la imaginación.

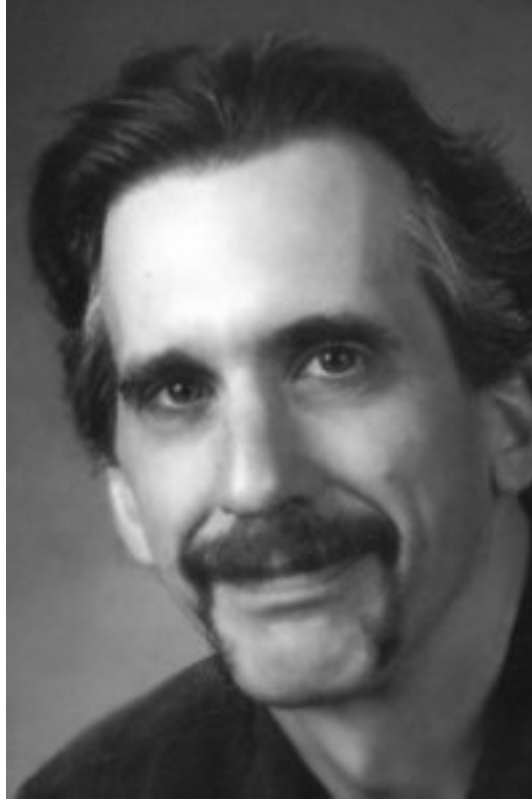
Los escritos antiguos sobre Mitrídates son, en realidad, bastante extensos. Es posible encontrar descripciones detalladas de sus hazañas —de hecho, muchas más de las que podría incluir en esta novela— en las *Historias* de Apiano, las *Vidas* de Plutarco (concretamente las de Sila, Lúculo y Pompeyo) y la *Geografía* de Estrabón, y en pequeños fragmentos repartidos entre las obras de otras autoridades como Suetonio, Cicerón, Frontino y Vegetio. No obstante, el hecho de que todos estos autores escriban desde la perspectiva romana complica algo las cosas. Mitrídates, en muchos casos, aparece descrito como el arquetipo del villano bárbaro: amante del lujo, calculador y homicida, sobre todo en lo concerniente a la infame Noche de Vísperas. Por horroroso que fuera ese suceso, merece la pena examinarlo desde el contexto de aquellos tiempos. Poco después de la matanza, Julio César emprendió su conquista de la Galia, la cual acarrió el asesinato de más de un millón de no combatientes y la eliminación de tribus, ciudades y culturas enteras. Podría decirse, además, que las razones de César para llevar a cabo esta campaña de destrucción eran más frívolas y materialistas que cualquiera de las motivaciones de Mitrídates. César, sin embargo, fue deificado por Roma y hoy día todavía es tenido por uno de los grandes hombres de todos los tiempos, mientras que Mitrídates fue vilipendiado y, finalmente, olvidado. Son muchos los veredictos de la historia que vienen determinados por las casualidades del destino y el lugar de nacimiento.

Las fuentes para este libro comprenden los escritores de la antigüedad antes mencionados, así como algunos autores contemporáneos. De hecho, en algunas ocasiones Mitrídates ha disfrutado de una suerte de resucitación cultural. El dramaturgo francés del siglo xvii Jean Racine escribió una popular obra dramática en cinco actos, *Mithridate*, que, aunque amena, no destaca por su rigor histórico. Mozart compuso una ópera basada en el mismo tema, si bien hoy día raras veces puede oírse. El escritor británico Alfred Duggan, más próximo a nuestros días, escribió una

biografía de Mitrídates, asequible y fácil de conseguir, titulada *King of Pontus* (1959), que resulta útil para los lectores que buscan una visión informativa y entretenida del tema. La obra más extensa, con todo, la realizó a finales del siglo XIX Théodore Reinach, cuya magistral *Mithridate Eupator, Roi de Pont* engloba, en mi opinión, toda la información que existe sobre Mitrídates y su región. Por desgracia, se trata de un libro hace mucho tiempo agotado, difícil de encontrar y escrito en un francés académico y poco accesible. He aquí, pues, el variopinto legado histórico y literario del enemigo más temido por Roma.

Un escritor raras veces es autosuficiente, y en mi caso, cuando estoy escribiendo un libro, me apoyo sobremanera en los talentos y conocimientos de otros, y aunque debo mucho a quienes contribuyeron a la creación de esta obra, asumo, naturalmente, la responsabilidad plena de sus posibles deficiencias o errores. Me gustaría, ante todo, expresar mi agradecimiento a Peter Wolverton, mi editor, por su ojo crítico y sus sinceras opiniones, así como por su inquebrantable fe en el atractivo de este material para el lector moderno. También me gustaría agradecer los esfuerzos concienzudos de mi amigo y asesor histórico Mark Usher, de la Universidad de Vermont, cuyas sugerencias y correcciones enriquecieron enormemente este libro.

Al terminar el día, no obstante, editores y asesores apagan sus ordenadores, cuelgan sus teléfonos y se van a casa, donde no tienen que aguantar durante horas a un escritor obsesivo. Esa dificultad recae en la familia del autor y por eso el mayor mérito es para ella, si bien mencionar sus nombres en la hoja de agradecimientos parece una compensación escasa. No obstante, es lo mejor que puedo hacer, y solo confío en que el lector logre percibir, entre líneas, lo infinitamente agradecido que les estoy. Gracias, Eamon, Isa y Marie, por vuestros juegos y vuestra curiosidad, por vuestras lecciones sobre la vida y por ayudarme a ver las cosas con la debida objetividad, y gracias, Cris, por tu amor y tu apoyo ilimitados, por tus deliciosos platos, tu camaradería en los paseos en bicicleta y tu incansable corrección de borradores. A través de tu talento y tu paciencia, creas ese entorno refinado, alentador, rico en oxígeno, que hace posible crear algo tan milagroso como un libro. Todo escritor debería gozar de esa suerte.



MICHAEL CURTIS FORD (Washington). Es un novelista histórico estadounidense. Sus obras tratan sobre Roma Antigua y Grecia Antigua. Es conocido por sus historias llenas de emoción y su precisión histórica. Actualmente trabaja como profesor de latín, traductor y escritor. Vive en Oregón con su familia: su mujer y sus tres hijos.

Es licenciado en Filología Románica por la Universidad de Washington y en Ciencias Económicas por la de Princeton. Ha ejercido los más diversos trabajos, entre ellos profesor de latín. Además de dedicarse a la escritura, trabaja como traductor.

Es autor de artículos sobre temas militares antiguos y de novelas históricas desarrolladas en los tiempos de la Grecia y Roma antiguas, caracterizadas por su alta acción y buena documentación.

Notas

[1] Propiedad del Senado y el pueblo de Roma. <<

[2] Tuvo lugar cerca de la actual Orange. <<

[3] 1 *heredium* equivale a 0,504 ha. <<